



ENEI
VIRGILIO

A

Presentación de
Juan Villoro
Prólogo de
Alfredo Zárate Flores

Clásicos UG

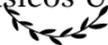


II

Eneida

II

Clásicos UG



VIRGILIO

Eneida

II

Presentación de
JUAN VILLORO

Prólogo de
ALFREDO ZÁRATE FLORES

Traducción de
MIGUEL ANTONIO CARO

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Eneida, II
Primera edición, 2018

Traducción: Miguel Antonio Caro

D.R. © Universidad de Guanajuato
Lascuráin de Retana núm. 5, Centro
Guanajuato, Gto., México
C.P. 36000

Producción:
Editorial de la Universidad de Guanajuato
Mesón de San Antonio
Alonso núm. 12, Centro
Guanajuato, Gto.
C.P. 36000
editorial@ugto.mx

Formación: Jorge Alberto León Soto
Diseño de forros: Jaime Romero Baltazar
Corrección: Fabiola Correa Rico

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra bajo cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN PDF: 978-607-441-554-4

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Presentación	
La invención del futuro.	9
<i>Juan Villoro</i>	
Prólogo	
Virgilio y Eneas, figura y símbolo	15
<i>Alfredo Zárate Flores</i>	

ENEIDA

II

Libro séptimo	31
Libro octavo	87
Libro nono	137
Libro décimo	195
Libro undécimo	259
Libro duodécimo	323

PRESENTACIÓN

LA INVENCION DEL FUTURO

Juan Villoro

UN LIBRO CERRADO NO ES UNA OBRA DE ARTE; ES LA POSIBILIDAD de una obra de arte: solo se convierte en hecho estético al ser leído. Su destino depende de quienes se asoman a sus páginas o, en tiempos más recientes, de quienes reciben su mensaje de luz en una pantalla.

Ningún libro inicia sus días como un clásico. No hay manera de anticipar desde un principio si perdurará en el gusto de la gente. Son los lectores los que deciden salvarlo del fuego y el olvido. En forma asombrosa, ese fervor puede durar lo suficiente para que un filósofo o un poeta sobreviva a la civilización que le dio origen. Desde el siglo VIII antes de Cristo, Homero —o los muchos recitadores que asociamos con ese nombre— no ha perdido vigencia. Su lengua se convirtió en otra y el mundo que vio antes de quedarse ciego dejó de existir, pero el desafío de Ulises sigue siendo el nuestro: en una época de exilios y desplazados, donde las grandes ciudades nos desconciertan con sus laberintos, ningún recorrido supera al de volver a casa.

“El amor es eterno mientras dura”, escribió el poeta y letrista de *bossa nova* Vinicius de Moraes. Lo mismo sucede con los clásicos. Hay obras que cautivan a varias generaciones y

más tarde son relegadas al rincón de las bibliotecas que solo disfrutaban los ratones.

Resulta imposible saber durante cuánto tiempo un clásico estará vigente o en qué momento alcanzará ese rango. Ciertas historias comienzan sus días como muestras de ingenio y entretenimiento, pero están destinadas a fundar una tradición todavía futura. El caso más evidente es el *Quijote*. El gran cervantista Francisco Rico ha llamado la atención sobre un hecho singular: durante un par de siglos, los avatares del Caballero de la Triste Figura fueron apreciados como un arte mayor en Francia, Inglaterra y Alemania y solo más tarde adquirieron el mismo prestigio en España, donde la novela de Cervantes había sido leída como un divertimento popular.

Ningún escritor decide la forma en que perdura su trabajo. Esa magia le corresponde a los lectores. Defoe no pensó que sería recordado por *Robinson Crusoe* y apostó a que la posteridad leyera algunos de sus versos, del mismo modo en que Cervantes creyó sellar su pacto con la gloria con su última obra, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, menos leída que el *Quijote*. Ni Defoe ni Cervantes podían prever los gustos del porvenir. Nadie es contemporáneo de su futuro. Por eso Oscar Wilde pudo decir con ironía: “Hasta ahora, la posteridad no ha hecho nada por nosotros”.

Algunos autores han desarrollado brillantes estrategias para definir la forma en que deben ser leídos, pero eso solo atañe a su presente. Pessoa juzgó que la tradición lírica portuguesa era demasiado pobre y decidió inventar a sus precursores a través de las biografías imaginarias y las variadas obras de Alberto Caeiro, Bernardo Soares, Ricardo Reis, Álvaro de Campos y otros heterónimos destinados a dotarlo de una genealogía.

Si el poeta portugués se adjudicó un linaje literario, Borges transformó su contexto cultural para insertarse en él de manera conveniente. En una de sus clases de literatura, Ricardo Piglia afirmó: “Borges construye una tradición con sus lecturas [...] No quiere ser leído desde una tradición narrativa en el interior de la cual sus textos no valgan nada. Si Borges es leído desde Dostoievsky o desde Proust, no queda nada de él. Como no quedó nada durante años porque era, se decía, ‘algebraico’, ‘cerebral’, en sus textos no había ‘vida’. Esto quiere decir que Borges hizo y construyó toda una red de lecturas —alguna vez habrá que hacer un seminario sobre él como crítico— hasta terminar por imponer el contexto dentro del cual sus textos fueran leídos”.

Tanto Borges como Pessoa influyen en la valoración que de ellos hacen sus contemporáneos; crean un modo propicio para ser entendidos y valorados. Pero no aseguran su futuro. Eso les corresponde a los desconocidos que los seguirán leyendo o no. Consciente de esto, Borges señala que un clásico no es otra cosa que un libro “que los hombres no han dejado morir”.

La historia de la cultura incluye la historia de su destrucción. Esquilo escribió 82 obras de las que se conservan siete; se estima que Sófocles concluyó 123 piezas y también en su caso solo disponemos de siete; conocemos 18 obras de las 92 que compuso Eurípides (o 19, si se acepta su autoría de *Reso*). La incesante labor de las termitas, la humedad, los incendios, los tiranos, las mudanzas, los robos y los fanatismos han acabado con buena parte del acervo cultural. Pero nada es tan frágil como el gusto.

Y pese a todo, Esopo, Virgilio, Apuleyo, Aristóteles, Horacio, Arquímedes y otros autores resistentes llegan a noso-

tros. Ninguno de ellos estuvo conforme con su tiempo. Si los seguimos leyendo es porque no han dejado de manifestar su rebeldía o, mejor aún, porque la seguimos necesitando y no permitimos que desaparezca. Desde el presente, garantizamos su porvenir.

Los libros son más significativos que los autores. Con el tiempo, dicen cosas que pueden llegar a contradecir a quienes los concibieron. Esto se debe a la cambiante manera en que son leídos. Dostoievsky escribió *Crimen y castigo* para criticar a los anarquistas que tomaban el destino en sus manos y no reconocían otro tribunal ético que su libre albedrío: “Si Dios no existe, todo está permitido”, opina Raskolnikov, el inconforme que protagoniza la novela. Dostoievsky cuestiona el individualismo que puede llevar al crimen en aras de ideales “superiores”. Leída muchos años después, en los cafés humeantes de París donde se fundaba el existencialismo, la misma historia adquirió un valor distinto. Jean-Paul Sartre encontró en ella un desafío para la elección individual. Raskolnikov piensa que el ser libre no debe rendirle cuentas a Dios; Sartre está de acuerdo con él, pero agrega que no por ello todo está permitido. La ética existencial consiste en actuar correctamente sin una coacción externa. La actitud de Raskolnikov, que para Dostoievsky solo se redime a través de un castigo, representa para Sartre el inquietante reto de elegir.

La escritura no existiría sin una noción de futuro. Toda historia se dirige hacia un desenlace: algo que no ha ocurrido, ocurrirá. Ese horizonte determina la aventura de Ulises. A lo largo de veinte años se somete a tentaciones que podrían desviar su travesía. Oye el seductor canto de las sirenas y pide que lo amarren al mástil de su embarcación para no abando-

nar la ruta; rechaza el paraíso artificial de los lotos alucinógenos; repudia la poción de Circe, fantástica hechicera; llega al Hades y dialoga con el profeta Tiresias; puede obtener la vida eterna, pero prefiere seguir su inalterable destino. ¿Por qué se resiste a estos prodigios? Cuando enfrenta a los lotófagos, teme que la droga borre sus recuerdos. Desea atesorar lo ocurrido para contarlo al volver a Ítaca, la isla de la que partió. Su auténtica misión es el *nóstos*, el regreso. Italo Calvino comenta que Ulises no tiene miedo de olvidar el pasado, sino el futuro, la historia que vive en tiempo real y que deberá contar. Se arriesga en el presente para que su historia posterior exista.

Siglos más tarde, ante el mismo mar, Platón dirá que el conocimiento es una forma del recuerdo. Etimológicamente, “recordar” significa “volver a pasar por el corazón”. Ulises se somete a sus tareas para que eso emocione después.

Cada escritor vive su propia odisea. Emprende un viaje que lo devolverá al punto de partida y espera, como el esforzado Ulises (que los griegos llamaron Odiseo), que sus peripecias tengan sentido en otro tiempo: “La memoria solo cuenta verdaderamente —para los individuos, las colectividades, las civilizaciones— si reúne la impronta del pasado y el proyecto del futuro”, escribe Calvino.

Los autores que hemos convertido en clásicos proponen un singular modo de leer que no se limita a sus libros, sino que abarca la realidad circundante. Al levantar la vista de la página, el mundo puede parecer kafkiano o quijotesco. La literatura expande su efecto hacia el entorno y modifica a quien la lee. El máximo personaje de Platón es el lector platónico.

Hemos sido inventados por los clásicos y los defendemos para que no olviden su futuro. ~\$

PRÓLOGO

VIRGILIO Y ENEAS, FIGURA Y SÍMBOLO

Alfredo Zárate Flores

*Todos los buenos escritores tienen que descubrir
la grieta profunda que separa el destino finito
del Hombre de sus potencialidades infinitas.*

Cyril Connolly

CUANDO ESTAMOS FRENTE A UN TEXTO CLÁSICO NO HAY otra opción que atestiguar su vigencia aun si la distancia que nos separa de ellos parece infranqueable. En este tipo de obras reposa lo máspreciado de la humanidad y ellas pueden contenerlo porque son el reflejo de los avatares con los que la condición humana se conforma, se manifiesta, se extiende. La duda, la zozobra, la angustia, la desesperación se manifiestan en el texto clásico del mismo modo que lo hacen la dicha o la certeza de un destino alcanzado. Las paradojas de lo humano que hay en los personajes de los clásicos se hacen propias en la lectura y se manifiestan como lo que son: dicotomías infinitas en las que el hombre se descubre desnudo frente al devenir.

En suma, las paradojas que supone la existencia están, todas ellas, contenidas en los textos clásicos. Por eso, a un escritor se le juzga por el aliento que sus obras dejan en la tradición, por esa ausencia de su figura que se muestra cuando los

referimos, por la actualidad de su decir, por el eco magnífico que nos permite identificarlas cuando ubicamos su influencia. Ahora bien, si la obra de arte nos revela el mundo, nos manifiesta la configuración de lo humano, de aquello que, al ser ajeno, extraño nos permite sentirlo propio, es porque el artista perpetúa la búsqueda y el texto clásico es el documento de esa revelación.

En un artículo titulado “Sobre los libros de Robert Musil”, el propio escritor austriaco habla del arte y afirma que este es “un mediador entre lo conceptual y lo concreto [y] los personajes de los libros son creados para poner en ellos sentimientos, ideas y otros valores humanos que la acción vuelve a sacar de ellos”. (Musil, 1992, p. 34). Esto nos permite ver que en una obra de arte, la tarea del escritor es poner al descubierto aspectos de la condición humana en los que el hombre se ve reflejado. Nosotros creemos, con Musil, que escribir una obra de arte: “significa circunscribir el polígono infinitamente fragmentado de una cadena de sentimientos e ideas” (p. 35).

Por esta condición representativa, el personaje literario es el símbolo de la búsqueda permanente de aquello que nos hace más humanos y, por eso, podemos reconocernos en ellos, identificar aquellos trazos sobre los cuales transitar a fin de llegar al destino que los hace convertirse en símbolo y verdad en un solo movimiento. En los personajes literarios reconocemos algo de nosotros mismos porque estamos, como ellos, sitiados por el devenir que se hace destino, por el viaje que no encuentra morada, fijeza, lugar.

Publio Virgilio Marón es un poeta campesino que nació en el seno de una familia modesta en los afluentes del río Po en el año 70 a.C., con fecha probable el 15 de octubre. Según lo hace notar Rafael Fontán Barreiro, en el texto que introduce la *Eneida* publicada por la casa editorial Alianza en 1986, Vir-

gilio se trasladó de Andes en la provincia de Mantua a Cremona a los diez o doce años de edad para recibir la enseñanza elemental y, de este modo, entra en contacto con la literatura latina de su tiempo y con las figuras más representativas de la política romana. Esto le permite conocer a Octaviano, quien más tarde se convertirá en César Augusto, y por quien, en gran medida, escribirá la historia de Eneas (p. 3).

En *La muerte de Virgilio* (1958) Hermann Broch describe el origen y destino del poeta de forma magistral cuando dice:

Campe­sino era por su nacimiento; un campe­sino que ama la paz del ser terrenal; un campe­sino a quien hubiera convenido una vida simple y afincada en la comunidad del terruño; un campe­sino a quien, de acuerdo con su origen, hubiera correspondido poder quedarse, deber quedarse y que, de acuerdo con un destino más alto, no había abandonado la patria, pero tampoco había sido dejado en ella; había sido expulsado, fuera de la comunidad, e impelido en la más desnuda, perversa y bárbara soledad del torbellino de los hombres; había sido echado de la sencillez de su origen, expulsado al ancho mundo hacia una multiplicidad siempre creciente, y cuando, por ello, algo se había tornado más grande o más amplio, era solamente la distancia de la verdadera vida la que única y realmente había aumentado: solo al borde de sus campos había caminado, solo al borde de su vida había vivido; se había convertido en un hombre sin paz, que huye de la muerte y busca la muerte, que busca la obra y huye de la obra, uno que ama y sin embargo perseguido, un vagabundo a través de las pasiones internas y externas, un huésped de su propia vida (2000, p. 5).

Si bien el texto de Broch está encarnado en la condición narrativa y la ficcionalización de la figura del poeta latino, pode-

mos asistir en él a la configuración simbólica de un hombre cuya búsqueda nos permite observar los mecanismos por los cuales podemos llegar de lo múltiple a lo absoluto, de un sujeto cuya condición viajante encarna la hipóstasis, según la cual, quien se queda sin patria puede fundar una nueva. Un hombre en cuya vida es posible descubrir la manera en que lo inasible, por fin se alcanza.

Si como sostiene Aurelio Espinosa Pólit (1961): “la revelación de los valores humanos universales e intemporales solo se obtiene del estudio ahincado de las obras de los genios” (p. X), sin duda, la de Virgilio nos pone frente a esos valores. En la *Eneida*, el itinerario de Eneas es la descripción del viaje de nuestro héroe desde Troya hasta las tierras del Lacio y las batallas que este tiene que sortear para describir Roma y ofrecer a Augusto una legitimación definitiva de su linaje y su dominio:

Por largos años sobre el ponto errantes,
Cerrando el paso a su virtud sufrida
El hado vengador, ¿dónde no asoma?
¡Fue empresa colosal fundar a Roma!

Desde los primeros versos del poema, se describe a Eneas como aquel que sufre el rencor de la diosa Juno y, a pesar de tan pesada loza, cumple su destino. Así, el protagonista de este viaje aparece como el símbolo de una errancia en la que el dolor y la muerte de los propios fragua el espacio de su acontecer. En Eneas, la muerte demarca su existencia, la muerte de su padre, de su rey, de su esposa, del piloto de su nave, de quien cerca de él se encuentra, inaugura un sinfín de tareas a las que debe enfrentarse y vienen como consecuencia de su

misión fundacional. Así, por la muerte de los suyos, Eneas aparece como el arquetipo del viajero que encuentra en el vaivén del mar el espacio y la quietud que su destino le ha marcado.

Retomando a Espinosa Pólit, “la *Eneida* es la gran respuesta, resuelta y diáfana: entre el hombre y Dios, el subordinador es Dios. El hombre no es ser que pueda vivir para sí mismo. La meta de su vida no es dominar en ella, ser en ella y hacer en ella lo que él quiere. Es ser lo que Dios haya querido que sea” (p. LVIII).

Tal como lo hacen notar María Florencia Campelo y Julietta Cardigni (2001), “Eneas es un recipiente vacío sobre el cual se formará el imaginario romano” (p. 59), según lo atestigua el Libro I:

Rey nuestro fue, de príncipes modelo,
Eneas, que otro igual no vio la tierra,
Quiere en la paz por su piadoso celo,
Quiere por su brazo poderoso en guerra.
Que si aun aura vital le otorga el cielo,
Si hado adusto en tinieblas no le encierra,
Acabóse el temor, y a ti en agrado
Vendrá, fío, el favor anticipado.

Eneas es por quien el hombre se define, su viaje es el de todos los hombres, un viaje al origen por medio del descenso a lo desconocido, a lo ajeno que se hace propio, a lo agreste indefinido del infierno que subyace en sí mismo. La gesta de Eneas es, como lo define Hermann Broch el “eco resonante de la promesa en lo terreno” (Broch, 2000, p. 47).

Al igual que otros símbolos fundacionales, Abraham, Moisés, a Eneas lo define su itinerario. La violencia con que el

destino se le ofrece hace del héroe latino alguien que vive en la paradoja de la existencia y hace de esta morada, espacio propio, itinerario, destino y fuga, duda y certeza.

En un artículo titulado “El mar en la *Eneida*” (2016), Antonio Alvar Ezquerro afirma que el Mar cumple una función fundamental en el desarrollo narrativo del poema virgiliano y lo hace porque Virgilio sabe bien que es necesaria la creación de un símbolo que ayude a “transformar ese medio hostil a los romanos en un espacio dominado y en un camino de civilización” (p. 41). De este modo, los versos resuenan poniendo a nuestro héroe más allá de su viaje como la figura por la que el itinerario tiene sentido y dándonos un arquetipo desde el cual nos configuramos a nosotros mismos:

De los tuyos el hado eterno dura.
Verás alzarse a coronar tu anhelo
La ciudad de Lavinio: a etérea altura
Tu heroico Eneas subirás un día;
Ni nuevo plan la ejecución desvía.

En un texto titulado *El lenguaje y la construcción del mundo de los objetos* Erns Cassirer afirma que los símbolos “no son meras transposiciones o copias de un espacio rígido y preexistente, sino vías de acceso al espacio; no reproducen de manera mecánica una exterioridad recíproca ‘preexistente’ de las cosas, sino que son verdaderos órganos de la construcción del espacio” (p. 21). Si como lo afirma Durand Gilbert (1964), el símbolo es “la epifanía de un misterio” (1968, p. 15), Eneas, en tanto símbolo, nos permite pensar ese espacio marítimo como la posibilidad expresiva en la que el devenir se concretiza, vaivén permanente que obliga al héroe a entrar en un descenso infinito en la búsqueda de sí mismo y la comprensión

del destino que los dioses le marcan y del cual él mismo es consciente. En este itinerario hacia la fundación de Roma y la implicación de la figura y el linaje de Augusto, Eneas sabe que:

“Desgracias de hoy, mañana son memorias
Que despiertan secretas simpatías:
Senda de rudas pruebas transitorias
Nos lleva al Lacio y sus riberas pías:
¡Renacerán nuestras antiguas glorias;
Sufrid, guardaos para mejores días!”
Dice; ríe esperanzas, y hondamente
Sella el fiero dolor que el alma siente.

Alvar Ezquerro describe el enfrentamiento de Eneas con la ira de Juno por medio de una tempestad que “alcanza un vigor tal que el mar ya no parece tan solo el escenario de la acción sino más bien el protagonista de la misma” (p. 13). El mar contiene todos los riesgos y todas las recompensas; la travesía del héroe virgiliano sabe bien que la furia de ese espacio agreste resguarda la serenidad de un espacio habitable y en el que la voz del héroe dice:

Yo soy el pío Eneas, que conmigo
Voy llevando doquier, del mar por medio,
Dioses salvados de voraz asedio.

El Libro II describe la caída de Troya y la condición apátrida que adquiere Eneas por la conquista aquea de la casa de Príamo. Rafael Fontán describe este canto al decir:

Esa noche aciaga, y cuando ya el ejército griego había logrado su objetivo de entrar en Troya, se aparece a Eneas el fantasma de Héc-

tor que le anuncia el desastre y le pide que escape y busque nuevas murallas para los dioses de la ciudad [...] Eneas decide abandonar la patria para lo que ha de vencer, ayudado por señales del cielo, la resistencia de Anquises, su padre. (Fontán, 1986, p. 13).

Así, a partir del dolor se fragua y formaliza el itinerario de nuestro héroe, la muerte, la pérdida, el dolor, son la condición que identifica al personaje virgiliano. En la certeza de su soledad comienza el viaje de este símbolo por el cual todos estamos vinculados a la condición errante y al destino que por dicha errancia nos aguarda. Es decir, si el viaje es la representación de la configuración de un tipo de experiencia que afirma, describe, problematiza lo diverso, desconocido, amorfo, complejo, la afirmación de diversos modos de representación del mundo y el otro, Eneas es el arquetipo de una metamorfosis donde la desgracia de Troya inaugura el destino de Roma.

Esta desgracia se describe de forma muy precisa en el Libro II cuando el poeta canta:

Estalla: ¡Troya se desploma entera!
Mucho a la patria y al monarca ha sido
Sacrificado: si algo le valiera,
Salvárala este brazo: en su agonía,
Su culto, hijo de Venus, te confía.

Y en los siguientes versos se anuncia el sentido del viaje de nuestro héroe:

Mansión busca a sus dioses tutelares
Que fundarás, y grande, finalmente,
Audaz cruzando procelosos mares
Y mientras habla entrégame impaciente.

Anteriormente llamamos la atención sobre el papel que juega en la descripción del héroe virgiliano la piadosa sumisión de este al deseo de los dioses. En este canto, es posible ver la exteriorización de ese destino impuesto a Eneas. Su travesía no es, en sentido estricto suya, sino de su destino que no es otro que ser instrumento al servicio de un espacio ignoto donde los dioses se asienten.

El canto III describe el viaje de Eneas y su tripulación desde la caída de Troya hasta Cartago y el encuentro con Dido. La muerte de Anquises el padre de nuestro héroe se convierte en uno de los episodios más importantes y significativos del poema porque, tal como lo señalan Campelo y Cardigni, Anquises será un guía para Eneas en su itinerario por el mundo de los muertos. Así: “este episodio es fundamental para la comprensión por parte de Eneas de su misión y además implica una proyección hacia el futuro [porque] el papel fundamental de Anquises no reside en su muerte sino en las consecuencias que esta comporta” (p. 60).

El Canto IV describe los amores de Dido y Eneas y el deseo de la diosa Juno de que el viaje del héroe a Roma se detenga. El texto virgiliano alude a la provocación de un deseo intenso, erótico, profundo que los amantes encarnan por la acción de Juno y Venus para lograr la conformación de un ardid que pretende unir los destinos de los pueblos de los amantes. Juno describe su proyecto a Venus diciendo:

“Dido y el rey de la troyana gente
En una gruta entonces a deseo
Reparo buscarán: seré presente,
Y haré, si tu favor cordial poseo,
Que a consorcio se obliguen permanente,
Y el juramento sellará Himeneo”.

Tal su ardid Juno expone a Venus; y esta
 Sonrisa de adhesión dio por respuesta.

Rafael Fontán (1986) describe el encuentro así: “Dido rompe todos los lazos del pudor y se entrega a una ardiente pasión por Eneas” (p. 8). Sin embargo, Eneas, obediente como es a la palabra de los dioses, deja a Dido hundida en el dolor. El poema describe esta pena de manera espléndida cuando la reina grita airada al viajero.

Por ti inmolé el pudor, y la que antes
 Me alzaba a las estrellas, limpia fama.
 ¡Oh huésped! En mis últimos instantes
 Me abandonas; y ¿a quién? Mi voz te llama
 Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué tardo?

El marco del dolor de Dido y su petición sirve a Eneas para reiterarse en su intención y no desistir en el proyecto de encontrar una estancia cara a sus dioses:

Yo llevaré al recuerdo de esos dones
 La imagen tuya dulcemente unida [...]
 Mas oye, en la cuestión, breves razones;
 No pensaba ocultarte mi partida,
 Ni de unión conyugal te hice promesa;
 No así te engañes: mi misión no es esa.

Al finalizar el canto parece no quedarnos duda en afirmar respecto de Dido que, como lo afirma Cyril Connolly en *La tumba sin sosiego* (1949): “no hay sufrimiento en la vida como el que pueden infligirse dos amantes” (1995, p. 14).

El Libro V describe el regreso de los navegantes al mar en las costas de Sicilia y nos permite asistir a la presentación de la imagen de un héroe temeroso ante la tempestad pero confiado en la fuerza y el designio de los dioses. Uno de los aspectos que más llama la atención es la fragilidad de la existencia humana frente al poder sempiterno de las deidades a quien teme o en las que confía y que está representado por una tempestad cuya consecuencia más funesta es la muerte de Palinuro y la condición insepulta del amigo y piloto de los eneadas.

Notó Eneas entonces que a la armada
Falta el piloto y perecer podría;
Y con mano acudiendo acelerada
La noche toda él mismo el timón guía;
Y entonces exclamó con voz ahogada:
“¡Pobre amigo! ¡Fiaste en demasía
De cielo bonancible y mar serena;
Yacerás insepulto en triste arena!”

El libro describe también los juegos fúnebres a Anquises muerto un año atrás y nos recuerda la preponderancia de la figura del padre de Eneas en el cumplimiento del destino del héroe:

“¡Oh dardania nación! ¡Oh diva gente!
Desde que al padre a quien deidad venero
Sepultamos aquí, y ara doliente
Pusimos en su honor, si no me engaño
Cabal su curso ha concluido un año.”

En el Libro VI Eneas llega a Italia, oye el mensaje de los dioses a través de Sibilia y se interna en el infierno para pedir el conse-

jo de su padre. Ya en el inframundo, Eneas reconoce las figuras de Palinuro, Dido y los soldados troyanos caídos por la astucia de Ulises. Según Rafael Fontán, “en el canto Anquises explica a su hijo el origen del mundo y los misterios de la vida en los infiernos; por último, le va describiendo las personas de los que luego han de ser héroes de la Roma que aguarda su hora; destaca aquí el elogio del joven Marcelo, sobrino y heredero de Augusto, muerto prematuramente” (p. 8).

Los ojos torna: a tu nación atento
 Contempla en Roma; a César mira; advierte
 Los racimos de Yulo tu sarmiento,
 Que a luz cabal predestinó la suerte.
 Este es, este es el que una vez y ciento
 Oíste a altos anuncios prometerte,
 César Augusto, hijo de un dios, que al mundo
 El áureo siglo volverá fecundo.

Con el Libro VII comienza la segunda parte de la épica eneada. Según el propio Fontán:

[...] Navega la flota troyana siguiendo las costas de Italia, y penetra en las aguas del Tíber [...]. Eneas, reconoce en estas tierras la patria que le tiene asignado el destino [...] Latino, quien le acoge favorablemente y, en cumplimiento de antigua profecía, le ofrece en matrimonio a su hija Lavinia. Irritada de nuevo Juno, envía a la tierra a la furia Alecto, que ha de enfrentar a latinos y troyanos para impedir la boda; maniobras de Alecto con Amata, la esposa del rey Latino, y el propio Turno, rey de los rútuulos, a quien ya Latino había prometido la mano de su hija, y que era el pretendiente favorito de la reina Amata. Ascanio mata en una cacería a un ciervo de la pastora Silvia, pastora del rey, y

este incidente es la chispa que enciende la guerra entre ambos pueblos (p. 8).

En el libro VIII, Turno busca ayuda entre todos los pueblos del Lacio para acabar con Eneas. En este punto resulta importante comprender, como lo hacen notar Campelo y Cardigni, que la muerte de Turno inaugura la fundación definitiva de Roma. En este canto, “el dios del Tíber se aparece en sueños a Eneas y le advierte, tras infundirle ánimos, que debe buscar la alianza con Evandro, rey arcadio que tiempo atrás se había establecido con su pueblo en el monte Palatino, justo donde más tarde habrán de alzarse las murallas de la alta Roma” (Fontán, pp. 8-9).

Lo que deidad ninguna, por corona
A humano ruego, prometer osara,
Por sus pasos el tiempo te ocasiona,
Turno, y ansa de triunfos te depara:
Sus proyectados muros abandona,
Y flota y compañeros desampara
Eneas, y de Evandro palantino
Al poder y amistad tienta camino.

En el Libro IX Turno sitia el campamento de Eneas y quema sus naves. Según Fontán, Turno “entra en el campamento causando gran matanza entre sus enemigos” (p. 9), y eso sirve como preámbulo para la batalla con Eneas. En el Libro X el héroe troyano desembarca y, después de que Turno mata a Palante, entra en cólera y decide vengar a su amigo, empero Turno escapa gracias a un artilugio de Juno.

El Libro XI sirve como descanso a la furia de Eneas y de ese modo se convierte en un acto preparatorio para el comba-

te que a su final traerá consigo la fundación de Roma. En este libro Eneas y Turno llegan a las murallas de Laurento donde el enfrentamiento, por la mano de Lavinia, tendrá como consecuencia la muerte de Turno a manos de Eneas (Fontán, p. 9). Luego de esta escena, la voz de Turno, resuena:

¡Venciste! Todo en mí te pertenece;
 Me han visto los ausonios prosternado
 Tender las palmas. Si piedad merece
 Un padre (fuélo Anquises) desdichado,
 La ancianidad de Dauno compadece,
 Y vivo, o muerto, cual te venga en grado
 Este hijo tu piedad le restituya.
 ¡Oh!, cese tu rencor: ¡Lavinia es tuya!

La gesta de Eneas es, por donde quiera vérselo, la representación de la condición humana. Lo que está en juego en el itinerario es la configuración de sí mismo que el héroe hace mientras viaja. Por eso, podemos vernos reflejados en él, por eso somos Eneas y sus miedos, sus búsquedas, su confianza en los dioses.

Si como afirma Maurice Blanchot “solo el artista nos salva del absurdo y de la contingencia, solo él transforma en un presente radiante, inteligible y saludable lo que de otro modo no sería sin las ruinas informes de una duración sin memoria, la podredumbre repulsiva del cadáver del tiempo” (2007, p. 35), Virgilio nos conduce, por Eneas, a una tierra ignota de la que somos, sin saberlo aún, fundadores. Eneas, somos todos porque, por su acción, sabemos que el viaje y destino configuran una paradoja existencial a la que estamos, necesariamente, adscritos.

Referencias

- Alvar Ezquerro, A. (2016), “El mar en la *Eneida*”, *Revista de Estudios Clásicos* 43, pp. 11-43.
- Blanchot, M. (2007), *La amistad*, Madrid: Trotta.
- Broch, H. (2000), *La muerte de Virgilio*, Madrid: Alianza.
- Campelo Issaly, M. y Cardigni, J. (2001), “Muerte fundadora: la *Eneida* de Virgilio”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, pp. 57-65.
- Cassirer, E. (s.f.), “El lenguaje y la construcción del mundo de los objetos”, en C. E. Delacroix H., *Psicología del lenguaje*, Buenos Aires: Paidós, pp. 19-52.
- Connolly, C. (1995), *La tumba sin sosiego*, México: UNAM.
- Espinosa Pólit, A. (1961), “Introducción”, en Virgilio, *Eneida*, México: JUS, pp. IX-XCVIII.
- Fontán, R. (1986), “Introducción”, en Virgilio, *Eneida*, Madrid: Alianza, pp. 3-11.
- Gilbert, D. (1968), *La imaginación simbólica*, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Musil, R. (1992), “Sobre los libros de Robert Musil”, enero 1913, en R. Musil, *Ensayos y conferencias*, Madrid: Visor, pp. 32-37.

ENEIDA

II

Libro séptimo

I

Tú, del troyano capitán nodriza,
También, Cayeta, a nuestras playas nombre
Impusiste muriendo, que eterniza
Tu fama, y hace que al lugar asombre:
El sepulcro que guarda tu ceniza
En la Hesperia mayor, aquel renombre
Lejos le avisa y firme le señala,
Y con póstuma gloria te regala.

II

Hechos, pues, los piadosos funerales,
Erigido de tierra un monumento,
Las altas olas contemplando iguales
Tornó Eneas al líquido elemento.
Ministras de la noche las geniales
Auras la anuncian con creciente aliento,
Y sendas alumbrando a la fortuna
Rielan sobre el mar rayos de luna.

III

No distante de allí la costa yace
Do Circe, hija del sol, potente mora;
Y ya de día con sus cantos hace
Sonar sus altos bosques; ya a deshora
Su alcázar regio iluminar le place
Con el cedro oloroso que atesora,
Y ella misma tejiendo se desvela
Con el peine sonoro rica tela.

IV

Allí rugen leones, que furiosos
En la noche reluchan en cadena:
Allí erizados jabalíes, y osos,
En jaula que sus ímpetus enfrena,
Se embravecen: aullidos dolorosos
Horribles lobos dan; el bosque suena:
¡Ay!, ¡hombres fueron ya, monstruos ahora!
Con hierbas los mudó la encantadora.

V

Neptuno que tan duro mal probasen
Los piadosos troyanos no querría,
No, que a esas playas pérfidas tocasen;
Un viento largo a la sazón envía,
Y así concede que volando pasen
Tras el hórrido golfo. Nuevo día
En su carro gentil la rubia Aurora
Anuncia en tanto, y horizontes dora.

VI

Calláronse las auras de repente,
Muda y sólida calma sobrevino;
Clavados en el mármol resistente
Bregan los remos por abrir camino.
Vido Eneas en esto un bosque ingente,
Y al Tibre, que por él al mar vecino,
Bullente en ondas, rojo con la arena,
Trae sus aguas en corriente amena.

VII

Por cima allí y a par de las orillas
Cantan con dulce pico alborozadas
Y al bosque vuelan miles de avecillas
Que en la sombra recatan sus moradas.
Holgóse Eneas, y mandó las quillas
Inclinar a las playas deseadas;
Y alegre de ocuparlas, al umbrío
Hospicio acude ya del bello río.

VIII

De los reyes del Lacio tú la lista
Muéstrame, Erato; lo que el Lacio era,
Tiempo es ya que presentes a mi vista,
Aun antes que a sus playas extranjera
Nave arribase. Tú de la conquista
El origen descubre, y yo esa era,
Yo esa historia marcial diré en mi canto,
¡Musa!, si ya a mi voz concedes tanto.

IX

Guerras, hórridas guerras y legiones
He de cantar: de furia el pecho lleno,
Convertidos los reyes en leones:
Congregando el ejército tirreno:
Volando de la Hesperia los varones
A las armas: de Hesperia rojo el seno.
Nuevo cuadro a mi ojos resplandece;
Crece el asunto y la osadía crece.

X

Campos, ciudades florecer veía
Anciano, en paz antigua, el rey Latino.
Él de Fauno y Marica procedía,
Ninfa aquella de origen laurentino,
Pico de Fauno padre sido había,
Y de Pico el origen fue divino;
Tú, Saturno, su padre: por primero
Autor te aclaman del linaje entero.

XI

No fue el monarca, si felice, abuelo
Ni padre de varones: muerte fiera
Quitóle en flor por voluntad del cielo
El único varón que le naciera.
Daba a Latino en su vejez consuelo,
De sus reinos opimos heredera,
Sola una hija en su estancia poderosa,
Y a su sazón llena para ser esposa.

XII

Del Lacio y toda Ausonia, a la doncella
Muchos pretenden. A su afecto tierno
Aspira, y bizarrísimo descuella
Turno entre todos, del blasón paterno
Opulento heredero. Para ella
Le quiere esposo, y ya elegido yerno
Le ve la reina; mas proyectos tales
Tropiezan con visiones funerales.

XIII

Al raso, en medio del palacio, había
Rico en sacro follaje un lauro anciano,
Que en años veneró la gente pía.
Es fama que Latino por su mano
En dedicarle a Febo holgóse un día
No bien le halló, cuando en el campo llano
Echaba a sus alcázares cimiento;
Y de ahí a la ciudad nombró *Laurento*.

XIV

He aquí, de este árbol a ocupar la cima,
Mil abejas bajaron de repente,
Y, por los pies trabadas, se arracima
El ruidoso tropel, y así pendiente
Quedó de un ramo. “A nuestra costa arrima
Varón extraño con armada gente”,
Cantó un augur; “de do el enjambre vino,
Vendrá la muerte del poder latino.”

XV

Yendo otra vez, y el genitor con ella,
En el ara a encender con mano pura
Místicas luces la real doncella,
Vióse súbita chispa que fulgura
Sobre el suelto cabello, y baja y huella,
No sin ruido, la blanca vestidura,
Y el velo regio y la diadema ardía
Opulenta del oro y pedrería.

XVI

En humo envuelta y rojos resplandores
Esparce ella después lampos de llama
Por muros, techos. Fúnebres temores
El suceso en los ánimos derrama;
Que si aquellos prodigios superiores
A ella prometen dizque gloria y fama,
Guerra amenazan a la patria. En eso
Cava¹ Latino, de terror opreso.

XVII

Fauno ocurre a su mente: el rey la planta
Mueve al gran bosque en cuyas sombras cela
Su armonioso raudal la albúnea santa;
Mefítico vapor en torno vuela:
Que allí del tiempo venidero canta
El vatídico padre, y lo revela;
Italia, Enotria toda, allí sus pasos
Guían en tristes dudas y arduos casos.

¹ *Cava*: cavila, medita.

XVIII

De noche el sacerdote que sus dones
Allí a ofrecer acude reverente,
Si al descanso, tendiéndose en vellones
De inmoladas ovejas, da la mente,
Ve en sueños revolarle apariciones
Peregrinas; delgadas voces siente;
Habla con dioses, y su mudo acento
Penetra de Aqueronte el hondo asiento.

XIX

Fue allí sus dudas a calmar Latino;
Y habiendo, según rito, degollado,
En obsequio al oráculo divino,
Cien lanudas ovejas, acostado
En sus pieles dormía; cuando vino
Súbita y misteriosa voz del lado
Más secreto del bosque: “¡Prole mía!
De ajustados enlaces desconfía.

XX

Tú de una hija la mano a descendiente
Itálico no des. Foráneo yerno,
Su linaje empalmando con tu gente,
Hará nuestro renombre sempiterno.
Él nación fundará grande y potente;
Tal, que el espacio que en dominio alterno
Sobre un mar y otro mar el sol rodea,
Todo a sus pies se humille y suyo sea.”

XXI

Latino mismo estos avisos, dados
En la callada noche, no recata;
Y de Ausonia por campos y poblados
Ya la alígera fama los dilata:
Ella daba la vuelta a los Estados
Del rey, en los momentos en que ata
La juventud troyana el hueco leño
Al promontorio aquel verde y risueño.

XXII

Eneas, los caudillos principales
Y Ascanio yacen en la sombra amiga
Con que, sus ramos prolongando iguales,
Árbol excelso la campaña abriga.
Tortas de flor extienden, cereales,
Manteles (Jove mismo les instiga)
Que con frutas silvestres luego acrecen,
Para encima poner viandas que cuecen.

XXIII

Mas no al hambre la cena satisface;
Ojos se van y manos tras la monda
Delgada Ceres que tendida yace:
Voraz diente a los panes la redonda
Margen y abiertos cuartos roe y paca,
Que significación entrañan honda;
Y “¡Aun las mesas se come el hambre aguda!”,
Yulo clamó, sin que al misterio aluda.

XXIV

Fue esta voz primer nuncio que declara
A los teucros ventura. El padre al hijo
La palabra quitole; mas se para
Con asombro, un instante, y regocijo,
Y recobrado, “¡Salve, Tierra cara!”,
Y, “¡oh penates de Troya, gracias!”, dijo.
“¡Cumplióse el voto: el lance aquí me muestra
La anunciada heredad, la patria nuestra!

XXV

Ya de estos milagrosos accidentes
Mi amado genitor me dio la clave:
‘Cuando el hambre aguzando edaces² dientes
(Pegada a playa incógnita tu nave)
Haga que tras las viandas te apacientes
De las mesas, tu voz al cielo alabe,
Que patria hallaste; y con alegre pecho
Pon allí muro propio y dulce techo.’

XXVI

He aquí el hambre temida: de cuidados
Término justo y de cruel destino.
Ánimo, pues: del sueño recreados,
Con el albor primero matutino
De aquí saldremos por diversos lados
El país a explorar circunvecino:
Quiénes son de estos términos los amos;
Qué campos pueblan, qué ciudad, sepamos.

² *Edaces*: voraces.

XXVII

Hora en honor de Júpiter clemente
Bebed; a Anquises invocad; ¡más vino!”
Hablabá Eneas, y la noble frente
Ceñida ostenta en ramo peregrino.
Primero a la alma tierra, y del presente
Lugar invoca al protector divino;
Las ninfas a que el bosque da guaridas;
Ríos sin nombre y fuentes escondidas.

XXVIII

A la noche después y sus fanales,
A Cibeles y a Júpiter de Ida;
Y a sus padres, que moran inmortales
Cielo y Erebo, en orden apellida.
Jove tres veces, en momentos tales,
Desde lo alto del cielo truena, y cuida
Mostrar en medio del fragor sonoro
Nubes de fuego y ráfagas de oro.

XXIX

Al dios el pueblo atónito veía
Blandir él propio el nimbo rutilante.
Rumor que de fundar llegó ya el día
La anhelada ciudad, en un instante
Circula y crece. Todos a porfía,
Orgullosos de agüero tan brillante,
Renuevan las gozosas libaciones
Y con flores de Baco ornan los dones.

XXX

Con el primer albor del nuevo día
Van, costa y lindes a explorar: los vados
Estos son de Numicio; esta es la ría
Del Tibre: campos estos son poblados
Por los fuertes latinos. Cauto envía
Cerca del rey augusto cien legados
Eneas, que en sus tercios selecciona;
Y ya el árbol de Palas les corona.

XXXI

Cargados de presentes, mensajeros
De paz, que da a sus sienas verde gala,
A la vecina capital ligeros
Marchan. Eneas mismo allí se instala;
Y ya con zanja humilde los linderos
De la futura población señala,
Y cual ciñendo un campamento, ordena
Tender la empalizada, alzar la almena.

XXXII

Ya los nuncios, al fin de su jornada,
Ven las casas y torres presumidas,
Y ascienden a los muros. A la entrada
Y en torno a la ciudad, corre en partidas
Alegre juventud: regir le agrada
Potros y carros con mañosas bridas;
Y con rígidos arcos y ligeras
Flechas, tiros ensayan y carreras.

XXXIII

Tomó uno de a caballo a su cuidado
Transmitir nuevas tales al oído
Del viejo rey: acorre; haber llegado
Unos hombres, anuncia, con vestido
Peregrino, de cuerpo agigantado.
Que a su presencia vengan, comedido
Latino manda. “Al punto”, dice, “oirelos”.
Y va el trono a ocupar de sus abuelos.

XXXIV

Fábrica en cien columnas sustentada,
Grande, augusta, soberbia, en una altura
De la ciudad descuella; consagrada
Por religión antigua y selva oscura.
De Pico laurentino real morada
Fue antaño. Por presagio de ventura
Allí los nuevos reyes recogían
El cetro y fasces que al poder se fían.

XXXV

Templo era y tribunal: en sus altares
Corderos inmolando, los señores
De la corte a gustar sacros manjares
Sentábanse en continuos cenadores.
Cada príncipe vio las tutelares
Imágenes allí de sus mayores
El vestíbulo ornar, nobles y enhiestas,
Obras de antiguo cedro, en orden puestas.

XXXVI

Ítalo allí; y aquel que al italiano
Suelo trajo la vid, el buen Sabino,
A quien, aun hora, figurado anciano,
La corva hoz le asoma, autor del vino:
El gran Saturno y el bifronte Jano
Muestran, callando, su poder divino:
Otros reyes les siguen, con heridas
Marciales, por la patria recibidas.

XXXVII

De antiguos triunfos testimonios mudos,
Hay en los sacros postes mil despojos:
Armaduras suspensas, penachudos
Yelmos, corvas segures ven los ojos:
Ven sin número allí dardos y escudos,
Ven de puertas grandísimos cerrojos;
Cautivos carros, y espolones graves
Quitados por valientes a las naves.

XXXVIII

Pico, de potros domador ufano,
Con trábea corta, allí también se muestra,
Báculo quirinal tiene en la mano,
Sentado, y sacra adarga en la siniestra:
Pico, a quien ya, de ardor tocada insano,
Hirió con vara de oro maga diestra,
Circe, amante cruel; con hierbas malas
Mudóle en ave y le pintó las alas.

XXXIX

En este, pues, de dioses templo digno,
De sus abuelos en el rico trono,
El rey audiencia concedió benigno.
Entraron los legados, y él con tono
Manso y afable, de clemencia signo,
“Hablad, dardanios; vuestro ruego abono”,
Les dice: “antes que vistos anunciados,
Yo vuestro oriente sé, sé vuestros hados.

XL

Mas ¿cuál deliberada causa, o ciega
Necesidad a nuestra costa impele
Y a puerto ausonio vuestra escuadra apega?
¿Fue que el rumbo perdisteis? ¿O, cual suele
Avenir al que en alta mar navega,
Tras rodear tan largo, al leño imbele
Embistió ronca tempestad? Propicio,
Siempre, tendréis en nuestra casa hospicio.

XLI

A los latinos apreciad: lejanos
De pacto escrito y de penal violencia,
En dulce paz cultivan como hermanos
Antiguos usos, de Saturno herencia.
Y ya entre los auruncos hallé ancianos
Que, si bien entre sombras (influencia
Envidiosa del tiempo), en la memoria
Aun guardasen de Dárdano la historia.

XLII

Fue de esta, dicen, suya, a patria ajena;
Fue a las frigias ciudades, cabe el Ida,
Y de la tracia Samos el arena
Honró, que hoy Samotracia se apellida:
Dejó a Corito y su mansión tirrena;
Y en el celeste alcázar ya le anida
Áureo solio que esmaltan luminares,
Y goza él, nuevo dios, culto y altares.”

XLIII

“¡Sangre ilustre de Fauno, gran Latino!”
Palabras tales respondió Ilioneo:
“No aquí impelida nuestra flota vino
Por rudo soplo en agitado ondeo;
Estrella no torció nuestro camino,
Ribera no engañó nuestro deseo:
Trajo nuestros bajeles a esta rada
Concorde voluntad nunca arredrada.

XLIV

De la nación mayor que peregrino
Viniendo de los límites de Oriente
El sol miraba, nos lanzó el destino.
Tiene en Jove principio nuestra gente;
La juventud dardania del divino
Abolengo se precia. A aquella fuente
El que a ti nos envía está cercano,
Hijo de diosa, Eneas, rey troyano.

XLV

Cuántas nubes de muerte de Micenas
A asolar fueron la ciudad troyana;
Cuál lucharon al pie de sus almenas
Asia y Europa con cruenza³ insana,
Lo sabe el que las últimas arenas
Pisa do va a quebrarse espuma cana;
Lo sabe a quien la zona ancha intermedia
Aísla, y sol abrasador asedia.

XLVI

Después de aquel diluvio y largo viaje,
Sobrio asilo en tus costas, lo que asombre
Nuestros dioses, pedimos, y hospedaje:
El aire y agua, propiedad del hombre.
No será al reino nuestro ingreso ultraje;
Crecerá nuestro amor y tu renombre:
¡Si a Troya, ausonios, vuestro seno abriga,
No la veréis ingrata ni enemiga!

XLVII

Y esto lo juro por lo que es Eneas;
Por su diestra, no menos ya probada
En sellar pactos que en vencer peleas.
Muchos pueblos —tenernos en nonada
Excusa, ¡oh rey!, aunque extender nos veas
En las manos la oliva; aunque embajada
De súplicas traigamos—, gentes muchas
Ligas nos propusieron y no luchas.

³ Cruenza: crueldad.

XLVIII

Mas por divina voluntad guiados
A los bordes venimos de tu imperio:
A la cuna de Dárdano los hados
Traen los nietos de Dárdano. Con serio
Ordenamiento, a los tirrenos prados
Que honra el Tibre, y, envueltas en misterio,
Nos mueve a las vertientes de Numico,
El sabio Apolo, de promesas rico.

XLIX

Que en prenda de concordia aceptes fía
Los breves restos de la patria cara.
Memorias de otra edad, quien los envía:
Ve en qué oro libó Anquises en el ara;
Mira cuáles, si al pueblo reunía,
En su alto tribunal cetro y tiara
Príamo usaba, y el bordado arreo
Por damas de Ilion. —Habló Ilioneo.

L

Suspense el rey le escucha; mas no tanto,
Mientras, bajos los ojos, con prolija
Pausa los vuelve, en el purpúreo manto,
Ni en el cetro real la atención fija:
Ideas tales no le ocupan, cuanto
El proyectado enlace de la hija;
Y la voz del oráculo elocuente
Revuelve pensativo allá en su mente.

LI

‘Que este es’, se dice, ‘el anunciado yerno
Con quien mi cetro he de partir, medito;
El que hará de su raza el nombre, eterno,
Y de su imperio el ámbito, infinito.’
“Vos el augurio que feliz discerno”,
Exclama luego con gozoso grito,
“¡Dioses, sellad, y coronad mi idea!
Troyano, en lo que a ti, cual pides sea.

LII

Ni menosprecio el don. Mientras Latino
Impere, no de fértiles terrenos
Opimos frutos, de Ilión divino
Magnificencias no echaréis de menos.
Y, ¡oh!, si unir con el nuestro su destino,
Si hospedaje leal, días serenos
Anhela vuestro rey, ¿por qué me niega
De verle el gozo, y ante mí no llega?

LIII

Ojos amigos le verán; y en muestra
De la alianza que firmar decido,
Estrecharé su diestra con mi diestra.
Id, y en mi nombre referidle, os pido,
Que una hija tengo que en la patria nuestra
Hallar no puede para sí marido;
Con profética voz glorioso abuelo,
Con visiones de horror lo impide el cielo.

LIV

Vendrá yerno extranjero a mi palacio;
Me le anuncia infalible profecía:
En él sus esperanzas finca el Lacio;
Y él, su raza empalmando con la mía,
De nuestro nombre llenará el espacio:
Por tal el hado a vuestro rey me envía;
Créolo, y si es verdad lo que adivino,
Lo anhela el corazón.” Habló Latino.

LV

Y manda que, uno a uno, a los troyanos
Lleven sendos caballos: de trescientos
Que en reales cuadras hay, los más lozanos.
Con púrpura y bordados paramentos
Y colleras riquísimas ufanos
Van los ágiles brutos, opulentos
Con el profuso aurífero tesoro,
Y el bocado volviendo, muerden oro.

LVI

Hermoso carro para el rey ausente,
Y dos potros con él, despacha luego,
Que, renuevos de eléctrica simiente,
Por la abierta nariz despiden fuego:
Los bridones del sol secretamente
Sagaz con yegua oculta a fértil juego
Circe movió: fruto estos de esa traza,
Bastardos brotes son de etérea raza.

LVII

Así, en regios corceles caballeros
Y de regias mercedes abrumados,
Portadores de paz, ya mensajeros,
Tornaban a su campo los legados.
Partiendo, a la sazón, de los linderos
Argivos, con los céfiros alados
Volando va de Júpiter la esposa
En su carro gentil soberbia diosa.

LVIII

Y lejos desde el sículo Paquino,
Ve ledos a Eneas; ve a su gente, dada,
En la tierra a quien fía su destino,
Bases a echar de sólida morada,
Las naves olvidando. En su camino
Paróse adolorida y asombrada
La diosa, y meneando la cabeza,
Sola consigo a razonar empieza:

LIX

“¡Oh raza aborrecida! ¡Oh frigios hados,
Por siempre opuestos a los hados míos!
¡Qué! ¿Cautivos quedar, y no estorbados?
¿Eso logran? ¿Sin fuerza, y no sin bríos?
¿Ilesos de sus muros abrasados
Salir, y de las hondas de sus ríos?
¿Y entre aceros y llamas, ruina y muerte,
Hallar camino y restaurar la suerte?”

LX

¡A bien que de venganzas satisfecha
 Yo, o cansada de odiar, desistiría!
 ¡Luego que el hado de Ilión los echa,
 Prófugos restos, a la mar bravía,
 Mi cólera en las olas los estrecha,
 Les cierro a toda empresa toda vía,
 Y armada, último golpe, les afronto
 Con las iras del cielo y las del ponto!

LXI

¿Qué me sirvió Caribdis vasta, o Escila,
 Ni qué las Sirtes? La nación troyana
 Libre del mar, respecto a mí tranquila,
 Ya el Tibre deseado ocupa ufana.
 ¡Y a los lápitas fieros aniquila
 Marte! ¡Y en manos pone de Diana
 Jove a los calidonio por perdellos!⁴
 ¿Cuál el gran crimen fue de estos o aquellos?

LXII

¡Y yo, esposa de Júpiter, que empleo
 Cuanto recurso da el furor; que ensayo
 Cuanto plan dicta el odio, ¿qué granjeo?
 ¡Ser de Eneas vencida!... ¡Aun no desmayo!
 Ajena mano, si en la lid flaqueo,
 Irá a encender de mi venganza el rayo;
 ¡Y si el cielo a mover mi voz no alcanza,
 Empeñaré al averno mi venganza!

⁴ *Perdellos*: perderlos.

LXIII

No ya el imperio del país latino,
Ni de Lavinia la ofrecida mano
(Si así inflexible lo ordenó el destino),
Quitar pretendo al príncipe troyano.
Mas yo estorbos sin cuento en su camino,
Yo pondré entre ambas razas odio insano;
¡A ambos reyes tan caro así les cueste
Ser yerno este de aquel, suegro aquel de este!

LXIV

¡La sangre de dos pueblos es tu dote,
Y madrina a tu unión Belona asiste,
Virgen!... Hacha nupcial que incendios brote,
Hécuba, no tú sola concebiste;
Que también de dos pueblos para azote,
De Paris ominoso copia triste,
Nació el hijo de Venus. Boda nueva
Ya a Troya renaciente estragos lleva.”

LXV

Dijo, y el carro la soberbia diosa
Con rápido descenso inclina a tierra;
Y de aquella región que tenebrosa
Las hermanas frenéticas encierra,
Evoca a la impía Alecto, que rebosa
En fraudes, iras y rencor de guerra;
Que todo crimen e intención dañada
Tiene en ella su nido y su morada.

LXVI

Horrible es entre monstruos infernales;
Plutón mismo su padre, y las hermanas
Tartáreas la detestan; ¡visos tales
Y tantas apariencias inhumanas
Toma y muda, afligiendo a los mortales!
¡En serpientes tan ásperas e insanas
El crin le abunda que su cuello eriza!
Juno a hablarle empezó, y así la atiza:

LXVII

“Tú sola, hija de la Noche, puedes
Conseguir lo que imploro; ¡oh virgen!, fío
Que en tan estrecha coyuntura, vedes
Que sucumba mi honor y el poder mío:
No dejes tú que, entre nupciales redes
De Latino envolviendo el albedrío,
A mansalva el troyano aventurero
Los ítalos confines tome artero.

LXVIII

Tu ardiente azote altera y tu veneno
Públicos y domésticos enlaces;
Por ti hermanos unánimes, terreno
Sangriento van a disputar: falaces
Tienes mil nombres, artes mil. ¡Tú el seno
Astuto anima, pues: juradas paces
Rompe; discordias siembra: audaz asome
La juventud; pida armas, armas tome!”

LXIX

Al punto, el corazón y las miradas
Infectas de ponzoña medusina,
Del rey a detenerse en las moradas,
Alecto vuela a la región latina:
Mueve en silencio a Amata sus pisadas:
Amata a la llegada repentina
De los troyanos, y a la ansiada boda
De Turno, su atención dedica toda.

LXX

En congojas y lloros femeniles
Se abrasaba la reina, cuando vino
La Furia a su mansión con pasos viles:
Tírale del cabello serpentino
Uno de sus cerúleos reptiles,
Y se lo hunde en el seno, porque el tino
Pierda, y corra el palacio, y a él transmita
Todo el furor del monstruo que la agita.

LXXI

Y ya el áspid sutil por entre el bello
Seno y las ropas de la reina gira;
Ya, sin que la infeliz se cure de ello,
Víbora, alma de víbora le inspira:
Crece, y dorada alhaja orna su cuello;
Crece, y cinta elegante atar se mira
Sus cabellos y sienas; crece, y blanda
Hincha sus venas, por sus miembros anda.

LXXII

Mientras el virus primero que destila
De la ponzoña húmida, resbala
Por los sentidos tímido, y vacila
El fuego oculto que los huesos cala;
Mientras no oprime al ánimo intranquila
Toda la fuerza del incendio, exhala
La dolorida reina quejas tales
A estilo y en acentos maternos:

LXXIII

“¿Tú nuestra única hija (y largo lloro
Por la hija y frías bodas derramaba.
Así hablándole al rey), nuestro tesoro
Darás a advenedizos? ¿Ni hallas traba
En su suerte, en mi amor, en tu decoro?
Haya viento propicio, ¡y por esclava
Llevarásela a bordo, y dejárame
En duelo eterno el robador infame!

LXXIV

Ejemplo toma del pastor troyano
Que de Esparta a Ilión llevo a Elena.
¿Qué? ¿Y tus santas promesas son en vano,
Tu patriótico celo? ¿Harás ajena
Esa que veces mil paterna mano
Tendiste a Turno ya de afecto llena?
Oigo me arguyes que forzoso agüero
Subyuga el Lacio a príncipe extranjero.

LXXV

Si Fauno así sobre tu mente impera,
No se rinde por eso mi deseo;
Región independiente es forastera,
Que a esto los dioses aludieron creo:
El origen de Turno considera:
Ínaco, Acrisio, entre los nombres leo
Que, honrando patria extraña, honran su gente,
Y la clara Micenas fue su oriente.”

LXXVI

En balde hablaba así la reina: mira
Que en Latino sus voces no hacen mella;
Y ya, quemando sus entrañas, gira
El veneno furial por toda ella:
Movida, en fin, de ponzoñosa ira,
Fantasmas ve, respetos atropella,
Y por la ancha ciudad el paso ciego
Abrevia con febril desasosiego.

LXXVII

Cual peonza que en plaza despejada
De juguetones mozos circuida,
Va, del torcido látigo azotada,
Que hace que, vueltas dando, espacios mida;
A ver el boj tornátil de pasada
Necia, curiosa ociosidad convida
Absorta turba; y ni el herir se aplaca,
Ni él menos bríos de los golpes saca:

LXXVIII

Por medio a la ciudad, y entre sus gentes
 Indómitas, el paso precipita
 La reina así con ímpetus ardientes.
 Nuevas furias concibe ya, medita
 Escándalo mayor: en accidentes
 Convulsivos, semeja que la agita
 Interno Baco: a selva hojosa, inculta,
 Lleva a la hija consigo; allí la oculta.

LXXIX

Tal eludir o deshacer aquella
 Boda intenta que teme y que desama:
 Y gritando ¡*Evohé!* de la doncella
 Único digno a ti, Baco, proclama;
 Que por ti, dice, en tiernas hojas ella
 Viene a vestir tu predilecta rama;
 Por ti, ofrecida a ti, danzando en coro,
 Suelta de sus cabellos el tesoro.

LXXX

Corre la nueva; y del furor tocadas
 Ya todas las matronas, desparcidas⁵
 Las melenas al viento, sus moradas
 Dejan, buscando insólitas guaridas:
 Astas vibran de pámpanos ornadas,
 Y de rústicas pieles van vestidas;
 Otras dan voces de dolor. Blandea⁶
 Amata en medio improvisada tea.

⁵ *Desparcidas*: esparcidas, sueltas.

⁶ *Blandea*: blande.

LXXXI

Y anuncia a voces, con mirar de llama,
 De Lavinia y de Turno el himeneo;
 Y “¡Oíd!”, en brozno⁷ acento, “Oíd”, exclama,
 “Oh matronas del Lacio, mi deseo:
 Si aún a la triste reina amáis que os ama,
 Si honráis fueros maternos, el arreo
 De las sienes al punto desatando
 Que orgías conmigo celebréis os mando.”

LXXXII

Así en los bosques, en feral desierto.
 Con estímulos báquicos incita
 Alecto a Amata; y como mira cierto
 Prender la llama que atizó maldita,
 Y en conflicto por ende y desconcierto
 Ve la real casa, y lo que el rey medita,
 Hacia el rútilo audaz la diosa triste
 Va en negras alas que su cuerpo viste.

LXXXIII

Tiende ella el vuelo a la ciudad que él ama,
 La cual Dánae, traída a la ribera
 Al ímpetu del Noto, fundó, es fama,
 Con acrisios colonos. Árdea era
 Floreciente el lugar, Árdea hoy se llama:
 Cambió la suerte, el nombre persevera.
 Allí, mediada ya la noche umbría,
 En su excelsa mansión Turno dormía.

⁷ Brozno: bronco.

LXXXIV

Deja Alecto su cuerpo horrible, deja
Su apariencia furial; la toma humana;
Ara con rugas mustia faz de vieja;
Con venda ciñe la melena cana
Y con rama de oliva; y ya semeja
A Cálibe, al andar, ministra anciana
De Juno y de su templo. De esta suerte
Muéstrase a Turno, y voces tales vierte:

LXXXV

“¡Turno! ¿y así permitirás que nada
Te sirvan tantos méritos, y lleve
Huésped dardanio en mengua de tu espada
El cetro que en justicia se te debe?
Aquel enlace y dote conquistada
Por ti con sangre, el rey te niega aleve:
Y a un extranjero en tu lugar convida.
¡Ve, y por ingratos luego expón tu vida!

LXXXVI

Ve, y los tirrenos debelando fuerte,
La paz a los latinos asegura.
Estos avisos mándame traerte
Entre el descanso de la noche oscura,
Saturnia poderosa. ¡Sus! ¡Despierte
Tu ardor la juventud, y la conjura
Los muros a dejar, de armas provista,
Y haz que a los frigios animosa embista!

LXXXVII

Tú a esos, que yacen junto al bello río,
Y a sus pintadas naves fiero hostiga
Con rayo abrasador. El labio mío
Te enseña lo que el cielo a hacer te obliga.
¡Latino propio si en infiel desvío
Niega el pactado enlace, como amiga
Probó tu mano ya, pruébela ahora
Justiciera también y vengadora!”

LXXXVIII

Burlándose el doncel de la adivina,
“No ha faltado”, contesta, “cual supones,
Nuncio que a la ribera tiberina
Me avise que llegaron galeones.
¿Mas tú a notificarme de ruina
A qué vienes con lúgubres ficciones?
No ha puesto la alta Juno todavía
En olvido mortal la causa mía.

LXXXIX

Ya: decrépita edad, y asombradiza
De suyo la vejez, tu mente, ¡oh buena
Mujer!, con temorcillos martiriza,
Y de especies fatídicas te llena
Viendo entre reyes la empeñada liza.
Cuidar las aras tu deber te ordena;
Hazlo, y deja del reino a los magnates
Acordar treguas o librar combates.”

XC

En cólera creciente se inflamaba
Alecto oyendo a Turno; y Turno, yerta
Paró la vista, aun bien de hablar no acaba:
Espantosa visión le desconcierta,
Convulsivo terror sus miembros traba.
¡Así disforme a demostrarse acierta
La furia, al propio ser vuelta de lleno!
¡Tanto silban las hidras de su seno!

XCI

Y ya con vista que abrasando mata,
Al joven, que algo, en la ocasión estrecha,
En balde de añadir medroso trata,
Sus ojos tuerce y la intención desecha;
Y dos gemelos áspides desata
De la crin ruda de serpientes hecha,
Chasquéalos su mano, ira rebosa,
Y esto agrega con boca ponzoñosa:

XCII

“¡Mira la ilusa aquí, la asombradiza,
A quien el peso de los años, buena
Mujer, con temorcillos martiriza!
¡La que de especies vanas anda llena
Viendo entre reyes empeñada liza!
Torna, torna a mirar, si no te apena:
Furia soy de los reinos infernales;
Guerras llevo en la mano y fieros males!”

XCIII

Así diciendo, vengativa tea
Al joven lanza, en cuyo triste pecho
Ya con negro fulgor hundida humea.
En sudor copiosísimo deshecho,
Que brota y cala, pavorosa idea
Su letargo interrumpe; y ya en el lecho,
Ya fuera, con voz ronca y mano brusca,
Armas pide frenético, armas busca.

XCIV

Y en sed de sangre criminal, en fiera
Rabia arde loco. Así en sonante llama
Los costados de férvida caldera
Cerca y envuelve allegadiza rama:
Siente el agua el ardor, bulle ligera,
Y enciéndose, y borbota, y se derrama
La desbordada espuma, y vuelto nube
El cálido vapor al aire sube.

XCV

He aquí a sus nobles contra el rey Latino,
Rompida⁸ entre ambos pueblos la alianza,
Turno señala militar camino,
Y armados los convoca a la venganza:
A Italia defender es su destino,
Y rechazar al invasor; que alcanza
Por sí sola, dice él, la fuerza suya,
A que el Latino ceje, el Teucro huya.

⁸ *Rompida*: rota.

XCVI

Hecho a los suyos Turno estas razones,
Y a los dioses pedido fuerza y guía,
Entre sí los rutulios corazones
A la lid se estimulan a porfía:
Corren unos a armarse campeones
Ricos de juventud y lozanía;
Quiénes fieros con sangre regia, y quiénes
Con brazo ilustre y triunfadoras sienes.

XCVII

Turno inflama a los rútilos; y vuela
A los teucros en tanto Alecto impía,
Con nueva traza, al margen va do anhela
Tras las fieras Ascanio o las espía;
Y con violento ardor hace que huela
Rastros de ciervo la sagaz jauría
Que Ascanio lleva. Rústicos furores
Aquí nacieron; y después, horrores.

XCVIII

Con altos cuernos y gentil figura,
Temprano hurtado al maternal sustento,
Hubo un ciervo a quien daban con ternura
De Tirreo los hijos alimentos;
(Tirreo, aquel que en campos de verdura
Custodiaba del rey greyes sin cuento),
Mas si querido a los mancebos era,
Silvia ante todos en su amor se esmera.

XCIX

Ama él su servidumbre, ella le adora;
Plácida joven, la enastada frente
Con suaves guirnaldas le decora,
Peina a su ciervo y lávale en la fuente:
Manso a la mesa va de su señora,
Ledo caricias de su mano siente;
Ociosas horas en la selva pasa,
Mas de noche, aunque tarde, vuelve a casa.

C

De la querencia, a la sazón, distante,
Ansioso el ciervo de apacible frío,
Sesteaba en la playa verdeante,
Nadando a tiempos a merced del río.
Los podencos de Ascanio, allí cazante,⁹
Fieros le avientan con ardiente brío;
Y a impulso Ascanio de ambición inquieta,
Lanza del combo arco una saeta.

CI

Y dio acierto fortuna a su descuido;
Que a herirle los ijares, por el viento
Volando al ciervo fue con gran ruido
La flecha aguda. El triste huye sangriento
A la usada mansión, y con gemido
Como quien llora y llama en su lamento,
Entra en su establo, y los contornos llena
Con los ecos dolientes de su pena.

⁹ *Allí cazante*: que allí cazaba.

CII

Con las palmas los brazos se golpea,
Y alza Silvia tristísimos clamores;
Fue el primer llamamiento que a pelea
Convocó los fornidos labradores.
Ellos (pues ya invisible la impía Dea
Sembrara en la agria selva sus ardores)
Al punto comparecen: este saca
Tizón agudo; aquel ñudosa¹⁰ estaca.

CIII

Cuanto ha tomado, en armas lo convierte
La rabia, y toma cuanto a mano mira.
Con recias cuñas, con empuje fuerte,
Tirreo a la sazón a hender aspira
Un roble colosal. Y como advierte
Amenazas venir, fuego respira
Del hacha asiendo arrebatado, y llama
Los suyos a su lado y los inflama.

CIV

Volando en esto la terrible diosa,
Que alta¹¹ el momento de dañar espía
Precipítase audaz, y el ala posa
En la cumbre mayor de la alquería;
Y desde allí la seña sonora
Que a pastores reúne, al aire fía,
Y por el campo, con el corvo cuerno,
Hace sonar los ecos del Averno.

¹⁰ Ñudosa: nudosa.

¹¹ Que alta: desde una altura.

CV

Y el campo se estremece y la arboleda,
Y atónita retumba selva anciana
En son profundo; y aunque lejos queda,
Oye el clamor el lago de Diana,
Y el Velino, y el Nar, que blanco rueda
Pues de vertientes sulfurosas mana;
Trémulas madres, al rumor del trueno,
Apretaron los hijos contra el seno.

CVI

Corren al son de la bocina insana
Los rústicos, tomando armas a tienta;
Corre, a auxiliar a Ascanio, la troyana
Juventud en abierto campamento.
Ordénanse las haces: no es villana
Riña ya, ni se ostenta el ardimiento
Con macizas estacas o tizonas;
No; que blanden el hierro, y son legiones.

CVII

Oscura mies de puntas encontradas
El campo cubre, y en dudosa liza
Reflejan en las nubes las espadas
Del sol los rayos. Tal primero eriza
El piélagos sus ondas, y encrespadas,
Más y más cada vez se encoleriza,
Y encumbrándose, en fin, desde su asiento,
Esforzado amenaza al firmamento.

CVIII

He aquí, lidiando en avanzada hilera,
Crujiente flecha a su garganta asida
Almón cayó, que entre los hijos era
De Tirreo, el mayor. La cruda herida
Con la ferviente sangre que aglomera,
La húmida voz y la delgada vida
Extinguió del mancebo, a cuyos lados
Muchos otros sucumben derribados.

CIX

Allí murió Galeso, que intervino
Medianero de paz, ¡infortunado!
Rico en tierras cual no otro convecino,
Él, viejo ilustre, y de virtud dechado:
Contaba en sus dehesas de contino
Rebaños cinco de mayor ganado
Y cinco greyes de lanosa cría;
Y el campo con cien yuntas revolía.

CX

Mientras pugnaban con incierto Marte,
Firme en cumplir lo que a su fe se fía
Habiendo Alecto por su fuerza y arte
Comprometido en bélica porfía
Y funeral destrozo a cada parte,
Arrebola con sangre su alegría,
Deja a Italia, veloz cruza la esfera,
Y a Juno en voz de triunfo dice fiera:

CXI

“Lo que ansiaste, atroz guerra, odios insanos,
Te doy: sangre ha corrido: ahora, si puedes,
¡Ve, reconcilia a ausonios y troyanos!
Más allá iré, si gracia me concedes:
Azuzaré los pueblos comarcanos,
Y atraeré sus auxilios con mis redes
Al incendiado campo de la guerra:
¡De armas, si faltan, sembraré la tierra!”

CXII

“Basta de ardides y traspasos; tente!”
Juno así respondió. “Robusta nace
Esta guerra por sí: sangre reciente
Tiñe las armas que el furor les hace,
Y trábalos él mismo en lid patente.
Que a tan ardiente unión y estrecho enlace
Venga de Venus la famosa casta
Y el rey Latino mismo, esto me basta.

CXIII

¡Y vete al punto! El que en Olimpo impera
No ya en paz que siguieses llevaría
Vagante furia en superior esfera:
Si aun hay algo que hacer, a mí lo fía.”
Mientras hablaba así Juno altanera,
Con áspides Alecto descogía
Las bramadoras alas, deja el cielo,
Y al Cocito veloz despeña el vuelo.

CXIV

Hay en mitad de Italia, sojuzgado
De montes, noble sitio, por la fama
En apartadas tierras celebrado,
A quien valle Omnisanto el vulgo llama:
Selva le ciñe de uno y otro lado
Con medrosa negrura y densa rama;
Y entre rocas, en óndico tumulto,
Por el bosque un torrente suena oculto.

CXV

Horrenda cueva allí la vista espanta,
A Plutón y sus reinos abertura:
Roto Aqueronte, férvida garganta
Gran voráGINE abre, y nube oscura
De vapores pestíferos levanta;
Allí el odioso numen su figura
Escondió derribándose al profundo,
Y su serenidad devuelve al mundo.

CXVI

Entretanto a los bélicos furores
Juno cuida poner última mano.
A la ciudad los míseros pastores
Acorren, y sin vida a Almón lozano
Exponen; y esforzando los clamores,
Hendido el rostro de Galeso anciano
Enseñan; y cobrando la esperanza
A los dioses y al rey piden venganza.

CXVII

En medio del alegato se presenta
Turno feroz, el cual de sangre y llama
El terror con sus voces acrecienta:
Que a reinar a los teucros se les llama,
Que frigia raza en su lugar se asienta,
Y a él se pone a las puertas, dice, y brama,
Y hacen parte con él hijos de aquellas
Que de Amata en furor siguen las huellas.

CXVIII

Mientras las madres en vinosa danza
Atropellan florestas y collados
(¡De una reina el ejemplo tanto alcanza!),
Ellos de un numen infernal tocados,
Convocan en tropel a la matanza,
Contra el querer del cielo y de los hados,
Contra el temor de oráculos y agüeros;
Y las puertas del rey asedian fieros.

CXIX

Cual peñón en los mares, él resiste;
Como el peñón a quien con golpe rudo
En fragor recio el oleaje embiste,
Y él las ondas ladrantes oye mudo,
Y escollos, rocas que la espuma viste
Hirviente en derredor, los ve desnudo,
Y firme mira, en sus costados rota,
Ir y venir el alga que le azota.

CXX

Yendo las cosas a merced de Juno,
Al fin el mal consejo halló camino;
Tal que, habiendo a los dioses uno a uno
Y a los vientos alígeros Latino
Conjurado con votos importuno,
“En ondas”, dice, “adversas el destino
Nos arrastra. Vosotros, homicidas,
La impiedad pagaréis con vuestras vidas.

CXXI

A ti está reservado acerbo filo;
Tarde a los dioses volverás tu ruego,
¡Oh Turno desdichado! Yo al asilo
Que abre la tumba a mi esperanza, llevo;
Solo me privas de morir tranquilo!”
Habló Latino, y encerróse luego,
Y a tristes pensamientos entregado,
Las riendas abandona del Estado.

CXXII

Fue en el Lacio costumbre; los albanos
Pueblos la honraron luego; y la gran Roma,
Hoy si a los getas lleva o los hircanos
Luto, o sobre los árabes asoma,
O a Oriente o a los indos va lejanos,
O enseñas propias a los partos toma,
Roma, abriendo a sus triunfos la carrera,
En la misma costumbre persevera:

CXXIII

Y es así que dos puertas tiene iguales
El templo que renombran de la guerra,
Por ritos consagrado inmemoriales,
Y por Mavorte, que sangriento aterra:
Guarnécenle cien barras, y son tales
El bronce y hierro que lo mura y cierra,
Que el tiempo destructor los muerde en vano;
Y firme los umbrales guarda Jano:

CXXIV

Y apenas el Senado la balanza
Inclina por la guerra, ya, ceñida
Romúlea toga a la gabina usanza,
Vistoso el cónsul presentarse cuida;
Las chilladoras puertas abre, y lanza
El grito que venganzas apellida:
Le sigue el pueblo, y la guerrera pompa
El clangor¹² solemniza de la trompa.

CXXV

Estas puertas de lúgubre destino,
Rebelde chusma con furor tirano,
Siguiendo la costumbre, al buen Latino
Mandaba abrir contra el poder troyano;
Mas a alargar el Padre no se avino
Al ministerio vil la regia mano,
Y en sombras ocultóse. El vacuo puesto
La reina de los dioses llena presto.

¹² *El clangor*: el sonido de la trompeta.

CXXVI

La cual del cielo rápida descende,
Y ella misma las puertas rechinantes
Empuja, y los ferrados postes hiende.
Italia, al punto, adormecida en antes,
En bélico furor toda se enciende:
Quiénes a pie se ensayan; arrogantes
Quiénes, en polvo envueltos, potros doman;
Ya todos piden armas, armas toman.

CXXVII

Y a las hachas dan filo, y pulimento
A los lisos escudos y saetas;
Quieren banderas tremolar al viento,
Que el viento hieran voces y trompetas:
Renuevan, pues, al yunque el armamento
Cinco ciudades, a porfía inquietas:
Árdea, Atina potente, Crustumero,
Y Antena torreada y Tibur hero.

CXXVIII

Aperciben las cóncavas celadas,
De cabezas reparo; adargas nuevas
De varillas de sauce conformadas.
Y corazas metálicas y grevas,
Hecho el argento láminas delgadas;
Y nadie ya ni en hoces ni en estevas
Ocupa el pensamiento; que humillado
Yace y se esconde el arte del arado.

CXXIX

¿No ves cuál de sus padres los aceros
 Reforjan en el horno? El clarín suena;
 Pasa de mano en mano entre guerreros
 El símbolo marcial: aquel estrena
 Yelmo arrumbado en casa; aqueste fieros
 Potros a desusado yugo enfrena;
 Y la de triple franja, áurea loriga,
 Toma, el escudo fiel, la espada amiga.

CXXX

¡Hora, musas, abridme el Helicon,
 Mi numen sed! Qué jefes principales
 Corrieron a ganar triunfal corona
 Decid, qué gentes los siguieron; cuáles
 Nobles varones en la hesperia zona
 Ya florecían: honras desiguales
 Da fama oscura a tan insignes hombres;
 Vosotras los sabéis, dictad sus nombres!

CXXXI

Mezencio de los términos tirrenos,
 De los dioses reídor, primero vino,
 Y armó los suyos de coraje llenos:
 Lauso con él, mancebo peregrino,
 El cual gallardo sobre todos, menos
 Turno, se ostenta, y de otro rango dino;¹³
 Hábil jinete y cazador de fieras:
 ¡Nunca hijo de Mezencio, ay, triste, fueras!

¹³ *Dino*: digno.

CXXXII

De Agilina mil hombres sacó en vano
Lauso infeliz. En pos de estas legiones
Noble Aventino en el gramoso llano
Su carro y sus indómitos bridones
Lanza, con palma triunfadora ufano:
De Hércules la hermosura y los blasones
Heredó, y a su escudo da ornamento
Hidra ceñida de culebras ciento.

CXXXIII

Diole a luz en las sombras del collado
Que, como él, goza el nombre de Aventino,
Rea, sacerdotisa, que al agrado
Cedió, débil mujer, de un ser divino,
Luego que, habiendo a Gerión postrado,
A las regiones de Laurento vino
El semidiós, y en tiberinas olas
En paz lavó sus vacas españolas.

CXXXIV

Trae el hijo de Alcides su vestido,
Que ancho los hombros y hórrido cubriendo
Arrastra en puntas a los pies partido;
Piel que muestra, a su frente adorno horrendo,
Los albos dientes de un león vencido;
Tal a su regio alcázar va tremendo
Aventino marchando. Sus peones
Menean fieros dardos y rejonos;

CXXXV

Y la sabina pica aterradora
Blandiendo van. Tras estos, dos hermanos
Dejan, Catilo y el fogoso Cora,
Argiva copia, jóvenes lozanos,
Los tiburtinos muros que decora
Nombre fraterno; y a lidiar insanos
Acorren, y con armas delanteras
A romper del contrario las hileras.

CXXXVI

Hijos de nubes dos centauros, cuando
De níveas cumbres rápidos descienden
Así, ancho espacio abriendo, resonando,
Arbustos postran y la selva hienden.
También Céculo vino con su bando,
Fundador de Preneste, el cual entienden
Todos los siglos que entre vil ganado
Nació, y fue pronto junto al fuego hallado.

CXXXVII

De todas partes campesina hueste
Al rey se adscribe que engendró Vulcano.
Los que tratan las cimas de Preneste,
Los que de Gabia, a Juno grata, el llano;
Los que el gélido Anio, y el agreste
Hérnico monte con arroyos cano;
Los que las tierras de la rica Anaña;
Padre Amaseno, y las que tu onda baña.

CXXXVIII

No armados todos van de firme hoja,
Ni hacen ellos sonar carro y escudo:
Gente es que en balas pardo plomo arroja;
Algunos blanden doble dardo agudo:
De piel de lobo capellina roja
Les defiende la sien: de cuero crudo
Lleva el derecho pie cerrada abarca;
Desnudas huellas el izquierdo marca.

CXXXIX

Gran domador de potros vino luego
Mesapo, el hijo de Neptuno; el hado
Le protege, y ni a espada ni con fuego
Su sacra vida vulnerar es dado.
Él a su pueblo, en secular sosiego
A pacíficas artes avezado,
A la guerra de súbito apellida,
Empuñando el primero arma homicida.

CXL

Forman la multitud que le acompaña
Los que el suelo Falisco y Fescenino,
Los que el alto Soracte, y la campaña
Flavinia, y lago y bosques de Cimino
Tratan, y de Capena la montaña.
Más que terrestre, ejército marino,
No de hombres, sino de aves le creyeras,
Movidas con estruendo a las riberas.

CXXLI

En ordenadas filas los loores
Cantando de su rey marchaban ellos,
Cual entre húmedas nubes sus candores
Muestran los cisnes de Caístro bellos
Cuando vuelven del pasto, y triunfadores
Cantos exhalan de los largos cuellos;
Y el río suena y los asianos vados
De la celeste música agitados.

CXXLII

Guiando Clauso va grandes legiones,
Igual él mismo a una legión potente;
Clauso, ilustre varón, de los varones
Antiguos de Sabinia procedente,
Del cual por las latinas poblaciones,
Tribu admitida al fin, la Claudia gente
Se propagó, desde que Roma dada
Fue en parte a los sabinos por morada.

CXXLIII

Los de Amiterna, innumerable cuento,
Los de Cúres y Ereto habitantes
A Clauso unirse veo en un momento:
La olivosa Mutusca guerreadores
Da a su turno, y la villa de Nomento,
Y el campo de Velino, rico en flores;
Y van los que en Severo desabrido
Y en las tétricas cumbres hacen nido.

CXLIV

Y la Casperia y Forunila gente,
Y la que Himela en sus riberas cría;
La que bebe del Tibre en la corriente,
Y en las aguas de Fábaris: la fría
Nursia y Orcia también su contingente,
Y el latino país el suyo envía;
También arma sus hijos la campaña
Que Alia (;nombre nefasto!) cruza y baña.

CXLV

En número a las ondas van iguales
Que ruedan en el piélago africano
Si triste se hunde en aguas invernales
Orión; o a las que de Hermo en fértil llano
O en las mieses de Licia candeales
Espigas densas tuesta rayo insano;
Y suenan los escudos, y la tierra
Treme, de pies batida, en son de guerra.

CXLVI

Griego, Haleso odia a Troya: sus bridones
Unce al carro, y a Turno, a lid dispuestas
Arrastra mil valientes poblaciones:
Aquellos que del Másico en las cuevas
Cultivan, Baco, tus preciosos dones;
Los que enviaron de sus agrias crestas
Los auruncos ancianos; los vecinos
De los húmedos campos sidicinos;

CXLVII

Y los que a Cales dejan y las bravas
Saticulas guaridas, y el asiento
Que tú, Volturmo, con tus ondas lavas;
Llegan al par los oscos ciento a ciento:
Todos redondas y erizadas clavas
Prendidas llevan con flexible amiento:
Adarga que la izquierda cubre enseñan
Y el corvo alfanje con que en lid se empeñan.

CXLVIII

Ni a ti en mis versos dejaré en olvido
En la ninfa Sebétide engendrado,
Ébalo, por Telón, cuando adquirido
Hubo de los telebos el reinado,
Y en Cáprea, anciano ya, sentó su nido
Estrecho el hijo en el paterno estado,
A los campos Sarrastes le dilata,
Y a los llanos también que el Sarno trata.

CXLIX

Y de Bátulo y Rufras las regiones
Le obedecen, y el valle de Celena,
Y la que Abela entre altos torreones
Campiña mira al pie de pomas llena.
Tercian la pica a guisa de teutones:
Almete de alcornoque la melena
Ciñe en torno: de acero cicaladas¹⁴
Brillan las peltas, brillan las espadas.

¹⁴ *Cicaladas*: acicaladas.

CL

Dichoso en lides, rico en gloria, Ufente,
A ti a la guerra nersa montuosa
También te diputó. La esquiva gente
De los ecuos te sigue, que escabrosa
Tierra ocupa, y de asaltos impaciente
En la caza de monte no reposa:
Siempre a nuevos despojos se aperciben,
Armados andan y de presas viven.

CLI

También, marruvio sacerdote, vino
Umbrón a combatir; movióle a tanto
El rey Arquipo: sobre yelmo fino
Tiende sus hojas el olivo santo.
Él los monstruos del reino serpentino
Con el tacto domaba y con el canto;
Iras durmiendo de dragón furente
Manso paraba el ponzoñoso diente.

CLII

¡Mísero sabio!, no será que vede
El paso a la troyana arma homicida
Tu canto soporífero; ni puede
Hierba sanar la inevitable herida
Si en marsos montes se buscarse adrede.
El bosque te lloró que Anguicia cuida,
Y las diáfanas olas de Fucino;
Vivos lagos lloraron tu destino.

CLIII

Luego, prole de Hipólito, dechado
Llegó, Virbio, de garbo y lozanía:
Con la prístina gloria señalado
Materna Aricia a pelear le envía
Del fondo de la selva en que educado
Fue por Egeria, cabe la onda fría,
A par del ara ilustre de Diana,
Rica en votos, no tinta en sangre humana.

CLIV

Es fama que después que sin ventura,
Por traza infame de madrastra fiera
Y de padre cruel sentencia dura,
Fue Hipólito arrastrado en la ribera
Por caballos sin freno, al aura pura
Tornóse a alzar y a la superna esfera,
Por merced de Diana y su cuidado
Con médicas raíces reanimado.

CLV

Miró indignado el padre omnipotente
Que un hombre de los reinos infernales
Volviese así con apacible frente
A la luz y a los hálitos vitales,
Y ráfaga flechó de fuego ardiente
Contra el de ciencia tanta y hierbas tales
Sabio descubridor, hijo de Apolo,
Y en las estigias aguas sepultólo.

CLVI

Compadecida entonces la alma diosa
A Hipólito tendió su mano pía,
Y en morada le oculta nemorosa
Y allí a la ninfa Egeria le confía:
Oscuro así y en soledad dichosa
Una vida ingloriosa viviría
Por las selvas itálicas, cual hombre
Nuevo, de Virbio bajo el nuevo nombre.

CLVII

Al templo y a los bosques de Diana
Por eso a los cornípedos corceles¹⁵
Llegar no es dado, pues la mar cercana
Huyendo, y monstruos de la mar crueles,
Tiraron mozo y carro en fuga insana.
Él no menos audaz, ellos más fieles,
Sus potros en el campo el hijo incita,
Y su carro a la guerra precipita.

CLVIII

Revuélvese ante todos corpulento
Y sobre todos la cabeza eleva
Armado Turno, cuyo almete al viento
Triple penacho ofrece, y alta lleva
Quimera que respira etneo aliento:
Ella su ardor al parecer renueva
Envuelta en tristes llamas, a medida
Que la lid se ensangrienta embravecida.

¹⁵ *Cornípedos corceles*: caballos.

CLIX

Con altos cuernos y relieves de oro
En tanto el terso escudo abulta Io,
Prole aparente de cerdoso toro
(Nobiliaria leyenda); Argos impío
Custodio allí de virginal tesoro
Osténtase también; también un río
Figurado de líquida abundancia
De la urna cincelada Inaco escancia.

CLX

Con trabadas rodela en los llanos
Una nube le sigue de peones:
Allí van los argivos, los sicanos
Antiguos, en cerrados batallones,
Y rútilos, y auruncos, y sacranos;
Los labicos, que pintan sus blasones;
Los que te explotan, Tibre, en bosques rico,
Y tus sagradas márgenes, Numico.

CLXI

Y las gentes que rútilos collados
Cultivan; las que tratan la colina
Circea; las que campos sojuzgados
A Júpiter Anxur, y el que domina
Holgándose en sus verdes arbolados
Feronia; las que la húmeda Pontina
Laguna, y hondos valles por do Ufente
Helado va en el mar a hundir la frente.

CLXII

Con gallardo escuadrón la marcha cierra
 Honor, Camila, de la volsca gente:
 Sus jinetes temblar hacen la tierra
 Acorazados de metal luciente.
 No a hilar, no a tejer mimbres, mas en guerra
 A lidiar y a sufrir, manos y mente
 Dio la animosa virgen, que en su vuelo
 Vence al aura y apenas toca el suelo.

CLXIII

Sobre campos y mieses pasaría
 Sin mover las aristas la doncella
 En su rápido curso; cruzaría
 Con planta enjuta y fugitiva huella
 Hinchadas olas de la mar bravía
 Como suspensa aparición. Por vella,¹⁶
 Mozos, hembras, en campos y poblados,
 Acuden a su paso embelesados.

CLXIV

Y aun de lejos admiran cómo vuela
 Gentil; cómo con púrpura los bellos
 Hombros, terciando regio manto, vela;
 Y cómo los undívagos cabellos
 En auríferos hilos encairela;
 Cómo con licia aljaba da destellos;
 Y cuál blande con noble desenfado
 El mirto pastoral de hierro armado.~\$

¹⁶ *Por vella:* por verla.

Libro octavo

I

Así que de la guerra el estandarte
Turno en su alcázar tremoló en Laurento,
Y con ronca trompeta a toda parte
El alarma llevó, y en movimiento
Sus potros puso y el tropel de Marte,
Los ánimos se turban al momento,
Todo el Lacio a su voz tiembla y le imita,
Toda la juventud arde y se agita.

II

Por sumos jefes van Mesapo, Ufente,
Y aquel que de los dioses se reía
Mezencio audaz: de agricultora gente
La campaña doquier dejan vacía,
Recursos rebatando.¹ Incontinente
A Vénulo sagaz allá se envía
Do el gran Diomedes asentó su corte,
Que anuncios lleve y de él favor reporte.

¹ *Rebatando*: arrebatando.

III

Cómo con frigias naves ha llegado
Al Lacio; cómo ocupa la ribera
Con sus vencidos dioses, y del hado
Corona y triunfos en el Lacio espera
El troyano adalid; cómo a su lado
Muchos corren, y, nuncio a su bandera,
Toma el dardanio nombre alas de fuego:
Esto el embajador dirále al griego.

IV

Más que el rey Turno y más que el rey Latino,
Dirále, en fin, mirar él mismo debe
A dónde a ese invasor, si con destino
Propicio entrare, fácil es le lleve
De ambiciosas conquistas el camino.
Sabe en tanto que el Lacio se conmueve,
Y fluctúa en revuelto mar de ideas
Con zozobrante afán mísero Eneas.

V

Va, y viene, y torna el ánimo agitado,
Tienta todo y no para en una cosa:
Así un rayo de luz del sol dorado
O la alba luna, vibra y no reposa
Sobre jarrón de bronce reflejado,
En que diáfano líquido rebosa;
Trémulo, acá se anima y allá muere,
Sube, y los altos artesones hiere.

VI

Es de noche: en los árboles y en tierra
Mudas yacen las aves y ganados;
Letárgico placer sus ojos cierra.
En tanto Eneas, presa de cuidados,
Lleno del pensamiento de la guerra,
Rindió a tardío sueño los cansados
Miembros, del ciclo bajo el dombo² frío,
En las amenas márgenes del río.

VII

Y he aquí de entre la plácida corriente
Y pompa de los álamos umbría
Al dios que guarda el Tibre, el rey durmiente
Vio alzarse venerable, y que vestía
Cendal verdoso, y en su anciana frente
A las húmedas crines retejía
Oscuras juncias. Habla, y de esta suerte
Consuelo el numen y esperanza vierte:

VIII

“¡Hijo de diva stirpe soberana,
Salve!, tú, que arrancada al enemigo
Nos restituyes la ciudad troyana,
¡Y a Pérgamo inmortal llevas contigo!
Ya sus muros a ti Laurento allana,
Y a ti sus campos abre el Lacio amigo.
Nada temas de próximos combates;
Que patria al fin tendréis tú y tus penates.

² *Dombo*: domo: bóveda semiesférica.

IX

Calmóse de los cielos la tormenta,
Y hechos abonan la palabra mía;
Que aquí una hembra de cerdo corpulenta
Pronto verás entre robleda umbría,
Con treinta lechoncillos que alimenta,
Alba, en torno a sus ubres la alba cría;
Y aquí podrás, alzando al patrio muro,
De afanes tantos descansar seguro.

X

Treinta años pasarán, y Ascanio ufano
Fundará, coronando tu destino,
La ilustre basa del poder albano.
Apacibles verdades adivino;
Ilusiones no son de sueño vano.
Mas cómo por ahora abrir camino
Te cabe de tu triunfo al cumplimiento,
Diré en breves razones; oye atento:

XI

Los árcades habitan este suelo,
Que nietos de Palante acompañaron
Aquí a Evandro, su rey, con fiel anhelo
Siguiendo su pendón: sitio adoptaron,
Y con nombre sacado del abuelo
La ciudad palantina edificaron
Sobre los montes. Ellos de contino
En guerra están con el poder latino.

XII

Tu campo hermana con el suyo, y liga
Trata con ellos de amistad sincera.
Fácil a par de mi ribera amiga
Yo he de llevarte en dirección certera,
Tal que venzan subiendo sin fatiga
Tus remos mi raudal. Tú a la primera
Luz del día, con votos y con preces
Ve de Juno a amansar las altiveces.

XIII

Cuando conquistes del valor la rama
Gracias tributarás al poder mío.
Yo soy aquel que hoy miras cuál derrama
Su caudal sobre fértil señorío;
Soy el cerúleo Tibre, ilustre en fama
Y de los dioses predilecto río:
Aquí en grandioso alcázar me solazo;
Nobles ciudades en mi cuna abrazo.”

XIV

Dijo el río, y se hundió cual si buscara
El hondo lecho. A un tiempo se retira
La noche en ese instante, y desampara
El sueño a Eneas. Yérguese él, y mira
Ya en oriente del sol la lumbre clara;
Y agua cogiendo (religión le inspira)
Álzala de las palmas en el hueco,
Y así con llena voz anima el eco:

XV

“¡Vos, ninfas de Laurento (en quien los ríos
Hallan, raza gentil, su ilustre oriente),
Y oh padre Tibre de raudales píos!
¡A Eneas acoged, y de su frente
Clementes apartad golpes impíos!
Doquier escondas tu sagrada fuente,
Doquiera, ¡oh bello dios!, secreto mores,
Tú apiadado calmaste mis dolores.

XVI

¡De mí por siempre en himnos bendecido
Serás, y honrado con perpetuos dones,
Tú, de cuernos undívagos ceñido,
Rey de ríos de Italia en las regiones!
Solo espero me asistas, solo pido
Que ratifiques ya tus predicciones.”
Dijo; y dos barcos de su flota alista,
Y gente hecha a bogar, de armas provista.

XVII

En este punto (¡oh místicas señales!)
Cándida hembra de cerdo con sus crías
Eneas ve, que, en la color iguales,
Se han tendido en las márgenes umbrías
Sobre la verde hierba. Ofrendas tales
El troyano adalid con manos pías
Te hará, ¡máxima Juno! Ya ante el ara
Dones presenta, y con la grey se para.

XVIII

Y el Tibre, que bajó la noche entera
Hinchado, su corriente a la mañana
Con reflujo suavísimo modera
Y como estanque plácido la allana,
Y abre a las quillas próspera carrera.
Con gozoso rumor la caravana
Ya remos bate, y sobre el fondo quieto
Fugaz resbala el embreado abeto.

XIX

Los árboles se asombran de la orilla
Viendo venir por el cristal sereno
La pintoresca copia, y cómo brilla
Distante con las armas de su seno.
Día y noche bogando la escuadrilla
El río sube de recodos lleno;
En selvas laberínticas se pierde,
Y cruza en ledó giro el bosque verde.

XX

En medio ya de su radiante vuelo
Ardía el sol, cuando avistó el troyano
Muros y alcázar, blanco a su desvelo,
Y casas esparcidas, que el romano
Poder más tarde levantó hasta el cielo;
Que era Evandro modesto soberano,
Y modesta su corte. Apriesa inclinan
Las proras ya, y a la ciudad caminan.

XXI

Solemne por ventura en aquel día
El rey árcade honores tributaba,
Antes de la ciudad, en selva umbría,
Al semidió de la invencible clava.
Allí Palante, hijo del rey, se vía,
Rudo senado y juventud no esclava,
Incesando a los númenes. Gotea
Caliente sangre y ante el ara humea.

XXII

Ellos, viendo que fáciles ascienden
Por entre el bosque opaco altos navíos,
Y hombres que, al parecer, los brazos tienden
Sobre los remos con callados bríos,
La ceremonia con temor suspenden;
Levántanse. Culpables descarríos
Palante audaz reprime, y el acero
Empuña, y al peligro va ligero.

XXIII

Ya de un alto estas voces firme envía:
“¿Quiénes, mancebos, sois? ¿Cuál clima esconde
Vuestra cuna y origen? ¿Quién por vía
Tan desusada os impelió, y a dónde?
¿Paz o guerra traéis? ¿Qué intento os guía?”
En pie sobre la popa así responde
Eneas a Palante, y en la diestra
Rama de oliva, alegre anuncio, muestra.

XXIV

“Hijos somos de Troya peregrinos,
Y a estas armas que confuso admiras,
Armas contrarias son a los latinos,
Que nos rechazan con rebeldes iras.
Ver ansiamos a Evandro: a sus destinos
Unir los nuestros, con leales miras
Proponemos dardanos principales.
Tal pedimos; tú lleva anuncios tales.”

XXV

Pásmale el nombre que oye, y “¡Ven conmigo”,
Palante dice, “ven, quienquier tú seas.
Donde hables a mi padre, y al abrigo
De mis penates hospedado seas!”
Tómale de la mano, y como amigo
En las tuyas retiene la de Eneas;
Y enselvándose³ juntos se desvían
Del Tibre, y hacia el rey los pasos guían.

XXVI

Manso a Evandro habló Eneas: “Ofrecerte
La verde rama de ínfulas vestida,
¡Oh el mejor de los Griegos! Hoy la suerte
Me depara feliz. Ni me intimida
Árcade y jefe a ti de Dánaos verte
Y consanguíneo de uno y otro atrida.
Hanme traído oráculos sagrados,
Y mi propio querer y el de los hados:

³ *Enselvándose*: internándose en la selva.

XXVII

Y tu fama también, que espacio luengo
Discurre por el mundo; y la lejana
Común raíz que con tu raza tengo:
Padre y autor de la ciudad troyana,
Hijo dárdano fue, nuestro abolengo,
De Electra (en Grecia tradición anciana
Lo acredita); hija Electra fue de Atlante,
Que a cuestras lleva el fuego rutilante.

XXVIII

Mercurio, de otro lado, es vuestro abuelo,
Que de Maya gentil nacido un día,
Por vez primera de la luz del cielo
Gozó en la cumbre de Cilene fría:
Y, si ya sin incrédulo recelo
En arraigada tradición se fía,
Hija Maya es de Atlante, el mismo Atlante
Que a cuestras lleva el cielo rutilante.

XXIX

Así un tronco en dos vástagos se parte,
Y una sangre tenemos. Con legados
No me anuncié, por eso, ni con arte
Pretendí tu amistad tentando vados;
Mas yo mismo en persona, aquí a obligarte
Ocurro al corazón de tus Estados.
Y es común nuestro honor: la daunia gente
Tú y yo tenemos enemiga enfrente.

XXX

¿Y quién no ve que si ella nos extraña,
El territorio entero a la coyunda
Humillará de su arrogante saña,
Y el mar que a Hesperia superior inunda
Suyo será, y el que inferior la baña?
Mutua fe dos ejércitos confunda:
Por mí, aporto a la unión de ambos pendones,
Sufridos y valientes corazones.”

XXXI

Habló Eneas: Evandro larga pieza,
Mientras hablaba, con afán prolijo
Mírale de los pies a la cabeza,
Y “¡Oh el más valiente de los teucros!” dijo,
“¡Con qué placer (pues con cabal certeza
Quién eres contemplándote colijo)
Te doy mis brazos! En tu faz, tu acento
Miro a tu ilustre padre, a Anquises sientto.

XXXII

Yo recuerdo que a Hesíone su hermana
Visitando, y su corte, en Salamina,
Por la Arcadia pasar, de nieves cana,
Príamo quiso. Con su flor divina
Me arrebolaba juventud temprana.
¡Cuánto a la comitiva peregrina
Admiré entonces! Mas Anquises era
Entre nobles figuras la primera.

XXXIII

Yo hablarle y estrechar su mano ansiaba,
Joven el alma, y de entusiasmo henchida,
Llegué, y al muro que el Feneo lava,
Oficioso llevéle. A su partida
Licias saetas y una insigne aljaba
Y una clámide de oro entretejida,
Y dos frenos me dio, también de oro,
Que hoy de Palante son gala y tesoro.

XXXIV

En fin, cual lo pedís, la mano mía
Os doy en prenda de amistad sincera.
Y a fe que al primo albor del nuevo día
Iréis con los auxilios que mi esfera
Consiente. Con partícipe alegría
(Pues dilatarlo más delito fuera)
A celebrar en tanto yo os convido
Este anual sacrificio interrumpido.

XXXV

Y desde hora a un festín y a unos altares
Mostraos a concurrir a nuestro lado.”
Dijo; alejados vasos y manjares
Pide; céspedes da de herboso estrado
Por sillas a los nuevos auxiliares;
Y a Eneas en lugar privilegiado
Rústico solio de arce y piel lanuda
De soberbio león, brindar no duda.

XXXVI

Y jóvenes selectos, y del ara
Canos ministros, traen en seguida
Entrañas que el divino fuego asara,
Cestas do con su don Ceres convida,
Tazas do su caudal Baco depara.
Eneas y su guardia, allí tendida,
Lomos de un buey entero, trozos hacen,
Y consagrados intestinos pacen.

XXXVII

Calmada el hambre, que ávida devora,
Evandro dijo así: “No rito vano,
No vil superstición, despreciadora
De antiguos dioses, fue, huésped troyano,
Quien el solemne altar que ves ahora
Y estas mesas alzó por nuestra mano;
Fue justa gratitud: piadoso culto
Rendimos, salvos ya de fiero insulto.

XXXVIII

¿Ves esa roca en peñas sustentada
Y tanta piedra en torno desparcida,
Y desierta del monte la morada?
¿El estrago no ves que en su avenida
Hicieron recias moles? Tu mirada
Contempla la recóndita guarida,
El antro hondo de quien huésped era
Cuco, mitad humano, mitad fiera.

XXXIX

No visitó su lóbrego recinto
 El sol: siempre de víctimas recientes
 Estaba el suelo con la sangre tinto;
 Y en las puertas terríficas pendientes
 Gustaba ver su criminal instinto
 Torvas cabezas. De su boca ardientes
 Humos lanzaba, de Vulcano prole
 El monstruo, al menear su inmensa mole.

XL

Trayéndonos, al fin, un ser divino,
 El tiempo coronó nuestro deseo:
 Máximo vengador, después que al trino
 Gerión humilló, con el trofeo
 Riquísimo ufanado, Alcides vino
 Rigiendo en victorioso pastoreo
 Ganado hermoso, y vímosle guialle⁴
 A par de este almo río, en este valle.

XLI

Cuatro toros proceros,⁵ porque nada
 Sin ensayar dejase en fraude o crimen,
 Y cuatro vacas hurta a la majada
 Caco sagaz, y de su cueva al limen
 Tíralos por la cola: revesada
 La senda,⁶ huellas sin concierto imprimen;

⁴ *Guialle*: guiarle.

⁵ *Proceros*: excelentes.

⁶ *Revesada la senda*: andado hacia atrás el camino.

Así, quienquiera que a buscarlos pruebe,
Rastro no habrá que a término le lleve.

XLII

Entre tanto a partir apercebido,
Amenazaba Alcides su ganado
Repleto asaz, que con mayor bramido
Ya aqueste deja atrás, ya aquel collado:
Estremece los bosques el gemido
Por quejumbrosos ecos dilatado,
Y una novilla en la caverna honda
Da un gran mugido que a la grey responda.

XLIII

Así un lamento de la res esclava
La esperanza burló, turbó el sosiego
Del tirano raptor. En furia brava
Hércules todo enardecióse, y ciego
Arrebatando la nudosa clava,
A la cumbre del monte corre luego;
Y por primera vez Caco en los ojos
Mostró terrores en lugar de enojos.

XLIV

Y huye, vuela al sagrado de su gruta
Más que el Euro veloz; de alas le dota
Los pies el miedo que la faz le inmuta:
Huye, y se esconde, la cadena rota
Que a la entrada suspende piedra bruta
(Merced del padre, que en edad remota
Forjó los eslabones); y la puerta
El soltado peñón deja cubierta.

XLV

Murado⁷ el monstruo, el héroe que el camino
Le seguía, llegó de rabia insano;
Mira acá, torna allá, perdido el tino,
Los dientes cruje, y su furor es vano.
Él tres veces da vuelta al Aventino,
Tres veces él con vengadora mano
Entrada busca sin que modo halle,
Y tres rendido se sentó en el valle.

XLVI

El dorso coronando de la cueva
Hubo a dicha una roca agreste, aguda,
Que a los ojos altísima se eleva
De contornos simétricos desnuda:
Infausto alado ejército la aprueba
Porque a hacer nidos en su cumbre acuda;
Y ella propia hacia la onda tiberina,
Que a izquierda huyendo va, mira y se inclina.

XLVII

Fuerte y mañoso, por el diestro lado
Opuesto Alcides al peñón, ensaya
Moverlo, y de raíz desencajado,
Ya sin que estorbos a sus fuerzas haya,
Empújalo: con eco prolongado
El aire en torno retumbó; la playa
Tiembra oprimida por la enorme piedra
Y medroso el raudal salta y se arredra.

⁷ *Murado*: entre muros, fortificado.

XLVIII

En su palacio y lóbrega caverna
Caco al punto aparece a descubierto,
Cual si en su fondo la región inferna
Mostrase el suelo de repente abierto,
Y las sombras de aquella noche eterna
Que aborrecen los númenes, incierto
De luz un rayo penetrara, y ese
A los manes de asombro estremeciese.

XLIX

Sorprendido en su cóncavo agujero,
Viendo la claridad que se derrama
Intempestiva a denunciarle, fiero
En modo inusitado Caco brama:
Tírale dardos Hércules ligero
Del borde, y armas en su auxilio llama
De toda especie, porque al monstruo oprima
Ramos, disformes piedras le echa encima.

L

Ya perdida de fuga la esperanza,
Caco (;nuevo prodigio!) en su defensa
Columnas de humo de las fauces lanza,
Y el ámbito entoldando en nube inmensa,
Roba a los ojos cuanto a ver se alcanza,
Y une fuego siniestro y sombra densa
En caótico horror. Mas sus ardides
No acobardaron el valor de Alcides.

LI

Antes él donde ve que más agita
Ondas el humo, y más su hervor enciende
El negro abismo, allí se precipita
Con salto audaz: entre sus brazos prende
Al que incendios inútiles vomita,
Y vigoroso le comprime, y hiende
Seca de sangre la feroz garganta
Y los hórridos ojos le quebranta.

LII

Y volcada la puerta, al claro día
Las reses y rapiñas que el perjuro
Guardaba y pertinaz negado había,
Salen; crece el concurso: al aire puro
Arrastran por los pies la mole fría;
Ni se hartan de mirar el rostro, el duro
Gesto, y pecho cerdoso cual de fiera,
Y extinta la garganta que fue hoguera.

LIII

Desde entonces, cual ves, el beneficio
Grata celebra en cada aniversario
Cada generación. Autor Poticio
Fue del culto de Alcides, y el penario
Linaje guarda el religioso oficio.
Él puso en este hojoso santuario
Esa ara, que por máxima tenemos
Siempre, y siempre por máxima tendremos.

LIV

¡Ea!, de hojas ceñida la cabeza,
Alzad los vasos y verted del vino,
Honrando, amigos, la feliz proeza,
E invocad todos a Hércules divino
Que a todos cubre con igual largueza.”
Dijo el rey; y entre verde y blanquecino,
Caro, el álamo, al dios, vistió las frentes
Con sombra circular y hojas pendientes.

LV

Y llenando la diestra el cáliz santo
Liban todos con rostro placentero,
Y a los dioses invocan. Entre tanto
El Héspero, rodando el hemisfero,⁸
Enciende su fanal. Y ya con manto
De piel, los sacerdotes (el primero
Poticio) marchan, por ritual costumbre
Llevando en hachas la sagrada lumbre.

LVI

Renuévase el banquete: los presentes
De gratísimos dones y manjares
Segundas mesas cubren, y con fuentes
Rebosantes coronan los altares;
Y cercando las aras relucientes,
A entonar ya sus plácidos cantares
Los salios van, a quien con sacro adorno
El álamo la sien guarnece en torno.

⁸ *Hemisfero*: hemisferio.

LVII

De mancebos un coro, otro de ancianos,
De Hércules cantan los gloriosos hechos:
Cómo dejó con infantiles manos
Los dos gemelos áspides deshechos
Que envió su madrina; los troyanos
Cómo hundió luego y los ecalios techos,
Y pruebas mil un día y otro día
Venció bajo agrio rey y diosa impía:

LVIII

“Trajiste, invicto, al hierro de la muerte
Nubígenas biformes, Folo, Hileo:
Monstruos en Creta domeñaste fuerte,
Y entre sus rocas al león Nemeo:
Tiemblan las aguas del Estigio al verte;
Y del Orco el guardián inmundo y feo
Tembló en su hórrido antro, donde allega
Huesos roídos que con sangre riega.

LIX

No se halló sombra que cejar te hiciera,
Ni aun Tifeo, y armado y corpulento,
Ni vio turbarse tu razón, la fiera
Hidra, al sitiarte con cabezas ciento.
¡Salve, prole de Jove verdadera!
¡Al coro divinal nuevo ornamento!
A los tuyos, aquí, y al sacrificio
Ven con fáciles pasos, ven propicio.”

LX

Cantaba el coro así: la áspera roca
De Caco, en fin, su lóbrega guarida
Conmemora, y al monstruo, por la boca
Fuego arrojando, aliento de su vida.
Mueve el canto a la selva, y lo revoca
El eco por los montes.⁹ En seguida
Las sacras ceremonias ya acabadas,
A la ciudad dirigen las pisadas.

LXI

A un lado el hijo, el huésped a otro lado,
Caduco en ambos sostenido iba
El buen rey, y el camino el variado
Hablar recrea. La mirada viva
Pasa de cosa en cosa, embelesado
Eneas con la amena perspectiva,
Y pide, a cada antiguo monumento,
Para ojos y oídos alimento.

LXII

Y Evandro, rey que a alcázares romanos
Echó la basa, de este modo empieza:
“Oye: indígenas ninfas y silvanos
Poblaban de estos bosques la aspereza,
Y unos hijos de robles, medio humanos,
Ni a poseer hacienda, ni riqueza
A llegar avezados, ni a uncir bueyes:
Gentes duras, sin hábitos ni leyes.

⁹ *Lo revoca el eco por los montes: lo repite.*

LXIII

Cruda caza y el árbol más vecino
Nutríanlos. Saturno fue el primero
Que a esta región desde el Olimpo vino
De Jove huyendo el vengativo acero:
Destronado en el cielo, peregrino
En la tierra, el linaje aquel grosero,
Disperso en la selvática fragura,¹⁰
Trajo a obediencia y a civil cultura.

LXIV

Lacio quiso llamar al suelo hesperio
Que dio refugio a su deidad *latente*;
Y vio bajo su sacro magisterio
Lucir de oro la edad la humana gente:
En paz ejerció el dios su blando imperio
Hasta que en cambio vino lentamente
Siglo menos hermoso, germinando
Amor de lucro y ambición de mando.

LXV

Al *Lacio* entonces las ausonias gentes
Vinieron, y vinieron los sicanos;
Y de nombre mudó veces frecuentes
La tierra de Saturno; y de tiranos
Fue regida: uno de ellos, el de ingentes
Miembros, *Tibris* feroz; los italianos
Trasladamos al *Tibre* su apellido,
Que antaño *Albula* fue; nombre perdido.

¹⁰ *Fragura*: fragosidad.

LXVI

Yo del país que vio rodar mi cuna
Fugitivo, a marítimos azares
Lancéme: omnipotente la fortuna
Y el hado incontrastable aquí mis lares
Plantaron de raíz. Con oportuna
Inspiración Apolo en altos mares,
Y mi madre Carmenta con tremenda
Profética lección, me abrieron senda.”

LXVII

Dice; y andando, al rey de los troyanos
Señala el ara y puerta que, en memoria
De aquella ninfa que explicando arcanos
El arte ejercitó divinatoria,
Carmental apellidan los romanos:
Ella de los Enéadas la gloria
Profetizó sobre el país latino,
Y el futuro esplendor del Palatino.

LXVIII

Y el bosque ingente enséñale que un día
Tornó en asilo Rómulo guerrero;
Y el *Lupercal* bajo la roca fría,
Así nombrado como Pan *lobero*
Por costumbre que entre árcades regía;
De Argos, su huésped, cuenta el caso fiero
Y de Argileto el sacro umbroso abrigo
Muestra, y toma el paraje por testigo,

LXIX

Y la roca Tarpeya, en el camino,
De ahí, y el Capitolio Evandro enseña,
Hoy mole rica y oro peregrino,
Mustio collado ayer y áspera breña:
Aun entonces el vulgo campesino
Reverenciaba el bosque y tosca peña,
Tocado ya del religioso miedo
Que reina del sagrado sitio en ruedo.

LXX

“¿Ese collado ves, que señorea
Froncosa cima?”, dice Evandro, “mora
En ese bosque una deidad; cuál sea
El misterioso dios solo se ignora:
Al mismo Jove ya, cuando menea
La negra egida en diestra vengadora
Y a tempestad el cielo todo mueve,
Jura haber visto no una vez la plebe.

LXXI

Repara luego este y aquel anciano
Monumento; esparcidos los pedrones
Contempla: ves reliquias de lejano
Imperio y de antiquísimos varones.
Una fundó Saturno y otra Jano
De esas dos arruinadas poblaciones;
Janículo por ello esta se nombra,
Y Saturnio apellido a aquella asombra.”

LXXII

Hablan; y ajena al esplendor del oro
Tienen delante la real morada;
Y donde asombran hoy romano foro
Y espléndidas carenas, ven manada
Tranquila vagueando, y manso toro
Oyen mugir. Evandro, ya a la entrada,
“Pasando estos umbrales”, dijo, “Alcides
Bajó la frente victoriosa en lides.

LXXIII

Él tuvo por palacio el hogar mío:
Anímate, y tú mismo a un dios te iguala;
Tesoros menosprecia, y sin desvío
Ven, huésped bueno, a una mansión sin gala.”
Dice; y entrando, con afecto pío
Da a Eneas corpulento estrecha sala,
Y en un lecho de hojas le reposa
Con piel cubierto de africana osa.

LXXIV

Rueda entre tanto, y con su sombra parda
La noche abraza al mundo. Y Venus bella,
Que a punto mira de que en guerras arda
Laurento, el azorado afán que en ella
Trabaja, ya no enfrena, y más no tarda,
Y en el lecho de oro donde sella
Vulcano su afición, frases enhila
En que miel de divino amor destila:

LXXV

“Cuando Ilión sin esperanza alguna
Dilataba tan solo su caída,
Y más que de altos reyes, de fortuna
Iba a ser Troya en llamas destruida,
No a ti para los tristes, importuna
Pedí entonces, esposo de mi vida,
Armas; en ejercicio de tu arte
No quise inútilmente fatigarte.

LXXVI

Callé prudente, aunque debía tanto
De Príamo a los hijos, y a menudo
De Eneas los esfuerzos, no sin llanto,
Vi frustrarse. Hoy que al fin llegar él pudo
Con el favor de Jove, ¡oh numen santo!,
Al país de los rútuos, yo acudo
A ti, yo a ti mis súplicas dirijo;
Y madre, armas te pido para un hijo.

LXXVII

Vencerte supo la hija de Nereo
Y con su llanto la titonia esposa;
¡Y yo...! ¡Esas gentes que en marcial arreo
Hierros forjan, en liga poderosa
Ves? ¡En muros cerrados yo las veo
Mi ruina maquinar!” Habló la diosa,
Y con sus brazos de aparente nieve
Blanda al lento marido ciñe y mueve.

LXXVIII

En medio del letargo, de repente
Recibe el dios la conocida llama,
Y el calor que le llaga dulcemente
Rápido por sus huesos se derrama:
Así cuando en relámpago fulgente
La ennegrecida atmósfera se inflama,
Con lumbre devorante cruza inquieta
El seno de las nubes ígnea grieta.

LXXIX

Cuánto el poder de su hermosura obliga
Conoció Venus en el buen suceso
De la añagaza. Respondióle, en liga
De inacabable amor Vulcano preso:
“De argüir con recuerdos, la fatiga
Excusa; ¿en mí no fías? Si antes eso
Que hoy piensas, me dijeses, los troyanos
Armas, diosa, llevaran de mis manos.

LXXX

Ni Jove omnipotente ni el destino
A Troya ni a su rey negado habría
Vivir diez años más. Y pues te vino
En gustos hoy guerrear, y hay tal porfía,
Cuanto con hierro o con electro fino
Labrar es dado, cuanto el arte mía
Consigue laboriosa, cuanto puedo,
En suma, concederte, lo concedo.

LXXXI

El aire y fuego me obedece: en duda
No pongas la eficacia de tu ruego;
Todo lo alcanza, y mi poder te ayuda.”
Así razona cortésmente, y luego
Rendido a la beldad Vulcano anuda
Los vínculos de amor, de amores ciego,
Y dichoso en los brazos de su dueño
Se deja poseer de un manso sueño.

LXXXII

Cual matrona obligada que granjea
Con la rueca y labores delicadas
El sustento a la vida, la tarea
Al desvelo añadiendo, aletargadas
Cenizas se alza a reanimar, y emplea
En la obra a la lumbre sus criadas,
Y así el lecho que el cónyuge le fía
Guarda sin mancha, y los hijuelos cría;

LXXXIII

No menos listo y a la misma hora
(Cuando va en la mitad de su carrera
La noche, y al alado sueño azora,
Gustada apenas la quietud primera),
Del estrado en que Venus le enamora
Álzase el dios que sobre el fuego impera,
Y del cielo a la tierra en que trabaja,
Vulcania en nombre y obediencia, baja.

LXXXIV

Esta a la eolia Lípara se arrima
Y a la sícula costa, isla ardua: humea
De riscos erizada: en honda sima
Truena la ancha caverna ciclopea,
Etna nuevo que el negro oficio lima:
Golpe duro los yunques martillea;
El candente metal no da sosiego,
Zumba el aire, en la fragua aceza el fuego.

LXXXV

Bronte, Esteropo y Piracmón desnudo,
Cíclopes esforzados, a porfía
En la vasta oficina un rayo agudo,
De aquellos que en ardiente lluvia envía
Jove del alto Olimpo al orbe mudo,
Fabricaban. El rayo aparecía,
Al arribo del padre ignipotente,
Pulido en parte, en parte deficiente.

LXXXVI

Tres dardos de granizo en la obra bella;
Tres de agua etérea, tres de alado viento,
Tres de fuego que fúlgido destella,
Mezclado habían; y en aquel momento
Tonante voz, terrífica centella
Añadían, y sordo aturdimiento
E incendio vengador. En otra parte
Ruedas labran prestísimas a Marte:

LXXXVII

Ruedas labran al carro en que alborota
Al mundo el dios que guerras siembra y llamas;
Y a Palas más allá, broquel y cota
En que esplenden auríferas escamas,
Tersan también, donde el que mira nota
De hidras feroces peregrinas tramas
Y, apto a que el pecho a la deidad defienda,
Segado vulto de mirada horrenda.

LXXXVIII

“Alzad”, dijo llegando el dios herrero,
“Cuanto empezado habéis, cíclopes míos;
Alzad; y atentos escuchadme: quiero
Armas para un varón de grandes bríos.
Manos pujantes y exquisito esmero
Aquí todos poned, y aquí lucíos
De magistral destreza haciendo alarde:
¡Sus! ¡La obra empiece, y en salir no tarde!”

LXXXIX

Dice, y al punto la labor partida,
A ella corren con ímpetu ligero:
Bullen torrentes de oro; se liquida
En la ancha fragua el llegador acero:
Y escudo ingente, impenetrable egida
Que contraste al latino campo entero,
Al paladino los cíclopes trazan
Con siete discos que entre sí se abrazan.

XC

Cuáles, en medio a la común fagina,
Suenan los sopladores fuelles; cuáles
Zambullen en el agua allí vecina
Con estridor fogoso los metales:
Gime de heridos yunques la oficina:
Alzando con gran fuerza el brazo, iguales
Alternos golpes dan; tenaza emplean
Mordaz, y el hierro sin cesar voltean.

XCI

En tanto que así brega el buen Vulcano
En su antro humoso, en su tranquilo lecho
La luz bendita y gorjear temprano
De las aves que triscan en el techo
A Evandro despertaban. El anciano,
La túnica vistiendo al fuerte pecho,
El nuevo día a saludar se alza;
Las sandalias tirrenas ciñe y calza;

XCII

Del hombro abajo acomodar no olvida
Al cinto puesta la tegea espada,
Y del izquierdo lado desprendida
Tercia una de leopardo piel manchada;
Y ya dos canes que en su guarda cuida
Y parejos anuncian su llegada,
No bien de su alto nido los umbrales
Ha traspuesto, con él saltan leales.

XCIII

De las habidas pláticas, no en vano
Recuerda el prometido contingente
El rey, y con su huésped mano a mano
Anhela de partir secretamente,
Pues no menos que el árcade, el troyano
Madrugador anduvo y diligente:
Hace a Eneas Acates compañía;
Evandro con Palante el paso guía.

XCIV

Ya las diestras se estrechan; ya convida
El uno al otro a la interior morada;
Siéntanse en soledad apetecida,
Y así el rey empezó con voz pausada:
“¡Oh ilustre capitán, que a nueva vida
Alzas contigo tu nación postrada!
No por mi fama y por las glorias tuyas
Grande el auxilio que te ofrezco arguyas.

XCV

Flaco es nuestro poder; que de una parte
Jurisdicción nos quita el tusco río;
De otra, el rúculo audaz con fuerza y arte
Brama en torno a los muros. Mas yo fío
Con un pueblo magnánimo asociarte,
Fuerte en recursos y apazgado mío;¹¹
Propicia la ocasión te anuncia bienes;
Al llamamiento de los hados vienes.

¹¹ *Apazgado mío*: que está en paz conmigo.

XCVI

De aquí trecho no grande Agila dista,
Ciudad fundada en secular cimiento,
Que de la lidia gente fue conquista
Cuando en montes de Etruria hizo ella asiento,
De armas que suele el triunfo honrar, provista.
Años muchos de paz tuvo y contento,
Hasta que al rey Merzencio dar le plugo
Muestras de amo cruel y atroz verdugo.

XCVII

¿Quién sus maldades hay que en fiel trasunto
Describe? ¡Mal contadas al tirano
Le sean, y a sus hijos! A un difunto
Cuerpo atar le era fiesta un cuerpo sano,
Diestra con diestra, el rostro al rostro junto,
(¡Oh de martirizar modo inhumano!)
Y en duro abrazo y entre inmunda baba
Así a un mezquino muerte lenta daba.

XCVIII

Alzóse un día armado el pueblo: afronta,
Cansado de sufrir, al rey: su casa
Sitia, hervidero de maldades: pronta
Muerte a los suyos da: ya el techo abrasa
El fuego, que enojado se remonta.
En medio del estrago huye él, y pasa
Al campo de los rútilos: le asila
Turno, y el hierro en su defensa afila.

XCIX

En justa indignación toda se enciende
Etruria, y de rebato a la cuchilla
El cuello criminal traer pretende.
Tú a esos miles de bravos acaudilla,
¡Oh, Eneas!, te abriré camino; atiende:
Empavesada hervía ya en la orilla
La densa escuadra, cuando oyó de un viejo
Arúspice el fatídico consejo:

C

¡Meonia juventud, flor y corona
De antigua raza! Apruebo que a Mezencio
Siga el justo furor que le destrona',
Dice, 'mas en Italia no hay, sentencio,
Tan gran pueblo a vencer, capaz persona;
Buscad jefe extranjero!' Hondo silencio
Al divino pronóstico sucede,
Y aterrado el etrusco retrocede.

CI

Hoy la acampada hueste a mí se fía:
Cetro, diadema, insignias imperiales
Con legados aquí Tarcón me envía,
Y que vaya me pide a sus reales
Y ejército gobierne y monarquía.
Flojas mis fuerzas son a empresas tales,
Flacos mis hombros a tan grave carga,
Fría e inerte senectud me embarga.

CII

Y no a Palante en mi lugar envió;
Que en lo extranjero no es cabal; sabina
Madre altera su origen. Esto, y brío
Juvenil, tienes tú, y una divina
Voz te llama. No tardes, huésped mío;
¡A su gloria dos pueblos encamina!
Yo este buen hijo, de mi edad caduca
Gloria y solaz, te allego; tú le educa.

CIII

Edúcale en las armas: tú dechado,
Tú en armas le serás ejemplo y guía:
Aprenda desde mozo a ir a tu lado,
Paciencia ejercitando y valentía.
Jinetes además, lo más granado,
Te doy doscientos de la gente mía;
Y otros doscientos de ánimo arrogante
En nombre suyo aportará Palante.”

CIV

Dijo. Eneas sin voz, sin movimiento,
Y Acates, duda amarga, triste idea
Revuelven en el alma. En tal momento
Dales a cielo abierto Citerea
Clarísima señal. El firmamento
Con subitáneo estruendo centellea,
Y que cruje parece y se derrumba,
Y de tirrena trompa el eco zumba.

CV

Alzan los ojos: se oye el estallido
Otra vez y otra, y por región serena
Ven en convoy de nubes conducido
Un haz de armas lumbrosas, y que suena
Sienten de lejos el metal herido.
Pásmanse todos. Mas la voz que truena
Conoce Eneas, y que cumple, entiende,
Venus su alta promesa y le defiende.

CVI

“No escrutes, noble valedor”, exclama,
“El prodigioso agüero; en mí confía:
Esa voz del Olimpo a mí me llama;
Es fausto anuncio que mi madre envía,
Mi madre, alta deidad. Cuando la llama
Marcial prendiese, me ofreció daría
Esa señal: su protectora mano
Armas me trae que forjó Vulcano.

CVII

¡Y oh qué gran mortandad miro presente
Al malhadado campo laurentino!
Al polvo, Turno, inclinarás la frente;
¡Y tú cuánto broquel, Tibre divino,
Cuánto yelmo darás en tu corriente,
Y derribado cuerpo al mar vecino!
¡Vengan ahora a desplegar sus haces,
Vengan, y rompan las juradas paces!”

CVIII

Dice; y de alto solio se levanta:
El muerto fuego a Alcides consagrado
Devoto anima sobre el ara santa;
Al lar después, la víspera obsequiado
Y a los penates humildes¹² la planta
Mueve: Evandro y los teucros, lado a lado,
Por fuero y religión inmemoriales
Inmolan escogidos recentales.

CIX

Encamínase luego hacia las naves
El dux troyano a revistar su gente:
Para la dura guerra y trances graves
Lo más lucido elige y más valiente:
En blando flote y vueltas van suaves
Los otros, a merced de la corriente;
Con estos enviar al hijo quiso
De sí mismo y su empresa fausto aviso.

CX

La marcha, al par, terrestre se acelera:
Caballos danse al héroe y su mesnada;
La alfana que a él le traen cubre entera
Piel de león roja de uñas de oro armada.
Ya la exigua ciudad sabe y pondera
Que al rey tirreno vuela una brigada:
Doblan votos las madres: creces toma
Al susto el riesgo; inmenso Marte asoma.

¹² *Húmpiles*: humildes.

CXI

Al hijo estrecha el rey, su mano asida,
Y “¡Oh!, hiciérame volver favor celeste
A los pasados años de mi vida,
Cuando eché a tierra la primera hueste”,
Dice en larga llorosa despedida,
“Aquí mismo, en el valle de Preneste,
¡Y los escudos de las rotas filas
Quemé triunfante en levantadas pilas!

CXII

A Herilo allí, descomunal guerrero,
Tumbó esta diestra al tártaro profundo:
De su madre Feronia (¡caso fiero!)
Tres formas recibió viniendo al mundo:
Rey de alma triple y desdoblado acero,
Muerto un tronco, quedábale el segundo
Y otro después. Mas a los golpes míos
Rindió sus armas y agotó sus bríos.

CXIII

Fuese así, no a mis brazos te arrancarás,
Buen hijo; ni insultando la frontera
Con mengua mía, tantas vidas caras
Mezencio criminal segado hubiera;
¡Desolada ciudad, no así llorarás!...
Vosotros, ¡oh!, de superior esfera
¡Dioses! ¡Gran Jove, reinador supremo!
A vuestro numen recurrir no temo.

CXIV

¡Oh! ¡Del árcade rey el desconsuelo
Os mueva a compasión, y de un anciano
Padre las preces escuchad! ¡Si el Cielo
Ha de volverme mi Palante sano;
Si él algún día alegrará mi duelo;
Si firme unirle a mí no espero en vano,
El término alargad de mi partida:
Trabajos sufriré; quiero la vida!

CXV

Mas si un hado cruel fúnebres lazos
A mi esperanza tiende y mi deseo,
Lícito sea fenecer los plazos
De esta mísera vida, hora que aun veo
Incierto lo futuro, y que en mis brazos
Te tengo, hijo, y en verte me recreo,
¡Tú, tan tarde gozado y tan querido!
¡Nunca nueva fatal hiera mi oído!”

CXVI

Tal sus adioses últimos plañía
El rey; y enajenado de sentido,
En brazos sus criados a porfía
Le restituyen al desierto nido.
Y sale la veloz caballería
Por las abiertas puertas con ruido:
En primer línea Eneas va y Acates;
Otros siguen en pos teucros magnates.

CXVII

Con rica sobreveste gallardea
Ostentando en sus armas sus blasones
Entre todos Palante: así campea
El lucero que en líquidas regiones
Se baña, cuyo fuego Citerea
Ama sobre el de cien constelaciones,
Cuando su faz divina alza en el cielo
Y rasga de la triste noche el velo.

CXVIII

Desde el muro las madres aterradas
Ven las nubes de polvo cuál se extienden,
Y siguen con atónitas miradas
Las bandas que con tanto acero esplenden.
Por desechas de zarzas erizadas,
Abreviando camino, armados hienden,
Y en escuadrón que clamoroso cierra
Galopando a compás baten la tierra.

CXIX

Cabe el helado ceretano río
Hay un gran bosque; y mucho negro abeto
Que alturas forma en torno, hácele umbrío;
Le consagró tradicional respeto.
Es fama que a Silvano, numen pío,
Apropiaron aquel lugar secreto
Los antiguos pelasgos, los primeros
Que ocuparon del Lacio los linderos.

CXX

El sitio al dios de campos y ganados
Le dedicaron, y un solemne día.
No lejos de estas selvas sus soldados
Tarcón apercebidos guarecía;
Y podíase ya de los collados
Altivos, contemplar en lejanía
La legión que en los llanos acampaba,
Y dónde empieza, ver, y dónde acaba.

CXXI

Al bosque ameno acuden, que recrea
La fatiga a caballo y caballero.
Venus que a la sazón, radiante dea,
En voladora nube el don guerrero
Traía al paladín, no bien le otea
Cabe el frío raudal, solo y señero
En un repuesto valle, ante él parece,
Y la hadada armadura así le ofrece:

CXXII

“Cata, hijo, aquí las armas inmortales
Que solo de mi esposo el arte traza:
¡Las prometidas armas con las cuales
Arrostrarás de Turno la amenaza
Y el soberbio furor de sus parciales!”
Dice, y al hijo Citerea abraza,
Y de una encina al pie, que estaba enfrente,
Deposita el arnés resplandeciente.

CXXIII

Reconocido el adalid y ufano
Por la honra excelsa y recibida gracia,
El tesoro contempla soberano
Y la vista sobre él gozosa espacia:
Las piezas, ya en el brazo y ya en la mano,
Revuelve, y de mirarlas no se sacia:
La espada incontrastable, la garzota,
El yelmo aterrador que incendios brota.

CXXIV

Ya en la enorme loriga brilladora,
Recia en el bronce, en el matiz sangrienta
Como nube cerúlea a quien colora
Fogoso el sol, los ojos apacienta;
Ya de las pulcras grevas se enamora,
De electro y oro que al más fino afrenta;
La lanza admira, y el labrado escudo,
Que humano idioma describir no pudo.

CXXV

Los ítalos orígenes, las glorias
En él grabó de la romana gente,
No desconocedor de las historias
Venideras, el dios ignipotente:
De Ascanio y su linaje las victorias
Dispuso de uno en otro descendiente,
Y tanta famosísima batalla,
Quien contempla el escudo, en orden halla.

CXXVI

Allí el antro de Marte se descubre,
De una parida fiera verde alcoba:
Dos risueños rapaces, que el salubre
Sustento solicitan de la loba,
Cuélganse en torno a la materna ubre;
Y ella con mansa lengua los adoba,
Y a este volviendo en su común cariño
La robusta cerviz, ya al otro niño.

CXXVII

Viene tras esto la naciente Roma;
Y las sabinas asaltadas, tales
Aparecen allí como las toma
La ocasión de los juegos consuales;
Y nueva guerra y súbita, que asoma
De Rómulo a la vez a los parciales,
Y a los curites y al anciano Tacio,
Pueblo viril de corazón reacio.

CXXVIII

Con sus armas, y en pie, y allí cercanos,
Depuestas ya las mutuas amenazas,
Ambos reyes ostentan en las manos
De Jove ante el altar sagradas tazas;
Una cerda que inmolan cual hermanos
Acredita la unión de entrambas razas;
Y de Rómulo brilla recién hecho
Tosco palacio de pajizo techo.

CXXIX

Luego en diversas direcciones Mecio
 De rápida cuadriga por el llano
 Arrebatarse mira; (¡así en desprecio
 No tuvieses tu fe, mísero Albano!)
 Arrastrar al follón (¡castigo recio!)
 Manda implacable el vencedor romano;
 Y entre zarzas pasando y entre abrojos
 Rastro dejan de sangre los despojos.

CXXX

Tú, Pórsena, a tu vez, por el proscrito
 Tarquina instando, la ciudad bloqueas;
 Y ya de libertad corren al grito
 Espadas a blandir nietos de Eneas:
 En el ceño el furor llevas escrito,
 Y que amagas advierto, como veas
 Que osó el puente hundir Cocles, y que libre
 Clelia ya de prisión, trasnada el Tíbre.¹³

CXXXI

En lo alto del escudo está presente
 Manlio, guardián de la tarpeya roca,
 Que en defensa del templo, el eminente
 Capitolio ocupando, se coloca;
 Y vese allí que de la gala gente
 Que a los umbrales en silencio toca,
 Volando avisa con clamor sonoro
 Argénteo ganso en pórticos de oro.

¹³ *Trasnada el Tíbre*: traspasa, cruza a nado el Tíbre.

CXXXII

Entre matas la hueste avanza artera,
Y ya de aquella deseada altura,
Ya casi entre las sombras se apodera,
Dádiva todo de la noche oscura:
Les luce de oro a par la cabellera,
De oro abunda la gaya vestidura,
Y el blanco cuello, que a la leche iguala,
Ciñe, de oro también, maciza gala,

CXXXIII

Y llevando ante sí largos escudos,
Blande cada uno doble dardo alpino.
El de salios danzantes, y desnudos
Lupercos, a este grupo está vecino:
Señálanse los ápices lanudos
Y el ancil sacro¹⁴ que del cielo vino;
Y matronas, que insignias venerandas
Honestas llevan en carrozas blandas.

CXXXIV

El mundo de las penas, la alta boca
Del tártaro también la arte divina
Grabó lejos de allí. Tú de una roca
Que amenazando está siempre ruina,
Apareces pendiente, y la ira loca
Temblando de las Furias, Catilina.
Más allá de los justos las mansiones,
A quien dicta Catón sabias lecciones.

¹⁴ *Ancil sacro*: escudo sagrado caído del cielo y al que se atribuía la suerte de Roma.

CXXXV

En medio a estas escenas, mar hinchado,
Un piélago de oro se dilata,
Que en vivo movimiento simulado
Copos de espuma albísimos desata:
En círculo nadando dilatado
Tersos delfines de luciente plata
Girando van, y con alzadas colas
Barrer parecen las hirvientes olas.

CXXXVI

Cautiva en medio al ponto las miradas
De Accio el conflicto, el próximo remate
Incierto aún: en orden las armadas
Con férreas proas van; hierve Leucate:
Sus ítalas legiones arriscadas
Conduce Augusto César al combate;
Yérguese en popa; el pueblo y el senado
Tiene, y los dioses de la patria, al lado.

CXXXVII

Yérguese en la alta popa: fuego alienta
Radiante cada sien; su coronilla
La estrella Julia fúlgida sustenta.
Agripa, que sus tropas acaudilla,
Enhiesto en otra parte se presenta:
Dioses y vientos le cortejan: brilla
Sobre su frente la rostral corona
Que navales hazañas galardona.

CXXXVIII

Allí Antonio a su vez bárbara hueste
Manda, con vario militar arreo:
Triunfante la región que la celeste
Aurora ilustra y piélago Eritreo
Ha dejado, y ejércitos del Este
Trae: al egipcio acompañarle veo,
Y al remoto bactriano; y (¡mancha odiosa!)
También le sigue forastera esposa.

CXXXIX

Precipítanse a un tiempo las galeras
Hacia alta mar; y cúbrenla de espuma
Revolviéndola toda, las guerreras
Proras y remos con violencia suma.
Ver bogando las cícladas creyeras
O montes que, este a aquel, cayendo, abruma,
¡Tanto estrechan la lid! ¡Con mole tanta
Un torreado buque a otro quebranta!

CXL

Volante hierro y encendida estopa
Caen doquier: la atroz carnicería
En sangre el campo de Neptuno arropa.¹⁵
Con el egipcio sistro desafía
Cleopatra; y, armados en su popa,
A Anubis labrador, y a cuantas cría
Feas deidades su país, reserva
Contra Neptuno y Venus y Minerva.

¹⁵ *Arropa*: cubre.

CXXI

Ella mirar no ha osado todavía
Los dos zagueros áspides. En tanto
Arde Mavorte en medio a la porfía,
Tallado en hierro; y esparciendo espanto
Bajan tras él por la región vacía
Las Furias: corre con rasgado manto
Riendo la Discordia; y hiere al viento
Belona en pos con látigo sangriento.

CXXII

Apolo Accio, que dudoso mira
El trance, desde lo alto el arco tiende;
A Indo y a Egipcio horror mortal inspira:
El Árabe, el Sabeo fuga emprende;
Todos vuelven espaldas a su ira.
Ni a más la reina espavorida atiende;
Ya, ya jarcias afloja, da la vela,
Vientos convida, por el golfo vuela.

CXXIII

Grabó a la triste el dios ignipotente
Con el Yápiga huyendo, a quien invoca
Entre el estrago, pálida la frente
Al soplo de la muerte que la toca;
Y puso al caudaloso Nilo enfrente,
Que abriendo en su dolor séptupla boca,
A su seno cerúleo y honda cama
Con suelta ropa a los vencidos llama.

CXLIV

Y luego en triple triunfo a los romanos
Muros César avánzase opulento:
Máximos a los dioses italianos
Santuarios fundar tres veces ciento
En Roma, ofrece, y sus alzadas manos
Expresan el eterno juramento.
Y plazas vense y calles en festivas
Danzas bullir y en jubilosos vivas.

CXLV

Tiene aras cada templo, y centenares
Reúne de matronas: sacrifica
Reses el sacerdote en los altares.
César, de Febo en la albicante y rica
Entrada, las ofrendas populares
Reconoce, a las puertas las aplica;
Y ante él desfilan las vencidas gentes
En veste, armas y lengua diferentes.

CXLVI

Allí el Nómade, el Áfrico, a ligeros
Trajes usado; y Lélegas en fila
Vense, y Carios allí; diestros arqueros
Los gelones; Éufrates, más tranquila
Su corriente arrastrando; y los postreros
Morinos; y el que doble cuerno estila,
Reno undoso; y los dahas renuentes,
Y Aráxes, no enseñado a sufrir puentes.

CXLVII

Tales asuntos el sin par Vulcano
En el escudo figurado había.
De su madre el obsequio soberano
Contempla el paladín, y se extasía
En sus primores; con anhelo vano
Enigma tanto descifrar porfía,
Y de futuros nietos y de Roma
Gloria y poder sobre sus hombros toma.



Libro nono

I

Mientras Fortuna en el etrusco suelo
En tal manera los sucesos guía,
Hacia el osado Turno desde el cielo
Juno, hija de Saturno, a Iris envía.
En el bosque de un valle que el abuelo
Pilumno consagró, Turno yacía,
Y así empíezale a hablar puesta delante,
Con róseos labios la hija de Taumante:

II

“Lo que deidad ninguna, por corona
A humano ruego, prometer osara,
Por sus pasos el tiempo te ocasiona,
Turno, y ansa¹ de triunfos te depara:
Sus proyectados muros abandona,
Y flota y compañeros desampara
Eneas, y de Evandro palantino
Al poder y amistad tienta camino.

¹ *Ansa*: motivo.

III

Y aún más: en las etruscas poblaciones
Penetra, incita la nación tirrena,
Levas hace de rústicos peones.
Corta demoras tú: sazón es buena
Para armar carros, para uncir trotones;
¡Ve, y su campo turbado desordena!”
Dice, y huyendo con parejas alas,
Entre nubes de su arco abre las galas.

IV

Conocióla el mancebo, tiende iguales
Las manos a la virgen, y en su vuelo
Lejos la sigue con palabras tales:
“¡Iris nuncia gentil, joya del cielo!
¿Quién así de los cercos siderales
Envuelta en nubes te redujo al suelo?
¿Qué imprevista estación? ¿Qué cambio es este?
Aléjase la bóveda celeste.

V

Y en el éter erráticas estrellas
Contemplo. Ya el belisono mandato
Que con agüero de esplendores sellas,
Quienquier tú fueres, obediente acato.”
Dice, a las aguas se encamina, y de ellas
Toma en las palmas, y a los dioses grato
Sus nombres invocando muchas veces,
Hinche la esfera de devotas preces.

VI

Ya las armadas tropas a porfía
Marchando en los abiertos campos veo,
Ufanas con veloz caballería
Y ricas de oro y de vistoso arreo:
Mesapo las primeras hacen guía;
Las últimas, los hijos de Tirreo:
En medio alto adalid Turno campea,
Y a todos corpulento señorea.

VII

Así el Ganges en plácida creciente
En siete brazos silencioso fluye;
Y el Nilo, cuando a su álveo la corriente,
Con que inunda los campos, restituye,
Así avanza también calmosamente.
Ya la nube de polvo que circuye
Al ejército, han visto los troyanos
Negra formarse en los tendidos llanos.

VIII

Y de frontero alcor así el primero
Gritó Caíco: “¿A quién horror y grima
No pondrá, ciudadanos, ese fiero
Tenebroso turbión que se aproxima?
¡Sus! ¡Dardos hay aquí! ¡Venga el acero!
¡Y a los muros trepemos, que está encima
El enemigo!” Y con clamor ingente
Cierra las puertas la troyana gente.

IX

Que Eneas, sabio capitán, el día
 Que partió, de apariencias lisonjeras
 No fiarse jamás mandado había,
 Ni salidas hacer: que las trincheras
 Guardasen, dijo, con tenaz porfía.
 Sus puestos a ocupar corren ligeras
 Las armadas legiones; y es en vano
 Que ira en contra y pudor se den la mano;²

X

En vano, que encendida en ellos arda
 La muchedumbre por lanzarse: cuida
 De obedecer primero, y densa aguarda
 Y firme en huecas torres la avenida.
 Turno, en tanto, a su hueste en pasos tarda,
 Adelántase audaz, suelta la brida,
 Con veinte caballeros de alta cuenta,
 E imprevisto ante el muro se presenta.

XI

Sobre un corcel de Tracia lozanea
 Que blancas manchas luce; cresta roja
 Sobre el dorado morrión ondea.
 “¿Quién de vosotros, a mi ejemplo, enoja
 Con fiero reto a los contrarios? ¡Ea!”
 Dice, y blandiendo un dardo, alto le arroja,
 Nuncio marcial, y el potro que sofrena
 Con garbosa altivez lanza a la arena.

² Acatan las órdenes dadas por Eneas no obstante que la cólera y el orgullo les impelía lanzarse a la lid.

XII

Síguenle en clamoroso movimiento...
Mas, ¿quién de ellos pensara lo que mira?
El troyano, en inerte encogimiento,
No igual lid a empeñar armado aspira,
A cobijar su campo solo atento.
Los muros registrando Turno gira
Furioso en su corcel, y abrir espera,
Por donde entradas no hay, de entrar manera.

XIII

Cual, llena, asedia un lobo a una majada
En alta noche; y vientos y aguaceros
Arrostra, y por la cerca tiente entrada;
Balan bajo las madres los corderos;
Él ruge, y ya en su presa, aun no tocada,
Ceba sus apetitos carniceros;
Que el hambre acumulada le atormenta
Y arde, áridas sus fauces, sed sangrienta:

XIV

El rútilo adalid, de igual manera,
Mirando los reales y los muros
En ímpetu fogoso se exaspera,
Derrítele el dolor los huesos duros:
Penetrara en la plaza si pudiera;
Y piensa cómo a los que ve seguros
Encerrados troyanos, fuera llame
Y a igual lid en los campos los derrame.

XV

Con surtas popas la troyana armada
En la orilla contigua a los reales,
Yacía de trincheras resguardada,
Con foso, en derredor, de aguas fluviales.
Abalánzase Turno a la estacada:
A los suyos, que llegan con triunfales
Aplausos, al incendio alienta, excita;
Él mismo un inflamado pino agita.

XVI

De Turno en pos la juventud se arroja,
Que del jefe el ejemplo la espolea;
Los hogares intrépida despoja,
Y ármase cada cual de negra tea:
Con densas nubes sobre llama roja
Ya aquel, ya este tizón arde y humea;
Y al cielo remontándose Vulcano
Las pavesas esparce al aire vano.

XVII

¡Musa! ¿Cuál dios de la troyana flota
Apartó, di, la vencedora llama?
La evidencia del hecho está remota,
Mas tradición eterna lo proclama.
Cuando leños del Ida a mar ignota
Eneas iba a confiar, es fama
Que al poderoso Júpiter, su hijo,
La alma diosa Cibeles así dijo:

XVIII

“Sé propicio a mi ruego y mi querella,
Ya que el cetro me debes con la vida:
Tuve yo una floresta que descuella
Entre pinares, coronando el Ida;
Muchas ofrendas recibí yo en ella,
Largos años por mí favorecida:
Huecos sagrarios, con la sombra oscuros
De pinos resinosos y arces duros.

XIX

Yo he cedido estos árboles de grado
Al dardanio mancebo, de bajeles
Menesteroso. Hoy roedor cuidado
Me aflige: tú le ahuyentas; tú a Cibeles
—Filial premio a sus preces reservado—
Da que sus tablas nunca hundan crueles
Viento ni mar, señuelos ni embestidas;
¡Válgales en mis montes ser nacida!”

XX

“¿Qué pretendes”, responde, “madre mía?”,
El que mueve los cercos siderales,
“¿A naves, obra de un mortal, cabría
El fuero de las cosas inmortales?
¿Andar seguro por incierta vía
El troyano adalid? ¿Caprichos tales
Habían de alterar leyes del hado?
¿Tal poder a cuál dios jamás fue dado?”

XXI

Concedo, empero, por calmar tus penas,
Que al fin — cuando por líquidos caminos
Hayan a las itálicas arenas
Llegado, y en los campos laurentinos
Puesto a su capitán, de mal ajenas—
Su ser mortal las naves de tus pinos
Pierdan, y cada cual se trueque en dea,
Cual Doto de Nereo o Galatea,

XXII

Y esotras que, del mar húmedas diosas,
Cortan con pecho de marfil liviano
Del piélago las capas espumosas.”
Por las riberas del Estigio hermano
Con torrentes de pez vertiginosas
Juró lo dicho el numen soberano;
La frente inclina, y del Olimpo dueño,
El Olimpo estremece con su ceño.

XXIII

Cumplido el plazo por las Parcas fuera,
Llegaba, en fin, el prometido día:
De la flota a apartar la llama fiera
Turno a la diosa en su feroz porfía
Constríñe. En esto iluminó la esfera
Nueva luz; nube inmensa Oriente envía,
Cruzar la ven el ámbito sereno
Y que coros del Ida hinchén su seno.

XXIV

Y una voz resonó tremenda y clara
Que a rútilos envuelve y a troyanos:
“¡Teucros!, a defender mi flota cara
Alados no acudáis ni arméis las manos;
Cual si los mares a incendiar probara,
Saldrán de Turno los intentos vanos.
¡Huid, diosas del mar! ¡Cada una horra”,³
Vuestra madre os lo manda, “el ponto corra!”

XXV

Y suéltase cada una en tal momento
Del cable que la tuvo prisionera;
Y de proa zabullen,⁴ y el asiento
Solicitan del piélagos, a manera
De nadantes delfines; y, ¡oh portentoso!,
¡Oh pasmo!, cuantas vido la ribera
De bronce en su recinto ancladas proras,
Tantas vírgenes surgen bullidoras.

XXVI

Los rútilos temblaron: del espanto
Mesapo mismo poseer se deja
Que a sus caballos alborota; en tanto
Que, formando sus ondas ronca queja,
No a impelerlas se anima el Tibre santo,

³ Horra: libre.

⁴ Zabullen: zambullen.

Medroso, y de la mar la planta aleja.
 Mas del audace⁵ Turno nada alcanza
 A abatir la soberbia confianza.

XXVII

Antes enciende, y entusiasmo inspira
 Con su elocuencia: “Este prodigio”, exclama,
 “A los troyanos solamente mira
 Infausto. Si es que Júpiter los ama,
 Hoy su auxilio a las claras les retira;
 Ya sobra nuestro acero y nuestra llama,
 ¿En el mar qué les queda ni en la tierra?
 Sendas de salvación el mar les cierra:

XXVIII

Nada esperan allá, y en nuestras manos
 Acá la tierra ven; que mil legiones
 Itálicas la cubren. Hoy, hoy vanos
 Esos presagios son y predicciones
 Que orgullosos ostentan los troyanos;
 ¡Qué! ¿De Ausonia en las fértiles regiones
 Ya no surgieron? Con lo cual sobrado
 A Venus dióse y a la ley del hado.

XXIX

Yo también tengo mi inmutable sino:
 ¡A una gente de esposas robadora
 Destruir por la espalda es mi destino!
 ¡De los átridas el dolor, yo ahora

⁵ *Audace*: audaz.

Lo pruebo: ni a Micenas sola avino
Ser de justa venganza ejecutora!...
¿Qué capital castigo una vez basta?...
¿Mas si la ruina la maldad no gasta?

XXX

¡Esos golpes mortales de la suerte
Lección han sido que enseñar podía
Contra toda mujer odios de muerte!
¡Demente obstinación! ¡Ved cómo fía
En valla y foso, contra golpe fuerte
Breve retardo, la nación que un día,
Aunque obra de Neptuno mal seguros
Vio en llamas perecer sus altos muros!

XXXI

¿Quién ahora, elegidos compañeros,
De vosotros, vendrá a meter conmigo
El hacha en esos frágiles maderos?
¿Quién a invadir ese tremente abrigo?
No; ni armas de Vulcano, ni guerreros
Buques mil, contra mísero enemigo
He menester; y porque más se aneguen,
¡Que todos los etruscos se les lleguen!

XXXII

Ni teman de nosotros, cual del griego
Que robó el Paladión, cobarde, oscuro,
Cruel asalto, ni que al vientre ciego
De un caballo trepemos; no: les juro
Que en pleno sol y cara a cara, el fuego

En torno llevaremos de su muro;
 ¡Y así, que con los dánaos no pelean
 Que Héctor diez años entretuvo, vean!

XXXIII

Mas la parte mejor pasó del día;
 Y porque bien habéis entrado, el resto
 Justo es dar al descanso y la alegría,
 Y esperad nueva lid con nuevo arresto.”
 Así habló Turno; y a Mesapo fía
 El dar, enfrente a las salidas, puesto
 A vigilantes tropas delanteras,
 Y las murallas rodear de hogueras.

XXXIV

Toca a catorce jefes escogidos
 El cerco de la plaza; cien soldados
 Atentos a cada uno dan oídos:
 Y ya con roja pluma empenachados
 Rondan, en oro espléndido ceñidos:
 Remúdanse:⁶ en la hierba recostados
 Encomiéndanse a Baco, y se solaza
 Vaciando cada cual su henchida taza.

XXXV

Hacen guardia, al fulgor de las hogueras,
 Y jugando entretienen el desvelo.
 Desde lo alto, a la vez, de sus trincheras
 Mirando están el ocupado suelo
 Los troyanos; y puertas y barreras

⁶ *Remúdanse*: relévanse, túnanse.

Requieren, no sin tímido recelo;
Y las torres con puentes relacionan,⁷
Y las ceñidas armas no abandonan.

XXXVI

Mnesteo y el intrépido Seresto
Dirigen la defensa. Para cuando
Sobreviniese temporal funesto,
Eneas, al partir, a ambos el mando
Encomendó de aquella gente. Puesto
Cada cual, los peligros sorteando,⁸
Con solícito afán a ocupar vuela,
Y hacen todos por turno centinela.

XXXVII

Niso una puerta a la sazón guardaba,
Niso, el hijo de Hírtaco, guerrero
Terrible, a quien el Ida, cuna brava,
Selvática mansión, por compañero
A Eneas envió, con llena aljaba
Y firme dardo cazador ligero:
Euríalo con él, gallardo mozo
A quien apenas apuntaba el bozo.

XXXVIII

Más que Euríalo hermoso, armas troyanas
Mancebo no vistió; verle enamora:
Fueron en paz y en guerra almas hermanas
Los dos; común deber los junta ahora.

⁷ *Relacionan*: comunican, unen.

⁸ *Sorteando*: echando a suertes.

“¡Euríalo!, ¿algún dios a las humanas
Mentes dará este afán que me devora?”
Niso dice, “¿o su propio terco anhelo
Cada uno juzgará ser voz del cielo?”

XXXIX

A la lid, o a algo grande, arduo, me instiga
Implacable hace rato el pensamiento.
¿Cuál confianza el rútilo no abriga?
¿Ves? Rara luz alumbra el campamento:
Los vence el vino, y ya el sopor los liga;
Ningún rumor se siente o movimiento
En la vasta extensión. Mi interna lucha
Contempla ahora, y lo que pienso escucha:

XL

Quieren todos, el pueblo y el senado,
Llamar a Eneas, y enviarle quienes
Hagan fiel relación de nuestro estado.
Si me prometen lo que pida, y vienes
Tú en llevarlo (yo quedo asaz pagado
Si glorioso suceso honra mis sienes),
Iré: que al pie de aquel collado, creo,
Hay senda cierta al monte Palanteo.”

XLI

Quedó atónito Euríalo con esta
Revelación; y ya con sed de fama
El ánimo encendido, así contesta
Al noble amigo que en su ardor le inflama:
“Niso, tu ingenio a conquistar se arresta
Tanta gloria, ¿y contigo al que te ama

No has de llevar? ¿Y yo sin compañía
Tanto riesgo arrostrar te dejaría?

XLII

¡No! A más nobles acciones fui criado
Cuando, naciendo entre el marcial ruido
Y las desgracias de mi patria, alzado
Me hubo en brazos Ofeltes, aguerrido
Varón, mi padre; y luego acá, a tu lado,
A más altos objetos he venido,
Mientras siga por áspero sendero
Al buen rey mío hasta el confín postrero.

XLIII

Hay aquí un alma que la vida en nada
Aprecia ante la gloria. Con mi vida
Yo tu gloria daré por bien comprada.”
Niso a esto replicó: “Jamás temida
Fue por mí en pecho heroico acción menguada;
¡No!, así Jove, así el dios que en mi partida
Haya de ser de mi intención testigo,
¡A los brazos me vuelva del amigo!

XLIV

Mas atiende: si ya fortuna loca,
Desdichada ocasión, deidad esquiva
(Que a casos tantos mi ambición se aboca,
Cual ves), en este lance me derriba;
De ambos, a ti sobrevivir te toca,
Que no a mí, por tus años: sobreviva
Quien mi cuerpo, del campo del combate
Traído, o recobrado por rescate,

XLV

Mande a la tierra; u honras, y, vacía,
Me dedique una tumba, si es que fiera
Niega aquello la suerte... ¿Y yo sería
Quien, causando fracaso igual, hiriera
El tierno pecho de una madre pía
Que, excepción entre ancianas, va doquiera
Siguiéndote, garzón, en nuestras huestes,
Y el regio hospicio despreció de Acestes?”

XLVI

“Vanas razones en tejer porfías”,
Interrumpe el intrépido mancebo,
“Abreviemos el paso; no en mis días
Me apartarás de la intención que llevo.”
Y diciendo, despierta a los vigías,
Que por orden acuden al relevo.
Sigue Euríalo a Niso; a andar empiezan
Y al príncipe los pasos enderezan.

XLVII

Por los campos los otros animales
Ya anegaban en sueño sus cuidados
Y la ingrata memoria de sus males.
Trataban a ese tiempo, congregados,
De la ardua situación los principales
Caudillos y la flor de los soldados:
¿Qué haremos, dicen, en angustia tanta
Quién hacia Eneas moverá la planta?

XLVIII

En pie están, en mitad del campamento,
Apoyado cada uno en luenga lanza,
Puesto al brazo el escudo. En tal momento
Llegaron, y agitados de esperanza,
Los dos piden audiencia: un pensamiento
Anuncian, que con creces la tardanza
Resarcirá que causen. Acogida
Les da Ascanio, y a Niso a hablar convida.

XLIX

El cual les dice: “Sin injusto ceño,
Nobles jefes, oíd nuestras razones;
Ni por la edad juzguéis de nuestro empeño.
Yacen los enemigos escuadrones
Entorpecidos del licor y el sueño:
Campo a nuestras astutas intenciones
Propicio allí se ofrece, do la puerta
Que mira al mar, dos sendas abre incierta.

L

Negro vapor al cielo enviando, humea
A largos trechos moribundo fuego.
Si permitiereis que ensayado sea
Por nuestras manos de fortuna el juego;
Y a la ciudad vayamos Palantea
A buscar nuestro jefe, luego, luego
Terrible con la sangre y los despojos
Le gozarán presente vuestros ojos.

LI

Y no temáis que entre el silencio mudo
Andando de la noche, un extravío
Avenga: en estos sitios a menudo
Hemos cazado, y desde valle umbrío
Descubrir la ciudad la vista pudo,
Y explorado tenemos todo el río.”
Calló Niso; y Aletes, noble viejo,
Sabio varón de magistral consejo,

LII

“¡Númenes, cuyo brazo patrocina
A Troya!”, exclama, “a fe que a los troyanos
No preparáis una total ruina
Cuando así en años suscitáis tempranos
Ímpetus tales de virtud divina!”
Y a ambos ciñe los hombros, y las manos
Estréchales, y en llanto de alegría
El rostro humedeciendo, proseguía:

LIII

“Premios a vuestros méritos iguales,
Mancebos, ¿do hallaré que os galardonen?
¡Lo primero, los dioses inmortales
Y las propias conciencias os coronen!
Apreciadores de servicios tales,
Segunda recompensa a fe que os donen,
Eneas hoy, y cuando llegue el día
Ascanio, que olvidaros mal podría.”

LIV

“Más digo”, Ascanio interrumpiendo exclama,
“Por los lares de Asáraco, y el fuego
De Vesta inextinguible, y cuantos ama
Grandes dioses mi casa, Niso, os ruego
Volváis el padre al hijo que lo llama,
Que se cuenta sin él perdido y ciego:
Mis esperanzas y el destino mío
Yo en vuestros pechos sin reserva lío.

LV

Venga él, y en gozos trocará lamentos,
Y el hado amansará que nos maltrata.
Dos vasos de abultados ornamentos,
Que él ya ganó en Arisba, obra de plata,
Dos trípodés también, y dos talentos
Grandes de oro, os dará mi mano grata;
Ni añadir una antigua taza olvido
Que recibí de la sidonia Dido.

LVI

Que si el hado me otorga que conquiste
El itálico suelo, y se sortea
Espléndido botín, óyeme: ¿viste
El caballo en que Turno galardea
Y las doradas armas que se viste?
Tuyo el caballo con las armas sea,
Exentos, Niso, del común despojo;
Tuyo el escudo y el penacho rojo.

LVII

Que añadiré mi padre a dones tales
 Doce hermosas esclavas, adivino;
 Luego, doce cautivos, con marciales
 Arreos cada cual; y de Latino,
 En fin, los predios rústicos reales.
 En cuanto a ti, mancebo peregrino,
 A quien mi edad sigue el alcance, lazos
 Anudando de amor te doy mis brazos;

LVIII

Mi corazón te doy, y te recibo
 Desde aquí por perpetuo compañero:
 De hoy más, sin ti gozosas no concibo
 Glorias, que dividir contigo quiero.
 ¡Ya el laurel me corone o ya el olivo,
 En todas ocasiones tú el primero
 Amigo, a quien el alma nada esconde,
 Mío serás!” Euríalo responde:

LIX

“Nunca, nunca será que yo desdiga
 De este animoso arranque; así la suerte
 Amiga se presente... ¡o enemiga!
 Mas que ante todo premio pido, advierte:
 Tengo una madre, de la estirpe antigua⁹
 De Príamo, a quien no razón tan fuerte,
 Ni patrio sol, ni regio hospicio, nada
 Hubo que de seguirme la disuada.

⁹ *Estirpe antigua*: antigua, de rancio linaje.

LX

Yo parto sin hablarle; ¡ella, ¡ay!, no sabe
Cuántos riesgos el hijo desafia!
¡Por la noche y tu diestra que no cabe
En mí a su llanto resistencia impía!
Venciérame. ¡Consuelo tú suave
Sé, y arrimo, a la pobre madre mía!
Si en ti fincar esta esperanza puedo,
Iré al peligro con mayor denuedo.”

LXI

Con lágrimas responden de ternura
Los troyanos presentes. Renovado
El recuerdo del padre, Ascanio apura
Su afecto en él; y el rostro hermosado
Con llanto, dice: “En esta ardua aventura,
Euríalo, no temas resultado
Que a tan glorioso acometer no cuadre;
Sí, tu madre también será mi madre.

LXII

Llamárase Creusa, y madre fuera
Mía del todo: en cambio es madre tuya,
No pequeño renombre. Comoquiera
Que esta empresa magnánima concluya
(Júrolo por mi vida, a la manera
Que antes mi padre), o ya te restituya,
O no, próspera suerte, honra no escasa
Siempre daré a tu madre y a tu casa.”

LXIII

Dice Ascanio llorando, y desanuda
Del hombro al punto una dorada espada,
No de su vaina de marfil desnuda,
De Licaón cretense obra extremada:
Una, de león despojos, piel velluda
Mnesteo a Niso da: con él celada
Permuta Aletes. De metal cubiertos
Marchan los dos, con hados, ¡ay!, inciertos.

LXIV

Los siguen los caudillos principales
Hasta las puertas, jóvenes y ancianos
Con votos y plegarias. Bríos tales
Ascanio ostenta y pensamientos canos
No ya cual de su edad; y mil filiales
Mensajes encomienda: ¡intentos vanos!
Las fugaces palabras recogían
Vientos que a sordas nubes las confían.

LXV

Salen, pues, y los fosos ya salvados,
Envueltos en la sombra, la carrera
Encaminan a campos malhadados
En que a muchos la muerte antes espera:
Ven rendidos a trechos los soldados
Y los carros en alto en la ribera;
Entre armas, ruedas, bridas, vino y todo
Mudo yace el ejército beodo.

LXVI

Habló el hijo de Hírtaco primero:
 “¡Euríalo! Osar mucho importa ahora;
 Propicia es la ocasión, y este el sendero.
 Tú, no se alce tal vez mano traidora
 A hacernos por la espalda un desafuero,
 Ten alerta la vista indagadora;
 Que yo dando la tala¹⁰ en torno mío
 Por ancha brecha conducirte fío.”

LXVII

Dice, y hace silencio, y a Ramnete
 Que en su alta tienda y cama entapizada
 Daba roncros bufidos, arremete
 Con brazo firme y con desnuda espada.
 Rey a un tiempo y augur, a quien somete
 El rey Turno sus dudas, fue; mas nada
 Valieron artes al dormido mago
 Contra el poder de un invisible amago.

LXVIII

A tres pajes que entre armas, mezcla ciega,
 Yacen, y al escudero y al auriga
 De Remo, al pie de sus caballos, llega
 Y las flojas cabezas les desliga
 A hierro; al amo, en pos, el cuello siega,
 Y el tronco deja que abortando siga
 Raudales: de cadáveres sembrada
 En cálido cruor¹¹ la tierra nada.

¹⁰ *Dando la tala*: devastando, pasando a cuchillo.

¹¹ *Cruor*: crúor, sangre.

LXIX

Y a Lamo oprime, a Lámiro, a Serrano,
Mozo este de gentil fisonomía
Que hasta tarde despierto estuvo, en vano,
Con el mucho jugar; ya en fin dormía
Puesto en brazos de un sueño asaz temprano,
Con el mucho beber. ¡Feliz si al día
Aguardase! ¡Si, hurtándose al sosiego,
Igualara la noche con el juego!

LXX

Como león que, en el furor agudo
De hambre voraz, entre el rebaño vaga
Tierno de carnes y en su espanto mudo,
Que hinche el aprisco, y ya le aterra y traga;
Brama su boca ensangrentada: crudo
Así Niso se ceba: irle a la zaga
Euríalo no quiere, y muertes hace
En la ignorada grey que en torno yace.

LXXI

Él a Abaris y a Fado asalto fiero
Y a Herbeso y Reto dio: Reto, que en vela
Todo viéndolo está; medroso empero
Tras una jarra enorme el bulto cела:
En su pecho, al erguirse, entra el acero
Que, sacado, mortal caso revela:
Vierte el triste la vida, y sangre y vino;
Y el nocturno agresor se abre camino.

LXXII

Ya al cuartel de Mesapo va, do espira
Sin pábulo la lumbre: allí la hierba
Paciendo atados los bridones mira.
Niso en breves palabras (pues observa
Cuán lejos va llevándolos la ira
Que matando se enciende y exacerba)
Dijo: “La odiosa luz próxima advierto:
No más sangre; ancha senda hemos abierto.”

LXXIII

Mucha arma allí, mucha maciza plata,
Mucho vaso y riquísimo tapete
Abandonan. Euríalo arrebatata
Para sí de Mesapo el justo almete,
Que al viento plumas de color desata;
Después que los galones de Ramnete
Y el cinto, que áureos clavos ornamentan,
Alzó: ¡en vano sus hombros los sustentan!

LXXIV

(De Cédico opulento estas un día
Galas fueron; el cual al tiburtino
Rémulo como prenda las envía
De alma hospitalidad y afecto fino:
En legado, al morir, este las fía
Al nieto, y con su muerte, en guerra, vino
A manos de los rútilos la rica
Herencia, y al más fuerte se adjudica.)

LXXV

Salen ambos del campo, y ya por vía
 Segura echan a andar. En tal momento
 Respuestas para Turno conducía
 Parte de una legión: tres veces ciento
 Jinetes son —atrás la infantería
 A marchar se apercibe—; de Laurento
 Salieron adelante, y a su frente
 Va, con broquel cual los demás, Volcente.

LXXVI

Llegan ya al campo y muro, cuando aquellos
 Bultos miran que a izquierda mano tienden.
 El yelmo de Mesapo da destellos
 Que entre el nocturno clarear ofenden
 La vista a quien observe: huyes, mas ellos,
 Desmemoriado Euríalo, te venden!
 “No equívoca visión mi mente inflama”,
 De en medio del tropel Volcente clama.

LXXVII

“Y ¡Alto!”, intima, “¿Quién sois?, decid. ¿De dónde
 O a dónde os dirigís? ¿A qué bandera
 Adscritos militáis?” Nadie responde:
 Uno y otro a los bosques acelera
 El paso, y a la noche, que le esconde,
 Fiado huyendo va. Sin más espera
 Cierran al bosque entradas y retretes¹²
 En alas desplegados los jinetes.

¹² Entradas y retretes: entradas y salidas.

LXXVIII

Selva de encinas negras y jarales
Tendíase ancha allí, de agrios abrojos
Ceñida, y de espesísimos breñales:
Rara trillada senda ven los ojos
En medio de sus calles naturales.
Euríalo, a quien pesan sus despojos,
Y los ramos asombran del recinto,
Piérdese en el confuso laberinto.

LXXIX

Niso huye, huye impróvido, y ya fuera
Va del alcance de enemiga mano,
El campo atrás dejando en su carrera
Que por Alba después nombróse *Albano*:
(Campo del rey Latino entonces era,
Y en él grandes majadas). ¡Ay!, en vano,
Cuando hubo de parar, buscó al ausente
Amigo, y dijo al fin con voz doliente:

LXXX

“¡Euríalo infeliz! ¡Yo te he dejado!
¿Por dónde, ¡ay triste!, he de seguirte ahora?
¿Dónde hallarte?” Y con rumbo retrógrado¹³
Otra vez de la selva engañadora
Intríncase en el seno enmarañado;
Sus propias huellas afligido explora,
Y entre las matas ásperas camina
En que silencio funeral domina.

¹³ *Retrogrado*: retrógrado, hacia atrás.

LXXXI

Caballos siente, oye el tropel, escucha
 De horda perseguidora el alto aullido;
 Ni de tiempo medió distancia mucha
 Cuando nuevo clamor hiere su oído,
 Y a Euríalo distingue, que relucha
 En vano, de contrarios sorprendido:
 Turbóle senda ambigua y sombra ingrata;
 Y fuerza superior ya le arrebatá.

LXXXII

¿Cómo será que al mísero liberte?
 ¿Con qué armas defender podrá al amigo?
 ¿Entre heridas buscando honrosa muerte,
 Arrojaráse en medio al enemigo?
 ¿Qué hará? Blande un astil con brazo fuerte,
 Y a la luna tomando por testigo,
 Que alto su carro a la sazón regía,
 En voz sumisa esta plegaria envía:

LXXXIII

“¡Honor de los celestes luminare,
 Custodia de los bosques, sacra luna!
 Si a Hírtaco, mi padre, en tus altares
 Poner viste en mi nombre ofrenda alguna;
 Si, cazador en selvas seculares,
 Tu gloria acrecenté con mi fortuna
 Tus bóvedas colgando de despojos,
 ¡Compasiva a mi afán vuelve los ojos!

LXXXIV

¡Oh! ¡Dame que ese grupo desordene,
Y a este dardo en el aire abre sendero!”
Orando así, con cuantas fuerzas tiene
Arroja el arma. En ímpetu ligero
El asta parte despedida, y viene,
Hendiendo sombras, a Sulmón frontero,
Y rómpese en su espalda, y la madera
Hecha astillas las vísceras lacera.

LXXXV

Agobiado Sulmón rueda al instante,
Y con hondo estertor, trémulo, frío,
Las entrañas fatiga, agonizante,
Y de encendida sangre vierte un río.
No hay quien no torne a ver, quien no se espante.
Niso, entretanto, renovando el brío,
Puesto el brazo a la altura de la oreja,
A asestar otro tiro se apareja.

LXXXVI

Temblando están del invisible amago
Todos, cuando otra vez dardo estridente
Llega, que ambas las sienas pasa a Tago
Y en su hendido cerebro híncase ardiente.
El causador no indaga del estrago
Llevado de la cólera Volcente,
Ni en quién le cumpla desfogarse mira;
Ciego salta, y bramando estalla en ira:

LXXXVII

“¡Tu sangre ha de correr, quienquier que él sea;
Y en ti de entrambos tomaré venganza!”
Así diciendo, el hierro ya menea
Desnudo, y sobre Euríalo se lanza.
Lleno, a par, de terror, Niso vocea;
Fuera, también, de sí, Niso se avanza:
Más tiempo oculto estar no lo tolera
El duro trance, ni él callar pudiera.

LXXXVIII

“¡Acá, acá, revolved! ¡Yo soy!”, les dice,
“¡Contra mi pecho encaminad la espada!
¡Oh, rútu! Mirad que ese infelice
Nada osó hacer, ni hacer pudiera nada.
Todo yo lo tracé, todo lo hice.
Por los astros lo juro y la morada
Celeste. Fue su culpa, demasiado
A un sin ventura amigo haber amado.”

LXXXIX

Mientras en vano así Niso clamaba,
Ya la amenazadora punta llega,
Y al costado de Euríalo se clava
Y el tierno pecho le destroza ciega.
Cae el triste, y la vida se le acaba:
Roja sangre sus blancos miembros riega,
Y, doblándose lánguida, reposa
Sobre los hombros la cerviz hermosa.

XC

Tal flor purpúrea a quien tronchó el arado
Desfallece a morir; tal la amapola
Sobre su débil vástago doblado
Inclina mustia la gentil corola
Que la lluvia agobió. Desesperado
Niso penetra el escuadrón, y a sola
La persona, entre todos, de Volcente
Solicita su cólera impaciente.

XCI

Acá y allá, ya aquel, ya este guerrero,
Le resisten y estorban: él no cía,
Antes a todos lados el acero
Fulmineo revolviendo ábrese vía;
Hasta que al fin al rútilo, que fiero
Gritando a la sazón la boca abría,
Por ella adentro le escondió la lanza:
Próximo así a morir tomó venganza;

XCII

Y encima se desploma herido, inerme,
Del muerto amigo a quien unió su historia,
Y en paz allí su último sueño duerme.
¡Oh, felices los dos! Si alguna gloria
Puedo yo de mis versos prometerme,
¡Siglos no eclipsarán vuestra memoria
Mientras sustente inmoble el Capitolio
El prez de Eneas y de Jove el solio!

XCIII

Vencedores los rútilos en tanto,
Recogido el botín, al campamento
Exánime a Volcente van con llanto
Conduciendo. Menor no es el lamento
Que en los reales cunde, y el espanto,
Cuando a Ramnete ven sin movimiento,
Y tanto noble jefe a quien abruma
Común calamidad: Serrano, Numa...

XCIV

Cerca a los que o difuntos o mortales
Están, acude multitud ingente:
Ven de espumosa sangre los raudales
Y tibio aún de mortandad reciente
El campo. Reconocen los marciales
Despojos: de Mesapo allí el luciente
Casco; allí el cinto, recobrado a un muerto,
El rico cinto, de sudor cubierto.

XCV

El áureo lecho de Titón la aurora
Tímida deja, entre celajes raya,
Y ya su lumbré que horizontes dora
Secretos descubriendo, el sol explaya
Por el mundo. Con voz animadora
Turno, no sin que él mismo armado vaya,
Cual suele, de los pies a la cabeza,
Al arma a todos a llamar empieza.

XCVI

A su voz cada jefe sus legiones
Ferradas, en batalla ordena: ceban
La rabia vomitando maldiciones;
¿Qué más? En astas que en el aire elevan,
De los dos degollados campeones
Los rostros clavan, y, a doquier los muevan,
¡Oh, espectáculo! ¡Oh, bárbaro trofeo!
Síguelos de la plebe el clamoreo.

XCVII

De sus muros, en tanto, a la siniestra
Los sufridos troyanos aparecen;
Protegidos del río, a mano diestra,
Sus anchas fosas a la par guarnecen.
¡Ah!, de sus altas torres pasan muestra
Al campo, ¡y cuán de veras se entristecen
Viendo (ni cabe engaño) aquellos vultos
Horribles con la sangre y blanco a insultos!

XCVIII

Alada en la ciudad la fama rueda,
Y a la madre de Euríalo al oído
Tristes cosas murmura. Ella se queda
Pálida, sin calor y sin sentido:
Va la aguja a los pies, se desenreda
Cayendo de las manos el tejido.
Mesando luego la melena blanca
Altos gemidos de su pecho arranca;

XCIX

Y al muro, a la falange delantera
Frenética ella corre, ella no cuida
Que entre armas y varones acelera
El paso, ni el peligro la intimida;
Y de quejas después hinche la esfera:
“¡Que así te miro, ay, hijo de mi vida!
Tú, arrimo a mi vejez mísera y triste,
¡Cruel!, ¿dejarme en soledad pudiste?

C

Pues riesgos íbas a correr tan graves,
¿Cómo no me avisaste la ardua empresa,
Ni oí palabras de tu amor suaves?
¡No que hora en tierra ignota yaces, presa
A los latinos perros y a las aves!
Ni honrar me es dado, Euríalo, tu huesa;
Que recoger no pude tus despojos,
Tus heridas lavar, cerrar tus ojos.

CI

Ni la ropa vestirte que de día
Yo y de noche labraba, mis pesares
Consolando en la edad caduca mía.
¡Ay! ¿A dónde seguirte? ¿En qué lugares
Tu destrozado cuerpo quedaría?
¿Y para esto por tierras y por mares
Anduve acompañándote? ¿Y es esta
Visión cruel cuanto de ti me resta?

CII

¡Rútu!os!, si tenéis piedad alguna,
Todos aquí asestad; yo la primera
Caiga; ¡matadme!... O tú de mi fortuna
Duélete, ¡Padre de los dioses! Hiera,
Hiérame un rayo tuyo: esta importuna
Memoria acabe: el tártaro me espera;
¡Precipítame allá, pues de otra suerte
No es dado a esta infeliz que halle la muerte!”

CIII

Lloran todos con ella; y ya al deseo
De combatir, con el común quebranto
Las fuerzas van faltando. Actor e Ideo
A la triste, que enciende duelo tanto,
Acuden, por mandato de Ilioneo,
Y de Yulo, que vierte largo llanto;
Sustentándola en brazos se encaminan
A su hogar, y en el lecho la reclinan.

CIV

Óyese del clarín el son agudo;
El canoro metal de alarma llena
Los campos, y ya el aire, en antes mudo,
Con los ecos terríficos resuena.
Formada ya la militar testudo¹⁴
De volscos el ejército se ordena,
Y a cubrir apercíbese en batalla
El ancho foso y a arrancar la valla.

¹⁴ *Testudo*: especie de galería que formaban los soldados teniendo sobre sus cabezas los escudos de los unos con los de los otros.

CV

Buscan unos entrada, y por escalas
A trepar se dirigen a la parte
Do las haces parece estar más ralas
Que coronan el muro y baluarte.
Se arman los teucros a su vez; tan malas
Armas no habrá que no utilice el arte,
En que ya los formó la patria tierra,
De guardar plaza fuerte en larga guerra.

CVI

Picas vibran, y aun vuelcan ya pedrones
Cuyo peso del rútilo consiga
Romper los defendidos batallones.
¿Y qué? ¿Será que conllevando él siga
Tan rudos golpes sin sufrir lesiones
Bajo la densa concha que lo abriga?
No; ni el número basta. ¿Veis do ileso
Marchando viene el pelotón más grueso?

CVII

Pues ya a esa parte misma risco horrendo
Los troyanos arriman, ruedan: postra
Anchamente a los rútilos cayendo
Y desbarata su ferrada costra.
La muchedumbre audaz, retrocediendo,
Tal lluvia en ciego asalto más no arrostra,
Y a los sitiados a ofender aspira
Solo con flechas que de lejos tira.

CVIII

Ostentando a su vez Mezencio insano
Su catadura amenazante y fea,
Viene por otra parte, y en su mano
Etrusco pino tenebroso humea.
Mesapo, prole de Neptuno, ufano
Porque indómitos potros señorea,
El vallado también romper decide
Y escalas ya para los muros pide.

CIX

¡Oh, Calíope! ¡Oh, musas celestiales!
¡Inspirad al cantor! Cuántos encierra
Estragos ese campo funerales,
Decid; a quiénes Turno echó por tierra,
Y otros a otros también, cuáles a cuáles;
Desenrollad el libro de la guerra,
Y mi vista contemple aquellos hombres:
¡Vosotros los sabéis, decid sus nombres!

CX

Con arduos puentes a asombrosa altura
En oportuno sitio al aire vano
Erguíase una torre. Se conjura
A embestirla el ejército italiano
Con extremado alarde de bravura.
En agolpados grupos el troyano
Defiéndela con piedras, y a porfía
Por troneras abajo armas envía:

CXI

Turno osado, primero en los primeros,
Tira una hacha encendida, que se pega
A un lado de la torre: a los maderos,
Acrecentada por el viento, llega
La llama devorante. Los guerreros
Que adentro ven el gran peligro, en ciega
Confusión a salvar corren la vida,
Buscando en vano y de tropel salida.

CXII

Y en tanto que se agolpan, en su anhelo,
A un punto ajeno al fuego, se derrumba
Súbito por su peso el fuerte: el cielo
Con fragoroso estrépito retumba:
Y vienen, medio exánimes, al suelo,
No sin que la alta mole en pos sucumba,
Transfijos por sus armas los soldados
Y de duras astillas lastimados.

CXIII

A todos el tremendo golpe acaba,
Salvo a Helenor y a Lico. En años era
Tierno aquel: en secreto, de la esclava
Licimnia al rey Meonio le naciera;
A la guerra de Troya, aunque le estaba
Vedada, ella envióle. De ligera
Armado, iba inglorioso, con desnudo
Acero, y sin divisa el limpio escudo.

CXIV

El cual mirando acá, y allá, y doquiera,
Mil haces que le estorban la salida,
Determina morir. Como la fiera
Que de perseguidores circuida
En densa red, contra la opuesta hilerá
Se embravece en furiosa arremetida,
Y de un salto sin miedo ni esperanza,
Por cima de los dardos se abalanza;

CXV

Así Helenor se arroja, y donde advierte
Más densa la erizada tropa, fiero
Entrando por allí corre a la muerte.
Lico mientras, más que él de pies ligero,
A una fuga veloz fía su suerte
Entre tanto enemigo hórrido acero;
Trepá al muro, cubierto de troyanos,
Y alto asidero busca, amigas manos.

CXVI

A la carrera Turno y con la lanza
Habiéndole seguido, ya cercano
Le mira, ya sobre él victoria alcanza.
“¡Qué! ¿De librarte de mi fuerte mano
Concebiste, demente, la esperanza?”
Dice, y cogiendo al que trepaba en vano,
No sin parte del muro a que se aferra
A sí le trae y le derriba en tierra.

CXVII

Con uñas corvas por el vago viento
A blanco cisne, así, o a liebrezuela,
La armígera de Jove al firmamento
Arrebata feroz, y encima vuela;
Y al corderillo así, que anduvo a tiento,
Por quien la baladora madre anhela,
Roba el fiero animal que sirve a Marte.
Ya clama el sitiador por toda parte;

CXVIII

Corre y los fosos terraplena, y pega
Antorchas a los muros, con desprecio
Del peligro de muerte a que se entrega.
A las puertas terrífico Lucecio
Llamas vibrando amenazante llega.
Venir le mira, y un peñasco recio,
Como roca de monte desprendida,
Lanzó Ilioneo, y él rindió la vida.

CXIX

Ligro en Ematio, Asila en Conneo
(Hábil uno en lanzar venablo fuerte,
Otro, falaz saeta) atroz deseo
Sacian. Ceneo a Ortigio da la muerte;
Turno derriba al vencedor Ceneo,
Y a Itis, a Dioxipo deja inerte,
Y a Prómolo, y a Clonio, y a Sagares,
Y a Ida, que guardaba altos lugares.

CXX

A Priverno quitó Capis la vida.
Habíale primero rasguñado
Temilas con su lanza. Él, que a la herida
Fue la mano a llevar, desacordado
Tira el escudo. En alas conducida
Vino una flecha, y al izquierdo lado
Clava su mano, entra, la entraña hiere
Que aire recibe y da,¹⁵ y el triste muere.

CXXI

Arcencio, el de figura señalada,
Allí, de ibera púrpura luciente,
Su rico arnés y clámide bordada
Mostraba. (Le envió su padre Arcente
De la selva a la madre consagrada,
Do le criara, a par de la corriente
Del Simeto, que ve en ofrendas rico
El altar propiicable de Palico.)

CXXII

Así como tan bellas galas mira,
Dardos suelta Mezencio, honda estridente
Toma, y tres veces la sacude y gira
En torno a su cabeza, y al de Arcente
Encaminando la amenaza tira
Bala, forjada ya de plomo ardiente,
Y ambas sienes le pasa, y de la almena
Le hace caer a la tendida arena.

¹⁵ El pulmón.

CXXIII

Entonces dicen que por vez primera
Arco y flechas el príncipe troyano,
Temidas ya de fugitiva fiera,
Usó en guerra homicida; y por su mano
Mató a un fuerte guerrero, de quien era
Rómulo el sobrenombre al de Numano,
Y por mujer, de Turno, poco hacía,
A la hermana menor tomado había.

CXXIV

El cual amenazando horrenda tala
Va delantero, y del reciente enlace
Haciendo y de sus fuerzas muestra y gala;
Y clama audaz cuando decir le place:
“¡Oh, pobres frigios, los de suerte mala!
¿Tercer asedio enrojecer no os hace?
¿Y pensáis que os serán reparo fuerte
Frágiles tablas contra instante muerte?

CXXV

¡Y tal linaje en actitud guerrera
Nuestras esposas pide, o nuestras vidas!
¿Qué dios os trajo, ¡miseros!, qué fiera
Demencia a Italia? Aquí no halláis atridas
Ni enlabiador Ulises os espera;
Antes lo habréis con gentes aguerridas
Que su prole, al nacer, al río llevan,
Y de agua y hielo en el rigor la prueban.

CXXVI

Juventud es la nuestra que se emplea,
Fatigando los montes, en la caza;
Que en manejar el arco se recrea,
Que en domeñar caballos se solaza.
No hay duro empeño a que inferior se vea
Sobria, sufrida, inquebrantable raza,
O con rastro tenaz doma la tierra
O bate muros en abierta guerra.

CXXVII

Hierro es en todo tiempo nuestra usanza:
Si movemos la tierra, al buey tardío
Con el cuento agujiamos de la lanza:
Ni gustos muda ni el nativo brío
Edad provecita a quebrantar alcanza;
Yelmos dan a las canas atavío:
Mozo y viejo a la par conquistas hacen
Y en vivir de despojos se complacen.

CXXVIII

Vosotros, los de ropas en que arde
Con el zafrán¹⁶ el múrice de Oriente,
Tenéis por dentro un corazón cobarde:
Es vuestra ocupación ocio indolente,
Voluptuosa danza es vuestro alarde:
Con el frigio tocado ornáis la frente,
De cintas rodeándola y de lazos,
Y en blandos pliegues enredáis los brazos.

¹⁶ *Zafrán*: azafrán.

CXXIX

¡Oh Frigias, más que frigios! ¡Id! Guarida
 Alta el Dídimo os abre: a sus parciales
 La flauta berecintia allá convida
 Con la usual melodía; ¿y los timbales
 No oís de la deidad que reina en Ida?
 Id al báquico estruendo, y las marciales
 Luchas dejad a varoniles pechos;
 ¡A llevar armas no aleguéis derechos!”

CXXX

A vueltas de sus fieros y blasones
 No en calma Ascanio a tolerar se avino
 Del jayán los dicterios y baldones:
 Tiende el arco y atrae el nervio equino,¹⁷
 Los brazos en contrarias direcciones
 Esforzando; mas, antes que camino
 Dé su mano a la flecha voladora,
 Los ojos alza y reverente ora.

CXXXI

“¡Oh Jove omnipotente! ¡Así me ampare
 Y premies con el éxito que imploro
 Mi empeño audaz; y ofrezco a tus altares
 En sacrificio un joven y albo toro
 Que ya a las astas de su madre, pares
 Yerga las suyas, retocadas de oro.
 Que muestre corneando su ardimiento
 Y polvo con los pies esparza al viento!”

¹⁷ *Nervio equino*: la cuerda del arco hecha de crines.

CXXXII

Oyóle el padre complacido, y truena
A izquierda mano, despejado el cielo.
Descargándose al punto el arco suena,
Y disparado el homicida telo
De la cuerda tirante se enajena,
El aire rasga en estridente vuelo,
Llega, y traspasa con el hierro insano
Las sienes cavernosas a Numano.

CXXXIII

“¡Anda, soberbio, y al valor regala
Con burlas que el castigo desafían!
Los pobres frigos, los de suerte mala,
Esta respuesta a tu arrogancia envían.”
Conciso Ascanio así su furia exhala.
Los teucros, que admirados le veían,
En aplauso triunfal su nombre elevan
Y al cielo la esperanza en alas llevan.

CXXXIV

Desde un punto sereno de la esfera
En una nube, sobre el aura pura,
Apolo, el de la hermosa cabellera,
Miraba en ese instante por ventura
El fiero asalto y la defensa fiera,
Y a Yulo vencedor así conjura:
“¡Bien hayas, joven de inmortal destino!
¡Sigue! ¡Ese es de los astros el camino!

CXXXV

¡Bien hayas, nieto ya, y futuro abuelo
De dioses! Cuanta guerra el hombre enciende,
Trocarse en paz verá dichoso el suelo
Reinando tu familia. A ti no extiende
Troya su hado cruel.” Dice, y del cielo,
Rasgando el aire vibrador, desciende
A Ascanio, y de sus formas se desnuda,
Y el rostro en el del viejo Butes muda.

CXXXVI

El cual del noble Anquises escudero
Y su fiel guardapueñas fuera un día;
Tiempos después lo dio por compañero
A Ascanio Eneas, y por útil guía.
En la blanca cabeza y ceño austero
Apolo, andando, a Butes contrahacía,
Y en la voz y el color y la apostura,
Y en el bronco sonar de la armadura.

CXXXVII

Y a Yulo enardecido, “¡Hijo de Eneas!
¡Basta!”, dícele el dios, “basta a tu gloria
Que así a Numano castigado veas
Bajo tu brazo. Esta primer victoria
Apolo te concede, y, que le seas
Émulo ya en el arma venatoria,
No mira, no, con voluntad aviesa.
Mas tú ya en el combate, ¡oh niño!, cesa.”

CXXXVIII

Trunco el discurso, y la mortal figura
Deponiendo, a los ojos se evapora
El dios, raudo cruzando el aura pura.
Descubrióse en la fuga voladora:
Leve han visto los jefes su armadura,
Y aun su aljaba alejarse oyen sonora;
Y obedécenle ya: de la pelea
Apartan al garzón, que la desea;

CXXXIX

Y al peligro otra vez sus corazones
Presentan. Por los muros va en aumento
El bélico clamor. Fuertes varones
Tienden el arco, o del revuelto amiento
Tiran sus jabalinas y lanzones.
Todo de armas se cubre el campamento.
Huecos yelmos doquier suenan y escudos
Con choques leves y con golpes rudos.

CXL

Arrecia por momentos la batalla.
Naciendo las cabrillas, de Occidente
Así también azotadora estalla
La lluvia; con granizo así estridente
Fiero turbión el piélagos avasalla
Cuando el éter, con austros inminente,
Empuja acuosa tempestad, y el trueno
A las cóncavas nubes rompe el seno.

CXXI

Pándaro y Bicias, de Alcanor de Ida
Hijos, criados por la agreste Hiera
En la selva de Jove (en tal guarida
Ni arduo abeto ni cumbre hubo altanera
Que a aquellos mozos superior se mida),
La puerta que a guardar el rey les diera
Abren; y en su gran fuerza ambos seguros,
Retan al enemigo a entrar los muros.

CXXII

A un lado y a otro armados aparecen
Adentro, a fuer de torres, con cimera
En que altivos plumajes resplandecen.
Tal orillas del Po, o a la ribera
Del Atesis ameno, iguales crecen
Dos encinas de intonsa cabellera,¹⁸
Y, el pie afirmando en el bañado suelo,
Mueven la vana cresta allá en el cielo.

CXXIII

Los rútilos, la entrada al ver patente,
Se lanzan. Cada cual con su cohorte,
Sin más tardar avanzan ya: Quercente,
Y Aquícola, en las armas y en el porte
Hermoso, y Tmaro, de ánimo vehemente
Y Hemón, alumno del feroz Mavorte:
Estréllanse en su arrojo, y los primeros
Dejan en el umbral vidas y aceros.

¹⁸ Encinas cuyas copas nunca fueron podadas.

CXLIV

Y, siguiendo a sus jefes los soldados,
Ya espaldas vuelven los que atrás venían;
Mas cobra la ira hostil mayores grados,
Y otra vez atacar tal vez porfían.
Por su parte los teucros, agolpados
Hacia aquel punto, más y más confían;
Y salen, y alejados de la puerta,
Persiguen al contrario en liza abierta.

CXLV

El rey Turno que, en otra parte, insano
El espanto y la muerte a muchos lleva,
Oye que encarnizándose el troyano
A abrir sus puertas orgulloso prueba,
Del asalto emprendido alzando mano,
Con ira que sus ímpetus renueva
Acude, acorre a la patente entrada
Por gemelos gigantes custodiada.

CXLVI

Y a Antífate ante todos, que gallardo
Ante todos también la planta mueve
(Del alto Sarpedón hijo bastardo
Que le nació de una mujer de Tebe),
De itálico cerezo arroja un dardo
Que en su garganta, hendiendo el aura leve,
Va a hundirse: ancha la herida brota un río,
Y arde, hincado al pulmón, el hierro impío.

CXLVII

A Afidno luego, a Mérope, a Erimante
 Rinde, y a Bicias, que amenazas para
 Rugiente, con mirada centellante;¹⁹
 Contra venablos el arnés le ampara.
 Ni azagaya lanzó Turno al gigante;
 Con zumbadoras cuerdas le dispara
 Falárica mortal cual rayo fiero:
 A su empuje el taurino doble cuero,

CXLVIII

Y aun con dobles escamas de oro fino
 La fiel loriga resistir no pudo:
 Desmayado el gran cuerpo al suelo vino,
 Tembló la tierra y retumbó el escudo.
 Con golpe así y estruendo repentino
 Yerto pilar que giganteo y mudo
 En antes dominara el mar de Bayas,
 Cae tal vez en las soberbias playas,

CXLIX

Y rueda así con ímpetu y ruina
 Y en el fondo del piélagos se ensena:
 Toda se turba la extensión marina
 Al impulso, y resurte negra arena;
 Y estremécese Prócida vecina
 Desde su asiento, y con espanto truena;
 Truena el áspero lecho de Inarime,
 Donde a Titeo Júpiter oprime.

¹⁹ *Centellante*: centelleante.

CL

Entonces Marte armipotente asiste
Y enérgicos estímulos añade
A los latinos, y de ardor los viste
(A los troyanos a la vez invade
Con pavor tenebroso y fugo triste);
Y ya, porque en sus almas se persuade
El dios guerrero y a la lid los guía,
Invasores acuden a porfía.

CLI

Como, postrado el cuerpo y la faz muerta,
Al hermano infeliz Pándaro mira
Y el mal suceso ve, cierra la puerta;
Ella al empuje vigoroso gira:
Con sus hombros anchísimos cubierta
Él la tiene por dentro, y en su ira
A muchos de su gente allende el muro
Mezclados deja en el combate duro.

CLII

A otros, empero, de tropel, consigo
Adentro recibió. ¡Ciego y demente!
Que no ha echado de ver cómo al abrigo
De aquella confusión, entre la gente
El jefe del ejército enemigo
Siguiendo impetuoso la corriente
Penetra, como tigre despiadado,
En medio de pacífico ganado.

CLIII

Entran, pues. Mas de súbito a sus ojos
Brilla extraña visión: altos se mecen
Sobre yelmo gentil crestones rojos;
Crujen hórridas armas que estremecen,
Y luz fiero broquel vibra a manojos...
Al punto aquel semblante que aborrecen,
Y aquel brazo feroz que temen tanto,
Los teucros reconocen con espanto.

CLIV

Pándaro, en el furor a que la muerte
De su mísero hermano le arrebató,
Álzase entonces corpulento y fuerte,
Y “El palacio dotal no ves de Amata”,
Exclama, “ni Ardea es esta que a tenerte
Abre el recinto de sus muros, grata
A un hijo vencedor. ¡Turno!, ¡has entrado
En campo hostil, y ya salir no es dado!”

CLV

Y Turno, con sonrisa de bonanza:
“Mide, pues, esa diestra con la mía,
Y a Príamo dirás que en mi pujanza
Otro Aquiles topó tu cortesía!”
Con nudos y corteza áspera lanza
Pándaro desembraza; la desvía
Juno en su vuelo: a herir el hierro acierta
Los aires solo, y se clavó en la puerta.

CLVI

“No será cual la tuya inobediente
Arma de esta mi diestra manejada,
Ni ella sus golpes eludir consiente”.
Dice Turno; y se empina, alta la espada,
Y en la mitad descarga de la frente
A Pándaro tan recia cuchillada,
Que no paró sin que con ancha herida
Las impubes quijadas le divida.

CLVII

Cae el jayán; y el suelo en son profundo
Treme, no acostumbrado a golpes tales;
Con sangre y sesos el arnés inmundo
Tiende en tierra, y a par descomunales
Sus miembros, el coloso moribundo;
A hierro en partes dividida iguales
Cuélgale la cabeza a entrambos lados;
Y cuantos miran esto huyen turbados.

CLVIII

Si al vencedor al punto se ocurriera
A sus parciales franquear la entrada
Rompiendo con su mano la barrera,
Fuera aquella ocasión postrer jornada
A la emprendida lid, y luz postrera
A la raza de Príamo cuitada;
Mas de sangre la sed, que sangre huele,
De los que huyen en pos loco le impele.

CLIX

Y a Faleris, y a Giges, un jarrete
Habiéndole en la fuga herido, alcanza:
Con picas de estos a otros acomete;
Juno el fuego le da de su venganza.
Clavó a Fégeo en su escudo, y arremete
Tras de Halis, y hacia aquellos ya se lanza
Que están desde los muros braveando:
Prítanis, y Halio, y Noemón, y Alcrando...

CLX

¡Tristes! No le aguardaban. Se le aboca
Linceo, empero, entre ellos avisado,
Y contra él, aunque tarde, los convoca:
Turno se le adelanta, en un vallado
Se apoya, el hierro esgrime, y le derroca
De un tajo, con el yelmo destroncado
La segada cabeza. Y luego a Amico
Postra, en despojos de la selva rico,

CLXI

Cazador que cual nadie el arte y dolo
De enherbolar saetas conocía.
Mató después a Clicio, hijo de Eolo;
Y a Creteo, a quien fue la compañía
Fiel de las musas su deleite solo,
Su ejercicio el laúd, la poesía
Su amor. Carros marciales, lides bravas
Siempre, ¡vate infeliz!, cantando estabas.

CLXII

Oyen los jefes que el peligro llama:
Mnesteo y el intrépido Seresto
Allá acuden, y al ver que se derrama
Medrosa turba ante invasor enhiesto
Que aterra la ciudad, Mnesteo exclama:
“¿A do huis, insensatos? Más repuesto,
¿Qué otro sitio hallaréis ni más seguro?
¿O qué muro buscáis allende el muro?”

CLXIII

¿Un hombre triunfará de mil troyanos
Aun en medio de vallas y de aceros?
¿Y él solo entre vosotros, ciudadanos,
Correrá haciendo impune estragos fieros?
¿Y para el Orco segarán sus manos
La flor de nuestros jóvenes guerreros?
¡Qué! ¿Dioses, patria, rey nada os merecen,
Ni os inspiran piedad ni os enrojecen?”

CLXIV

Encorajados con palabras tales
Rehácense, y en densa infantería
Avanzan ya. Con armas desiguales
Pausadamente del combate cía
Turno, y hacia la parte en que fluviales
Ondas besan el muro, se desvía,
Mientras con nuevo ardor y altos clamores
Aumentanse sobre él los ofensores.

CLXV

Cual león de monteros acosado,
Que los venablos contrapuestos mira
Receloso, y a paso retrogrado
Con miradas sañudas se retira:
El valor en su raza vinculado
Huir no le permite, ni la ira;
Mas por medio de la áspera barrera
Romper no puede, aunque romper quisiera;

CLXVI

Así Turno también dudoso y lento
Retrocediendo va; mas no desmaya,
Y arde en vivo furor su pensamiento.
Embestir una vez y aun otra ensaya,
Y una vez y otra su ímpetu violento
Pone a muchos en fuga, a otros a raya:
Pero al fin en su daño se congregan
Cuantos hay en el campo y juntos llegan.

CLXVII

Ni ya la hija de Saturno osa
Confortar al ahijado en su porfía
Con nuevo aliento; que a Iris vaporosa
Júpiter mismo desde el cielo envía,
Y, encaminados a su regia esposa,
Mensajes no suaves le confía,
Que abandonar a Turno ordenan, caso
Que de los muros él no arredre el paso.

CLXVIII

Nada el mancebo, pues, con el escudo,
Nada ya con la armada diestra puede;
¡Tanto el asalto arrecia áspero y rudo!
Hace que en torno de sus sienes rueda
Ruido asordante, el incesante, agudo
Repiquete del yelmo: ábrese, y cede
La armadura de bronce a las pedradas;
Las rojas plumas vuelan arrancadas.

CLXIX

Contra nube de dardos enemiga,
¿Qué hará la copa de un broquel? Circunda
A Turno ya la multitud; le hostiga
Mnesteo con su lanza furibunda:
Mana el sudor copioso en su fatiga;
Raudal como de pez su cuerpo inunda:
Fáltale aire vital; convulso aliento,
Al moribundo pecho da tormento.

CLXX

¡Ved! Con todas sus armas de repente,
Como último arranque de su brío,
Arrójase a las aguas. Blandamente
En su rojo regazo el sacro río
Recíbele, y sumido en su corriente,
Sangre, polvo y sudor le lava pío,
Y devuélvele en ondas sosegadas
Hermoso de su gente a las miradas.≈

Libro décimo

I

El palacio de Olimpo omnipotente
Se abre entretanto. El padre de inmortales
Y rey supremo de la humana gente
A concilio en las salas siderales
Convoca. Él desde allá ve el continente,
Y las huestes del Lacio, y los reales
Troyanos. Altos númenes asoman,
Y en el amplio cónclave sillas toman.

II

“¡Celícolas ilustres”, Jove empieza,
“¿Por qué mudáis de acuerdo? ¿Por qué insanos
Os dais a pelear con tal crueza?¹
Yo vedara que Italia a los troyanos
Resistiese; ¿en qué cóleras tropieza
Mi voluntad? ¿Por qué terrores vanos
Acá el uno, allá el otro a lid se lanza
Y va el hierro a empuñar de la venganza?”

¹ *Crueza*: crudeza, crueldad, saña.

III

Ya la hora sonará de las batallas
(No el tiempo aceleréis), cuando Cartago
Rompa el Alpe, y de Roma a las murallas
Descargue por la brecha horrendo estrago.
Podréis entonces desbordar sin vallas
Hasta rapaces triunfos vuestro amago:
Hora enfrenadle, y con semblante amigo
Benditas paces afianzad conmigo.”

IV

Conciso Jove habló. Menos somera
Fue la espléndida Venus, que en su duelo
Vuelta al padre razona en tal manera:
“¡Rey y eterno señor de tierra y cielo,
Divina majestad! ¿Ni en quién pudiera,
Sino en ti, mi dolor hallar consuelo?
Los rútilos me insultan: ¡mira, mira
Cómo entre ellos soberbio Turno gira!

V

Ya con propicio Marte hinchado llega
Al cerco; audaz le invade: mal seguros
Traban los teucros áspera refriega
Puertas adentro y en sus propios muros;
Su misma sangre ya los fosos ciega.
Eneas, ¡ay!, sus míseros apuros
Ausente ignora. ¿Y contra el duro asedio
Nunca tú, nunca ya darás remedio?

VI

Renace Troya, mas con ella nace
Otro ejército hostil como el aqueo;
Ni se alza en pie, sin que, saliendo audace
De Arpos etolia, el hijo de Tideo
Otra vez a sus muros amenace.
¡No han de cerrarse ya mis llagas, creo;
Armas que a esta hija tuya antes hirieran,
Mortales armas, hoy también me esperan!

VII

Si a hurto ya de ti, o a tu despecho,
Fueron a Italia los troyanos, lleven
La justa pena del culpado fecho;
¡No tus furores, tu justicia prueben!
Mas si camino solamente han hecho
A do dioses y manes a ir los mueven
Una vez y otra vez, ¿quién tus mandados
Torcer intenta y reformar los hados?

VIII

¿Quién? ¿Ya no has visto en sicilianos mares
Nuestras naves arder?... ¿No desencierra
Eolo sus alados auxiliares?...
¿Iris no baja con misión de guerra?...
¡Y hoy, porque aun parte tomen los hogares
Independientes de Plutón, a tierra
Sale Alecto, de allá abortada, y cruza
A Italia, y cual bacante iras azuza!...

IX

Del prometido imperio nada alego;
¡Pude esperarle en hora más dichosa!...
¡Venza hoy quien quieras! Mas si en su odio ciego
A mis teucros negar juró tu esposa
Todo terreno hospicio, esto te ruego
Por Troya hundida y su reliquia humosa:
¡Sálvese Ascanio del feral combate;
Al nieto, ¡oh padre!, tu favor rescate!

X

Torne Eneas al mar, y rumbos dele
Voltaria suerte en ondas ignoradas.
Mas este niño... verle me conduele;
Yo le quiero librar de las espadas:
Yo a Citera o a Pafos llevaréle,
O a Idalia y sus pacíficas moradas,
Donde robado al militar ruido
Consuma el tiempo en inglorioso olvido.

XI

Y reinen, si te place, hijas de Tiro;
Cartago a Ausonia oprima en férreo mando;
Y de este infante y su feliz retiro
Nada teman... ¡Mas, oh, remate infando!
¡A los teucros para eso en largo giro,
El hierro y fuego asolador burlando,
Que venciesen dejaste mil azares
Por tantas tierras y por tantos mares?

XII

¿Y hoy que a Troya restauren en el Lacio
Consientes, porque caiga en nueva guerra?
¡Valiera más que en el yermado espacio
Que de sus padres la ceniza encierra
A alzar tornasen imperial palacio!
Su Janto y Símois, su nativa tierra
Vuélveles, ¡ay!, si a muerte los destinás,
Perezcan de la patria en las ruinas!”

XIII

Habló a su vez con ímpetu iracundo
La reina Juno: “La ocasión me obliga
Un silencio a romper largo y profundo,
Y el gran dolor a divulgar que abriga
Secreto el corazón. ¿Quién ya en el mundo,
Di, mortal o inmortal, es el que instiga
A Eneas a la ofensa? ¿Quién le mueve
A que al buen rey Latino guerras lleve?

XIV

¿Hados a Italia le impelieron? Cierto:
¡Casandra en su furor le abrió la vía!
Mas si hoy deja su campo, ¿el desacierto
Que en dejarle comete, es culpa mía?
¿Eslo, si da su vida a un soplo incierto,
Y el mando militar a un niño fía?
¿Que así la fe tirrena solicite,
Y quietos pueblos sedicioso agite?

XV

Pues si él de propio acuerdo torpe yerra,
¿Hay decir que a su mal Juno le acosa,
Y que Iris baja con misión de guerra?
¡Oh! ¡En el ítalo pueblo indigna cosa
Es llevar llamas con que a Troya encierra
Naciente; indigna en Turno (a quien la diosa
Venilia madre fue, Pilumno abuelo)
Que en paz ocupe su nativo suelo!

XVI

¡Y cosa no ha de ser indigna y fea
En el troyano, si una tierra extraña
Invadiendo feroz con negra tea
Tala y subyuga en torno la campaña!
No, si el suegro se apropia que desea
Y ajena esposa en el hogar apaña;
¡Ni ha de ser vergonzoso en frigias tropas
Mentir sus manos paz y armar sus popas!

XVII

Tú sí que a Eneas en peligros graves
Aun de las manos de los griegos puedes
Redimirle, y al cuerpo echarle sabes
De aire y niebla sutil propicias redes;
Tú en ninfas de la mar truecas sus naves:
¡Y a fuero haciendo estás tantas mercedes,
Y yo a tuerto he de obrar si en lado opuesto
Un corto auxilio a mis parciales presto!

XVIII

Ignore Eneas lo que ausente ignora,
Y tú olvídale en Pafos o en Citera,
O en tus grutas de Idalia. ¡No que ahora
En daño suyo, a una nación guerrera
Provocas, y a una raza vencedora!
¿Quién de frigias reliquias acelera
El fin: yo, o el que a los griegos dando paso,
Causó de Troya misma el gran fracaso?

XIX

¿Rompiendo antigua paz con raptó insano,
Yo a Europa y Asia en militar porfía
Comprometí? ¿Yo al forzador troyano,
Cuando a Esparta asaltó, serví de guía?
¿Armas y amores ministró mi mano
Al grande incendio? ¿Entonces te cumplía
Por los tuyos mirar! ¿Al aire entregas
Injustas quejas hoy, hoy tarde llegas!"

XX

Tal Juno declamaba. Asentimiento
Mostraban las deidades sordo y vario
Murmurando entre sí; cual suele el viento,
Cuyos soplos el bosque centenario
Erizan en templado movimiento,
Y rondando el hojoso santuario
Crecen luego en rumores murmurantes,
Nuncios de tempestad a navegantes.

XXI

Habló entonces el padre omnipotente,
El que todo lo rige y lo compasa
Con cetro universal. Profundamente
Enmudece a su voz el alta casa
De los dioses; el éter eminente
Calla; tiembla la tierra en su ancha basa;
Encogidos los céfiros no alientan;
Los mares su encrespada pompa asientan.

XXII

“Atentos escuchadme, y lo que os diga
Tened presente. Pues traer no es dado
Teucros y ausonios a amistosa liga,
Ni tregua admite vuestro encono airado
Ya bogue el uno en esperanza amiga,
Ya fíe el otro en su presente estado,
O rúculo adalid o teucro sea,
No ha de ser, no, que yo parcial los vea.

XXIII

Ora arribado hubiere a extraño suelo
Por suerte adversa al ítalo, o por vano
Error de patria y seductor señuelo,
A resistir embates el troyano,
Ni a él redimo ni al otro. O gloria o duelo
Líbrele a cada cual su propia mano:
El cetro universal yo a nadie inclino;
Por sí los hados se abrirán camino.”

XXIV

Por las riberas del Estigio hermano,
Vorágines de negro ardiente lodo,
Juró lo dicho el numen soberano:
La frente inclina, y al moverla, todo
Tiembla el Olimpo. A aquel debate vano
Término dando en tan solemne modo,
Se alzó del áureo solio: a los umbrales
Condúcenle entre sí los inmortales.

XXV

El asedio estrechando a la muralla
Instan a la sazón por toda parte
Los rútilos, cuidados de tomalla²
Con llamas vivas y sangriento Marte.
El troyano gentío entre su valla
Vese acosado, y de salir no hay arte:
¡Ay tristes de sus nobles campeones
Que las torres defienden y bastiones!

XXVI

En ya ralo cordón cubren guerreros
El muro. Ambos asáracos en vano
Se ofrecen, peleando en los primeros;
Timete Hicetaonio, Timbre anciano,
Y Asio, y Castor. Les fueron compañeros
De Sarpedón el uno y otro hermano,
Claro a par y Temón, a aquella guerra
Venidos desde Licia, noble tierra.

² *Cuidosos de tomalla*: ansiosos de tomarla.

XXVII

Veis al lirnesio Acmon, que arrastra inerte
 Mole, parte de monte no pequeña,
 Y, cual su hermano Mnesteo, fuerte,
 Y cual Clicio su padre, la despeña,
 Todo el cuerpo tendiendo. De esta suerte
 El agredido en arrojar se empeña
 Ya volador astil, ya piedra grande;
 Y hachas el agresor y dardos blande.

XXVIII

Como perla de fúlgido destello
 En rojo oro engarzada, cuyo oficio
 Es dar adorno ya a la sien, ya al cuello,
 O bien como con clásico artificio
 Embutido marfil esplende bello
 En terso boj o terebinto oricio,
 Tal Ascanio entre todos resplandece;
 Tal descubierta la cabeza ofrece.

XXIX

El digno barragán³ que Venus ama,
 Y hermoso así por su cerviz de nieve
 El tendido cabello se derrama,
 Que a su frente hilo de oro ciñe leve.
 Mnesteo allí también (a quien la fama,
 Porque a él de Turno la expulsión se debe,
 Ha engrandecido) a la defensa asoma,
 Y Capis, de quien Capua nombre toma.

³ Barragán: compañero.

XXX

También allí lidiando, los arpones
Lanzaste que homicidas enherbolas
A vista de magnánimas legiones,
Tú, que tu nombre, ¡oh Ísmaro!, arrebolas
De ilustre origen lidio con blasones,
Hijo de aquel país donde con olas
Doradas el Pactolo se desliza
Y cultivados campos fertiliza.

XXXI

Así unos y otros, sin ganar terreno,
Recia lid pelearon todo el día,
Y en tanto Eneas a la mar el seno,
Bogando en medio de la noche, hendía,
Pues él, dejado a Evandro, y al tirreno
Campamento venido, hablado había
Al jefe: nombre y patria le revela;
Lo que ofrece le dice, y lo que anhela:

XXXII

Y los recursos le describe luego
Que ha asociado Mezencio a su venganza,
Píntale a Turno en sus enojos ciego;
Pondérale cuán poca confianza
Merece humano cálculo; y el ruego
Añade a la razón. A la alianza
Tarcón se inclina, y, sin que instantes pierda,
Sus fuerzas une y ya la marcha acuerda.

XXXIII

A un extranjero príncipe obediente,
Librada así del veto de los hados,
Entrégase a la mar la etrusca gente,
En los buques subiendo aderezados.
La real nave de Eneas en la frente
Muestra frigios leones sojuzgados,
En tanto que en su popa se alza el Ida,
Imagen a expatriados tan querida.

XXXIV

Allí, en la popa, el ánimo constante
Con pensamientos bélicos fatiga
El grande Eneas. Muévele Palante,
A su izquierda sentado, a que le diga
Ya los astros que rumbo al nauta errante
En noche opaca dan con lumbre amiga,
Ya de su propia vida los azares,
Cuantos corrió por tierras y por mares.

XXXV

¡Hora, musas, abridme el Helicon!
¡Inspirad al cantor! Decidme, cuáles
Nobles salieron de la etrusca zona
En auxilio de Eneas; qué navales
Fuerzas ganosas de triunfal corona
Corrieron a los líquidos cristales.
Abrió Másico el rumbo: nao ferrada,
Ante todas su *Tigre* sobrenada.

XXXVI

Mil jóvenes reúne su bandera
Que de Clusio vinieron y de Cosas,
Y con aljaba al hombro andan ligera,
Con arco audaz y flechas sanguinosas.
Lanza su nave a par de esta primera,
Con lucido escuadrón de armas vistosas
Abante adusto, y un Apolo de oro
Presta a su popa tutelar decoro.

XXXVII

Populonia, su patria, con seiscientos
Mancebos le acudió para la guerra,
No de experiencia militar exentos;
Elba, que hierro inagotable encierra,
Isla famosa, le envió trescientos.
Adivino del cielo y de la tierra
A quien tierra ni cielo nada oculta,
Tercer caudillo, Asila, al mar insulta.

XXXVIII

Él interpreta lo que parla un ave,
Ve lo que abierta entraña significa,
Y de los astros los secretos sabe,
Y presagos relámpagos explica.
En masa hórrida y densa, tras su nave,
Arrastra mozos mil que calan pica:
Ciudad los reclutó que de Elis viene,
Nueva Pisa, y toscano asiento tiene.

XXXIX

Síguelos de hermosura y de esplendores
Vestido Astur; Astur, que va fiado
En su potro y sus armas de colores:
Con voluntad unánime, de grado
Le acompañan trescientos guerreadores
Que su nativa Cérete han dejado,
Y a Gravisca insalubre, y la campaña
Que Pirgo ilustra y la que Minio baña.

XL

También, Cínira, a ti nombrarte cuido,
¡Oh de Ligures capitán valiente!
Ni a ti, Cupavo, dejaré en olvido,
Que llevas por insignia de tu frente
Un plumaje de cisne, envanecido
Penacho tuyo y de tu electa gente:
Amor fue vuestra culpa; vuestra gloria
Eternizar del padre la memoria.

XLI

Pues Cisne amó a Faetón, le honró con llanto:
Y entre álamos frondosos, en su duelo,
De las hermanas a la sombra, en tanto
Que daba, dicen, al pesar consuelo
Con la música dulce de su canto,
Vistió de ancianidad el cano hielo,
Blandas plumas tomó, y alzóse en ellas,
Tendiendo en su clamor a las estrellas.

XLII

El hijo a sus paisanos sigue ahora
Con pequeño cortejo: monta el grande
Centauro, y de los remos avigora
El movimiento, porque el monstruo ande:
El cual representado está en la prora;
Un asido peñón la arma es que blande,
Sobre el agua amagando lo suspende,
Y ya con larga quilla el ponto hiende.

XLIII

Ocho también de su natal ribera
Una legión levó para la armada:
Del tusco río y Manto la agorera
Hijo famoso: aquel que a tu morada
Muros y nombre (el de su madre) diera,
¡Oh ciudad en abuelos bien dotada
Que no de una, de triple estirpe vienes,
Y tribus cuatro en cada raza tienes!

XLIV

Centro es común a tan diversas gentes
Mantua, mas de su fuerza y poderío
En la sangre toscana están las fuentes.
Rencores granjeó Mezencio impío
Allí también: quinientos combatientes
Mincio conduce en vengador navío
Dende⁴ el padre Benaco al mar salado,
De verdes espadañas coronado.

⁴ Dende: desde.

XLV

Marchando va majestuoso y lento
Aulestes: con cien árboles⁵ azota
El mar en levantado movimiento,
Y la masa de mármol hierve rota:
Es su nave un Tritón, que corpulento
Con su concha los senos alborota
Del piélago cerúleo, y el semblante
Cerdoso imita de un jayán nadante.

XLVI

Tiene el monstruo los miembros desiguales,
Busto viril y vientre de ballena;
Y, hendiendo con el pecho los cristales,
Medio hombre, medio pez, la espuma suena.
En treinta buques con caudillos tales
Así, en fin, el ejército se ordena
Que en pro de Troya por los mares vino
Con pies de bronce en líquido camino.

XLVII

Desamparó los cielos aquel día,
Ya en alto la alma Febe el hemisferio
En su carro noctívago impelía.
Eneas desvelado, al ministerio
De las velas atiende él mismo, y guía
Firme el timón. En esto, en coro aerio,⁶
Ninfas, que fueron ya sus compañeras,
Mira venir festivas y ligeras.

⁵ Con cien árboles: con cien remos.

⁶ Aerio: aéreo.

XLVIII

Ninfas, de húmidos reinos moradoras
Por superior mandato de Cibeles,
Que de la mar transfiguró en señoras
Tablas que fueron en la mar bajeles.
Juntas bullen, y tantas como proras
Férreas orlaron la ribera: fieles
Reconocen de lejos a su dueño,
Y le cortejan en tropel risueño.

XLIX

Llegó jovial la que entre todas sabe
Las gracias del decir, Cimodocea;
Con la diestra la popa ase a la nave
Cuyo dorso ella misma señorea,
La izquierda boga en mudo afán suave,
Y nuevas dando a aquel que las desea,
“¿Velas”, le dice, “hijo de dioses? ¡Vela!
Y, ¡sus!, ¡con alas desplegadas vuela!

L

Troncos fuimos nosotras ya en el Ida,
Naves tuyas después, del océano
Ninfas hoy. Como aleve a nuestra vida
El rútilo atentó con fuego insano,
Nuestra divina madre condolida
Mudónos: cables que anudó tu mano,
Mal de grado rompimos; y ella diosas
Nos hizo de las mares espumosas.

LI

De ti, Eneas, venimos en demanda.
 Entre muros y fosos, y en aceros
 Envuelto Ascanio, arrostra con su banda
 Del Latino los ímpetus guerreros.
 Ya el sitio ocupan que tu voz les manda
 Árcades y toscanos caballeros;
 Mas no sin que abocar Turno se apreste
 Entre ellos y el real su armada hueste.

LII

Ánimo, pues; y al despuntar temprano
 De la próxima luz llama tu gente
 Al arma; y el escudo que Vulcano,
 Invicto don de diestra ignipotente,
 Te dio, con cercos de oro, abraza ufano.
 Si tú confías que mi voz no miente,
 De rútilos atroz carnicería
 Verá en pilasalzada el nuevo día.”

LIII

Dice; y como quien sabe el modo, y tasa
 La fuerza, da a la popa, al irse, un tiento,
 Y la despide, como astil que pasa,
 Por hábil mano disparado, al viento:
 Todas la imitan; la onda apenas rasa
 Alígera la flota. El gran portento
 Al punto Eneas vio con mente absorta;
 Fausto agüero le juzga, y se conhorta.⁷

⁷ Conhorta: conforta.

LIV

Y a la celeste bóveda serena
Vuelto “¡Oh del Ida alma deidad!” exclama,
“¡Madre que honras el Díndimo, y almena
Triunfal te ciñes, y al león que brama
Trajiste a la coyunda que le enfrena!
¡Ven, ven propicia al pueblo que te llama!”
No dijo más. La noche en tanto huía;
Y ya de lleno resplandece el día.

LV

Manda a su gente el adalid que apronte
Los aceros, que a bélicas señales
Preste el sentido, y al peligro afronte
Fuerzas cobrando a la ocasión iguales.
En pie él mismo en la popa, el horizonte
Domina, y a su vista los reales
Trojanos tiene. Con la izquierda luego
En alto abraza su broquel de fuego.

LVI

Lo vio el pueblo sitiado, y de los muros
Unánime clamor el aire envía;
Lanzan todas las manos dardos duros,
Creciendo la esperanza en osadía:
Tal grullas de Estrimón nublos oscuros
Cruzan con ruido en la región vacía,
De los austros huyendo, y libres de ellos
Gritan gozosas con acordes cuellos.

LVII

Oyó la voz que el entusiasmo exhala
Pasmado el sitiador, que tal no espera;
Hasta que, a ver tornando, mira en ala
Las popas arrimarse a la ribera
Y que en velas envuelto el mar resbala.
Árdele al héroe la gentil cimera,
Ígnea lengua en el aire es su garzota,
Y el escudo de oro incendios brota.

LVIII

Así tal vez en noche vaga y pura
A los mortales pechos amedrenta
Fúnebre desatando allá en la altura
Cometa asolador su crin sangrienta;
Y así también terrífico fulgura
Fogoso sirio en estación sedienta,
Y de hambre y peste amenazando al suelo
Con su présaga luz contrista el cielo.

LIX

Turno audaz aun por eso no desmaya.
A los que llegan repeler emprende
Antecogiendo la interpuesta playa,⁸
Y así en su ardor los ánimos enciende:
“¡Mancebos!, de las manos no se os vaya
La ocasión codiciada que os atiende:
En campo abierto, igual a cada parte,
Ya, ya podemos reducir a Marte.

⁸ Apoderándose el primero de la playa.

LX

Recuerde cada cual lo que a su esposa
Y a su familia debe amenazadas,
Y a ejemplo tome tanta acción famosa
Que honró de sus mayores las espadas.
¡Sus! Al agua corramos mientras posa
Inciertas en la arena las pisadas
El invasor: atrevimiento pido;
¡Asiste la fortuna al atrevido!”

LXI

Tal dice; y vacilante considera
A quiénes dejará los bloqueados
Muros, con quiénes él a la ribera
Correrá. Por escalas sus soldados
Desde las altas popas echa fuera
Eneas a su vez. Cuál a los vados
A saltar se aventura, donde mira
Que el piélago desmaya y se retira;

LXII

Cuál por los remos a bajar se afana.
Tarcón la playa explora, y do serena
Entrada observa, que ni espuma cana
Quebrantada murmura, ni el arena
Rehieve allí, mas en creciente plana
Se desliza la mar calmosa y llena,
Súbite a ese lugar proas convierte,
Y exhorta a sus guerreros de esta suerte:

LXIII

“¡Selecta juventud! Sobre esa orilla
Lanzad, lanzad con ímpetu de guerra
El robusto espolón a dividilla!⁹
¡Batid el remo: en enemiga tierra
Ábrase surco nuestra misma quilla!
¡Oh!, si el suelo una vez mi mano aferra,
Nada me importa que en el punto mismo
Rompido mi bajel vaya al abismo.”

LXIV

Dijo; y aquellos que con él navegan
Mueven el remo, y con acordes bríos
Por hender los latinos campos bregan
Impeliendo espumosos los navíos,
Hasta que a descansar las proras llegan,
Sin contraste de escollos ni bajíos,
En lo enjuto. No así, Tarcón, tu popa,
Que en un banco de arena áspero topa.

LXV

Y allí en el agrio dorso, entre los vados,
Pende, y después de vacilar instantes,
Fatigando las ondas sus costados,
Abierta enajenó los navegantes
Sobre las aguas. Remos destrozados
Les impiden, y escaños, fluctuantes,
De los brazos la acción, y retrogradas
Los enredan de pies las oleadas.

⁹ A *dividilla*: a dividirla.

LXVI

Ni a Turno embarazó torpe tardanza;
Toda su hueste arrebatando fiero,
Sobre los teucros retador se lanza.
Sonó el clarín. Eneas el primero
Contra la agreste muchedumbre avanza,
Y a hijos vence del Lacio (¡fausto agüero!).
A su encuentro, de todos adelante,
Vino Teón, descomunal gigante,

LXVII

Al cual, del acerado coselete,
Y túnica con oro retesada,
Eneas las junturas rompe, y mete
Por el costado adentro honda la espada.
Con ella luego a Licas acomete,
Quien, ya en el claustro maternal salvada,
Infante, ¡oh Febo!, te ofrendó su vida;
¡Fuéle piadoso el hierro, hoy homicida!

LXVIII

Mató después a Gías corpulento
Y al fornido Ciseo, cuyas clavas
Peones derribaban ciento a ciento;
Ni altos brazos ni hercúleas armas bravas
Les valieron, ni haberte el grande aliento
Heredado, ¡oh Melampo!, a ti que andabas
Un tiempo al lado del invicto Alcides,
Partícipe en sus suertes y en sus lides.

LXIX

Veis a Faro, que voces da impotente,
Eneas crudo acero hunde en su boca.
Y tú, Cidón, que el blanco más reciente
Sigues de tu pasión de mozos loca
Siguiendo a Clicio, a quien la faz riente
Temprana edad de blando bello toca,
También a golpes de dardania mano
Allí yacieras con tu ardor vesano;

LXX

Mas no; que cuando herirte se promete
Aquella mano, en ala en torno densa
Los siete hijos de Forco dardos siete
Lanzan, cada uno el suyo, en tu defensa:
En el divino escudo y el almete
Parte rebotan sin causar ofensa;
Parte van a la piel, y entrado habría
El hierro, cuando Venus lo desvía.

LXXI

Y al fiel Acates vuelto dijo Eneas:
“¡Oh! ¡Dame, dame el arma que solía
Los cuerpos erizar de las aqueas
Postradas huestes en mi patria un día,
Y a fe que contra rútilos no veas
Golpe con ella errar la diestra mía!”
Dice, y a la venganza lisonjero,
Fornida lanza toma al escudero.

LXXII

Voló el hierro que el héroe desembraza,
Y el escudo a Meón y la loriga
Atraviesa, y su pecho despedaza.
Acudiendo Alcanor con diestra amiga,
Al hermano al caer sostiene, abraza.
Mas su ímpetu furioso no mitiga
El asta, y sanguinosa en su carrera
Pasa el brazo a Alcanor, y aun sale afuera.

LXXIII

Quedóle al infeliz pendiente y flaca,
Mal atada a los músculos, la mano.
Acude entonces Numitor, y saca
Del lacerado cuerpo del hermano
El venablo de Eneas, con que ataca
A Eneas mismo. Fue su arrojo en vano;
Que solo a rasguñar un muslo alcanza
Al grande Acates la sesgada lanza.

LXXIV

De Cures con los suyos Clauso vino
Presumido en su edad y lozanía.
Rígida lanza este adalid sabino
Desde lejos a Dríopes envía:
Bajo la barba abriendo hondo camino
Entra ella, y vida y voz róbase impía:
Su rostro enmudecido el suelo besa,
Y sangre de su boca mana espesa.

LXXV

Sigue Clauso, y en modo vario atierra
Tres tracios, de la estirpe enaltecida
De Bóreas; y otros tantos que a la guerra
Enviaron el padre de ellos, Ida,
E Ísmara su patria. Halesco cierra,
Y cierran los auruncos en seguida,
Y Mesapo, aquel hijo de Neptuno,
En caballos insigne cual ninguno.

LXXVI

Cada uno a su adversario al mar cercano
Lanzar intenta con ardiente brío:
Confín de Ausonia aquel humilde llano
Fue cerrado palenque al desafío,
Donde latino ejército y troyano
Disputan de la tierra el señorío:
Ya en pugna cada vez más densa y brava,
Brazo con brazo, pie con pie se traba.

LXXVII

No de otra suerte en la región vacía
En desapoderado afán los vientos
Alzan tal vez descomunal porfía
Con fuerza igual de opuestos movimientos;
Y ni los nublos ni la mar bravía,
Ni entre sí los contrarios elementos
Ceden: larga es la lid, y en fiel persiste;
Todo, en conflicto universal, resiste.

LXXVIII

Entre tanto los árcades soldados
Han venido a un lugar donde el terreno
Dejó un crecido arroyo de arrancados
Árboles, y rodadas piedras, lleno:
Soltando los trotones, mal hallados
En tan fragoso sitio a usar del freno,
Si supiesen, a pie combatirían;
Mas principiaron mal, y pronto cian.

LXXIX

Palante dar les ve la espalda, y luego
Mira al Latino que les va al alcance,
Y con voces ya amargas, ya de ruego
(Postrer recurso en tan difícil trance),
“¡Compañeros!” les dice, “¿un pavor ciego
Será que a fuga ignominiosa os lance?
Por tanto paso en que adquiristeis gloria,
Por tanta conquistada alta victoria,

LXXX

Por nuestro rey Evandro, y la esperanza
Que en vosotros cifró la ambición mía,
Émula de mi padre a la alabanza,
¡Oh! ¡Volved caras! Hay que abrirnos vía
Entre enemigos a poder de lanza;
¡Y donde grupo hostil nos desafia
Más denso, por allí la patria manda
Que atraviese Palante con su banda!

LXXXI

¡No hay dioses en la lid! Somos mortales,
Y es mortal el contrario que os aterra;
Brazos tenemos y ánimos iguales.
O a Troya o a la mar: la mar nos cierra
El paso con sus moles colosales;
Troya nos llama; efugio no hay por tierra;
¡Amigos, elegid sin más tardanza!”
Dice, y entre el tumulto se abalanza.

LXXXII

El primero en ponérsele delante
(A quien mala ventura su ruina
Aconseja) fue Lago: en el instante
Que un gran guijarro a desraigar se inclina.
Venablo duro voleó Palante,
E híncaselo allí donde la espina
Por medio las costillas demarcaba;
Ya adherido a los huesos, lo desclava.

LXXXIII

Mientras él a cobrar el arma atiende,
En venganza se arroja y en relevo
Del muerto amigo, Hisbón, y airado emprende
Sobrecoger el árcade mancebo.
Inútil fue su arrojó; le sorprende,
Mal prevenido contra golpe nuevo,
Palante, revolviendo de contado,
Y húndele el hierro en el pulmón hinchado.

LXXXIV

Y a Estenio, y a Anquemolo, de la gente
De Reto antigua originario, embiste,
El cual de la madrastra osó impudente
Manchar el lecho, y hoy a Turno asiste.
Al filo de su acero juntamente
Caíste tú, Laride, y tú caíste,
Mísero Timbro, en los rutulios llanos:
Hijos de Dauco, idénticos hermanos.

LXXXV

¡Cuán dulce el confundir los dos gemelos
Fue a sus padres! Con arma hora los pide
Que el suyo le ciñó, Palante; ¡y helos,
Qué atroz desemejanza los divide!
Pues rodó tu cabeza por los suelos,
¡Oh Timbro! Y dueño busca en ti, Laride,
Semiviva tu diestra cercenada,
Y aun los dedos crispando, ase la espada.

LXXXVI

Sigue Palante, y penetrando el viento
Con un fiero lanzón que a Ilo dispara,
Clava a Reteo, que a la fuga atento
Su carro de dos potros alanzara
En medio a este y aquel. Por un momento
Ilo así, sin pensarlo, el golpe para;
Cayó el otro, y asurcan¹⁰ sus talones
El campo de las rútilas legiones.

¹⁰ *Asurcan*: surcan, hacen surco.

LXXXVII

Y fue así que Reteo en ese instante
De ti, gran Teutra, y de tu digno hermano
Tires, dábase a huir; que de Palante
Ya entonces el ejemplo no era en vano:
No; que a su voz, a su ímpetu arrogante
El dolor y el pudor se dan la mano
A armar las de los árcades, que anhelan
Venganza, y de él en torno densos vuelan.

LXXXVIII

Tal, por diversos puntos, en verano
Pastor cuidadoso un bosque incendia, y tales
Con el viento las haces de Vulcano
Vencen los interpuestos matorrales
Y unidas corren sobre el ancho llano:
Él, en alto sentado, los triunfales
Esfuerzos de las llamas y su ira
Con victoriosa complacencia mira.

LXXXIX

Haleso, de otro lado, en armas fuerte,
Embebido en las suyas se adelanta,
Y a Feres, a Demódoco da muerte,
Y a Ladón. A Estrimonio, que levanta
El brazo, un tajo asesta, y cae inerte
La mano que amagaba a su garganta,
Con piedra hunde a Toante el cráneo, y huesos
Mezclados esparció de sangre y sesos.

XC

Cuidó en las selvas ocultar temprano
A Haleso, de desgracias agorero
Su padre; mas no bien cerró, ya anciano,
Los blancos ojos al sopor postrero,
Las Parcas, salteando al hijo arcano,
De Evandro le consagran al acero.
Contra él Palante, antes que el dardo libre,
En sumisa oración invoca al Tibre:

XCI

“¡Padre Tibre!”, murmura, “porque hiera
Al duro Haleso el corazón, envío
Esta arma voladora: en su carrera
Tú concede fortuna al hierro mío,
Y colgaré a una encina en tu ribera
El despojo marcial.” Oyóle el río;
Y Haleso, a punto en que a Imaón guarnece,
El pecho al golpe arcadio inerme ofrece.

XCII

Al gran fracaso del sin par guerrero
Temiendo que se arredre y desbarate
El ejército, avánzase ligero
Lauso, en la guerra alto poder: su embate
De frente Abante recibió el primero,
Que era el nudo y firmeza del combate,
Y sucumben tras él árcades gentes,
Y sucumben tirrenos combatientes.

XCIII

Y aun vos, reliquias del rebato griego,
¡Oh, teucros! Ya ambas huestes férreos lazos
Con caudillos iguales, igual fuego
Traban, y abrevian de la lid los plazos:
Apremian los de atrás; el tropel ciego
Menear no permite armas ni brazos;
Y a un punto acorren con vigor pujante
Contrarios entre sí Lauso y Palante.

XCIV

En edad uno y otro floreciente,
Ambos son en belleza singulares.
Émulos en fortuna, ¡ay!, que inclemente
Tornar les veda a los nativos lares;
Mas el rey del Olimpo no consiente
Que lleguen a medir sus fuerzas pares:
A mayor enemigo reservados
Marchan los dos bajo terribles hados.

XCV

A Turno su divina hermana exhorta
A que salte, y auxilio a Lauso preste;
Y él, a su voz arrebatado, corta
En carro volador la armada hueste.
Y, a los suyos mirando, dice: “Importa
Que treguas deis: yo lidiaré; sea este
Combate singular; Palante es mío.
¡Así viese su padre el desafío!”

XCVI

Dijo, y campo la turba le franquea
Pasmado oyendo aquel audaz mandato,
Y viendo el pronto obedecer, rodea
Palante a Turno con la vista un rato;
Por su cuerpo gigantesco pasea
Los ojos: rabia muda en ceño ingrato
Muestra a distancia: al fin, sin más respeto,
Sale, y contesta del tirano el reto:

XCVII

“Despojo opimo arrancará mi espada,
O, con gloria también, daré la vida.
A un caso y a otro apercebido, nada
Del padre ausente el ánimo intimida.
¡Modera tu soberbia desbocada!”
Dice, y avanza a do sus fuerzas mida:
El árcade escuadrón tiembla y recela;
En los pechos la sangre el pavor hiela.

XCVIII

De su carro a la vez Turno se apea,
De dos brutos tirado; y marcha al duelo
En silencio y a pie. Cual león, que otea
En lontananza a un toro audaz que el suelo
Escarbando se apresta a la pelea,
Y a él de su alta guarida acude a vuelo.
Tal fue del adalid la semejanza
En el momento en que a lidiar se avanza.

XCIX

Ya que Palante a Turno estar advierte
 A tiro de asta, él desde luego embiste,
 Por si, premiando al más audaz, la suerte
 Al menos esforzado fausta asiste;
 Y antes al aire inmenso de esta suerte
 Oró: “Tú, Alcides, si de Evandro fuiste
 Huésped, y amigo te sentó a su mesa,
 ¡Oh! ¡Dame ayuda en mi arriesgada empresa!

C

Haz que Turno me mire a él moribundo
 Arrancarle las armas en despojos,
 Sangrientas; ¡y al cerrarlos hoy al mundo
 Haz que me sufran vencedor sus ojos!”
 Oyó Alcides su voz, y en lo profundo
 Del pecho comprimió tristes enojos;
 Haciendo inútil llanto, Jove al hijo
 Estas palabras de consuelo dijo:

CI

“A cada cual fijado está su día;
 De la vida los términos estrechos
 Mortal ninguno traspasar podría;
 Mas la fama extender con grandes hechos
 Es dado a la virtud. ¿Hora sombría
 A cuántos no abatió, gloriosos pechos
 De sangre diva, al pie de la alta Troya?
 Aun mi hijo Sarpedón se hundió en la hoya.

CII

Turno mismo a la meta señalada
Ya llega: el hado inevitable gira
Sobre su frente.” Dice, y la mirada
Del campo de los rútilos retira.
Palante a esta sazón su lanza osada
Con grande esfuerzo a su adversario tira,
Y arranca de la vaina incontinente
La espada, que en su mano arde luciente.

CIII

Allí el asta fue a dar donde eminente
La armadura protege al hombro, y pudo
Rasguño leve, al fin, al cuerpo ingente
De Turno hacer, después que de su escudo
Las orlas penetró. Calmosamente
Fornido azcón que acaba en hierro agudo
Blandiendo Turno estuvo rato largo,
Y estas voces lanzaba en tono amargo:

CIV

“Tú ahora probarás si es más certero
Mi dardo, y más que el tuyo penetrante.”
Dijo; y aunque de láminas de acero
Cubierto, y férreas planchas, de Palante
El broquel, y aforrado¹¹ en recio cuero,
Por medio hendió la punta con vibrante
Empuje, y dividiendo la trabada
Loriga, el ancho pecho al triste horada.

¹¹ *Aforrado*: forrado, guarnecido.

CV

El cual, en vano, arráncase caliente
 El hierro de la llaga; sangre y vida
 Huyen por una senda juntamente.
 Agobiado cayó sobre la herida;
 Aquel suelo enemigo con la frente
 Ensangrentada hirió, y en su caída
 Las armas resonaron. En voz alta
 Así clamando Turno encima salta:

CVI

“Id, árcades; y a Evandro en nombre mío
 Diréis que al hijo, en la manera aciaga
 Que por su culpa granjeó, le envío.
 Que los honores últimos le haga
 Permítote, consuelo, ¡ay de él!, tardío,
 Pues caro siempre el hospedaje paga
 De Eneas.” Calla, y con la planta izquierda
 Hace al yerto adalid que el polvo muerda.

CVII

Del rico talabarte le despoja
 Al mismo tiempo, el cual ostenta impresos
 Cincuenta infaustos tálamos que moja
 Sangre de esposos míseros, opresos
 Por viles fembras,¹² en mortal congoja
 Vuelto el gozo nupcial: fieros sucesos
 Que en chapas de oro ayer Clonio esculpiera,
 ¡Hoy de ello Turno ufano se apodera!

¹² Fembras: hembras.

CVIII

¡Mas, ¡ay!, alucinada fantasía
Del hombre, que la suerte venidera
No conoce jamás; jamás, el día
De la dicha, sus ímpetus modera!
¡Tiempo será en que Turno compraría
La vida de Palante si pudiera,
Nunca manos pusiera en él, y a enojos
Este triunfo tendrá y estos despojos!

CIX

Los árcades, con gran gemido y llanto,
A Palante sacaron de la arena
Puesto sobre un escudo. ¡Ay triste! ¡Cuánto
De gloria al genitor, cuánto de pena
Llevas! Róbate envuelto en alto espanto
El día mismo que en la lid te estrena;
¡Mas no sin que antes dejes de hombres muertos
Los campos de los rútilos cubiertos!

CX

En tanto a Eneas, no el susurro llega,
Sí mensajero cierto del fracaso;
Que es perdida, le dice, la refriega,
Si él no acude. A su voz se lanza, y paso
Se abre a filo de espada; en torno siega
Cabezas, ancho campo deja raso,
Y a Turno, que en su triunfo se encarniza,
Ardiente busca en la revuelta liza.

CXI

No se apartan un punto de su mente
 Palante, Evandro: aquellos fraternales
 Banquetes a que huésped fue presente,
 Aquellas diestras que estrechó leales.
 Cuatro hijos de Sulmón, cuatro que Ufente
 Nutriera, coge vivos, a los cuales
 La amada sombra honrando él mismo hiera
 Y su cautiva sangre dé a la hoguera.¹³

CXII

De lejos lanza airada arroja luego
 A Mago, que mañoso el golpe esquivo
 Y a sus rodillas con lloroso apego
 (Por encima la lanza fugitiva
 Pasó vibrando) exhala humilde ruego:
 “Deja que a un padre yo, que a un hijo viva;
 Hazlo en amor de ese hijo en quien esperas.
 ¡Por la sombra del padre a quien veneras!

CXIII

Rescate ofrezco: tengo una alta casa,
 Y allí de plata, en sótano profundo,
 Cincelados talentos, y sin tasa
 De oro labrado y sin labrar abundo.
 ¿O piensas que a tu campo el triunfo pasa
 Porque esta alma mezquina huya del mundo?
 ¿Qué gaje para ti, qué gloria es esta?”
 Eneas irritado le contesta:

¹³ Honrará los manes de Palante rociando con la sangre de los cautivos su hoguera funeral.

CXIV

“Libre herede tu prole, de oro y plata
Ese caudal que tu palacio encierra;
Turno, muerto Palante, el fuero mata
De los pactos y trueques de la guerra.
Esta es al padre, esta es al hijo grata
Sentencia.” Dice; con la izquierda aferra
El yelmo, y hasta el puño en la doblada
Cerviz del suplicante hunde la espada.

CXV

Ved al hijo de Hemón que se avecina,
Sacerdote de Febo y de Diana:
Honra sus sienes la ínfula divina,
Y todo él resplandece, de galana
Ropa cubierto y de armadura fina.
Cierra Eneas con él, con furia insana
Le echa a tierra, y sobre él se regocija,
Y con sombra de muerte le cobija.

CXVI

Recoge en hombros el soberbio arreo
Seresto: a ti, que el campo en sangre bañas,
Alzarle ha, rey Gradivo, por trofeo.
Ya en contra veo a Umbrón (que las montañas
De los Marsos dejó), con él ya veo
Restablecer la lid con sus hazañas
A Céculo, hijo ardiente de Vulcano.
A ellos se lanza el adalid troyano.

CXVII

El cual de un tajo derribado había
A Anxur la izquierda mano y del escudo
El cerco ponderoso (Anxur, que fía
En cierta frase mágica, y desnudo
Por ella de temor, ya al cielo erguía
El pensamiento, y prometerse pudo
Edad prolija y venerables canas:
¡Todo error grande y esperanzas vanas!).

CXVIII

Cuando, con armadura refulgente,
De Fauno que en las selvas habitaba
Y la ninfa Driope procedente,
Tarquito arrostra audaz su furia brava:
A este la cota y el pavés ingente
Con su asta misma él de través entraba,
Y la cabeza al que, rogando, aún iba
Mil cosas a decir, hiere y derriba.

CXIX

Y el caliente cadáver impeliendo,
Con pecho rencoroso dice encima:
“Madre aquí no vendrá, ¡jayán tremendo!,
Que tu cuerpo con blanda tierra oprima,
Ni habrás patrio sepulcro. Te encomiendo
A las aves de presa, o a la sima
Te lleven de la mar sus ondas vagas
Y peces gusten tus sangrientas llagas.”

CXX

Luego a Anteo y a Luca se convierte,
Avanguardia de Turno, al bravo Numa;
Y al hijo de Volcente, aquel Camerte
De faz bermeja, a quien riqueza suma
De tierras entre ausonios cupo en suerte,
Y reinó en la callada Amicla, abruma;
Caliente ya su acero, en la campaña
Desborda el héroe inatajable saña.

CXXI

No de otra suerte contra el cielo un día
Cien brazos Egeón y manos ciento
Ejercitaba en dura rebeldía,
Y de sus pechos inflamado aliento
Por las cincuenta bocas despedía,
Y de Jove a los rayos igual cuento
Contrapuso de escudos y de puntas,
Todos crujiendo, y amagando juntas.

CXXII

Ya a los cuatro caballos se encamina,
Que briosos avanzan, de Nifeo;
Ven que los dientes con furor rechina,
Venle acercarse a paso giganteo,
Y temieron, y en fuga repentina
Dan al carro hacia atrás brusco rodeo:
Quedó en tierra tirado el triste auriga,
Y vuela al mar la alígera cuadriga.

CXXIII

Al campo en esto, rebosando en ira,
 En carro llegan Líger y Lucago
 Que alba pareja de caballos tira:
 Las riendas rige aquel; haciendo estrago
 Este la espada fulminante gira.
 No sufrió Eneas el soberbio amago;
 Y ya a los dos hermanos firme avanza,
 Gigantesco de verse, alta la lanza.

CXXIV

“Caballos de Diomedes frigia tierra
 Aquí no ves hollar, ni aquesta brida
 De Aquiles rige el carro: ¡aquí la guerra
 Acabará, y acabará tu vida!”
 Esto Líger diciendo, ¡cuánto yerra!
 Lejos voló su necio hablar. Ni cuida
 Eneas con razones contestalle;¹⁴
 Con arma, sí, que de terror le acalle.

CXXV

A aguijar los trotones se doblega
 Lucago, y en sazón que echa adelante
 El pie siniestro, a lid dispuesto, llega
 Y la orla baja del broquel brillante,
 Y la ingle izquierda luego, el asta ciega
 Taládrale. Rodando en el instante
 Moribundo se arrastra el infelice;
 Y en tono amargo el vencedor le dice:

¹⁴ *Contestalle*: contestarle.

CXXVI

“No de enemiga fila espectro vano,
Ni ya de tus bridones tardo el vuelo,
Lucago, te entregó. Saltaste al llano
Sobre las ruedas por tu propio anhelo.”
Dice, y ase del tiro. El triste hermano
Del carro mismo se escurriera al suelo
Y las inermes palmas extendía,
Y esta plegaria balbuciente envía:

CXXVII

“Por ti, y aquellos a quien es debido
Tu ser, ¡que con piedad, señor, me veas,
Y esta vida me dejes que te pido!”
Rogando sigue; y replicóle Eneas:
“No así hablabas en antes, fementido;
Ve, y fiel hermano con tu hermano seas!”
Y con la espada el pecho vengadora,
Santuario del alma, hondo le explora.

CXXVIII

Por el campo con ímpetu creciente
El dardanio adalid destrozos tales
Hacía, cual horrísono torrente
O cual negra legión de vendavales
Enfurecido. Y ved que de repente
Salen, desamparando los reales,
El infantil caudillo¹⁵ y sus soldados
Con dicha a dura extremidad llegados.

¹⁵ Ascanio.

CXXIX

“¡Amadísima esposa y dulce hermana!”
 Así Jove entre tanto dice a Juno,
 A ella vuelto de grado, “No fue vana
 Tu previsión; auxilio da oportuno
 Venus sin duda a la nación troyana:
 Ni ánimo ellos viril ni ardor alguno
 Tienen para la guerra (bien dijiste);
 Ni fuerza ni constancia les asiste!”

CXXX

Sumisa contestó la excelsa diosa:
 “¡Hermosísimo esposo de mi vida!
 ¿Por qué haces en esta ánima, medrosa
 De tus duros mandatos, nueva herida?
 Si aún dieses, cual debieras, a tu esposa
 De aquel antiguo amor llena medida,
 No me negaras, soberano dueño,
 Sacar a Turno del sangriento empeño.

CXXXI

Y yo a Dauno su padre le tornara
 Incólume... ¡Pues no! ¡Ruede en el suelo,
 Y en su sangre inocente enmienda cara
 Tomen los teucros! Por tercero abuelo
 Cuento en vano a Pílumno; su preclara
 Estirpe en vano se remonte al cielo,
 ¿Qué te importa? Y de ofrendas mil en vano
 Haya ornado tus pórticos su mano.”

CXXXII

Así entonces le dio respuesta breve
El señor del etéreo alcázar: “¿Plazo
Quieres mayor para el doncel que debe
Caer al fin bajo enemigo brazo?
Si eso te basta, no será que pruebe
Tu justo anhelo en mí duro rechazo:
Prófugo a Turno saca del combate,
Y que el golpe inminente se dilate.

CXXXIII

Y nada más: si a vueltas de tu ruego
Halagas encubierta confianza
De reprimir de la discordia el fuego
Y en los hados hacer total mudanza,
Hasta ese punto en mi poder no llego,
Y alimentas inútil esperanza.”
Tornó Juno, los ojos hechos fuente,
A hablar, y dijo así con voz doliente:

CXXXIV

“¡Si lo mismo, señor, que aún no deparas
En voz expresa, el corazón queriendo
Lo acordase, y la vida aseguraras
Que hoy a Turno perdonas! ¡No que horrendo
Fin le espera inculpable! ¿O a las claras
Yo, de asustada, la verdad no entiendo?
¡Ojalá que me engañe, y dé tu alteza
Rumbo mejor a lo que a ser empieza!”

CXXXV

Dijo, y de lo alto se lanzó del cielo
Moviendo tempestuoso torbellino,
Cubierta en torno de nimboso velo:
A las haces troyanas y al latino
Campamento encamina recto el vuelo;
Luego, a imagen de Eneas (¡oh divino
Prodigio!), de sutil vapor su mano
Un espectro fabrica hueco y vano.

CXXXVI

Y de imitado arnés y falso escudo
Reviste a aquel fantasma; de la hadada
Cabeza del troyano el penachudo
Morrión le finge, y la dardania espada;
Voz vana, acento de intención desnudo
Le da, y remedo de viril pisada;
Cual soñada visión, o aparecida,
Que se alza, dicen, al faltar la vida.

CXXXVII

Ya el fingido guerrero sale a plaza,
Y acicalado a vista gallardea
De las primeras filas, y amenaza
Al contrario, y le llama a la pelea.
Encárasele Turno, y desembraza
Desde lejos la lanza que blande,
Silbante: la fantástica figura
Vuelve la espalda y huye con presura.

CXXXVIII

Cayó Turno en la red; y a la esperanza
 De acabar con Eneas, aire toda,
 El alma, lisonjero a la venganza,
 Abrió sedienta, de placer beoda.
 Y “¿A dónde, Eneas, vas?”, grita, y se lanza;
 “¡No, no abandones la ajustada boda!
 Tierra que, hendiendo el mar, buscando vienes,
 Te la dará mi diestra; aquí la tienes!”

CXXXIX

Tales clamores, insensato, exhalas
 Vibrando el hierro vengador, que envía
 Centellas; ¡y no ves que el viento en alas
 Tu deseo se lleva y tu alegría!
 Echado el puente y puestas las escalas,
 Pegada a un alto escollo estar se vía
 La nao en que de Clusio el rey Osinio
 Llegara allí con militar dominio.

CXL

A ella la sombra, tímida y ligera,
 Corre a ocultarse. No se desconhorta¹⁶
 Turno, demoras vence, de carrera
 Los altos puentes salta, al barco aporta.¹⁷
 Mas no bien de la proa se apodera,
 Juno invisible ya la amarra corta,
 Al lance atenta, y de la orilla suelto
 El casco arrastra sobre el mar revuelto.

¹⁶ *Desconhorta*: desconforta: desalienta.

¹⁷ *Aporta*: llega.

CXXI

Ni ya el fantasma de ocultarse trata,
Mas alzándose en forma inconsistente
Oscura nube al aire se dilata.
Y mientras busca a su rival ausente
En medio Eneas de la liza, y mata
A cuantos por do pasa le hacen frente,
Envuelto en impensado torbellino
Ya Turno de alta mar lleva camino.

CXXII

Ingrato a un beneficio que no entiende
Tornó a mirar, y con doliente grito
Entrambas manos hacia el cielo extiende:
“¡Omnipotente padre! ¿Qué delito
Cometí, que tu saña así se enciende
Y mal tan grande sobre mí concito?
¿Qué es de mí? ¿Dónde estoy? ¿Qué fuerza nueva
A dónde, en fuga, y como quién me lleva?

CXXIII

¿Acaso hacia Laurento rumbo sigo?
¿O volveré por suerte a mis reales?
¿Y qué dirán aquellos que conmigo
Vinieron a la guerra, y a los cuales
(¿Es verdad? ¡Oh vergüenza!) al enemigo
Abandoné y a horrores funerales?
Ya, ya los veo que dispersos mueren;
¡Ay! ¡Sus lamentos mis oídos hieren!

CXLIV

¡Abriese, a devorarme, una honda boca
La tierra! O vos, más bien, al ruego mío
Venid, ¡oh vientos!, contra dura roca
Arrebatad piadosos mi navío;
¡Esperanzado en vos Turno os invoca!
¡Allá estrelladme en áspero bajío,
Do rútilos no lleguen, ni importuna
Fama me siga ni memoria alguna!”

CXLV

Dice, y en zozobrante afán no sabe
Entre intentos dudosos qué decida:
O si ya, enloquecido por tan grave
Afrenta, el pecho sin piedad divide
Con frenético acero; o de la nave
Se arroje, y a poder de brazos pida
En su bélico ardor la orilla corva
Venciendo el ponto que lidiar le estorba.

CXLVI

Tres veces uno y otro pensamiento
Traer a ejecución el triste ensaya,
Y tres veces también su osado intento
La diosa que le asiste puso a raya,
Condolida; y en blando movimiento
Hace que en brazos resbalando vaya
De hirviente espuma a términos seguros:
Del padre Dauno a los antiguos muros.

CXLVII

Mezencio a esta sazón, por sugerencias
De Jove, suple del que huyó la falta,
Y con valor sereno las legiones
Teucras invade, a quien el triunfo exalta;
Embisten los tirrenos escuadrones
Al odiado adalid que al campo salta;
Contra él, todos contra él vuelven sus miras
Con densas armas y comunes iras.

CXLVIII

Mas él, como alto escollo, inmoble, osado,
Que reina sobre el mar, y combatido
Por las ondas y vientos, sin cuidado
Oye de hondas y vientos el bramido,
Así resiste a un lado y a otro lado.
A Hebro Dolicaonio, sin sentido
Echa a tierra, y a Látago derriba,
Y a Palmo en su carrera fugitiva.

CXLIX

No a estos dos de una suerte; que de roca
Con un pedazo enorme se adelanta
A Látago, y le aplasta rostro y boca;
Mas a Palmo una corva le quebranta,
Y déjale arrastrar, mientras coloca
La ganada armadura, que levanta,
En los hombros a Lauso, y en la frente
El crestón del rendido combatiente.

CL

Mató luego Mezencio al frigio Evante;
Y a Mimante, que a Paris compañía
Hizo, en edad y en gustos semejante:
Hécuba el hacha que sonado había
Dio a luz la noche misma en que Mimante
A Amico de Teana le nacía:
Aquel reposa bajo el patrio cielo;
Cae este oscuro en peregrino suelo.

CLI

Cual jabalí que en años se aposenta
Allá en Vésulo, entre alto y alto pino,
O de selvosas cañas se apacienta
Oculto en el pantano laurentino;
El cual feroz se para, y nadie intenta
De cerca herirle, si a las redes vino
A colmilladas de uno y otro perro;
Los dientes cruje, eriza frente y cerro,¹⁸

CLII

Y a todo lado impávido amenaza;
Y a distancia dan voces y se aíran
Los monteros en torno, y él rechaza
En sus lomos los chuzos que le tiran:
Contra Mezencio en semejante traza
Los que con justa indignación le miran,
Muestran, no cuerpo a cuerpo, sus furores,
Sino a trechos, con dardos y clamores.

¹⁸ Cerro: lomo.

CLIII

Vino ganoso de marcial trofeo
De la antigua Corito Acrón, de griega
Raza, que por su fuga, su himeneo
Dejó sin consumir. En la refriega
Con ricas plumas y purpúreo arreo
Que su novia le dio, luciente llega.
Mezencio en un tropel aquella roja
Vislumbre vio, y alegre allá se arroja.

CLIV

Tal, cuando altas majadas importuno
Ha rondado un león con rabia hambrienta,
Si alguna cabra huyente o ciervo alguno
Divisó de engreída cornamenta,
Salta a su presa, y, largo tiempo ayuno,
Abre ancha boca, crespa crin avienta,
Y a las entrañas con ardor se clava,
Y en negra sangre el rostro horrendo lava.

CLV

Cayó el mísero Acrón, y semivivo,
Batiendo con los pies la odiosa tierra,
Roto dardo ensangrienta. Fugitivo
Iba Orodes; pero hecho a franca guerra
Más que él, y menos que él plan furtivo,
No quiso herirle a salva mano, y cierra
Mezencio pecho a pecho, y le derriba,
Y con el pie y la lanza en él estriba.

CLVI

Y dice: “¿A Orodos el de insigne fama
Visteis, amigos, en la lid? ¡Pues helo
Bajo mis pies!” Con él la turba clama,
Y el grito de victoria sube al cielo.
“Quienquier seas, también, también te llama”,
Repuso el moribundo, “aqueste suelo.
No harás impune de mi muerte alarde,
Ni será, no, que la venganza tarde!”

CLVII

Mezencio, con sonrisa que señales
De ira disfraza, replicó: “¡Tú muere!
El señor de mortales e inmortales
Disponga allá de mí como quisiere.”
Pronunciando feroz palabras tales
La lanza arranca, sin que a más espere:
A eterna noche al mísero destierra
El férreo sueño que sus ojos cierra.

CLVIII

Sacrator sin piedad a Hidaspe trata;
Triunfante a Alcato Cédico acomete;
Rapo a Partenio y a Orses, que recata
Gran fuerza, humilla; a Cronio y a Ericete.
Hijo de Licaón, Mesapo mata:
A aquel tendido en tierra, audaz jinete
Por su bridón indómito arrojado;
A este pugnando a pie, de a pie soldado.

CLIX

Agis de Licia a estos combates vino,
También como peón: con él Valero
Cierra, y le vence, insigne paladino
De prístinas virtudes heredero.
Salió a Tronio; Nealces, que camino
A flechas alevosas da certero,
A Salió hirió a su vez. Tal iba Marte
Mezclando el campo, igual a cada parte.

CLX

Todo era estrago y confusión: caían
Vencidos a la par y vencedores,
Y ni los unos ni los otros cían.
De Jove en los altivos miradores
Pensar duele a los dioses cuál porfían
Los hombres tan sin fruto en sus furores:
Venus acá, allá Juno ven la riza;
Pálida furia en medio se encarniza.

CLXI

Viene Mezencio amenazante y feo
Gran lanza sacudiendo, como esguaza,
Orión a pie los golfos de Nereo
Con mole descollante, cual de caza
Tornando de los montes giganteo
Añoso fresno empuña a fuer de maza,
Corren sus pies sobre la humilde broza
Y allá entre nubes la cabeza emboza.

CLXII

Tal va con grandes armas el tirreno;
Y Eneas, que veloz llegar quisiera,
Con los ojos le busca, de ardor lleno,
Allá a lo largo de enemiga hilera:
Firme el otro en su basa ve sereno
Al osado adversario a quien espera;
Mide el tiro a la lanza con la vista,
Y “¡Así esta diestra, que es mi dios, me asista,

CLXIII

Y aqeste hierro que vibrante a Eneas”,
Dice, “en castigo a su insolencia arrojo!
¡Y a fe, Lauso, y a fe que con preseas
Que a ese bandido arrancaré en despojo,
Trofeo vivo de mi triunfo seas!”
Calla, y tira de lejos en su enojo
La silbadora lanza. Ella el escudo
Troyano hiera, mas entrar no pudo;

CLXIV

Y a distancia en su vuelo rechazada,
Va de allí al noble Antor, y hondo camino
Le abre entre las costillas y la ijada.
Compañero de Alcides, de Argos vino
Antor, y a Evandro unido, hizo morada
En ítala ciudad. Hoy, ¡triste sino!,
Cae de extraviado golpe: al cielo mira,
Y su Argos dulce recordando, espira.

CLXV

Tocó a Eneas su vez: su lanza vuela,
Y lienzos, bronce triple y triple cuero
Traspasa a la ancha y cóncava rodela
De Mezencio; va a la ingle; pierde empero
Su fuerza allí: brota la sangre: vela
Gozoso el agresor; tira ligero
De la espada, pendiente al muslo, y salta
Sobre el herido, a quien la fuerza falta.

CLXVI

De dolor y de amor lanzó un gemido
Y dejó por su faz correr el llanto
Lauso, en viendo a su padre mal herido.
¡Mancebo memorable! No en mi canto
Callaré tu alabanza; ni en olvido
Caerán (si a una virtud de precio tanto
Crédito ha de prestar la edad futura)
Tus nobles hechos y tu muerte dura.

CLXVII

Perdido ya el vigor, la acción perdida,
Pasos Mezencio daba atrás doliente,
Trayendo en el broquel la asta homicida
Interpúsose entonces impaciente
El mancebo, y haciendo que divida
La atención el troyano combatiente,
Entretiene la furia de la daga
Con que este, alta la diestra, ávido amaga.

CLXVIII

Así del vencedor el movimiento
Lauso embarga; y con alta gritería
Apóyanle los suyos, mientras lento
El padre resguardado se desvía
Por la pelta del hijo. Armas sin cuento
Sobre Eneas la turba en tanto envía
De lejos; y él, ardiendo en furia nueva,
Firme y guarnido¹⁹ el choque sobrelleva.

CLXIX

¿Quién vio tal vez en recio pedrisquero
Romper las nubes y azotar la tierra?
Huyen los labradores; y el viajero,
Como en alcázar natural, se encierra
En cava umbrosa o sólido agujero
Que algún río le ofrece o agria sierra;
Y aguarda allí para seguir su vía,
Que calme la tormenta y abra el día:

CLXX

Así de todas partes asaltado
Eneas se recoge y acoraza
Mientras escampa el áspero nublado;
Y a solo Lauso increpa, a él amenaza,
Diciéndole: “¿Do vas, do vas, cuitado?
¿Qué audaz resolución incauta abraza
Tu voluntad? A tanto no eres fuerte,
¡Tu atolondrado amor corre a la muerte!”

¹⁹ *Guarnido*: pertrechado de todas armas.

CLXXI

No por eso el mancebo se modera;
 ¡Y cuál sube de punto y se derrama
 Del troyano el furor! Parca severa
 A Lauso no perdona: de su trama
 Vital recoge ya la hebra postrera.
 ¡Demente! Él mismo el golpe adverso llama:
 Vibrando Eneas el brioso acero
 Por medio al infeliz lo esconde entero.²⁰

CLXXII

Pasó el hierro la pelta (asaz ligera
 Arma a tanta arrogancia) y la loriga
 Que de hilos de oro tierna madre hiciera;
 Llenóla en sangre; y triste se desliga
 El alma, y a otro mundo huye ligera.
 Ni pudo Eneas ya como a enemiga
 Aquella faz mirar, faz moribunda
 Que extraña palidez baña y circunda.

CLXXIII

Tan bello ejemplo de filial ternura
 Movióle a compasión, tiende la diestra
 Y dice a Lauso: “¡Ay, joven sin ventura!,
 ¿Ya el pío Eneas qué ha de darte en muestra
 De homenaje a virtud tan noble y pura?
 Al menos tu ceniza él no secuestra;
 ¡Oh! ¡Si algo valen fúnebres honores
 Al lado dormirás de tus mayores!

²⁰ *Por medio del infeliz lo esconde entero*: le hunde el arma hasta la guarnición en mitad del cuerpo.

CLXXIV

¡Lleva esas armas, tu delicia enantes,
Y este consuelo en tu forzosa muerte,
Que caíste, no a manos infamantes,
Del grande Eneas bajo el brazo fuerte!”
Dijo, y a los parciales vacilantes
De tardos riñe, y alza a Lauso inerte.
¡Mísero Lauso! En sangre mancha aquellos
Que a la usanza aliñó pulcros cabellos.

CLXXV

Entretanto a la margen tiberina
Fuerzas cobrando el genitor doliente,
Con la linfa restaña cristalina
De la herida cruel la abierta fuente,
Y de un árbol al tronco el cuerpo inclina.
De un ramo más allá se ve pendiente
El yelmo duro, y el arnés pesado
Ocioso está sobre el tapiz del prado.

CLXXVI

Flor de mozos guerreros le rodea:
Él anhelante, sin vigor que rija
Sus acciones, el cuello que flaquea
Apoya; y cubre el pecho con prolija
Rizada barba. Oír nuevas desea
De Lauso, en Lauso está su mente fija;
Y mensajeros de su afán cuitado
Envía, que le vuelvan a su lado.

CLXXVII

Mas ya sobre sus armas extendido,
 Ingente él mismo y con ingente llaga,
 Traen a Lauso, haciendo gran plañido,
 Sus soldados. De tanto mal presaga
 El alma lejos entendió el gemido;
 Y sus canas manchando en polvo, halaga
 Mezencio su dolor; las palmas tiende
 Al cielo; el hijo entre sus brazos prende.

CLXXVIII

“¿Tanto el halago de existir convida”,
 Dice, “y tanto obró en mí, que al enemigo
 Te entregué en mi lugar, prenda querida?
 ¡Y yo (¡padre infeliz!) viviendo sigo!
 ¡El hijo que engendré me da esta vida,
 Yo la muerte le doy! Siento y maldigo
 El peso horrendo de mi suerte ingrata;
 ¡Ésta si es honda herida, esto sí mata!

CLXXIX

¡Y tu nombre también con mi pecado,
 Hijo del alma, yo manché, del trono
 De mis padres, por odios arrojado!
 ¡Así de mis vasallos al encono
 Con muertos mil hubiese allá pagado
 Mi crimen! ¡No que en mísero abandono
 Sobrevivo! ¿Y no dejo todavía
 Los hombres y la odiosa luz del día?...

CLXXX

“¡Dejaréla!”. Y diciendo se levanta
Sobre el enfermo muslo: aunque le impide
Fiero dolor mover la torpe planta,
Ánimo cobra, y su caballo pide
Que con bien le sacó de guerra tanta:
En él su gloria y su afición reside,
Noble consolador, fiel compañero.
Al afligido bruto habló el guerrero:

CLXXXI

“Hemos vivido a fe tiempo sobrado,
Rebo, yo y tú, si mucho tiempo dura
Cosa alguna mortal. O ensangrentado
Hoy el vulto traerás y la armadura
De Eneas, y a mi Lauso habrás vengado;
¡O si todo camino cierra dura
La desgracia al valor, caerás! Te digo
Que has de vencer o de morir conmigo.

CLXXXII

Que tú, digno bridón, nunca a villanos
Yugos el cuello inclinarás; ¿ni cómo
Habrías de admitir amos troyanos?”
Dice, y monta el corcel, que humilla el lomo
A recibirle; se llenó las manos
De agudos dardos, y asentóse a plomo:
Guarnecida de bronce centellea
Su frente; áspera crin encima ondea.

CLXXXIII

Rápido a los contrarios se abalanza;
 En el pecho le hierven a porfía
 Ímpetus de vergüenza y de venganza,
 Y del herido amor la frenesía²¹
 Y el probado valor de su pujanza.
 Llama a Eneas, y a lid le desafía
 Con grande voz tres veces. El troyano
 Reconocióle, pues, y exclama ufano:

CLXXXIV

“¡De los dioses el padre así lo quiera!
 ¡Quiéralo el alto Apolo! Y a contigo
 Soy en batalla.” Hablando en tal manera
 Con fatídica lanza a su enemigo
 Ocurre. El cual replica: “¡Cruda fiera!
 Lo acertó tu crueldad; la luz maldigo;
 Mátsame un hijo y la esperanza, ¿y quieres
 Después de eso asustarme? ¡Necio eres!

CLXXXV

¡Amenaza no habrá con que me espantes!
 No hay dios a quien respete: no me inspira
 Miedo el morir; vengo a morir; mas antes
 Estos dones te traigo”. Dice, y tira
 Un dardo, y otro, y otros: incesantes
 Lanzándolos, en vasto cerco gira
 Volando en torno al campeón, que al rudo
 Asalto opone firme el áureo escudo.

²¹ *La frenesía*: el frenesí.

CLXXXVI

Tres veces dio la vuelta el caballero
Sobre la izquierda, armas lanzando a mano;
Y tres cubierto todo en fino acero,
Movi6 consigo el adalid troyano
Aquel de hincadas puntas bosque entero:
Desclavar tanta flecha, empeño es vano;
Y Eneas lleva a mal que se dilate,
Urgente ya, tan desigual combate.

CLXXXVII

Medita: al fin en presto movimiento,
A do las huecas sienes le divide,
Dispara al bruto de guerrero aliento
Su lanza. El cual, no bien sintió la herida,
Estribando en los pies azota el viento
Con las manos, y sigue en su caída
Al enredado caballero, y rueda
De bruces, y él bajo sus lomos queda.

CLXXXVIII

Ambos campos el cielo a grito herido
Encienden. Vuela Eneas, y el acero
Desnudando sobre él, "¿A dónde es ido
Aquel Mezenzio", dice, "antes tan fiero?
¿Qué se ha hecho ese arrojo tan temido?"
Apenas el exánime guerrero
Cobró, volviendo al cielo la mirada,
La luz perdida y la razón turbada,

CLXXXIX

Y responde: “¡Acerbísimo enemigo!
¿A qué suspendes sobre mí la muerte?
¿Qué me increpas si a nada yo te obligo?
Libre eres de matarme; ni a moverte
Con ruegos vine aquí, ni ya contigo
Pactos hizo mi Lauso de esa suerte.
Mas si aún queda piedad para el vencido,
Una sola merced muriendo pido:

CXC

¡Da que sea mi cuerpo sepultado!
Vengativas escucho en torno mío
Rugir las olas de mi pueblo airado;
¡Sálvame tú de ese furor impío!
¡Pueda de un hijo reposar al lado!”
Esto dijo no más, y sin desvío
Entregó la garganta a la honda herida
Y en sangre envuelta derramó la vida.



Libro undécimo

I

En este medio alzándose la aurora
Del océano las regiones deja.
Eneas, aunque el ansia le devora,
Con que a dar sepultura se apareja
A sus aliados, y consigo llora,
Y el dolor de las pérdidas le aqueja;
Sus votos, vencedor, cumple primero,
Con el albor del matinal lucero.

II

Cúmpelos; y en la cima de un collado
Hace hincar luego una robusta encina,
Habiéndola de ramas desnudado;
En ella la armadura diamantina
De Mezenio pondrá: trofeo alzado
Al dios que en guerras triunfador domina.
Ya le acomoda el yelmo, ya la cota,
Por doce partes perforada y rota.

III

Truncos vuelve sus dardos al guerrero
En efigie, y su cresta ensangrentada,
Préndele a izquierda el gran broquel de acero,
A su hombro cuelga de marfil la espada.
Y él, entre los aliados el primero,
A hablarles se alza luego: en apiñada
Y silenciosa turba su persona
Los jefes cercan ya; y así razona:

IV

“Ya lo difícil acabasteis: llano,
Soldados, lo que falta os adivino.
Ved los despojos del cruel tirano;
Ricas primicias son: ¡en esto vino
Mezencio a dar por obra de mi mano!
Sabed que a la ciudad del rey Latino
Marchar nos cumple. En el marcial intento
Ocupad desde ahora el pensamiento.

V

Prevenidos estad, porque llegada
La hora que darán a mi ventura
Los dioses, de mover el campo, nada
Los ánimos sorprenda, ni a pavora
O a dañosa demora los persuada.
A los muertos en tanto sepultura
Demos: único honor que a ellos alcanza
Del Aqueronte en la profunda estanza.

VI

Sí, a egregias almas que este patrio nido
Con su sangre nos dan generadora,
Que últimas honras tributéis os pido.
Palante al patrio pueblo que le llora
Sea en fúnebre pompa conducido:
Virtud no le faltó: ¡funesta un hora
Robóle a nuestro amor, robóle al suelo,
¡Ay!, ¡para hundirle en sempiterno duelo!”

VII

Y llora, y al umbral los pasos guía
Donde Acetes, anciano y fiel guerrero,
De Palante infeliz custodia hacía
Al tendido cadáver. Escudero
Él del parrasio Evandro fuera un día,
Y vino en esta vez por compañero
De aquel amado alumno, con auspicios,
Cual antes no lo fueron, impropicios.

VIII

En torno ostentan en común su duelo
Turba troyana y mustia servidumbre,
Y damas, suelto al aire el rico pelo
En señal de dolor, cual fue costumbre.
Entró Eneas al pórtico, y al cielo
Alza inmenso clamor la muchedumbre,
En gran lamentación hiérense el pecho,
Y suena con el llanto el regio techo.

IX

Él, viendo de Palante sostenida
La frente, y blanco el rostro a par de muerte
Y en aquel pecho hermoso la ancha herida
Que ausonia lanza abriera, y sin que acierte
El llanto a contener, “¿Tú aquí sin vida”,
Clama, “amigo infeliz? Cuando la suerte
Más propicia a mis armas sonreía,
¡Ay!, ¡de mi lado te arrebatara impía!

X

¡No quiso la cruel que el triunfo mío
Vieses, y vencedor entre marciales
Pompas volviesses al solar natío!
No hice a tu padre, no, promesas tales
Cuando, enviándome a excelso poderío,
Al darme en tierno abrazo tristes vales
Me advirtió receloso que lo habría
Con gentes bravas en tenaz porfía.

XI

¡Y él hora por ventura se complace
En trocar a esperanzas sus temores,
Y ofrendas en el ara y votos hace,
Mientras damos estériles honores
Al joven que pues ya sin vida yace!
¡Nada debe a los dioses superiores!
¡Por ti, padre infeliz, cuánto me aflijo!
¡Tú el cruel funeral verás de un hijo!

XII

¿Y este es el triunfo ansiado? ¿Este el festivo
Regreso? ¿Esta mi fe tan engreída?
Mas no le viste, Evandro, fugitivo
Ni echado de la lid con torpe herida;
Ni por qué preferir tendrás, él vivo,
Acerbo trance, ¡oh padre!, a infame vida.
¡Cuánto pierdes en él, Ausonia, y cuánto
Tú, hijo mío!” Así habló vertiendo llanto.

XIII

Que el mísero cadáver se levante
Ordena; y eligiendo mil guerreros
Entre toda la hueste, de Palante
La fúnebre custodia y postrimeros
Honos les encarga; que delante
Lleguen de Evandro, y tristes mensajeros,
Consuelo den, pequeño a duelo tanto,
Mas a un padre debido en tal quebranto.

XIV

Otros, en este medio, con presteza
De encina y de madroño acopian rama
Con que féretro blando se adereza
Hecho de zarzos en flexible trama:
Verde toldo de rústica maleza
Forman después a la funérea cama,
Y los miembros del joven delicado
Tienden en fin sobre el hojoso estrado,

XV

Cual flor, por dedo virginal cogida,
De muelle viola¹ o de jacinto tierno,
Que aún formas guarda y esplendor de vida
Falta de jugo y del favor materno.
Dos túnicas Eneas en seguida
Saca, que en leda ostentación de interno
Afecto dio, labradas de su mano,
La excelsa Dido al capitán troyano.

XVI

Triste él con una y otra (de ambas era
Grana el fondo, que fino oro recama)
Cubrió el cuerpo, y la hermosa cabellera
Velo, que pronto abrasará la llama.
Cautivas armaduras aglomera
Que de Palante son conquista y fama,
Y en larga serie desfilar ordena
Cuantos ganó despojos en la arena.

XVII

Allí arneses, caballos. Sordo al ruego
Ya las manos atrás ligado había
A los mancebos cuya sangre al fuego
Dará, en obsequio que al finado envía.
Manda a los mismos capitanes luego
Árboles lleven que a la luz del día
El nombre ostente del que fue vencido
Por trofeo, y sus armas por vestido.

¹ *Muelle viola*: blanda, delicada violeta.

XVIII

Bajo la carga de la edad maltrecho
Acetes miserable en pos se lleva,
Y ora a golpes ofende el flaco pecho,
Ora uñas fieras en su rostro ceba,
O de la tierra sobre el duro lecho
Largo se extiende, y su dolor renueva.
El carro de Palante ya aparece
Que con rúcula sangre se enrojece.

XIX

Y Etón, su buen corcel, a su mesnada
Se avanza, del marcial jaez desnudo,
La faz en gruesas lágrimas bañada,
¡Que tanto en él el sentimiento pudo!
Otros su asta y morrión (cinto y espada
Turno se reservó) llevan, y mudo
El ejército a pie la marcha cierra,
El cuento de las lanzas vuelto a tierra.

XX

Paróse Eneas, cuando en larga hilera
La pompa funeral pasó adelante,
Y dio en alto gemido su postrera
Despedida al cadáver ya distante:
“La misma de la guerra ley severa
A otros llantos, ¡oh máximo Palante!,
Y a nuevo afán nos llama. ¡Salve, amigo,
Por siempre, y para siempre adiós te digo.”

XXI

Calló, y a sus reales se encamina
Tendiendo al alto muro. Allí, entretanto,
Llegados son de la ciudad latina
Embajadores, que de olivo santo
Con la rama adornados peregrina
Piden tregua, en la cual los que sin llanto
Honroso a fil² de espada yacen muertos,
Sean de tierra por piedad cubiertos.

XXII

Tregua piden y paz con los finados,
Y que armisticio Eneas a varones
Conceda, a quienes diera ya dictados
De huéspedes y suegros. Las razones
El troyano aprobó de los legados,
Y añade, al otorgar tan justos dones:
“¡Latinos! ¿qué fortuna indigna os cierra
En estos lazos de forzada guerra?”

XXIII

¿Por qué a nuestra amistad fuisteis esquivos?
Paz para aquellos me pedís que muertos
Han sido en el combate; ¡aun a los vivos
Quisiera yo otorgarla! A vuestros puertos
No vine con intentos ofensivos,
Mas sumiso al mandato de hados ciertos
Mansión perpetua a establecer. Tampoco
A guerra yo vuestra nación provocho.

² *Fil*: filo.

XXIV

De la hospitalidad faltando al fuero
El rey Latino en Turno armado fía.
Que Turno a estrago tal, solo y señero
Se expusiese, ¿más justo no sería?
Pues quiere echarnos, y a poder de acero
La guerra terminar, aquí debía
Reñir conmigo; ¿de los dos viviera
A quien dios o su brazo se la diera!

XXV

Hora los compañeros malhadados
Id a imponer en la funérea pira.”
Dijo. Atónitos callan los legados;
Cada uno, vuelto el rostro, al otro mira.
Drances, que lustros ya cuenta avanzados,
Que contra el joven Turno odios respira
Y en daño suyo acusaciones vierte,
Responde, al fin, por todos de esta suerte:

XXVI

“¡Oh tú, máximo en lid, rico en blasones!
¿Cómo sabré a los cielos ensalzarte?
¿Cuál te honra más, lo justo en las acciones,
O lo sufrido en el rigor de Marte?
Gratos, príncipe, a ti, de tus razones
A la patria ciudad daremos parte;
Y si a ello la fortuna abre camino,
Te enlazaremos con el rey Latino.

XXVII

Turno otro auxilio busque entonces: ¡juro
 Que a cuestras hemos de llevar de grado
 Para cimiento del troyano muro
 Piedras que cumplan lo que manda el Hado!”
 A estas palabras con murmullo oscuro
 Asienten los demás. Quedó pactado
 Que dure, de los muertos en servicio,
 Seis días y otros seis el armisticio.

XXVIII

Viéronse en él mezclarse los soldados;
 Y vagando a la par teucro y latino,
 Con hachas abatir por los collados
 Fresno que herido cruje o yerto pino,
 Y los cedros rajar de olor cargados,
 Con cuñas, y los robles, de contino,
 Y quejigos³ de agreste cabellera
 En plaustros gemebundos⁴ sacar fuera.

XXIX

Entretanto la fama voladora,
 Que ya a Palante vencedor mentía,
 De lúgubres alarmas nuncia ahora
 En torno a Evandro va, llenando impía
 Muros y techos donde Evandro mora.
 Los árcades acorren a porfía
 Hacia las puertas, y según costumbre
 Antorchas asen de funérea lumbre.

³ *Quejigos*: especie de robles muy parecidos a la encina.

⁴ *Plaustros gemebundos*: carros rechinantes.

XXX

Brilla de luces prolongada hilera
Despartiendo los campos que ilumina.
La frigia turba, en tanto, plañidera
A los muros sus pasos encamina.
Reúnense ambos pueblos; ya la entera
Procesión a los techos se avecina:
Las matronas la ven, y altos lamentos
Por la triste ciudad dan a los vientos.

XXXI

A moderar a Evandro no es bastante
Fuerza humana. Allá vuela, allá se arroja,
Y deteniendo el féretro, a Palante
Postrado abraza, en lágrimas le moja,
Contra el seno le estrecha sollozante.
Cuando hubo apenas la mortal congoja
Dado paso a la voz, gimiendo dice:
“¡Ay, hijo de mi alma! ¡Ay infelice!

XXXII

En vano me ofreciste cautelarte
Del peligro fatal. Yo bien sabía
Cuánto en la guerra a seducir es parte
De la gloria el sabor; ¡con qué energía
En el primer conflicto arrastra Marte
La juvenil ardiente fantasía!
¡Tristes primicias de tu edad lozana!
¡Dura preparación de lid cercana!

XXXIII

¡Ay!, que mis votos y mis preces nada
Me valieron. Y tú, bendita esposa,
No a tan fieros dolores reservada,
¡Cuánto fuiste, muriendo, venturosa!
Por modo opuesto, yo de mi jornada
He vencido la senda trabajosa,
De las pruebas triunfé del hado esquivo,
Y ya, ¡padre infeliz!, me sobrevivo.

XXXIV

¡Hubiera yo seguido los reales
Troyanos, y los rútilos me hubiesen
A dardos abrumado, y pompas tales
A mí, no a mi Palante, aquí trajesen!
Mas aquellos banquetes fraternales,
¡Oh, teucros!, no temáis que hora me pesen,
En que la diestra os di como aliado;
¡Golpe era aqueste a mi vejez guardado!

XXXV

¡Que si fue tu destino en tan tempranos
Años caer, cayeras a los menos
—Muertos antes mil volscos a tus manos—
Guiando al Lacio el paso de tan buenos
Compañeros! Piadoso el rey troyano,
Nobles frigios y en masa los tirrenos
Te han hecho, sí, muníficos honores;
Yo mismo no te hiciera otros mayores.

XXXVI

Traer les miro en árboles triunfales
 Armados cuerpos que humilló tu acero.
 ¡Las fuerzas de la edad fuesen iguales,
 Y gran tronco llegaras tú el primero,
 Turno!⁵ Mas, ¡ay de mí!, ¿por qué, mis males
 Llorando, os privo del laurel guerrero?
 Id ya, y a vuestro rey en nombre mío
 Llevad estas palabras que le envió:

XXXVII

*Causa eres tú que yo viviendo siga,
 Muerto Palante, en este odioso suelo;
 Pues nos debes de Turno la enemiga
 Cabeza a mí y a él. De ti en mi duelo
 Y de fortuna esta esperanza abriga
 Mi pecho. Para mí ya no hay consuelo
 Humano; ¡mas a un hijo en su honda estanza
 Nuevas quiero llevar de su venganza!"*

XXXVIII

Despierta con sus rayos celestiales
 El nuevo día, que en oriente raya,
 Al usado ejercicio a los mortales.
 Ya el padre Eneas, ya en la corva playa
 Tarcón ha alzado piras, en las cuales
 Vaya el troyano y el tirreno vaya
 A colocar los muertos de su bando,
 Los patrios ritos cada cual guardando.

⁵ Si Palante igualara a Turno en edad y fuerzas, fuera a este al que trajeran en gran tronco.

XXXIX

Arde la lumbre lúgubre, y oscura
Nube envuelve del cielo las regiones.
Revestidos de espléndida armadura
Tres veces han marchado los peones
En derredor del fuego que fulgura;
Y tres los de a caballo en sus bridones
Lustran la triste funeral hoguera,
Y lanzan de dolor voz lastimera.

XL

Plañendo de consuno, el largo lloro
Riega el suelo y al par las armas riega:
De las trompetas el clangor sonoro
Y el clamor de la gente al cielo llega.
Quién a las llamas el marcial tesoro
A los latinos arrancado, entrega:
Finos yelmos, magníficas espadas;
Frenos y ruedas, a encenderse usadas.

XLI

Otro tal vez a la funérea pira,
Prendas notorias de los que ella abrasa,
Los escudos y aquellas armas tira
Que antes ciñeron con fortuna escasa.
Mucho novillo en cerco arder se mira,
Híspidos cerdos, víctimas sin tasa
Traídas de los campos: hierro fuerte
Las rinde al fuego y las consagra a muerte.

XLII

Caros cuerpos por toda la ribera
Vense humear; y nadie se retira
De la que guarda medio extinta hoguera,
En tanto que en silencio húmeda gira
Tachonada de luces la alta esfera.
Y allá también innumerable pira
(Que allá gimen también tristes destinos)
Han alzado en su campo los latinos.

XLIII

Y a sus muertos, en parte, acogimiento
Bajo la tierra con piadosas manos
Mullen; otros envían a Laurento,
Llevan otros a predios comarcanos;
Y los demás sin distinción ni cuento
Hacinados consumen. Ya los llanos
En su vasta extensión lucen doquiera
Con el émulo ardor de tanta hoguera.

XLIV

Así como ahuyentó con luz serena
Gélidas sombras el tercero día,
Ruedan la alta ceniza, y tibia arena
A los revueltos huesos que envolvía
Encima acopian... Mas oíd cuál suena,
En esta de dolor larga porfía,
La ciudad y su alcázar opulento
Con mayor alarido y movimiento.

XLV

Madres allí, ternísimas hermanas,
Y huérfanos y viudas la homicida
Guerra maldicen en querellas vanas,
Y la boda de Turno prometida:
¡Que las armas él solo empuñe insanas,
Que él solo, exclaman, con las armas pida
El imperio de Italia y la corona,
Y los sumos honores que ambiciona!

XLVI

De las hembras dolientes el dictamen
Fiero apoyando Drances, acredita
Que a Turno emplaza a singular certamen
El troyano, y a solo Turno cita.
Parciales hay también que a Turno aclamen,
Ya abogando por él, ya en ronca grita:
Con cien trofeos triunfador le nombra
Voz popular; le da la reina sombra.

XLVII

En medio a tan ardientes altercados,
De vuelta de Argiripa floreciente
Veis aquí se presentan los legados
Que allá marcharon; y, con triste frente,
Que tan grandes trabajos empleados
Empeño fueron, dicen, impotente:
Nada han valido con el jefe griego
Dádivas, oro, ni apremiante ruego.

XLVIII

O a otra alianza, pues, tentar camino
O proponer las paces al troyano
Será forzoso. El mismo rey Latino
En profunda aflicción cayó. No en vano
Las claras muestras del furor divino,
Y los alzados túmulos del llano
Que recientes se ofrecen a la vista,
Incontrastable anuncian la conquista.

XLIX

Y así el rey de su corte a los primeros
Varones, en sus altos penetrales
Cita a solemne junta. Ellos ligeros
Van, llenando avenidas y portales.
Venerable entre tantos consejeros
Por sus canas e insignias imperiales,
Grave en medio de todos él se asienta;
Ni es ledo aspecto el que su faz ostenta.

L

Y luego a los legados que, cumplido
El cargo, han vuelto del etolio estado,
Manda que de tan grave cometido
Cuenten punto por punto el resultado.
Cesa ya de las lenguas el ruido,
Y obediente del príncipe al mandado,
“Vimos, conciudadanos, a Diomedes”,
Vénulo dice, “y sus argivas sedes.

LI

Asperezas vencimos del camino,
Y a término llegando, aquella mano
Tan temida tocamos por quien vino
A tierra un día el gran poder troyano.
Triunfante el rey, con próspero destino,
En los campos del yápigo Gargano
Echaba de Argiripa el fundamento,
Ciudad que así nombró del patrio asiento.

LII

Así que entrado hubimos, y licencia
Se otorgó a las palabras, nuestros dones
Ofrecimos, y nombre y procedencia
Declaramos al griego: las razones
Expusimos después, que a su presencia
Nos llevaron; la guerra que varones
Extranjeros nos mueven. Manso oyónos,
Y habló a su turno en apacibles tonos:

LIII

‘Antigua raza, ausonios fortunados,
Que en paz gozáis de la saturnia tierra,
¿Qué os instiga, viviendo sosegados,
A provocar desconocida guerra
Y en demanda a correr de nuevos hados?
¡Oh!, quien eso pretende, ¡cuánto yerra!
Nosotros profanamos con el hierro
A Troya; ¡y ved nuestro ejemplar destierro!

LIV

No en las pérdidas solo que nos cuesta
El largo sitio, mi escarmiento fundo;
Ni solo el frigio Símois me amonesta
De cadáveres lleno. Andando el mundo
¿Qué atroz suplicio por sufrir nos resta?
Doliera al mismo Príamo. Iracundo
El astro de Minerva, y Cafereo
Cruel lo sabe, y el peñón Eubeo.

LV

A otra zona lanzados, Troya hundida,
Llegó hasta las Columnas de Proteo
Peregrinando Menelao atrida;
Llegó Ulises al antro ciclopeo.
¿Recordaré de Pirro la caída,
Derribado el altar de Idomeneo,
Y la locrina juventud, ahora
De las líbicas costas pobladora?

LV

El mismo miceneo rey, que un día
De los grandes aquivos tuvo el mando,
Fue, entre su mismo penetral, de impía
Consorte muerto bajo el brazo infando;
Venció así a quien vencido a Troya había,
Villano burlador. Y yo, tornando
Al patrio hogar, la deseada esposa
No hube de ver ni a Calidonia hermosa.

LVII

¡Iras del cielo! Y aun aquí sombríos
Me siguen y fatídicos portentos:
Mudados ya los compañeros míos
En aves, cruzan los delgados vientos,
Siguen el curso a los desiertos ríos
(¡Inaudita expiación! ¡Fieros tormentos!)
Y con fúnebres ecos de gemidos
Hinchen, ¡ay!, los escollos maldecidos.

LVIII

Temer debí tan espantosos males
Desde que en liza desigual, insano
Pude atentar a cuerpos celestiales,
Y a Venus ofendí la diestra mano
Con sacrílega herida. Horrores tales
Finaron ya: con el poder troyano
Guerra no tengo; ni mi antigua gloria
Renuevo con placer en la memoria.

LIX

Yo, pues, en vuestro intento no conspiro:
Antes bien, que volváis a Eneas cabe
Esos presentes que traer os miro
De la patria. Ya golpe a golpe, en grave
Conflicto ya, de lejos, tiro a tiro,
Probé yo mismo el arte con que sabe
Empinar el broquel; la gran pujanza
Con que él meneá la fulmínea lanza.

LX

Fiad por tanto en la experiencia mía.
Si el suelo ideo producido hubiera
Dos héroes más como él, llegado habría
A inaquios reinos el dardanio, y viera
Grecia en duelo trocada su alegría.
¿Quién, sino Héctor y Eneas, de guerrera
Inmensa muchedumbre opuso terco
Antemural al estrechante cerco?

LXI

Ambos hicieron con su fuerte diestra
Que un año, y otro, y diez, día tras día,
Retrocediese la victoria nuestra:
Iguales en esfuerzo y bizarría,
Este en virtudes superior se muestra.
¡Oh!, paz haced con él, donde ella os ría;
Y huid toda ocasión que en lid acabe
Y con sus armas vuestras armas trabe.'

LXII

Esto, ¡oh máximo rey!, en la ardua empresa
Falla el griego y responde." Habló; y creciente
Rumor, pasada la primer sorpresa,
Corre de boca en boca entre la gente,
Como raudal, en natural represa
De rocas detenido, que impaciente
Murmullo forma, y la ribera brama
Con el agua que bulle y se derrama.

LXIII

Cuando cesó la agitación primera
El anciano monarca abrió su boca,
Y habló de su alto solio en tal manera,
Después que a las deidades pío invoca:
“Quise yo que en sazón se definiera
Esta causa, ¡oh latinos! Hoy que toca
Armado el enemigo a nuestras puertas,
Tarde a civil consejo están abiertas.

LXIV

En guerra nos hallamos importuna
Con recia, diva gente, que fatiga
No recibió jamás de lucha alguna,
Ni las armas depone, aunque enemiga
Redoble adversos golpes la fortuna.
Nadie en extraños esperando siga;
Faltónos la alianza del Etolo:
Cada cual en sí mismo espere solo.

LXV

Dicho está, ciudadanos, cuánto sea
Esta esperanza individual mezquina;
¿Mas quién hay que no palpe luego y vea
Que amenazado de fatal ruina
El público edificio tambalea?
A nadie vuestro príncipe acrimina:
Ha hecho el valor cuanto al valor es dado;
Todas sus fuerzas concentró el Estado.

LXVI

Qué ocurre ahora a mi indecisa mente
Atended; breve soy; aquesto⁶ creo:
Un territorio a par de la corriente
Tusca, de antiguo, cual sabéis, poseo,
Que hasta el confín sicano hacia occidente
Se dilata. A labranza y pastoreo
Dan rútilos y auruncos sus collados,
Parte bravíos, parte cultivados.

LXVII

Cedamos por la paz a los troyanos
Esa áspera región, cuan larga yace,
Con los montes piníferos cercanos.
Iguales leyes de concorde enlace
Les daremos, y parte como a hermanos
En el reino. Pues tanto les aplace⁷
Aqueste suelo, de temor seguros
En él se arraiguen y establezcan muros.

LXVIII

Mas si han de ir, y el destino lo tolera,
A otras playas, es bien que les labremos
Veinte cascos de itálica madera,
O más que alcancen a ocupar: tenemos
Sobrado material en la ribera.
Brazos daré, espolones, jarcias, remos,
Y de las naves el equipo todo;
Fijen ellos el número y el modo.

⁶ *Aquesto*: esto.

⁷ *Les aplace*: les place, les agrada.

LXIX

Además, a su campo cien varones
 Vayan, eximios en la gente nuestra,
 Que les lleven de paz proposiciones
 —El sacro olivo en la inocente diestra—
 Y por mí sellen pactos. Ricos dones
 De oro y marfil conducirán, en muestra
 De mi amistad, y silla y trábea, emblema
 De esta que ejerzo autoridad suprema.

LXX

¡Ea! ¡El remedio decretad que implora
 La afligida nación que en vos espera!”
 Drances entonces se alza, a quien devora
 Por la gloria de Turno, torticera⁸
 Emulación y envidia roedora.
 Fuerte en recursos y en palabras era,
 No en armas: en consejos, de prudente
 Fama gozaba, agitador potente:

LXXI

Bien que de padre incógnito, debía
 Nobleza ilustre a la materna rama.
 Alzóse entonces, pues, y así a porfía
 Cargos amontonando iras inflama:
 “¡Benigno rey!, propones, a fe mía,
 Cuestión que, a nadie oscura, no reclama
 Mi voz. La causa del común fracaso
 Todos lo saben; mas la dicen paso.

⁸ *Torticera*: injusta.

LXXII

¡Dé libertad de hablar, y enfrene el vuelo
A su orgullo, el fatal ductor⁹ que hace
Con funestos auspicios — ¡sí, dirélo,
Y siquiera de muerte me amenace!—
Tanto prócer caer, y sume en duelo
A la ciudad, mientras con pie fugace
Del enemigo campo se desvía
Y al asordado cielo desafía!

LXXIII

¡Ojalá que esa espléndida embajada,
¡Oh, el mejor de los reyes!, y esos dones
Muchos y grandes que enviar te agrada,
Con uno solo y principal coronas!
No del justo dictamen te disuada
Rebelde encono de émulas pasiones:
Da tu hija en digna boda a egregio yerno,
¡Y afirma así esta paz con lazo eterno!

LXXIV

Vamos a él mismo a suplicarle, empero,
Si tanto miedo embarga a los latinos,
Que ceda, y deje al príncipe su fuero
Natural ejercer, y los destinos
Contemple con piedad de un pueblo entero.
Tú, sola causa a nuestros males, dínos,
¡Los tristes ciudadanos de esa suerte
Arrastrarás de nuevo a horrenda muerte?

⁹ *Ductor*: caudillo.

LXXV

La guerra de salud no da esperanza:
Todos pedimos paz, ¡dánosla luego
Con la prenda inviolable que la afianza!
Soy el primero que a pedirla llego,
Yo, a quien émulo finges; ni hay tardanza
En mí —vesme a tus plantas— para el ruego:
¡Ten piedad de los tuyos, pon la ira,
Y lejos derrotado, te retira!

LXXVI

¡Cuánta muerte hemos visto! ¡Cuánto estrago!
¿Qué tala en vastos campos no hemos hecho?...
Mas si es que ejerce irresistible halago
La fama en ti, si escondes en el pecho
Tanto valor, y de tu afán en pago
Esperas como dote regio techo
Que no has de renunciar, entonces, ¡ea!,
Afronta a tu enemigo en la pelea.

LXXVII

Para que el regio enlace Turno ufano
Goce, ¿solo a nosotros por ventura,
Sin lágrimas ni honores, en el llano
Nos toca sucumbir, caterva oscura?
¡Tú también, tú también, si no es en vano
Fama heredera de marcial bravura,
Sal luego al campo, y con la frente erguida
Contempla al que a batalla te apellida!”

LXXVIII

Turno, impaciente ya, lanzó un gemido,
Y voces tales de lo más profundo
Del pecho arranca, en cólera encendido:
“Tú el primero en llegar, tú el más facundo
En los consejos, Drances, siempre has sido.
Brazos pida la patria, ardor fecundo,
Jamás el labio vocinglero sellas.
¡Palabras! ¿Y a qué el aula henchir con ellas?

LXXIX

Pomposas a volar las das seguro
Mientras sangre los fosos aún no llena
Y aún para el agresor trabado muro.
¡Por tanto en tu oración, cual sueles, truena,
Trátame, oh Drances, de guerrero oscuro,
Ya que tú de cadáveres la arena
Cubrir supiste, y por tu diestra veo
Alzado acá y allá tanto trofeo!

LXXX

Gala hacer de valor te es dado en guerra,
Ni habrás por enemigos de afanarte
Yendo a buscarlos en remota tierra;
Cercándonos están por toda parte.
¡A ellos, pues, a ellos! ¡Cierra, cierra!
¿Qué aguardas?... ¿O los ímpetus de Marte
Tú jamás de otra suerte los conoces
Que en tu gárrula lengua y pies veloces?

LXXXI

¡Yo derrotado! ¿Quién de derrotado
Me acusará, vil monstruo, cuando vea
Que el Tibre por mi diestra acrecentado
Con la troyana sangre rojo ondea;
Que Evandro con su casa y con su estado
Sacudido de asiento bambolea,
Y que en fuga los árcades guerreros
Arrojan en el campo los aceros?

LXXXII

¡No, no tal me probaron en su día
Pándaro y Bicias, con su gran pujanza,
Y otros mil cuyas almas a porfía
Hundió mi diestra en la tartárea estancia
Cuando ejército hostile me circuía!
¡La guerra de salud no da esperanza!
Al régulo dardanio, a tus parciales
Ve, agorero, a cantar presagios tales!

LXXXIII

¡Alienta en tu alarmante clamoreo
A gente no una vez vencida, y pisa
Las esperanzas de la nuestra!... Veo
Que huyendo ya con azorada prisa
Los mirmidones van, y el de Tideo
(¡Tanto alcanzas!) y Aquiles de Larisa,
Y vuelve su corriente espavorido
De las ondas adriáticas Anfido!

LXXXIV

Luego, que amenazante le intimido
Simula, y es el miedo de la muerte
De que astuto se ostenta poseído,
Nueva ponzoña que en sus tiros vierte.
¡Jamás esta mi diestra, fermentido
—Escucha en paz; no has, no, por qué moverte—,
Esa alma vil te arrancará del pecho
Donde su nido y su morada ha hecho!

LXXXV

A ti y a las consultas que propones,
Ahora, oh padre, la atención convierto.
Si nada de tus fieles campeones
Aguardas ya, si la esperanza ha muerto,
Si nunca la fortuna a dar sus dones
Volvió, cuando en la guerra el desconcierto
Pudo una vez señorear las almas,
Tendamos luego las inertes palmas,

LXXXVI

E imploremos la paz; aunque, ¡ah!, ¡si hubiera
Algún resto en nosotros todavía
De la virtud antigua!... ¡Yo dijera
Entre todos egregio en bizarría,
Y en la coronación de su carrera
Feliz, al que dejó la luz del día
De una vez, por no ver tamaña afrenta,
Mordiendo el polvo de la lid sangrienta!

LXXXVII

Mas si hay recursos, si haya lid dispuesta
Intacta juventud; si pueblo tanto,
Tanta ciudad itálica nos presta
Oportuno favor; si sangre y llanto
A los troyanos su victoria cuesta,
Y asolación igual, igual espanto
Allá domina, ¿ante el umbral primero
Rendiremos cobardes el acero?

LXXXVIII

¿Temblar de miembros, cuando aun no ha sonado
La retadora trompa! En su porfía
Vuelve las cosas a mejor estado
El tiempo, huyendo un día y otro día.
¿Fortuna qué de veces no ha sentado
En firme basa al que burlara impía?
Ni a extremo caso hemos llegado; solo
El auxilio nos falta del Etolo:

LXXXIX

Nobles jefes diputan los vecinos:
Ved al fausto Tolumnio en los primeros,
Ved a Mesapo. ¡Triunfos no mezquinos
Ganará, sí, la flor de los guerreros
Del Lacio y de los campos laurentinos!
Acaudilla también sus caballeros,
Honor, Camila, de la volsca gente,
Acorazados de metal luciente.

XC

Mas ya que a lid me citan decisiva
Los teucros, si esto agrada, y tanto impido
La pública salud, no así huye esquivada
La victoria de mí, que tal partido
No abrace ante tan grata perspectiva.
Sí; con Eneas sin temor me mido:
¡Cual otro Aquiles venga si le place,
Y armas como hechas por Vulcano, embrace!

XCI

Ya lo he jurado, y con placer me inmolo
(Que a mis mayores en virtud no cedo)
A vos y al rey mi suegro. *¿A Turno solo
Emplaza Eneas?* Pues admito ledo
El singular combate. *¿Permitiólo
El cielo por castigo?* No haya miedo
Que Drances lo padezca; *¿en nuestra gloria?
¡Coger no espere el lauro de victoria!*”

XCII

De esta suerte en recíproca porfía
Altercan sobre el arduo tema, cuando
Ved que Eneas su ejército movía.
Corre el palacio, y va terror sembrando
Por la ciudad con alta vocería
Un mensajero: Que el troyano bando
Ha dejado la margen tiberina;
Que la tirrena huete al par camina;

XCIII

Que vienen en concorde movimiento
Cubriendo las campiñas dilatadas.
Los ánimos se turban al momento:
Renuevan, con imperio estimuladas,
Las populares iras su ardimiento;
Frenéticos bramando, a las espadas
Los jóvenes se arrojan; los ancianos
Quejas murmuran entre lloros vanos.

XCIV

La grito de la gente hiera al cielo
Creciendo acá y allá varia y confusa,
Como en los bosques al posar el vuelo
Clamar el coro de las aves usa
Entre el hojoso y apiñado velo;
O como en el pecífero Padusa
Miles de cisnes que le habitan, suenan
En roncadas voces, y el canal atruenan.

XCV

De la ocasión asiendo que los hados
Le dan, “¡Bien, ciudadanos!” Turno grita:
“¡Consejo celebrad, y haced sentados
Las alabanzas de la paz bendita,
Mientras sobre nosotros descuidados
El taimado invasor se precipita!”
Puertas afuera de la regia estancia,
Sin esperar a más, raudo se lanza.

XCVI

“Haz que el volsco escuadrón se ordene ufano
De sus señas en pos, Voluso, y guía
Tú a los rútulos”, dice, “y en el llano
Desplegad la veloz caballería,
Oh Mesapo, y tú, Coras, con tu hermano.
Avenidas y torres a porfía
Defiendan otros; y conmigo ande
Armado el resto a do mi voz lo mande.”

XCVII

Correr se ve la población entera
A la muralla. Al mismo rey anciano
Obliga el triste lance a que difiera
Aquel consejo, comenzado en vano,
Y sus grandes debates. Que no hubiera
Llamado en tiempo al adalid troyano
Al reino, acreditándole por yerno,
Mucho se culpa con lenguaje interno.

XCVIII

Quiénes ante las puertas cavan fosas,
Quiénes mueven estacas, y acarrear
Piedras a empuje. A lides sanguinosas
Instrumentos horrisonos vocean.
Y ya, en vario cordón, madres y esposas,
Y niños de tropel, largo rodean
El muro. A todos en aqueste día
Llama el último trance y agonía.

XCIX

Hacia el templo de Palas, entretanto,
 Que entre sacros alcázares descuella,
 Se encamina la reina: haciendo llanto
 Numerosas matronas van con ella
 Sus dones a ofrecer al numen santo:
 Marcha a su lado la real doncella,
 Que inocente causó tantos enojos,
 Y no levanta los hermosos ojos.

C

Inciensan, en subiendo a los umbrales,
 El templo, y el dolor que el pecho encierra
 Exhalan, de allí mismo en voces tales:
 “¡Árbitra omnipotente de la guerra!
 ¡Mira, oh virgen Tritonia, a nuestro males!
 ¡Al frigio salteador derriba en tierra,
 Queiebra en su mano tú la arma homicida,
 Y ante esas puertas él la arena mida!”

CI

Turno airado a su vez se arma a batalla.
 Con escamas de bronce a maravilla
 Cubierta, viste la rutulia malla;
 De áureas grevas ornó la pantorrilla
 (La sien aún no ha cuidado resguardalla);¹⁰
 Ciñóse espada, y todo es oro, y brilla
 Bajando airoso del alcázar alto
 A anticiparse al enemigo asalto;

¹⁰ *Resguardalla*: resguardarla.

CII

Cual, rotos los ronzales, sin que nada
Se oponga en campo abierto a su albedrío,
Vuela el corcel al pasto y la yeguada
Huyendo del pesebre; o hacia el río
En que los miembros refrescar le agrada,
Erguida la cerviz, con ágil brío,
Bufando va, y en ondas sobre el cuello
Le juega, y por los brazos, el cabello.

CIII

Acompañada de la volsca gente
Camila al paladino se atraviesa
Al paso, y ya en las puertas, reverente
A tierra salta la gentil princesa:
Dóciles a su ejemplo, incontinente
Se apean los demás con fácil priesa;
Y a hablar ella principia de esta suerte:
“Turno, si un pecho que se siente fuerte,

CIV

Si un ánimo resuelto confianza
Poner puede en sus fuerzas, yo de lleno
Contrastar del troyano la pujanza
Prometo, y sola arrostraré al tirreno.
Deja que vaya a ejecutar venganza
Mi diestra, y de peligros fausto estreno
Haga esta vez en el combate duro;
Y tú con los de a pie guarnece el muro.”

CV

“¡Ornamento de Italia! ¡Denodada
Virgen!” Turno a su vez exclama, puesta
En la fiera doncella la mirada:
“¿Qué gracias dignas, qué cortés respuesta
Podré dar, a tu mérito adecuada?
Mas ya que a todo riesgo estás dispuesta,
Obremos de consuno. Eneas —sélo
Por espías, y es voz que toma vuelo—

CVI

Ese Eneas malvado, en la llanura
Gente a caballo, armada a la ligera,
Mandó a escaramuzar; mas él la altura
Solitaria del monte en tanto espera
Vencer, y a la ciudad llegar procura.
Yo en los senos del bosque una certera
Emboscada pondréle, con soldados
El sendero asediando a entrambos lados.

CVII

Tú al Tirreno, reuniendo tus pendones
Ve, y el fuerte Mesapo allá te siga,
Te sigan los latinos escuadrones
Y las bandas del Tíbur: la fatiga
Partiremos del mando.” Con razones
Tales como estas a Mesapo instiga
También, y a sus aliados capitanes;
Y marcha él mismo a coronar sus planes.

CVIII

Hay del bosque en las vueltas, y al que tienda
Celada allí, promete buen suceso,
Un valle a quien con sombra apremia horrenda
De un lado y otro matorral espeso:
Conduce al valle una delgada senda,
Angosta boca y peligroso acceso,
Y le domina incógnita y secreta
En la cima del monte una meseta.

CIX

De alcázar sirve aquesta y de guarida
Para bélico asalto, o darlo quieras
A derecha y a izquierda una salida
Inopinada haciendo, o ya prefieras
Rodar guijarros de la cumbre erguida.
Turno a aquellas regiones traicioneras
Por caminos que él sabe, vuela, y presto
Metiéndose en la selva toma puesto.

CX

En tanto con la faz bañada en lloro,
Allá en la altura la hija de Latona
A Opis veloce, ninfa de su coro,
Interesa en su afán, y así razona:
“¡Doncella!, de mis armas el tesoro
Ciñe en vano Camila, y se abandona
A una guerra cruel; ¡Camila, aquella
Que amo ante todas en mi corte bella!

CXI

Ni afecto es nuevo el que Diana abriga
Y así a dulzura singular la mueve.
A su hija tierna de Priverno antiga
Sacó, huyendo el furor de airada plebe,
El tirano Metabo: amor le obliga
A que por medio del tropel la lleve
Consigo; y alterando de Casmila,
Su madre, el nombre, la llamó Camila.

CXII

El destronado rey por compañera
En su destierro la llevó consigo:
Conduciéndola en brazos va doquiera;
Con ella de agrios montes sin abrigo
Las yertas cimas prófugo supera.
Le estrecha en torno armado el enemigo:
Recorriendo los volscos la campaña
Por víctima le buscan de su saña.

CXIII

He aquí que en medio de su fuga un día
A la margen llegó del Amaseno:
El agua rebosaba; tanta había
Caído en recia lluvia. El turbio seno
Quiso a nado pasar; mas, ¡ay!, temía
Por su carga preciosa: de afán lleno
Todo a un tiempo lo piensa, y de repente
Osado arbitrio avasalló su mente.

CXIV

Iba empuñando, a la guerrera usanza,
Con nudos, y de sólida firmeza
Que el humo examinó,¹¹ disforme lanza;
De silvestre alcornoque en la corteza
Metió a la niña, al medio la afianza
Del asta, y para el vuelo la adereza:
Blande en mano robusta el arma al viento,
Y esta plegaria eleva al firmamento:

CXV

¡Oh de los bosques, tú, frecuentadora,
Alma virgen Latonia! Esta hija mía
Consagro a tu servicio desde ahora:
Ella a dudosas auras hoy se fía
Perseguida y volando huye y te implora:
Tuya es, lleva tus armas; tú la guía,
Sálvala tú! Y aquí con gran pujanza
Doblando el brazo despidió la lanza.

CXVI

Suenan las ondas, y la pobre infante
Pasa sobre la rápida corriente
No en vano asida al asta rechinante.
Metabo, que ya encima el tropel siente,
Arrójase a las aguas, y triunfante,
A un césped que vistió grama riente
(¡Gran merced de la diosa, alta fortuna!)
Arranca el dardo con la intacta cuna.

¹¹ Que el humo examinó: que se curó al fuego.

CXVII

Vaga, y ni aldea ni ciudad le asila;
Ni sufriera favor su índole brava:
Al modo rudo que el pastor estila,
Solitario en los montes habitaba;
Y con feral sustento a su Camila
En madrigueras hórridas criaba:
Allí en sus tiernos labios, de bravía
Yegua las ubres exprimir solía.

CXVIII

Y aun los pasos primeros no ha ensayado
Con vacilante pie la tierna niña,
Sin que a sus palmas el dardo aguzado
Dé, y al hombro carcaj y arco le ciña;
No, sin que en vez del manto y del tocado
De oro que el lujo cortesano aliña,
Desde la coronilla le suspenda
Sobre la espalda, piel de tigre horrenda.

CXIX

¡Y qué era ver la bella cazadora
Venablos impeler con breve mano,
O en torno de las sienas zumbadora
El honda sacudir, y al cisne cano
O ya la grulla derribar que mora
Orillas de Estrimón! En vano, en vano
Cien tirrenas matronas para nuera
Quisieron detenerla en su carrera.

CXX

Contenta con el culto de Diana,
Ni de las armas la atención desvía,
Ni la virginidad jamás profana
A cuyo eterno amor su gloria fía.
¡Oh!, ¡quién me diera que en contienda insana
No hubiese ella de entrar en este día
Con los troyanos, y, a mi pecho cara,
Con vosotras aquí me acompañara!

CXXI

Mas pues su acerba suerte se acelera,
¡Ea!, cruzando la región vacía
Tú al latino país baja ligera,
Ve al campo donde lid se enciende impía
Bajo auspicios infaustos, y quienquiera
Sea el que ofenda de la ninfa mía
Las carnes sacras, ítalo o troyano,
Pague el hecho a mis armas y a tu mano.

CXXII

Recíbelas al punto, y de esta aljaba
Saca la flecha vengadora. A vuelo
Yo el cuerpo de la triste en nube cava,
Antes que le despojen, volverélo
A la tierra que de hija tal se alaba,
Y tumba le daré.” Dijo, y del cielo
Opis se lanza en negro torbellino
Y estruendosa en el aire abre camino.

CXXIII

He aquí a los muros el unido bando
De etruscos y troyanos caballeros
En ordenadas haces va marchando:
Huellan el campo indómitos y fieros
Sacudiendo las bridas y bufando
Los sofrenados brutos. ¡Cuál de aceros
Erizados los llanos se estremecen,
Y en puntas mil y mil arder parecen!

CXXIV

Mesapo, en esto, enfrente a los troyanos
Asuma con los rápidos latinos,
Y el ala de Camila, y los hermanos
Que mandan la legión de tiburtinos:
Van apretando en recogidas manos
Largas lanzas, y blanden dardos finos:
Acércanse, el furor que espiran crece,
Y el bramar de los potros se enardece.

CXXV

Cuando uno y otro ejército venido
Hubo a tiro de dardo, ambos se paran:
De ambas partes en súbito alarido
Prorrumpen, y al encuentro se preparan:
Cada uno a su corcel de ardor henchido
Anima con la voz; todos disparan
Arrojadizas armas a porfía
Cual densa nieve, y se oscurece el día.

CXXVI

Ante todos, Tirreno y el ardido
Acónteo uno para otro van derecho,
Lanza en ristre, y en hórrido estampido
Estréllanse los dos. Pecho con pecho
Este y aquel caballo en choque herido
Se despedazan. Rueda a largo trecho
Acónteo, de violenta sacudida,
Y exhala al viento la infelice vida.

CXXVII

Tal piedra que arrojó mural tormento
Cae, así el rayo que estallando asuela,
Turbáronse las haces al momento:
Echa cada latino su rodela
A la espalda, y, cambiando el movimiento,
El bando urbano hacia sus muros vuela:
Como caudillo principal, Asilas
En pos impele las troyanas filas.

CXXVIII

Y ya llegaban a las puertas, cuando
Veis que a la carga los latinos gritan,
De los brutos volviendo el cuello blando:
A su turno los otros ejercitan
La fuga, y vuelan rienda suelta dando.
Dos veces los toscanos precipitan
Contra el muro a los rútilos guerreros,
Dos, cubriendo la espalda, huyen ligeros.

CXXIX

Lo mismo en el vaivén de la marea
 El ponto, ora se avanza a la campaña,
 Altos escollos espumoso albea,
 Apartadas arenas crespo baña;
 Ora retrocediendo raudo ondea,
 Y riscos que rodó su hirviente saña
 Torna a sorber bajando, y se repliega,
 Y las húmedas playas desanega.

CXXX

Mas así que principian el tercero
 Encuentro, cada cual toma adversario,
 Y entra en calcada pugna el campo entero:
 Entonces fue el gemir, confuso y vario,
 Los que mueren; y arnés y caballero
 Nadar entre el estrago sanguinario
 Confundidos; y a par de los varones
 Semiánimes¹² sucumben los bridones.

CXXXI

Arrecia el batallar duro y ardiente.
 Orsíloco del miedo se aconseja
 De combatir con Rémulo de frente,
 Y tirando al trotón, bajo la oreja
 Híncale un dardo. Empínase impaciente
 Con el acerbo hierro que le aqueja,
 Y de uno y otro brazo el aire azota
 Furioso el animal, y al dueño bota.

¹² *Semiánimes*: moribundos.

CXXXII

Mata a Yolas Catilo; a Herminio mata,
Alma grande, armas graves, cuerpo ingente:
Desnudos cuello y hombros, se desata
Undoso encima el oro de su frente:
Golpes su cuerpo de esquivar no trata:
¡Tanto a la ofensa espacio da patente!
Temblando en su ancha espalda el asta hundida
Doblóle, de dolor, la larga herida.

CXXXIII

Sangre acá y acullá negra se vierte,
Nada el acero talador perdona,
Y todos entre golpes van la muerte
Buscando, que gloriosa los corona.
En medio de tanto horror, activa y fuerte
Ufánase Camila, de amazona,
La de aljaba gentil, la que desnudo
Presenta un pecho en el combate rudo.

CXXXIV

Y ya esparza la virgen animosa
Tantos astiles con que el aire llena,
Ya el hacha de dos filos poderosa
Esgrima, siempre a su hombro el arco suena,
El arco de oro y armas de la diosa.
Ella, aun huyendo en la tendida arena,
Vuelto el arco descárgale a deshora,
Hiriendo atrás con flecha voladora.

CXXXV

Dan a la semidiosa compañía,
Flor de Italia y su corte, la doncella
Larina, y Tula, y la que en liza impía
La ferrada segur, hiriendo, amella,¹³
Tarpeya audaz; a quienes ella había
Para formar su comitiva bella
Elegido por damas auxiliares,
Fuese en paz, fuese en bélicos azares.

CXXXVI

Tal se ostenta, ya bata el Termodonte
Helado, ya el peligro en la pelea
Con armas vistosísimas afronte,
La tracia hueste de Amazonas; sea
Que a Hipólita circunden, o que monte
En su carro triunfal Penteseilea;
La tropa femenil saltando agita
Lunadas peltas, y en tumulto grita.

CXXXVII

¿A quién, oh virgen de marcial talante,
Primero acometiste, a quién postrero?
¿Cuántos tu diestra derribó triunfante?
Fue Euneo, hijo de Clicio, a quien, primero,
Largo abeto en el pecho por delante
Ella hundió. Cae el mísero guerrero,
Muerde el polvo, y muriendo, en sangre propia
Revuélcase, vertida en larga copia.

¹³ *Amella*: mella.

CXXXVIII

Luego a Liris embiste y a Pagaso:
Aquel, mientras la brida asir pretende,
Con su trotón cayendo; estotro, al paso
Que acude, y al caído amigo tiende
La inerme diestra, en súbito fracaso
Ruedan: sobre ambos a la par descende
Golpe mortal. Camila con su lanza
A Amastro, hijo de Hipota, en pos alcanza.

CXXXIX

Tendiendo todo el cuerpo, amaga, estrecha
A Harpálico en seguida y a Tereo,
Y a Cromo y Demofonte. Cuanta flecha
Ella envía, obediente a su deseo
Mata un frigio, ya a izquierda, ya a derecha.
Allá lejos en tanto a Órnito veo
En su caballo yápigo de caza
Moverse, armado en desusada traza.

CXL

Cubre sus anchos hombros recio cuero
De novillo: encajadas las ingentes
Fauces de un lobo, nuevo aspecto y fiero,
Con las quijadas y albicantes dientes,
Dan a su rostro. Un esparón grosero
Menea. Entre los otros combatientes
Revuélvese, y a todos su cabeza
Sobra, abultada de animal fiereza.

CXXI

Cogió ella al cazador, ni afán le cuesta
En hueste desbandada. “¡Y qué, Tirreno!,
¿Piensas”, dice, “que aquí cazar te es fiesta
Monstruos, cual de las selvas en el seno?
Tiempo es que de armas de mujer respuesta
Lleven tus voces. Ni de gloria ajeno
Vas a la sombra de tu padre: dila
Que a manos sucumbiste de Camila.”

CXXII

Habló así, malcontenta su venganza
Con traspasarle el pecho. Y luego humilla,
Troyanos ambos de feroz pujanza,
A Orsíloco y a Butes. Donde brilla
La tez del cuello, que a cubrir no alcanza
Pendiente a izquierda del broquel la orilla,
Entre el yelmo y loriga del jinete,
Allí a Bute, en su fuga, el hierro mete.

CXXIII

Busca ambicioso en circular corrida
Orsíloco, a su vez, a la guerrera:
Sigue ella al mismo de quien es seguida,
En órbita menor huyendo artera;
Y descarga sobre él, volviendo erguida,
Hacha tremenda: ruegos él reitera;
Golpes ella, y las armas parte y huesos;
Cubren la hendida faz calientes sesos.

CXLIV

A parar cerca de ella entonces vino,
Y espantado suspéndese, el guerrero
Hijo de Auno, habitante de Apenino,
Que entre ligures ya no fue el postrero
Mientras sus fraudes protegió el destino.
Ve que huir no le es dado el trance fiero,
Y ve también que de apartar no hay traza
A la reina cruel que le amenaza.

CXLV

Arbitrios a idear comienza astuto,
Y dice: "Quien te aplaude, ¡oh cuánto yerra!,
No tú, mujer, mas tu arrogante bruto
Autor es de tu gloria. Ven; mas cierra
El camino a la fuga: a pie disputo
Con las armas el campo: ¡ambos a tierra
Saltemos, y veamos, frente a frente,
Si esa gárrula fama triunfa o miente!"

CXLVI

Sintió del pundonor punzada aguda
Camila; da el caballo a una escudera,
E igualando las armas, con desnuda
Espada, y parma sin divisa, espera.
El mancebo del éxito no duda
De su artificio, y huye: de ligera
Riendas ha vuelto, y con la espuela dura
Al veloz alazán volando apura.

CXLVII

“¡Falso ligur! ¡En vano el triunfo cantas
De las perfidias que aprendiste! ¡En vano
Soberbio esperas que artimañas tantas
A tu padre falaz te vuelvan sano!”
Dijo la virgen; con aladas plantas
Pasa, cual rayo, al fugitivo, y mano,
Delante del caballo que volaba,
Al freno pone, y del jinete traba.

CXLVIII

Y allí en la sangre de él venganza toma,
Con la facilidad con que en el cielo,
Desde alto pico abalanzado, asoma,
Ave sagrada, el gavián, y a vuelo
Alcance da a la tímida paloma
Sobre las nubes: cae la sangre al suelo,
Mientras él las rapantes uñas ceba,
Y las plumas que arranca, el viento lleva.

CXLIX

No con ojos en tanto indiferentes,
Sentado en alto en el Olimpo, mira
Trabados en la lid los combatientes
El padre universal; y a nueva ira
Mueve el Tarcón, que en ímpetus furentes
Arde, a caballo entre el estrago gira,
Y viéndolas cejar, habla a sus bandas
En voces ora fieras y ora blandas.

CL

Por sus nombres ya a aquel, ya a este apellida,
 Y el desigual combate restablece.
 “¡Tirrenos sin pudor!, ¿qué os intimida?
 ¿Nunca será que a demostrarse empiece
 Nuestro viejo furor? Que de vencida
 Os lleve una mujer, ¿no os enrojece?
 Si para huir vinisteis, compañeros,
 ¿A qué empuñar inútiles aceros?

CLI

No así de Venus combatir os cuesta
 En la nocturna lid. ¡Cuán de otro modo
 Saltáis de Baco en la ruidosa fiesta
 Al son de corva flauta! ¡Id —si ese es todo
 Vuestro placer, si vuestra gloria es esta—
 Rondad las mesas del festín beodo,
 Mientras bien el augur os pronostica,
 Y os llama al alto bosque la hostia rica!”¹⁴

CLII

Dijo así, y a morir con gloria atento,
 Pica el caballo, en el tropel se lanza,
 Y a Vénulo arremete turbulento:
 Con poderosa diestra le afianza,
 Y, arrancando al jinete de su asiento,
 Abrázale ante sí con gran pujanza.
 Vuela. Gritos de asombro el aire hienden,
 Y allá, todos allá la vista tienden.

¹⁴ *Os llama al alto bosque la hostia rica*: os atrae la excelente víctima sacrificada en el bosque.

CLIII

Vuela, armado llevándose un guerrero,
Flamígero Tarcón por la llanura;
Y tróncale la lanza, y va ligero
Resquicios requiriendo a la armadura
Por do llegue de muerte al prisionero.
Mas este rebelándose procura
Apartar de su cuello la amenaza,
Fuerza opone y la fuerza hostil rechaza.

CLIV

Como al dragón que se arrastraba en tierra
Fiera arrebató un águila rojiza,
Y vuela en alto, y con los pies le aferra,
Y las sangrientas garras encarniza;
Llagado el monstruo se retuerce, y cierra
Las nudíferas roscas, y se eriza
Con rígidas escamas, y su boca
Silba, y erguido a su opresor provoca;

CLV

El ave en tanto de afligir no cesa
Con corvo pico a la hidra reluchante,
Y el aire con las alas bate ilesa:
Arrancando con ímpetu triunfante
Del tiburtino campo, así su presa
El tirreno Tarcón lleva delante.
Movidos de su ejemplo y suerte buena
Tornan los lidios a la ardiente arena.

CLVI

Arrunte, a quien por suyo el hado sella,
Ganándola de mano, hábil espía
Con dardo a punto a la veloz doncella,
Y busca al golpe fiero fácil vía.
Si furiosa enemigos atropella
En medio de la bélica porfía,
Él vuelve allá solícitas miradas
Y le sigue callando las pisadas;

CLVII

Y si es que ella a su campo victoriosa
Torna el paso, tras recias embestidas,
Él entonces allá con insidiosa
Mano convierte las ligeras bridas.
En su manera ronda no reposa,
Las entradas tentando y las salidas
En largo giro, y con secreto gozo
Blande el asta certera el cauto mozo.

CLVIII

En tal sazón en medio a los tropeles
Con frigias armas luce rico y fiero
Cloreo, consagrado ya a Cibeles,
En bridón espumoso caballero:
En oro entretejidas cubren pieles,
Emplumadas de láminas de acero,
Su caballo; y él mismo se engalana
Con los esmaltes de extranjera grana.

CLIX

Cretenses flechas lanza cuando tiende
El arco licio: al hombro el arco de oro
Tiémblale al vate, y de oro el casco esplende;
Su clámide amarilla, y el sonoro
Undívago ropaje anuda y prende
En áurea joya; bárbaro tesoro
Muslo y pierna guarnece, y de la aguja
La arte sutil su túnica dibuja.

CLX

Tras este corre, pues, la virgen, ora
Colgar quiera sus armas por trofeo
Al templo, o ya vestir, de cazadora,
Cautivo el oro del vistoso arreo.
Mujeril impaciencia la devora,
Y en manos, ¡infeliz!, de su deseo,
En la confusa lid con alma y ojos
Tras esa presa va y esos despojos.

CLXI

Arrunte, la ocasión llegada al dolo,
El dardo aparejado, oró ferviente:
“¡Oh tú, a quien los hirpinos como a solo
Dios del Soracte protector, la frente
Humildes inclinamos, almo Apolo!
¡Tú en cuyo honor cien pinos luz viviente
En piras dan; y a cuya sombra santa
Ascuas hollamos con segura planta!

CLXII

¡Numen de alto poder!, préstame oído:
Matar a esa mujer, que es nuestra afrenta,
Concede a nuestras armas. Nada pido
Del triunfo para mí: ni tengo cuenta
Con los despojos, ni del prez me cuido;
Mi nombre de otros hechos se alimenta.
¡Ella caiga, ella muera! Más no anhele;
¡Y vuelva yo inglorioso al patrio suelo!”

CLXIII

Parte oyó, y a la alada ventolina
Parte de la plegaria Febo entrega:
Que con muerte el mancebo repentina
Postre a la virgen arrojada y ciega,
A eso la oreja y voluntad inclina:
Que a su alta patria torne, eso le niega
Al suplicante, y este dulce voto
La borrasca le alzó, robóle el Noto.

CLXIV

Silba el dardo en el viento. En ese instante
Todos los volscos con espanto mudo
Fijan de su señora en el semblante
Ojos y mente. Ella saber no pudo
De viento, silbo, ni asta amenazante,
¡Ay!, hasta que llegó bajo el desnudo
Izquierdo pecho a hincarse el hierro aleve,
Y la virgínea sangre entrando bebe.

CLXV

A recibir acuden a porfía
A la reina temblando sus doncellas.
Con mezcla de terror y de alegría
Se hurta, ante todos, a la vista de ellas
Arrunte desalado: ya no ansía
Astuto perseguir ajenas huellas;
Sin que de más que de escapar se acuerde,
En medio del tumulto huye y se pierde.

CLXVI

Así aquel lobo que en el campo deja
A un gran novillo, o al pastor, sin vida,
Cobarde al punto del lugar se aleja,
El alcance temiendo, en presta huida;
La conciencia del hecho audaz le aqueja;
Medrosa bajo el vientre recogida
Vuelve la cola, y sin mirar por dónde
En marañada selva entra y se esconde.

CLXVII

Entre tanto la virgen moribunda
Arranca con la diestra el dardo hundido;
¡En vano! Entre los huesos con profunda
Llaga se ceba el hierro encrudecido.
Sombra de muerte su mirada inunda,
Fáltale ya la sangre y el sentido,
Y la color que tuvo purpurina
Desaparece de su faz divina.

CLXVIII

Ser llegada sintió su hora postrera,
Y a Acca se vuelve, de su corte dama,
En leales afectos la primera,
En cuya fe su corazón derrama.
“¡Acca!”, dice, “¡mi dulce compañera!
Ya se acabó de mi vivir la llama,
A esta llaga no esperes que resista;
¡Toda es en torno oscuridad mi vista!

CLXIX

Ve, y di a Turno mi anhelo postrimero:
Que ocupe mi lugar, y a los troyanos
De la ciudad repela. ¡Adiós! ¡Yo muero!”
Calla, y huyen las riendas de sus manos;
Fría ya, desmayado el cuerpo entero,
Sucumbe renunciando a esfuerzos vanos,
Y el blando cuello y la sagrada frente
Reposa al fin la virgen falleciente.

CLXX

Al reino de las sombras con gemido
Huyó el alma indignada. En tal momento
Se alza del campo unísono alarido
Las estrellas a herir del firmamento.
Al caer la heroína, más reñido
Empéñase el combate. Ciento a ciento
Embisten a una vez con altas voces
Teucros, tirrenos, árcades veloces.

CLXXI

De la diosa ministra vigilante,
Impávida testigo de la liza
Sentada en alto monte allá distante
Opis mirando está la horrenda riza.
Mas viendo en el tropel vociferante
La sentenciada ninfa que agoniza,
Su conmovido pecho no consiente
Moderación, y clama en voz doliente:

CLXXII

“¡Pobrecita de ti!, porque contraste
Hacer quisiste a la nación troyana,
¡Oh, en qué modo cruel tu error pagaste!
¡Cuán cara te costó la guerra insana!
¡En vano desde niña fiel honraste
En solitarias grutas a Diana!
¡En vano por las selvas dando asombro
Nuestro arco y flechas suspendiste al hombro!

CLXXIII

Consuélate; no a muerte desastrosa
A ti tu reina abandonar pudiera;
De gente en gente sonarás famosa,
Y la mancha de inulta no te espera:
Gloria y venganza te dará la diosa,
Gloria y pronta venganza; ¡oh, sí!, quienquiera
Que haya sido el autor de tu desgracia,
Yo vengo al campo a castigar su audacia!”

CLXXIV

La tumba de Derceno, de Laurento
Antiguo rey, del monte al pie se empina
En que Opis vigilaba, monumento
De amontonada tierra, que una encina
Con sombra amiga cubre. En un momento
Su vuelo gentilísimo declina
Ágil la diosa allá, y en lo alto puesta
A Arrunte busca con mirada presta.

CLXXV

Con su marcial espléndido atavío
Marchar le ha visto, en vanagloria hinchado;
Y “¿A dónde, a dónde vas con tal desvío?
Revuelve”, dice, “Aquí te llama el hado!
Matador de Camila, yo te fío
Que llevarás el galardón ganado;
¡A ti, también a ti se ha dado en suerte
De armas divinas recibir la muerte!”

CLXXVI

Y habiendo del carcaj, que de oro es hecho,
Sacado una saeta alada, apunta
No sin ira la ninfa, a largo trecho
Tendiendo el arco, hasta que comba y junta
Entre sí los extremos ante el pecho,
Y, ambas manos en línea igual, la punta
Tocando está del hierro con la izquierda,
Y el seno con la diestra y con la cuerda.

CLXXVII

El disparado arpón que rasga el viento
Sintió Arrunte, y a par del estallido,
En sus carnes el hierro entrar violento.
No alcanzó de los suyos sino olvido,
Que en medio de revuelto campamento
Lanzar le dejan el postrer gemido
Sobre el polvo ignorado. Alzando el vuelo
Opis veloz restituyóse al cielo.

CLXXVIII

De Camila la banda a triste huida
Se entrega: ya los rútilos turbados,
Ya Atina, el valeroso, ha vuelto brida.
Sin jefes, sin enseñas los soldados
Al muro corren a buscar guarida,
A escape, por los teucros acosados,
De muerte perseguidos. No hay quien mueva
Armas en contra ni a esperar se atreva.

CLXXIX

Aliento, solo para echar, les queda,
Al hombro el arco laxo: el suelo duro
Baten los cascos voladores: rueda
Del campo a la ciudad turbión oscuro.
Las matronas la infausta polvareda
Ven, rompiéndose el pecho, desde el muro:
Agudo sube el femenil lamento
Las estrellas a herir del firmamento.

CLXXX

Aquellos mismos que patente entrada
Hallan, yendo adelante, no por eso
Evitan de la turba encarnizada
Que envuelta en el tropel los sigue, el peso.
Tal hubo a quien alcance dio la espada
Ya en el umbral, a do llegaba ileso,
Y en la patria ciudad, recién llegado,
Va a morir de su hogar en el sagrado.

CXXXI

Mas de la plaza al ver los guardadores
Que amigos y enemigos junto llegan,
Puertas danse a cerrar, y a los clamores
No osan ceder de los que ansiosos ruegan.
Nacieron del terror ciegos furoros:
Estos, armas en mano, el paso niegan;
Con las suyas abrirlo aquellos quieren,
Y en choque horrendo asaz matan y mueren.

CLXXXII

Los exclusivos, que en vano buscan senda
(Espectáculo fiero a los llorosos
Padres), o urgidos de presión tremenda
Caen despeñados en los hondos fosos,
O contra la muralla a toda rienda
Arrójanse a estrellarse impetuosos,
Y los ferrados postes acomete
La ciega masa con furor de ariete.

CLXXXIII

Desde el muro matronas y doncellas
Negras púas y recios leños tiran,
Si aceros faltan, y a seguir las huellas
De la amazona intrépidas aspiran.
Puro amor de la patria tanto en ellas
Hace, que solo a defenderla miran
Tendiendo el cuerpo, y cada cual espera
Morir en el empeño la primera.

CLXXXIV

En este medio allá en los escondidos
Senos del bosque a Turno desconcierta
Nueva cruel que lleva a sus oídos
Acca en gran turbación: “Camila, muerta;
Los volscos, destrozados, destruidos:
Del enemigo la victoria, cierta;
Suyo el abandonado campamento:
El terror a las puertas de Laurento.

CLXXXV

El mancebo al instante ardiendo en ira
(No sin que a ello en su daño le persuada
La voluntad de Jove) se retira
Del agrio bosque y pérfida celada.
A tiempo que él de nuevo a sus pies mira
Dilatarse los llanos, la evacuada
Montaña Eneas penetró, la altura
Supera, y sale de la selva oscura.

CLXXXVI

Raudo uno y otro a la ciudad camina;
No muchos pasos entre sí distantes
Y en orden van. La hueste laurentina
Y de polvo los campos humeantes
Delante Eneas ve: que él se avvicina
Turno advierte a su vez; de los infantes
Ha sentido el concorde movimiento
Y de los potros el fogoso aliento.

CLXXXVII

Y al combate principio allí se diera,
Si, a par que el hemisferio desampara,
No ya el rosado Febo en la onda ibera
Sus cansados cabellos recreara.
Abriendo de la noche la carrera
Fallece el día, y sin su lumbre clara
Deja a entrambos ejércitos, los cuales
Cercando el muro asientan sus reales.



Libro duodécimo

I

Turno, como a las haces de Laurento
Bajo impropicio Marte debeladas
Perder contemple el primitivo aliento,
Y que en torno solícitas miradas
De su palabra audaz al cumplimiento
Le empeñan, mudamente en él clavadas,
Implacable de suyo se enardece
Y con su iras su arrogancia crece.

II

Como león que en la africana arena,
Si le han herido cazadores, arde
En rabia, que su roto pecho llena
Por grados; y ya, en fin, con fiero alarde
Armas mueve; sacude la melena
Sobre el fornido cuello, y el cobarde
Dardo rompiendo que llevó prendido,
Da con labio sangriento un gran rugido:

III

No de otra suerte el fuego de venganza
En el alma de Turno se acrecienta.
Va luego a hablar al rey, sin que templanza
Sufra en el tono su pasión violenta:
“¡Señor!”, dícele, “en Turno no hay tardanza,
Ni hay por qué de lo dicho se arrepienta
El vil dardanio o lo pactado altere;
Soy con él en batalla, si esto quiere.

IV

Tú en la forma ritual el desafío
Propón con esta ley, augusto anciano:
O ha de lanzar al tártaro sombrío
A ese prófugo de Asia aquesta mano,
Y sentado contemple el campo mío
Que por la honra común mi ardor no es vano;
O él a todos en mí vencidos vea,
Suya Lavinia con el triunfo sea.”

V

Latino respondió palabras tales
Con grave y reposado continente:
“Lo mismo que entre todos sobresales,
Mancebo audaz de corazón valiente,
Por tus feroces ímpetus marciales,
Más que todos me cumple ser prudente,
Y es bien que todo yo lo pese y mida,
Consejos oiga y en sazón decida.

VI

Villas ganadas por tu esfuerzo tienes,
Y tienes de tu padre el real palacio,
Latino, como Dauno, abunda en bienes
Y en liberal afecto. Hay en el Lacio
Otras beldades de virgíneas sienes,
Nobles también. Perdona si me espacio
En ideas amargas: lo que siento
Te diré sin disfraz; estáme atento:

VII

A antiguos pretendientes la hija mía
No he debido otorgar; a tal partido
Hombres y dioses oponerse vía.
Vencido de mi amor a ti, vencido
Fui del deudo, y del llanto y frenesía
De la regia consorte: al recibido
Yerno quito su bien, todos los lazos
Rompo, ¡y de impía guerra echóme en brazos!

VIII

De entonces cuántas bélicas faenas
Me envuelven, sabes, Turno; ¿y qué no hallas,
Tú mismo, tú el que más, de ímprobos penas?
Perdimos en el campo dos batallas;
Las esperanzas de la patria apenas
Guarecemos ahora entre murallas:
Aun cálido con sangre el Tibre ondea,
Aun de osamentas la llanura albea.

IX

¡Ay!, ¿a qué instable acuerdos tomo y mudo?
¿Qué demencia me impele y me desvía?
¿Por qué la guerra a suspender no acudo
De una vez, vivo tú, si muerto, habría
De atar con ellos amistoso nudo?
¡Ser no puede mi suerte tan impía
Que, porque mi hija y sociedad me pides,
A exponerte me fuerce a horrendas lides!

X

Los consanguíneos rútilos, ¿qué hubieran
De decir? ¿Qué la Italia toda?... ¡Mira
Los altibajos que al que lidia esperan!...
¿Piedad tu viejo padre no te inspira
Si pesares su término aceleran?
¡En Ardea, ausente tú, por ti suspira!”
Habló. Turno a razones no se inclina;
Es estímulo al mal la medicina.

XI

Insiste en sus propósitos y luego
Que pudo desatar la voz, turbado
De aquel furor inexorable y ciego,
“¡Monarca venerable! Ese cuidado
Que tomas”, dice, “por mi bien, te ruego
Te dignes por mi bien echarle a un lado:
¡Permite que aun a costa de mi vida
Conquiste yo la gloria apetecida!

XII

Sí, que no es tan inválido mi acero,
Ni golpes da mi diestra tan en vago:
¡También hienden mis armas cuando hiero,
Y allí brota la sangre donde llago!
No acudiré esta vez tan de ligero
Diva madre a librarle del amago;
¡Seránle contra mí defensa flaca
Femíneos velos entre nube opaca!”

XIII

La reina, en tanto, a quien temblar hacía
Aquel nuevo combate, a Turno ardiente,
Su electo yerno, detener porfía;
Y ya entre sí mortal despecho siente.
“¡Óyeme!”, dice, “¡tú, esperanza mía,
Consuelo solo a mi vejez doliente!
Columna del Estado gloriosa;
Mi casa entera en tu favor reposa.

XIV

¡Oh, Turno! Por mi bien y mi decoro,
Si algún respeto y atención me debes,
Te ruego, y por las lágrimas que lloro,
Que con los teucros tu valor no pruebes;
¡Es la única merced de ti que imploro!
Mío será cualquiera fin que lleves;
Pues yerno a Eneas no veré cautiva:
¡No pienses, ¡ah!, que yo te sobreviva!”

XV

Oye a su madre, y lágrimas derrama
 Lavinia, y harto dice su mejilla;
 Vivo rubor la baña de la llama
 Que en los huesos empieza a consumilla:¹
 Marfil semeja el rostro de la dama
 Que en múrice sangriento tinto brilla,
 O albo lirio a quien da profusa rosa,
 Con él mezclada, su color fogosa.

XVI

Turbado, en la beldad que le enamora
 Ha fijado los ojos el guerrero,
 Y arde más por lidiar. “¿Y a qué, señora”,
 Conciso dice a Amata, “el triste agüero
 Me ofreces de tus lágrimas, ahora
 Que de Marte me arrojó al lance fiero?
 ¡Cesa, te ruego! A Turno, madre pía,
 Parar no es dado de su muerte el día.

XVII

Y tú al frigio tirano, Idmón, ve y lleva,
 Mal que le suene, este mensaje: Luego
 Que haya asomado al mundo aurora nueva
 Sobre sus ruedas de matiz de fuego,
 Contra el mío su ejército él no mueva,
 Guarden teucros y rútilos sosiego:
 ¡Sea con nuestra sangre disputada
 Lavinia, en ese campo, espada a espada!”

¹ *Consumilla*: consumirla.

XVIII

Dice, y va a su mansión. ¡Con qué alegría,
Pidiendo sus caballos, ve que atentos
Bufan ante él con noble bizzaría!
Blancos cual nieve, rápidos cual vientos
A Pilumno ofrendólos Oritía.
Aurigas les cortejan: los contentos
Pechos la palma en hueco son golpea,
Y el crin les peina que revuelto ondea.

XIX

Ensáyase a los hombros la coraza,
Toda de oro erizada y de blanquizo
Oricalco; el escudo fino embraza;
Prende la espada y el crestón rojizo:
Espada aquella de divina traza
Que el dios del fuego por sus manos hizo,
Candente la templó en la estigia ola,
Y al padre Dauno él mismo reservóla.

XX

En medio al edificio puesto había
La recta lanza contra gran coluna:
Arrebátala airado — arma que un día
Ganó al aurunco Áctor su alta fortuna—
Y en furibunda voz: “¡Ven, lanza mía,
Nunca sorda a mis votos! Oportuna
Ocasión es llegada: Áctor el grande
Ya te supo blandir; ¡Turno hoy te blande!”

XXI

“¡Ven!”, dice, y fulminante la menea,
“¡Oh!, dame que a ese frigio afeminado
Bajo tus botes confundido vea;
¡Que la tersa loriga, mal su grado,
Rota, arrancada, destrozada sea,
Y el cabello gentil todo empolvado
Que unge en mirra y con hierro ardiente riza!”
Turno así delirando se encarniza.

XXII

Y ya al rostro el incendio que le agita
Brotó, y siniestro en su mirar chispea.
Así también sus armas ejercita
El toro que se ensaya a la pelea;
Terríficos mugidos da, se irrita
Contra el tronco de un árbol, y en idea
Hiriendo al aire, a su contrario llama,
Y el escarbado polvo desparrama.

XXIII

No menos fiero Eneas por su lado
Anímase a la lid, la lid anhela,
De las maternas armas rodeado.
Admite el reto, apláudele. Revela
A sus amigos el querer del hado,
Y al afligido Ascanio así consuela.
Nobles envía que a Latino lleven
Leal respuesta y el concierto aprueben.

XXIV

Apenas con el rayo rubicundo
Las crestas de los montes se teñían
(A la hora en que, del piélago profundo
Los caballos del sol saliendo, envían
Por las altas narices luz al mundo),
Y rútilos y teucros ya acudían
Campo a medir, ante la gran muralla,
Donde se dé la singular batalla.

XXV

Unos, de grama, en medio del arena,
A los dioses comunes ponen aras;
Otro, el limo vestido, y de verbena
Orlado, fuego trae y linfas claras.
El ejército ausonio a puerta plena
Sale, con picas uniforme; y raras
Y varias armas a su vez mostrando,
Viene el troyano y el tirreno bando.

XXVI

¿Quién lid recia y de muertos altas pilas
No augurara de aquel marcial arreo?
Pasar volando en medio de las filas
A los insignes capitanes veo
Radiantes de oro y grana: el fuerte Asilas,
Nieto ilustre de Asáraco Mnesteo,
Y Mesapo, aquel hijo de Neptuno,
Domador de caballos cual ninguno.

XXVII

Cada cual a su sitio vuelve, y mudos,
A una seña obedientes, en el suelo
Hincan lanzas y arriman los escudos.
Las madres ya, con zozobrante anhelo,
Y los ancianos, de vigor desnudos,
Y plebe inerme, a presenciar el duelo
Agólpanse a los techos y a las yertas
Torres, u ocupan las altivas puertas.

XXVIII

Juno en tanto, de vivo afán llevada,
Se ha posado en la cima del Albano
—Monte sin nombre a la sazón, pues nada
Al sitio daba gloria—, y sobre el llano
Solícita dirige la mirada,
Registra el horizonte, y el troyano
Ejército a la vez y el laurentino
Contempla, y la ciudad del rey Latino.

XXIX

Tornóse a hablar la diosa de repente
A la hermana de Turno: semidea
Que, puesta de aguas dulces a la frente
Tal vez en limpio estanque se recrea,
Tal en sonora despeñada fuente:
El alto rey que el éter señorea
Su virginal honor robado había,
Y premióla con esta primacía.

XXX

“¡Ninfa, honor de las ondas cristalinas,
Carísima ante todas a mi pecho!”
Juno le dice, “A ti entre las latinas
Que Júpiter infiel subió a mi lecho
Sola amé y elegí, y en las divinas
Mansiones a ocupar te di derecho
Glorioso asiento. Oye tu mal ahora,
Yuturna, en el afán que me devora.

XXXI

¡Oh! ¡No me inculpes! Por do vi camino
De la suerte y las parcas mal cerrado
A la esperanza del poder latino,
Por allí a Turno y tu ciudad de grado
Siempre auxilié. Con inferior destino
Hoy al caro adalid miro abocado
A horrendo lance, y acercarse siento,
¡Ay!, ¡de las parcas el fatal momento!

XXXII

No sufren, no, mis ojos esa lucha
Ni esa paz. Tú el favor que darse pueda
(Caso es urgente, y pide audacia mucha)
Corre a dársele a Turno: acaso ceda
La adversa suerte.” Atónita la escucha
Yuturna, y llanto por su rostro rueda;
Tres, cuatro veces en herir se agrada
El seno hermoso con la diestra airada.

XXXIII

“No es tiempo”, insiste la saturnia diosa,
“De llorar. A tu hermano ve y liberta,
Si hay medio, de la muerte que le acosa;
O provoca un conflicto, y desconcierta
El pacto celebrado: ¡elige y osa!
Te doy mi autoridad.” Fuese, e incierta
Ha dejado a la ninfa y confundida,
Con aquella en el alma triste herida.

XXXIV

Salen los reyes ya. Con mole ingente
Viene Latino de su campo; tiran
Cuatro brutos su carro, y de su frente
Doce áureos rayos en redor se miran,
Del sol su abuelo emblema refulgente.
Turno va en ruedas que arrastradas giran
De dos caballos blancos, y su diestra
Dos dardos de ancha hoja en alto muestra.

XXXV

De acá, origen de Roma, el rey troyano
Marcha, y con armas célicas fulgura
Y con sidéreo escudo. Al par galano
Avanza Ascanio, en quien feliz se augura
Otra esperanza del poder romano.
El sacerdote en alba vestidura
Un lechón y una intonsa corderilla
Conduce al ara donde el fuego brilla.

XXXVI

Vuelven los ojos hacia el sol naciente;
La mola esparcen, con el hierro siegan
En la testa a la víctima presente
Breves mechones que a la llama entregan
Y las tazas alzando juntamente
Con el sacro licor las aras riegan,
Empuña Eneas el desnudo acero,
Y así sus preces pronunció el primero:

XXXVII

“¡Sol! ¡De mi juramento sé testigo!
¡Y tú, a do el hado al fin me da que aporte
Después de afanes tantos, suelo amigo!
¡Y oh rey omnipotente y real consorte,
Alma hija de Saturno, ya conmigo
Menos severa, oídme! ¡Y tú, Mavorte,
Que sobre el haz de la anchurosa tierra
Haces rodar el carro de la guerra!

XXXVIII

¡También las sacras fuentes y los ríos,
Y cuanto numen sobre el aire impere
Y en la cerúlea mar, me escuchen píos!
Marcharán, si de Turno el triunfo fuere,
De Evandro a la ciudad Yulo y los míos;
El vencedor del campo se apodere,
Ni tema que a este reino los troyanos
Vuelvan infieles con armadas manos.

XXXIX

Mas si a mí el triunfo Marte da —lo espero,
Y, ¡oh!, confirmen los dioses mi esperanza!—
No haré que humille, mísero pechero,
El ítalo al troyano su pujanza,
Ni optaré el cetro soberano. Quiero
Que, invictos ambos pueblos, de alianza
Nudos estrechen que perpetuos duren,
E iguales leyes como hermanos juren.

XL

Yo los ritos daré, daré el divino
Culto; su alto poder conserve entero
Y el derecho de guerra el rey latino;
Muro a mí los troyanos duradero,
Que por Lavinia se dirá Lavino,
Alzarán.” Así Eneas el primero
Habló; luego Latino, la mirada
Vuelta al cielo, y la diestra levantada:

XLI

“¡También, ¡oh Eneas!, por el éter puro,
Y por la tierra y líquido océano,
Y por los hijos de Latona juro;
A ambos invoco, y al bifronte Jano:
Por las deidades del averno oscuro
Y el santuario de Plutón tirano;
Y oiga mi voz el padre omnipotente
Que pactos sella con su rayo ardiente!

XLII

¡Toco el ara, y el almo fuego alzado
En medio de los dos, testigo sea:
¡Oh! Cualquiera que fuere nuestro estado,
No llegue día en que romper se vea
Esta paz en Italia, este tratado!
Que anegue el orbe fuerza gigantea
Y al tártaro derribe el firmamento;
¡No hará volver atrás mi juramento!

XLIII

Como este cetro la palabra mía:
Falto del jugo vegetal materno,
Segado en brazos y melena umbría,
Ya verdor no dará frondoso y tierno:
Hierro al bosque arrancóle, árbol un día;
El arte en bronce le embutió, y eterno
Emblema de los reyes de mi casa,
De mano en mano incorruptible pasa.”

XLIV

Tal dice, y muestra al par en las reales
Manos el cetro venerado. Sellan
Ambos sus votos con razones tales
En medio de los próceres. Degüellan
Ante el fuego después los animales
Sagrados, palpitanes los desuellan,
Y encima de las aras las calientes
Entrañas ponen en colmadas fuentes.

XLV

Tiempo haya que las rúttulas legiones
Del iniciado pacto auguran males;
Un secreto pavor sus corazones
Ocupa, y más cuando a los dos rivales
Próxtimos ven, y de ambos campeones
Consideran las fuerzas desiguales.
El modo infausto como Turno avanza
Crece la popular desconfianza.

XLVI

Mudo y a lento paso comparece
A doblar ante el ara la rodilla;
Su juvenil figura palidece,
Baja la vista, mustia la mejilla.
Ve la ninfa al hermano, y ve cuál crece
En sordas voces la naciente hablilla,
Turbados pechos vacilar advierte;
Y entre ellos, disfrazada de Camerte.

XLVII

Era este un lidiador que gala hacía
De su antigua nobleza, y cuya espada
De su padre a la clara nombradía
En el ardor de bélica jornada
Correspondió con noble bizarría.
Entre ellos, de Camerte disfrazada,
Yturna, pues, astuta el pie desliza,
Y rumores sembrando el fuego atiza:

XLVIII

“¿Que al invasor se oponga, no es vergüenza,
Rútulos, sola un alma? ¿O de él, insanos,
Tembláis que en fuerza o multitud nos venza?
Ved: árcades, y teucros y toscanos,
Hueste a Turno fatal: allí comienza,
Y allí acaba; están todos: si a las manos
Con dos nuestros solo uno de ellos viene,
No temo que su número se llene.

XLIX

Subirá de los númenes al lado
Él, que ahora a sus aras reverente
Se ofrenda; en alas de la fama alzado
Cobrará vida en boca de la gente;
Mientras nosotros, pueblo vil, sentado
A mirarle con ojo indiferente,
Quedaremos sin patria: ¡el tiempo acerba
Y justa servidumbre nos reserva!”

L

Así exalta las almas. Por instantes
Se agrandan, vueltas dando, los rumores.
No son los laurentinos cual en antes;
Aun los mismos latinos, que de horrores
El término esperaban anhelantes,
Abren súbito el pecho a los furores,
De Turno el caso indigno les condeue,
Y arden ya porque el pacto se cancele.

LI

Atenta a la ocasión que la convida,
Yturna entonces da en el alto cielo
Gran señal que los ánimos decida
Y engañe de los ítalos el celo.
Esforzaba en la atmósfera encendida
Tras ribereños pájaros el vuelo
La roja ave de Júpiter, y puso
En triste fuga al escuadrón confuso.

LII

A las olas de súbito se cala,
De un cisne hermoso aferra, y por el viento
Con ímpetu feroz remonta el ala.
Los ítalos la observan; y, ¡oh portento!,
Clamor acorde el bando aéreo exhala,
Y en densa nube e inverso movimiento
Persigue a la cruel de quien huía;
Bajo sus plumas se oscurece el día.

LIII

Tanto la han acosado, y tal le pesa
Su nueva mole al águila, que al río
Floja la garra al fin suelta la presa,
Y piérdese en el ámbito vacío.
En júbilo trocando la sorpresa
Los ítalos, y en alto vocerío
Rompiendo, la simbólica apariencia
Saludan, y a las manos dan licencia.

LIV

Tolumnio el adivino habló el primero:
“¡Oh!, lo que tanto ansié cúmplase ahora:
Me dan los dioses favorable agüero.
¡A mi ejemplo, a mi voz, sin más demora
Requerid, desgraciados, el acero
Contra ese advenedizo que os azora.
Que con tímidas aves os iguala
Y vuestras costas ominoso tala!

LV

A salvar nuestro rey de uñas feroces
Venid, las filas estrechad: yo os fio
Que fugitivo el robador, veloces
Las alas soltará de su navío
A perderse en los mares.” Tales voces
Lanza el augur, y con resuelto brío
Corre adelante, y una lanza tira
A los contrarios que a su alcance mira.

LVI

Inevitable el asta huye y rechina;
Suena inmenso clamor; tumultuosa
Agitación los órdenes domina
De bancos, y en los ánimos rebosa.
Nueve hijos, de belleza peregrina,
Que al árcade Gilipo etrusca esposa
Dio, fiel cuanto fecunda, hizo el destino
Que estuviesen enfrente al adivino.

LVII

A uno de ellos, gallardo a maravilla,
Y vestido de fúlgida armadura,
Por medio al vientre, donde usado brilla
Tahalí cuyos cabos asegura
En la parte central dentada hebilla,
Por allí a traspasarle se apresura
El crudo hierro, y sus costillas hiende,
Y en el rojo arenal yerto le tiende.

LVIII

Enciéndose mortal resentimiento
En los hermanos: arma arrojadiza
Uno toma, otro espada empuña; a tiento
La animosa legión corre a la liza.
Vuela en contra la hueste de Laurento;
Va en pro, con armas que el blasón matiza,
El árcade, y con él, ardiendo en saña,
Teucro y Etrusco inundan la campaña.

LIX

Así a todos aguija un mismo anhelo,
El de reñir: a despojar se atreven
Las aras: se oscurece todo el cielo
Con los dardos innúmeros que llueven.
En tanto los ministros, en su duelo,
Vasos, sacros hogares lejos mueven;
Huye, en viendo deshechos los tratados,
Latino con sus dioses ultrajados.

LX

Aquél engancha un tiro, mientras este
Monta de un salto en su bridón guerrero,
No sin que el hierro centellante apreste.
Romper ansiando el pacto, a caballero²
Mesapo va contra el tirreno Auleste,
Rey él mismo y de insignias regias fiero,
Quien en las aras, al ciar, tropieza,
Y hunde entre ellas, rodando, hombro y cabeza.

LXI

Encima el agresor se precipita,
Y enhiesto, en su corcel, lanzón horrendo
Sobre el postrado príncipe ejercita;
Rogaba en vano el infeliz gimiendo.
“¡Cayó, y ante el altar!” Mesapo grita,
“¡Gran víctima a los númenes ofrendo!”
Caliente aún, los ítalos en torno
Quitan al cuerpo noble el rico adorno.

LXII

Corineo un tizón tomó del ara,
Y como Ebuso herirle amenazase,
Fulminóle las llamas en la cara:
Arde y luce la luenga barba, y dase
Ingrata a oler. Mas él aquí no para,
Y al que ofuscó, por los cabellos ase,
Y, poniéndole encima la rodilla,
Su flanco hiere con atroz cuchilla.

² *A caballero*: montado a caballo.

LXIII

A Also, el pastor, por entre armada gente
 En las primeras filas daba caza
 Podalirio; mas vuélvese el huyente
 Súbito, y al que al hombro le amenaza,
 Con su hacha frente y barba de un fendiente³
 Parte, y riégale en sangre la coraza.
 A eterna noche al mísero destierra
 El férreo sueño que sus ojos cierra.

LXIV

Eneas, la cabeza descubierta,
 Tendiendo inerte está la diestra pía,
 Y “¿A dónde, a dónde vais? ¿Qué os desconcierta?”,
 Exclama en voces que a su gente envía.
 “¡Oh, enfrenad esas iras! Firme y cierta
 Está mi voluntad: la lid es mía,
 Nada romper podrá las condiciones:
 ¡No, no al temor rindáis los corazones!

LXV

Dejadme, y esta mano valedero
 Hará el sellado pacto. Sacros ritos
 A Turno deben a mi solo acero.”
 En medio a estas razones y altos gritos,
 He aquí silbando en ímpetu ligero,
 En la nube de hierros infinitos
 Que al impasible paladín respeta,
 A herirle vino alígera saeta.

³ *Fendiente*: mandoble.

LXVI

¿Qué fuerza la condujo? ¿De cuál mano
Partió? ¿Qué acaso, o numen escondido
Dio tal gloria a los rútilos? Arcano
Hondo fue. No se holgó de haber herido
Mortal ninguno al capitán troyano.
Mas cuando a Eneas alejarse vido
Y advirtió de sus nobles la mudanza,
Turno abre el pecho a férvida esperanza.

LXVII

Y los trotones pide y las tremendas
Armas; de un salto sobre el carro, altivo
Monta, impaciente por regir las riendas.
Vuela: ya a este, ya a esotro, semivivo
Vuelca, a la muerte acumulando ofrendas;
O arroja sobre el bando fugitivo
Lanzones que arrebató, o atropella
Filas, y en curso abrumador las huella.

LXVIII

Cual cerca al Hebro helado, con sangriento
Ardor bate su escudo en son de guerra
Marte, sus potros de encendido aliento
Lanzando al llano desde la alta sierra;
Delante corren del alado viento,
Gime bajo sus pies la tracia tierra,
Cien formas de terror, de insidia y saña
Cortejo son que en torno le acompaña.

LXIX

Así el rútilo impele sus caballos
 Todos cubiertos de sudor que humea;
 Y a hombres sin fin, después de derriballos,⁴
 Con ímpetu furial en la pelea,
 Concúlcalos cruel: los duros callos
 Sangre desparcen que la crin gotea,
 Y en ruidoso tropel, por donde pasan,
 Con sangre el polvo de la lid amasan.

LXX

Rindió de cerca a Folo y a Tamiro,
 A Esténelo dio muerte, aunque lejano;
 También a Glauco de distante tiro
 Mata, y a Lade al par, de Glauco hermano:
 Formó a estos dos para la lid, ya en giro
 De carro volador, ya mano a mano
 En el palenque, con igual pericia,
 Su padre Imbraso en la materna Licia.

LXXI

Mézclase en otra parte en la porfía
 Eumedes, prole de Dolón, preclara
 En guerra: el nombre del abuelo había
 Tomado; en alma y brazos se equipara
 Al padre; aquel que ya, como de espía
 Al campo griego a entrar se aventurara,
 Los caballos del hijo de Peleo
 Pidió en premio; ¡otro dióle el de Tideo!

⁴ *Derriballos*: derribarlos.

LXXII

Seguía, al aire libre, en campo abierto,
Turno a Eumedes, con leve dardo: enfrena
Su carro, salta, llega; semimuerto
Al fugitivo halló sobre la arena:
El pie al cuello le pone; al puño yerto
Le arranca hoja luciente, y se la ensena,⁵
Tiñéndola hasta el pomo, en la garganta,
Y fiero así sobre él victoria canta:

LXXIII

“¡Troyano! El suelo hesperio que sangrienta
Tu planta holló, mejor ya mides, creo:
Esta es mi paga al que a lidiar me tienta;
Estos los muros que te alzó el deseo.”
Sus dardos luego a Asbute, a Dare avienta,
A Tersíloco, Síbaris, Cloreo,
Y a Timete, a quien potro asombradizo
Cerviz abajo descender le hizo.

LXXIV

Cual bate ronco Bóreas el Egeo,
Y la mar, a sus soplos paralela
Rueda a la playa en levantado ondeo;
Alta nube en el aire huyendo vuela:
Tal densas haces arrolladas veo
Doquier que sus bridones Turno impela;
Envuélvele su propio movimiento,
Y sus plumas agita hendido el viento.

⁵ *Se la ensena: se la hunde.*

LXXV

Tanto alarde de bárbara pujanza
Fegeo no sufrió: con mano loca
Los fieros brutos a atajar se avanza
Del freno asiendo en la espumante boca.
Arrástranle indomables; ancha lanza
Su cuerpo, aunque sedienta, apenas toca
Bajo la triple malla, por do hiende
A salvo, mientras él del yugo pende.

LXXVI

Mirando a su adversario, en vano embraza
Su escudo, en vano por socorro grita
Esgrimiendo la daga; le amenaza
El eje y rueda que veloz se agita.
Cayó. Por entre el yelmo y la coraza
Turno, que ya sobre él se precipita,
De un tajo la cabeza le cercena,
Y tronco informe déjale en la arena.

LXXVII

En tanto que con ímpetus furiales
Corriendo la campaña Turno hacía
En carro vencedor destrozos tales,
Bañado de la sangre que vertía
Van a Eneas llevando a sus reales
Fiel Acate y Mnesteo; compañía
Le da Ascanio, y él mismo en su asta larga
Cada segundo paso el cuerpo carga.

LXXVIII

Roto el cabo, la punta que le hiere
El héroe trata de arrancar; se irrita
Su impaciencia; algún medio, aquel que fuere
Brevísimo entre todos, solicita:
Que abra los bordes de la llaga quiere
Ancha espada, y los senos que visita
Hondo el hierro, descubra; tal su ruego,
Y que a lidiar le restituyan luego.

LXXIX

He aquí venido había a su presencia
Yápix, hijo de Yaso, aquel que Febo
Señaló con gloriosa preferencia:
Sí, que a él, estando aún tierno mancebo,
Comunicó sus dones y alta ciencia
El dios, llevado de amoroso cebo;
De los agüeros enseñóle el arte,
Y en su cítara y arco dióle parte.

LXXX

Mas él, que al caro padre desahuciado
Solo pensaba en prolongar la vida,
De sanitarias plantas el callado
Estudio cultivó por escondida
Senda. En su lanza Eneas apoyado
Está, y a sordas brama, y de crecida
Juventud que le cerca, el vago espanto
Contempla inmóvil y del hijo el llanto.

LXXXI

Remángase la veste el buen anciano
Al uso de Peón; y con discreta
En balde aplica y diligente mano
Hierbas divinas de virtud secreta;
El encarnado hierro tienta en vano;
Con tenaza mordaz tal vez lo aprieta.
¡Ah!, no da el almo Apolo traza alguna,
Ni encamina el conato la fortuna.

LXXXII

Y ya el pavor invade el campamento,
Espantosa amenaza se aproxima,
En polvo se condensa el firmamento,
Tropel de caballeros se oye encima;
Y mil dardos y mil cruzando el viento
Van doquiera a caer, y ponen grima
Al par de combatientes y de heridos
Voces de rabia y de dolor gemidos.

LXXXIII

Venus, en tanto, del afán movida
Que el corazón materno le atormenta,
Díctamo coge en el cretense Ida;
Hierba que allí lozana se presenta,
De pubescentes hojas revestida;
Flores la cubren de color sangrienta,
Y pace de ella la silvestre cabra
Si cruda flecha su espinazo labra.

LXXXIV

La raíz salutífera recata
Encubierta la diosa en nube umbría,
Llega, y en modo oculto el agua trata
Que en limpísimos vasos puesta, hervía;
Virtud comunicándola, desata
El dícamo, y el zumo de ambrosía
Que las fuerzas vivífico recrea,
Esparce, y odorante panacea.

LXXXV

Con esta linfa Yápix, que no sabe
La merced de la diosa recibida,
Lava la llaga: al punto, pues, el grave
Dolor huye del cuerpo; en la honda herida
Restáñase la sangre; ya suave
Tras la mano la flecha no traída
Saliendo va; y el adalid doliente
Todas sus fuerzas reintegrarse siente.

LXXXVI

“¡Armadle, armadle, que lidiar desea!”
Ante todos así Yápix inflama
El turbado concurso a la pelea.
“Y tú, ilustre caudillo”, luego exclama,
“No pienses que este triunfo humano sea;
Mi arte, mi diestra nada obró: ¡te llama
Fuerza más alta, voluntad divina
Que a mayores objetos te destina!”

LXXXVII

Mas el héroe tardanzas no consiente:
De acá y de allá a la pierna sobrelaza
Las grebas de oro, él mismo; ase impaciente
De la fulmínea lanza, la coraza
Viste, toma el broquel resplandeciente;
Y las armas tendiendo en torno, abraza
Y fugaz por el yelmo besa al hijo:
“De mi firme virtud, tesón prolijo,

LXXXVIII

Quiero que aprendas; de dichosa suerte
Otros”, le dice, “te darán lecciones.
Hora vuelo en la lid a protegerte,
Voy a guiarte a sus preciados dones:
¡Cuando llegues a edad adulta y fuerte
Recoge mis gloriosas tradiciones,
Y de ellas memorioso, Ascanio mío,
Sigue a Eneas tu padre, a Héctor tu tío!”

LXXXIX

Dicho esto, por las puertas dilatadas
Blandiendo el asta enorme, giganteo
Arrójase adelante: sus pisadas
Mnesteo sigue, síguelas Anteo.
He aquí de los reales a oleadas
Toda la turba desbordarse veo;
En ciego polvo el ámbito se cierra,
Y herida de los pies treme la tierra.

XC

Turno en esta sazón desde un frontero
Alcor aquella nube ha visto; vela
El escuadrón de Ausonios; el guerrero
Ímpetu encogen, el pavor los hiela.
Fue entre todos Yuturna quien primero
Oyó el ruido, y lo entiende, y se hurta, y vuela
Medrosa. Arrastra el capitán troyano
Su negra hueste en el abierto llano.

XCI

Cual, turbando los aires repentina
Tempestad, a la tierra nimbo aciago
Por medio de los mares se encamina;
A mieses y arboredos ¡cuánto estrago
Traerá! ¡Cómo la plebe campesina
Tiembla de lejos el tremendo amago!
A anunciarlo en las playas, adelante
Los vientos van con soplo resonante:

XCII

Tal aparece el adalid reteo;
A defenderse la asustada gente
Fórmase densa en ángulos. Timbreo
Al fuerte Osiris da mortal fendiente:
Derriba a Arcecio en el tropel Mnesteo,
Acates a Epulón, Gías a Ufente;
Y cae allá Tolumnio, el agorero,
Que el dardo impío disparó primero.

XCIII

Un grito de terror álzase al cielo,
 Y a su turno los rútilos a viva
 Fuga se dan en polvoroso vuelo.
 Eneas a la turba fugitiva
 Muerte no da, ni aún contrapuesto telo⁶
 O pecho firme su ímpetu cautiva;
 Entre la nube que la vista ofusca
 A Turno solo anhela, a Turno busca.

XCIV

Ve Yuturna el peligro, y atosiga
 Su viril corazón fiera congoja:
 Muda a Metisco va, de Turno auriga,
 Le arranca, y lejos del timón le arroja;
 Puesta ella en su lugar, el tiro instiga,
 Y ondea a su placer la rienda floja:
 En la voz, en las armas y el semblante
 Osténtase a Metisco semejante.

XCV

Cual acude al castillo de opulento
 Señor, y excelsos atrios la traviesa
 Negruzca golondrina ronda, el viento
 Hiriendo ufana con versátil priesa;
 Partículas recoge de alimento
 A gárrulos polluelos dulce presa;
 Ya visita los pórticos vacíos,
 Ya en torno trisca de los lagos fríos.

⁶ *Contrapuesto telo*: arma esgrimida contra él.

XCVI

Así volando la marcial doncella
Alanza entre enemiga muchedumbre
Los caballos, y todo lo atropella
De su carro veloz la pesadumbre:
Ora en esta región, ora en aquella,
Muestra al hermano entre fulmínea lumbre;
Mas asir la ocasión jamás le deja,
Y siempre volteando⁷ huye y le aleja.

XCVII

No menos diligente las pisadas
En largo giro el héroe le rastrea,
Y en medio de las huestes destrozadas
Con grande voz le llama a la pelea.
Cuantas veces le hallaron sus miradas
Y los alados potros ya en idea
Alcanzaba, volando en pos, la ruta
Tantas torció también la ninfa astuta.

XCVIII

¡Mísero! En golfo de agitados vientos
Fluctúa en balde; hacia contrarios lados
Le arrastran diferentes sentimientos.
Contra él, en ese tiempo, reservados,
Mesapo, listo siempre en movimientos,
Llevaba en la siniestra dos ferrados
Astiles: con certera puntería
Uno de ellos blandiendo, allá lo envía.

⁷ *Volteando*: dando vueltas.

XCIX

Hincando una rodilla, con su escudo
 Eneas guarecióse: el asta empero
 Rehilando sobre el casco penachudo
 Voló las altas alas del plumero.
 Tener su indignación él más no pudo,
 Salteado otra vez tan contra fuero,
 Al sentir que en revuelta fugitiva
 El carro volador su encuentro esquiva.

C

Y el altar que violaron, por testigo
 Tomando de su fe desobligada,
 A Júpiter juró; y al enemigo
 Se precipita ya, con ciega espada
 A ejercitar sobre él común castigo.
 Con favorable Marte ha entrado, y nada
 Perdona, y hace mortandad horrenda;
 ¡Ay! ¡Que da a sus furores larga rienda!

CI

¿Cuál dios ahora inspirará mi canto?
 ¿Quién me dará que recordar emprenda
 Tantos destrozos, y caudillo tanto
 Sacrificado en una y otra senda
 Por Eneas y Turno?... ¡Jove santo!
 ¿Y plugo que a tan áspera contienda
 Concurriesen naciones que algún día
 Para siempre la paz unir debía?

CII

Al rúculo Sucrón, al paso hallado
(Fue esta pugna, aunque breve, la primera
Que en sitio a combatir determinado
Paró a los teucros en su audaz carrera),
La espada Eneas envasóle⁸ a un lado,
Y allí por do la muerte es más ligera,
Bien las costillas y del pecho pudo
Pasar las tramas el acero crudo.

CIII

En tanto a dos hermanos guerreadores,
Ambos a pie (pues uno del trotero
Cayera), inmola Turno a sus furores:
A Amico, que venía hacia él primero,
Con larga lanza recibió; Diores
Espiró en pos al filo de su acero.
Al carro ambos segados vultos cuelga,
Y en llevarlos manando sangre, huelga.

CIV

De un golpe Eneas a la muerte envía
A Tánais y a Talón y al gran Cetego,
Y a Onite, el de habitual melancolía,
Hirió después, en su ira siempre ciego;
Hijo era de Equión y Peridía.
Turno otros dos hermanos postra luego,
Que de Licia vinieron, noble tierra,
Y de apolíneos campos a la guerra.

⁸ *Envasóle*: hundióle.

CV

Rindió también al árcade Menedes:
En vano el infelice, odiando a Marte,
Al pecífero Lerna a echar sus redes
Tranquilo acostumbróse: tal su arte;
Allí su pobre choza; en las mercedes
De los grandes jamás tocóle parte;
Mientras su padre, en ya provectoros años,
Cultivaba alquilados alledaños.

CVI

Como invaden de puntos diferentes
La árida selva y lauros restallantes
Voraces llamas; o cual dos torrentes
Que hacen destrozos, entre sí distantes,
Y al mar desde las cumbres eminentes
Arrebatan sus hondas espumantes,
Así Eneas y Turno el campo talan
Que corren, y en estragos lo señalan.

CVII

Ya la interna pasión los espolea;
Ya estallan sus invictos corazones;
¡Con toda el alma a la mortal pelea
Vuelan ya! De las glorias y blasones
De sus antepasados alardea
En medio de los fieros escuadrones,
Murrano: su ducal genealogía
Por los latinos reyes descendía.

CVIII

Vióle Eneas; su furia vengativa
 Comunica a un pedrón que enorme alanza,
 Y de cabeza al mísero derriba:
 En las riendas envuelto so la lanza
 Del carro, ya le aplasta fugitiva
 La rueda; puesto el dueño en olvidanza,⁹
 Por cima sus indómitos caballos
 Baten veloces los sonoros callos.

CIX

Hilo feroz, verboso, amenazante
 Entrara en lid: a su aureada frente
 Poniéndosele Turno por delante
 Asesta un dardo, que al cerebro, ardiente
 Clavóse, bajo el yelmo relumbrante.
 Caíste y tú, Creteo, el más valiente
 De los grayos; de Turno a libertarte
 Tu diestra poderosa no fue parte.

CX

Ni a ti tus propios dioses al troyano
 Te supieron hurtar, Cupenco. ¡Ay triste!
 Puesto el pecho a sus golpes, es en vano
 El broquel acerado que le asiste.
 Y tú también al laurentino llano,
 Eolo ilustre, a sucumbir viniste;
 ¡También debían estos arenales
 Tus espaldas medir descomunales!

⁹ *En olvidanza*: en olvido: olvidado por sus propios caballos.

CXI

Tú del triunfante Aquiles, tú del peso
De la argiva falange tan temida,
Luchando cual leal, saliste ileso;
¡Y aquí estaba la meta de tu vida!
Gran palacio tuviste allá en Lirneso,
Gran palacio gozaste bajo el Ida;
¡Y ya te reservaba tu destino
Un sepulcro en el campo laurentino!

CXII

Latinos y dardanos campeones,
Mnesteo y el intrépido Seresto,
Y domador Mesapo de bridones,
Y Asilas, siempre en la refriega enhiesto,
Y las etruscas y árcades legiones,
Ya todos a encontrarse, en vuelo presto
Corren: batalla universal, suprema,
Se libra; cada cual su esfuerzo extrema.

CXIII

No hay reposo, no hay vado: el choque dura
Igual de cada parte. En tal momento
A sugerir a Eneas se apresura
Su hermosísima madre un pensamiento:
Que a los muros acorra, le conjura,
Que lleve su escuadrón sobre Laurento
De improviso, y con golpes repentinos
Ponga espanto mortal en los latinos.

CXIV

Después que sobre el campo en giro vario
Él ha echado solícita ojeada
Acá y allá buscando a su contrario,
Convierte a la ciudad fija mirada:
Inmune y en sosiego solitario
En presencia de lid tan ensañada,
La observa; y en imagen, de repente,
Mayor combate enardeció su mente.

CXV

A Mnesteo al instante y a Sergesto,
Con quienes parte de la hueste el mando
Convoca, y al intrépido Seresto:
Ocupa una eminencia; de su bando,
Al verle, en torno de ella acude el resto:
Densos, picas y escudos no soltando,
Todos esperan que los labios abra,
Y oyóse así de lo alto su palabra:

CXVI

“¡No haya, mi voluntad impedimento!
Aunque de pronto concebida empresa
Menos listos no os halle; a Jove cuento
De nuestra parte. Hoy mismo, hoy mismo, si esa
Militar madriguera y regio asiento,
Que es nuestra la victoria no confiesa,
No admite el freno y rinde vasallaje,
Haré en su seno asolador ultraje;

CXVII

¡Hundiré en polvo el más altivo techo
 Envuelto en llamas! ¿Quién tendrá por justo
 Que el tornar, ya vencido, a campo estrecho,
 Espere yo que a Turno venga en gusto?
 No: ¡cumpla la ciudad el pacto hecho!
 ¡Nefando monumento, centro adusto
 De la guerra ella ha sido: ¡sus!, con teas
 Lo que debe pidamos!” Habló Eneas.

CXVIII

Ya, formándose en cúneo¹⁰ a la batalla,
 Animoso la tropa se encamina.
 Escalas de improviso en la muralla
 Se ven, y el fuego la cabeza empina.
 Quién a las puertas acudiendo, acalla
 A los guardias con muerte repentina;
 Quién, armas empuñando, trepa: al cielo
 Tejen mil dardos tenebroso velo.

CXIX

He aquí entre los primeros, extendiendo
 La diestra Eneas a la faz del muro,
 Increpa al rey Latino con tremendo
 Clamor. Que vez segunda al trance duro
 Le compelen los ítalos, rompiendo
 La nueva ley, y en su furor perjuro
 Se revuelven contra él como enemigos,
 Grita, y toma a los dioses por testigos.

¹⁰ *Formándose en cúneo*: en forma de cuña.

CXX

Discordes entre sí los ciudadanos,
Unos las puertas franquear querrían
Y de paz recibir a los troyanos,
Y al muro al mismo rey llevar porfían,
Otros empero con armadas manos
Al sitiador bizarros desafían.
Así tal vez en cavernosa piedra
Silvestre enjambre se guarece y medra;

CXXI

Y así el pastor por despojarlo, llena
De humo amargo el recinto, y las turbadas
Hijas de la recóndita colmena
Discurren por las céricas moradas:
Rumor confuso por la roca suena,
Bramando aguzan iras enconadas;
El sofocante olor penetra, y sube
Suelta en ondas al aire la hosca nube.

CXXII

En tanto a los sitiados sobrevino
Calamidad que alto estupor derrama
Y el resto extingue del valor latino.
Vio la reina que al muro se encarama,
Trayendo, el agresor, triunfal camino,
Vio el acero a las puertas, vio la llama;
Ni rútilos allí, ni allí la hueste
De Turno, que el asalto contrarreste.

CXXIII

Dando al joven por muerto la mezquina,
Sola causa del mal, única rea
Proclámase; y gimiendo desatina
Enajenada en su doliente idea;
Desgárrase la veste purpurina,
Lúgubre frenesí la aguijonea,
A yerta viga ató ominoso nudo,
Y fue aquello un morir fiero y sañudo.

CXXIV

Hiere a las damas la nefasta nueva:
Mesándose Lavinia los floridos
Cabellos, las airadas manos ceba
En las róseas mejillas: con gemidos
Responde su cortejo; el eco lleva
Por las amplias mansiones los plañidos;
Y ya por la ciudad su vuelo explaya
El rumor, y los ánimos desmaya.

CXXV

¡En polvo vil la blanca cabellera
Mancha, rasga su veste el rey anciano,
Vaga sin rumbo, y viendo desespera
De una infeliz consorte el fin insano
Y la ruina de un pueblo! Que no hubiera
Llamado en tiempo al adalid troyano
Al reino, acreditándole por yerno,
Mucho se culpa con lenguaje interno.

CXXVI

Turno batallador allá en lejano
Límite en tanto, cada vez más lento,
Menos y menos cada vez ufano
Del de sus potros decadente aliento,
A pocos, aun dispersos en el llano,
Ensayo perseguir. El vago viento
Ya hacia aquella región lleva a oleadas
Extraño son de voces apagadas.

CXXVII

Aguzando el mancebo los oídos
Fatídico clamor distinto siente,
Oye de la ciudad los alaridos.
“¡Ay de mí! ¿Qué gran duelo está presente
A los muros? ¿Qué fúnebres sonidos
De tan diverso punto la corriente
Del aire arrastra?” Dice, y de la brida
Tira atónito, y para la corrida.

CXXVIII

Sagaz la ninfa que usurpó el semblante
Del auriga Metisco, y los trotones
Y carro y riendas guía, en ese instante
Al hermano anticípase, y razones
Tales vierte: “Sigamos adelante,
¡Oh Turno!, y a enemigo no perdonés;
¡Adelante sigamos! La victoria
Abrió esta senda y nos anuncia gloria.

CXXIX

Los muros defender, a otros compete.
¿Y tú, cuando a los ítalos Eneas
En reñido conflicto compromete,
Contra los teucros tu poder no empleas?
¡Ánimo! A los que restan acomete,
¡Y a fe que ni inferior salir te veas
En número, ni en lauros menos rica
La diestra ostentarás!” Turno replica:

CXXX

“¡Oh!, ¡tu influjo en mi bien jamás reposa!
Sentilo ya en el campo, hermana mía,
Del punto en que el tratado poderosa
Fuiste a romper usando de arteria;
Y ahora mismo vanamente, oh diosa,
Encubres tu beldad. Mas, ¿quién te envía,
Quién, dime, de la sedes celestiales
Tanto mal a palpar y horrores tales?

CXXXI

¿Mirar querrás los míseros despojos
De tu hermano?... ¿Y qué espero? ¿Cuál reparo
Me ofrece la fortuna? Por mis ojos
Vi a Murrano caer: otro más caro
Amigo no me queda: oí sus flojos
Acentos, tarde ya, pedirme amparo;
Yo le he visto, ¡ay dolor!, rendir la vida,
Ingente él mismo y bajo ingente herida.

CXXXII

Por no mirar nuestro baldón inulto
Presa en miembros y en armas cayó Ufente,
¿Y hora entregados a feroz tumulto
Nuestros hogares sufriré paciente?
¡Ah! ¡Nos faltaba este postrero insulto!
¿Y a la furia de Drances maldiciente
No podré contestar con mis hazañas?
¿Espaldas volveré? ¿Y estas campañas

CXXXIII

Contemplan a Turno fugitivo?
¡Qué! ¿El morir es odioso a tanto grado?
Si de supernos dioses no recibo
Ni piedad ni justicia, con agrado
Mi ruego, ¡oh Manes!, acoged votivo:
¡No indigno de altos padres, consagrado
Mi espíritu desciende a vuestro limen,
Puro, sí, puro de afrentoso crimen!”

CXXXIV

No bien en estas voces prorrumpiera
Cuando venir vio a Saces, ve su boca
Que reciente flechazo dilacera:
Su espumante bridón, que apenas toca
El campo hostil, lo rompe hilera a hilera;
Mas él desaforado a Turno invoca:
“¡Turno, última esperanza en nuestros males,
Habe ya compasión de tus parciales!

CXXXV

Rayos a los alcázares fulmina
Eneas con su ejército, y amaga
Al poder de los ítalos ruina;
Sobre los techos el incendio vaga.
En ti pone sus ojos la latina
Gente, a ti vuelve su clamor. Qué haga
No sabe el rey, y en su ánima medita
Cuál yerno adopte, qué alianza admita.

CXXXVI

A la reina, por ti tan decidida,
A caso extremo sus terrores mueven;
¡Ay!, ¡por su mano se quitó la vida!
Bajo las puertas a arrostrar se atreven
Solo Atina y Mesapo la embestida.
De un lado y otro los contrarios llueven.
Tantas puntas esgrime la enemiga
Hueste, que mies ferrada el campo espiga.

CXXXVII

¡Y a este tiempo en el más remoto prado
Turno su carro vagaroso guía!...”
Guardó torvo silencio el increpado,
Y en el pecho le hierven a porfía,
Con tantos contratiempos alterado,
Ya del herido amor la frenesía,
Ya el probado valor de su pujanza,
Fuego de pundonor, voz de venganza.

CXXXVIII

Así que a los destellos renacientes
De la razón, la nube se retira
Que le envolvió en horrenda noche, ardientes
Los globos de sus ojos rueda, y mira
Con demudada faz los eminentes
Muros desde su carro. En roja espira
Ve el fuego que tablajes señorea
Y al cielo enderezado libre ondea.

CXXXIX

Turno mismo, de sólida madera,
Con altos puentes guarnecida, alzara
Trabada torre; de ella se apodera
Aquel voraz turbión. “¡Hermana cara!
¿Ves, ves”, clama el cuitado, “que doquiera
El hado nos arrolla? ¡Me pesara
Que en cerrarme insistieses el camino
Que un dios señala y mi cruel destino!

CXL

¡Allá! ¡No más tardanzas! ¡Mano a mano
Lucharé con Eneas! ¡Con la muerte
Cuanto hay de acerbo a padecer me allano!
¡Trocar déjame en gloria este ocio inerte,
Y arder, mientras aliente, en fuego insano!”
Dice, y salta veloz del carro, y fuerte
Entre hombres y armas por el campo embiste,
A Yuturna dejando muda y triste.

CXXI

Cual rueda enorme montaraz fragmento,
Ya recia lluvia o huracán lo bata,
O sea ya que el no sentido y lento
Trabajar de los años lo desata;
Impetuosa desde su alto asiento
Al abismo la mole se arrebató,
Y en los saltos que da desmesurados
Árboles vuelca y hombres y ganados:

CXXII

Turno, echándose así del carro afuera,
Rompe los escuadrones, los divide,
Y por entre ellos en veloz carrera
De la magna ciudad los muros pide.
Allá en sangre empapado ve doquiera
El suelo, y ve que el aire todo estride
Con dardos borrascoso. Hizo señales
Su mano, y él lanzó clamores tales:

CXXIII

“¡Paso, oh rútilos, dad al paladino!
¡Y vos cesad en la marcial porfía,
Valientes del ejército latino!
Dejadme el campo; la aventura es mía.
Por vosotros lidiar es mi destino;
Mi ánima sola por el pueblo expía
El sellado concierto.” La amenaza
Todos paran al punto, y danle plaza.

CXLIV

Aun bien Eneas de sentir no acaba
Aquel nombre de Turno, se apareja
Al singular combate, toda traba
Rompe impaciente, y de las obras ceja
Del fiero asalto que a los muros daba;
Déjalos ya, las altas torres deja,
Y desciende saltando de alegría,
Truenan sus armas y el espanto cría.

CXLV

Cual Atos o cual Érice aparece,
O del padre Apenino a semejanza,
Que sus tersas encinas estremece,
Y de la nívea cúspide que lanza
A la región del rayo, se envanece.
Movidos de tan súbita mudanza
Allá rútuos miran y troyanos
Y todos a una vez los italianos.

CXLVI

Los que ocupaban el adarve enhiesto
Como aquellos que al pie de la muralla
Batían, de sus hombros han depuesto
Las armas, y uno y otro campo calla.
Latino mismo en asombrado gesto
Mira que al fin a singular batalla
Fortísimos concurren, de regiones
Tan diversas, aquellos dos varones.

CXLVII

Corriendo ellos al campo que la guerra
Suspensa abre a sus ímpetus, distantes
Arrójanse las lanzas; luego cierra
Uno y otro adalid, con los sonantes
Escudos de metal. Gime la tierra;
Golpes dan y redoblan las tajantes
Espadas; y de un lado y de otro, a una
Asisten el esfuerzo y la fortuna.

CXLVIII

Como en el vasto Sila o gran Taburno,
Marchando a combatir dos toros fieros,
Aquel a este, este a aquel hiere a su turno;
Retíranse medrosos los vaqueros;
El rebaño contempla taciturno;
Cuál se alce de los dos con regios fueros
Sobre el hato en los campos y en la sierras,
No saben pensativas las becerras;

CXLIX

Ellos, en tanto, con vigor tremendo
Cuernos traban y heridas menudean,
Sus cuellos y sus brazos envolviendo
Los arroyos de sangre que chorrean;
Repite el ancho bosque el sordo estruendo:
Chocando los broqueles tal pelean
El troyano y el daunio combatiente;
E hinche los aires el fragor creciente.

CL

Dos balanzas en fiel Júpiter tiene,
Y de ambos héroes los diversos hados
Poniendo, aguarda a ver a quién condene
El lance extremo, y cuál de aquellos lados
Con peso agobiador la muerte llene.
Sin temer de su ardor los resultados,
Turno entonces alzó su espada larga,
Todo el cuerpo esforzando, y la descarga.

CLI

Irguiéndose ambos campos a la hora
Prorrumpen en confusa vocería.
Quebróse en medio al golpe la traidora
Hoja, y abandonado Turno había
Finado allí, si a fuga voladora
No acude. Más ligero se desvía
Que alado viento, cuando el cabo asido
Desconoció, y su diestra inerme vido.

CLII

Fama es que ya, cuando de pronto uncidos
Los caballos, a lid montó ligero,
Tomó, en su afán, turbados los sentidos,
El de su auriga, y no el paterno acero:
A los teucros, con él, despavoridos
Pudo acosar gran tiempo; ahora, empero
Hierro mortal, cual hielo quebradizo,
Dando en armas divinas, se deshizo.

CLIII

Brillan los trozos en la roja arena.
Él entretanto huye y se retira
A otra parte del campo; le enajena
El terror, y en inciertas vueltas gira:
Denso cordón que su esperanza enfrena
Formar doquiera a los troyanos mira;
Allá el paso le impide ancho pantano,
Acá el cerco mural limita el llano.

CLIV

Eneas el alcance no descuida,
Y aunque a tiempos retarda dolorosa
Sus rodillas aún la fresca herida,
Al que temblando va férvido acosa
Pie con pie. Tal hallarse sin salida
Suele un ciervo infeliz; corriente undosa
Acá le ataja, allá le pone miedo
De plumas de color pérfido ruedo;

CLV

Y así umbrino ventor pieza levanta,
En pos labrando en rápida carrera,
Hace y deshace el triste, a quien espanta
El rojo valladar, la alta ribera,
Círculos mil con voladora planta:
Insta el fiero sabueso; se dijera
Que con los dientes vencedor le toca,
Y aún muerde en vago su burlada boca.

CLVI

Alzóse en esto un gran clamor, que llega
Confuso al cielo, y de él retumba herida
La laguna, cuan ancha el campo anega.
Rabioso Turno, sin templar la huida,
A los rútuos clama, nombra, ruega
Que la espada le traigan conocida.
Eneas, a su vez, muerte inminente
A aquel intima que mediar intente;

CLVII

Y a todos aterrando los conmina
Con asolar los muros; y aunque herido,
No desiste: corriendo a la contina
Cinco órbitas agota en un sentido,
Cinco en opuesta dirección camina,
Que no es, a fe, lo en lid comprometido
Circense premio ni trivial presea,
¡Por la sangre de Turno se pelea!

CLVIII

Viejo acebuche allí se alzaba un día
Con sus amargas hojas: el marino
El firme leño venerar solía,
Que a Fauno estaba dedicado; y vino
Muchas veces en él su ofrenda pía
A colocar, y, al numen laurentino
Cumpliendo el voto, a la sagrada copa
Náufrago suspendió la húmida ropa.

CLIX

Este árbol divinal,¹¹ sin miramiento,
 Por despejar el campo al desafío,
 Cortaron los troyanos de su asiento.
 En la raíz fibrosa que el vacío
 Sitio guardaba, atravesando el viento
 Cae y se enclava con pujante brío
 El asta del dardanio. Echó él su lanza,
 Ya que a hacer presa por sus pies no alcanza,¹²

CLX

Y el tiro a secundar corre, y porfía
 La punta en desasir que honda se aferra.
 Entonces Turno esta plegaria envía
 Ante el peligro que su mente aterra:
 “¡Duélete, oh Fauno, de la suerte mía,
 Y tú esa arma retén, óptima tierra,
 Si fiel siempre os rendí el antiguo culto
 Que el troyano abatió con fiero insulto!”

CLXI

Fácil el numen al favor se inclina.
 Pugnó Eneas gran pieza,¹³ y fuerza o traza
 Útil no halló; que la raíz divina
 El hierro aprieta cual mordaz tenaza.
 Mientras él en vencerla insta y se obstina,
 Otra vez de Metisco se disfraza

¹¹ *Divinal*: divino, sagrado.

¹² No logrando Eneas dar alcance a Turno arrojóle la lanza que fue a clavarse en las raíces del árbol.

¹³ *Gran pieza*: gran espacio de tiempo.

La daunia diosa, y al hermano llega,
Y el acero vulcánico le entrega.

CLXII

Ardiendo Venus de que a tales grados
Llegase de la ninfa la osadía,
Acude, y de los senos intrincados
La pica destrabó que aún resistía.
En sus armas y fuerzas reintegrados,
Uno en su espada, el otro en su asta fía,
Y a la lid anhelosa y furibunda
Avánzanse arrogantes vez segunda.

CLXIII

Ved al rey del Olimpo omnipotente
Cómo habla en tanto a Juno, que atendía
Sentada en una nube refulgente
Al singular combate: “¡Esposa mía!
¿Que haya fin esta guerra, no consiente
Tu pecho? ¿Ya qué falta? Al cielo un día
Se alzaré Eneas como ser divino
Que debe a las estrellas el destino.

CLXIV

Harto lo sabes, ¿y aún tu mente espera?
¿Y ahí en gélidas nubes aún te agrada
Nuevos planes trazar? ¿Justo es que hiera
A un cuerpo sacro arma mortal? ¿Que espada
Recobre Turno, y fuerza extraña adquiera
Ya a punto de rendirse? A tanto osada
Sin ti una débil ninfa ser no puede.
¡Tu error conoce, y a mis ruegos cede!

CLXV

Llegamos ya al final. En mar, en tierra
A los troyanos agitar pudiste,
Te fue dado mover infanda guerra,
Y alta casa afligir, y en duelo triste
Envolver regia boda. ¡El paso hoy cierra
Mi mano a nuevas cóleras; desiste!”
Esto Júpiter dijo; reverente
Juno así respondió, baja la frente:

CLXVI

“¡Ah!, bien conozco, real esposo mío,
Tu Augusta voluntad: a ella me entrego,
Y de Turno y del suelo me desvío.
Sin eso, no en cruel desasosiego
Aquí me hallaras en el éter frío
Sufriendo solitaria: ¡armada en fuego,
En medio del combate, las hileras
Del enemigo provocar me vieras!

CLXVII

Yo a Yuturna, es verdad, di aliento y mano
Para salvar a Turno de inminente
Golpe; no ya para que el arco insano
Tendiese. Te lo juro por la fuente
Inaplacable del estigio hermano
(Rito, único entre todos, que imponente
A los dioses obliga). Y ahora cejo,
Y fatigada asaz las guerras dejo.

CLXVIII

Mas yo una gracia (el hado no la veda)
Que de los tuyos y el poder latino
Redunda en majestad, pedirte pueda:
Hacer sólidas paces el destino
Y alegres bodas celebrar conceda,
Yo desde ahora a su querer me inclino;
Muéstrese, empero, el natural del Lacio
Su viejo nombre en mantener, reacio.

CLXIX

No ellos teucros se llamen ni troyanos,
Ni de vestido muden ni de idioma:
Viva el Lacio; haya príncipes albanos,
Nada por siglos su poder carcoma;
Y derive de pechos italianos
Virtud pujante la futura Roma.
Muerta es Troya; ¡su nombre aborrecido
Yazga con ella en perdurable olvido!”

CLXX

Sonriendo el autor de hombres y cosas,
“¡De Jove hermana y de Saturno hija,
Te ostentas”, dice, “cuando aún no reposas,
Y dentro el pecho en ansiedad prolija
Esas iras revuelves procelosas!
Cálmalas ya. Ni mudo afán te aflija,
Ni me torne a asestar tristes querellas
Tu dulce boca, ejercitada en ellas.

CLXXI

¡Oh, sí, que te daré cuanto has pedido;
 Yo todo tuyo soy! Sus tradiciones,
 Su popular lenguaje y su apellido
 Conservarán de Ausonia los varones:
 El vencedor uniéndose al vencido
 Refundiráse en él. Yo instituciones
 Sacras, yo ritos les daré divinos:
 ¡Una el habla será; todos, latinos!

CLXXII

Formarán ambas razas de consuno
 Un pueblo que a mortales y a inmortales
 Superará en virtud; y pueblo alguno
 Te dará cultos a su culto iguales.”
 Sus pensamientos serenando Juno
 La frente inclina ante razones tales;
 De los aéreos ámbitos se aleja
 Al mismo tiempo, y el nublado deja.

CLXXIII

Así aquella acordanza¹⁴ concluida,
 Su mente sabia el padre soberano
 Vuelve a otro punto, y a Yuturna cuida
 Apartar de las lides del hermano.
 Hay dos plagas que Diras apellida
 La fama: a entrambas ya, por modo arcano,
 De sí noche abismosa lanzó fuera,
 A un tiempo, al par que a la infernal Megera.

¹⁴ *Aquella acordanza*: aquel acuerdo.

CLXXIV

De iguales serpentíferas espiras
La madre armólas, y de fuertes alas,
Con que aparecen las gemelas Diras
Del dios tremendo ante las regias salas.
Prestas mueven, ministras de sus iras,
Miedo a las gentes, si a ciudades malas
Él amenaza desolar con guerra,
O peste y mortandad manda a la tierra.

CLXXV

Jove a una de ellas desde lo alto envía
Porque lleve a Yuturna infausto agüero.
Voló la furia, y la región vacía
En torbellino atravesó ligero.
Cual flecha, armada de ponzoña impía,
Que el parto o el Cidón de arco certero
Ha tirado, y, silbando, la interpuesta
Nube traspasa, incógnita y funesta;

CLXXVI

Tal rápido a la tierra se abalanza
Aquel aborto de la noche oscura.
Y así que a ambos ejércitos alcanza
A divisar, abrevia su figura,
Y del pájaro toma la semblanza
Que en cementerio o solitaria altura
En la noche callada aciago asiste
Turbando el aire con su canto triste.

CLXXVII

Tiende a Turno, de forma tan provista,
El ominoso vuelo y se alborota
Pasando y repasando ante su vista,
Y con las alas el broquel le azota.
Terror secreto al mísero contrista
Y de los miembros el vigor le embota;
El cabello erizado se levanta,
Anúdase la voz en su garganta.

CLXXVIII

Luego que hubo Yuturna, en el sonido
Y en el batir fatídico del ala,
De lejos a la Euménide sentido,
De hermosas crenchas la esparcida gala
Rasga, hiérese el pecho dolorido,
Y el rostro ofende, y su dolor exhala
En voces tales: “¡Ay!, en vano, en vano
Ya ayudarte querré, mísero hermano!

CLXXIX

¡Cruel fuérzanme a ser! De hoy más, ¿qué espero?
¡Y qué! ¿De prolongar, Turno, tus días
Arbitrio no me queda? ¿Aqueste agüero
Deshacer no podrán las fuerzas mías?...
¡Cesad, cesad en vuestro azote fiero;
Ese vuelo, ese grito, aves sombrías,
Harto conozco y me atormentan harto!
Ya os obedezco, y de la lid me aparto.

CLXXX

¡Sí, que en vosotras el imperio siento
 Del magnánimo Jove! ¿El precio es ese
 De mi virginidad? ¿Qué a mi contento
 Presta eterno vivir? ¡Nunca él hubiese
 De la ley del común fenecimiento
 Exentado mi ser! ¡Mortal yo fuese,
 Fin diera a mi penar, y huyendo haría
 A la fraterna sombra compañía!

CLXXXI

¡Heme ahora inmortal! ¡Oh hermano mío!
 ¿Qué habrá sin ti que enojos no me sea?
 ¿Y dónde mi doliente desvarío
 Abismo tan profundo cual desea
 Que me trague hallará, y en el umbrío
 Reino sepulte a esta infelice dea?”
 Dice, y llora, y cubierta en glauco velo,
 En hondas linfas escondió su duelo.

CLXXXII

Eneas entretanto con la grande
 Arbórea lanza a su contrario acosa;
 Hace el hierro brillar mientras la blande,
 Y habla; en su voz la indignación rebosa:
 “¡Qué! ¿Y será que tu planta se desmande,
 Turno, a nueva tardanza vergonzosa?
 Con bravas armas ya, no en triste huida,
 Brazo a brazo el combate se decida!...

CLXXXIII

¡Ve, toma formas mil! Cuantos el arte,
Cuantos recursos la pujanza encierra,
Ensayá: vuela al cielo a refugiarte,
O en los cóncavos senos de la tierra!...”
Sacude la cabeza, y “No, no es parte
Tu ira a aterrarme, ¡oh bárbaro!: me aterra”,
Turno dice, “la cólera divina;
Júpiter, sí, que labra mi ruina.”

CLXXXIV

Más no dijo; y rodando la mirada
Sobre el campo, una piedra vido ingente.
Ingente, antigua piedra, colocada
Porque allí señalase permanente
La linde de dos predios disputada.
Cargaran peso tan difícilmente,
Tendiendo fuertes cuellos a porfía,
Doce hombres de los que hoy la tierra cría.

CLXXXV

Arrebata el pedrón con mano presta
Turno, y con él, cuanto en sus fuerzas cabe,
Empínase, y veloz corre, y lo asesta.
Turbado el héroe, que acudió no sabe,
Ni que asió del peñasco, ni que enhiesta
Mueve su mano aquella mole grave;
¡Ay de él!, a sus rodillas falta brío,
Cuaja su sangre de la muerte el frío.

CLXXXVI

Arrojado del brazo prepotente,
Rodando el risco en la región vacía,
No completó su giro, inobediente
Al recibido impulso que lo guía.
Y cual finge terrores el durmiente
En el regazo de la noche umbría,
Por lánguido sopor ligado, y sueña
Que ansiosa fuga en alargar se empeña,

CLXXXVII

Y siente en sus conatos que desmaya,
Del antiguo vigor privado, y yerta
La lengua en vano desatar ensaya,
Y voz ni grito a producir acierta;
Por dondequiera, así, que Turno vaya
A entrar brioso en la que senda abierta
Ha imaginado, allí la diosa dura
El éxito a estorbarle se apresura.

CLXXXVIII

Ya náufraga en angustias su esperanza,
Ha tornado a los rútilos la vista
Y a la ciudad; mas la apremiante lanza
El pie le ataja, el ánimo le atrista:
Ni con qué traza escape se le alcanza,
Ni por cuál modo al enemigo embista;
Rastrea en torno, y su ojeada es vana,
Que ni el carro aparece ni la hermana.

CLXXXIX

Dudar ve a Turno, y su asta fulminante
Vibra Eneas, propicio punto cata
Con los ojos, y arrójala distante,
Y entero en ella su poder desata.
No con ímpetu suele semejante
Piedra que de ballesta se arrebatada
Terrífica zumbar; ni así, encendido,
Estalla el rayo en hórrido estampido.

CXC

Fiero estrago llevando, el hierro crudo
Vuela a guisa de negro torbellino,
Y por lo bajo rompe del escudo
Hasta el séptimo cerco diamantino,
Y el halda abriendo a la loriga, pudo
Crujiente en medio al muslo hacer camino.
Al fiero golpe, que de acción le priva,
Turno enorme de hinojos se derriba.

CXCI

Alzándose, en doliente vocería
Los rútilos prorrumpen; gime el viento,
Y tiembla en torno el monte, y a porfía
Vuelven los altos bosques el lamento.
Él, hincado, la diestra dirigía
Y miradas de humilde sentimiento
A Eneas: “He mi suerte merecido,
Y nada”, exclama, “para mí te pido.

CXCII

¡Venciste! Todo en mí te pertenece;
Me han visto los ausonios prosternado
Tender las palmas. Si piedad merece
Un padre (fuélo Anquises) desdichado,
La ancianidad de Dauno compadece,
Y vivo, o muerto, cual te venga en grado
Este hijo tu piedad le restituya.
¡Oh!, cese tu rencor: ¡Lavinia es tuya!”

CXCIII

Paróse armado el héroe encrudecido,
Y revolviendo los ardientes ojos
La diestra reprimió: ya del rendido
El discurso amansaba sus enojos,
Cuando el infausto talabarte vido
De Palante asomar, ricos despojos
Que echó sobre sus hombros Turno ufano,
Muerto el mancebo, y con sangrienta mano.

CXCIV

Han resaltado las que el cinto lleva
Lucientes inequívocas labores.
Conforme Eneas las miradas ceba
En aquel monumento de dolores
Insanables, la cólera renueva,
Y clama así, terrible en sus furoros:
“¿Con tan queridas prendas te atavías,
Y escapar de mis manos presumías?”

CXCIV

¡Palante es quien te hiere; sí, Palante
Quien te inmola, y se venga en tu culpada
Sangre!” Dice, y al pecho que delante
Tiene, encamina la fulmínea espada
Enardecido. Turno en ese instante
A manos siente de la muerte helada
Sus miembros desatarse, y gemebundo
Su espíritu indignado huye al profundo.



UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino
Rector General

Dr. Héctor Efraín Rodríguez de la Rosa
Secretario General

Dr. Raúl Arias Lovillo
Secretario Académico

Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo
Secretario de Gestión y Desarrollo

Dra. Sara Julsrud López
Directora de Extensión Cultural

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón
Coordinadora Editorial

Eneida, II, de Virgilio,
con traducción de Miguel Antonio Caro,
terminó su producción en agosto de 2018 en la
Editorial de la Universidad de Guanajuato,
Alonso núm. 12, Centro, C.P. 36000, Guanajuato, Gto.
En su composición se utilizó la fuente tipográfica
Arno Pro y el cuidado de la edición estuvo a cargo
de Martín Eduardo Martínez Granados.

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



ISBN: 978-607-441-554-4



9 786074 415544